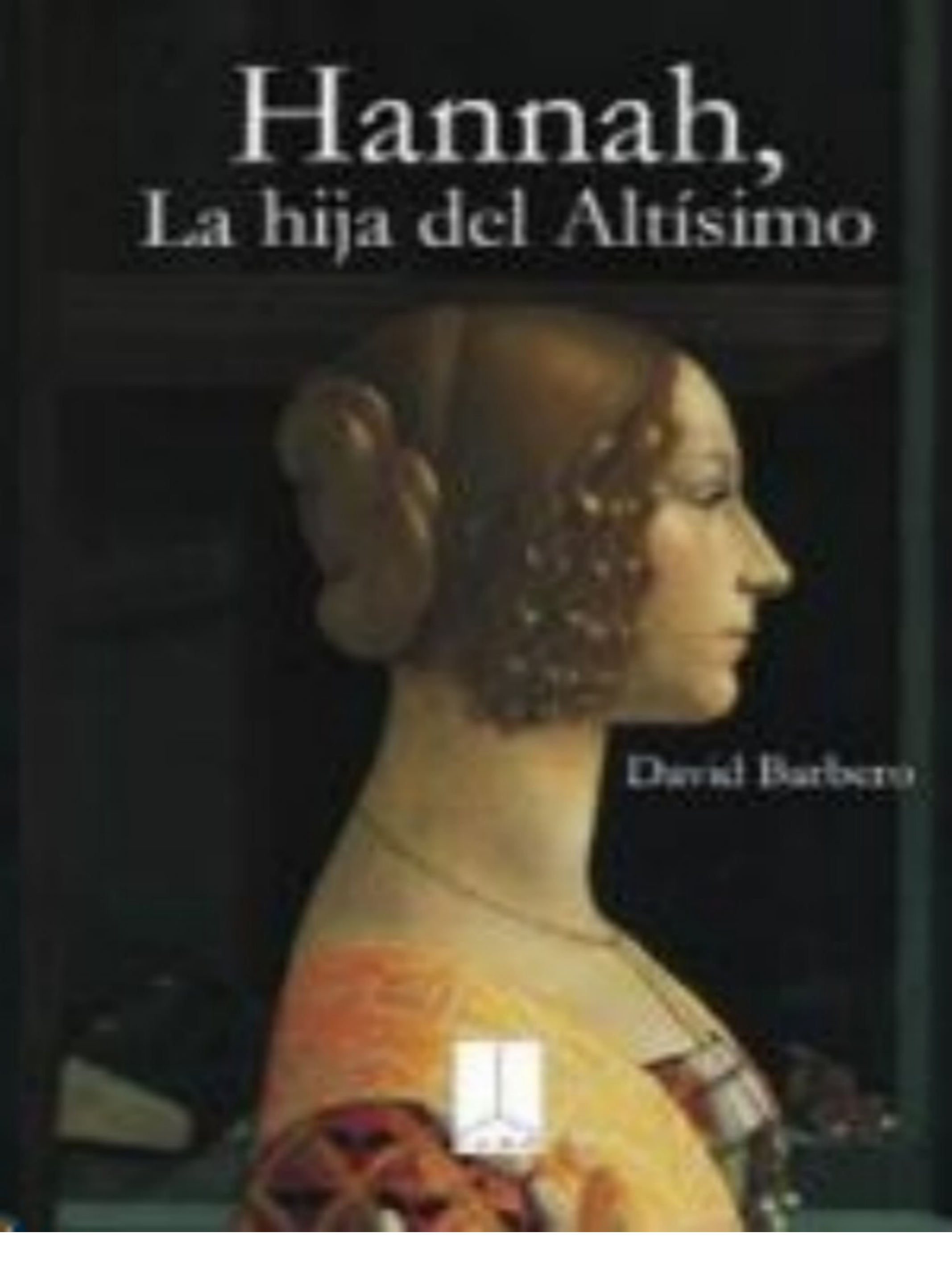

Hannah,
La hija del Altísimo
David Barbero

La Hija del Altísimo

DAVID BARBERO

LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

1.1

—¿Por qué ha nacido niña? ¿Qué pasará ahora con la llegada de una Mesías mujer? Yahvé, aunque seas mi Señor, sólo quiero el bien de mi hija. No la voy a sacrificar por nada ni por nadie. ¡Ni siquiera por Ti!

José, el carpintero, era un hombre corpulento y de movimientos lentos. Quedó casi congestionado. Había sido tan fuerte la impresión recibida que casi se le cae la criatura al suelo. La había tomado, con cariño e ilusión, de los brazos de su esposa con la intención de elevarla al cielo, como reconocimiento del favor concedido por la encarnación en su familia del Hijo de Dios y Mesías. Al estar desnuda la criatura, a pesar de la poca luz existente dentro del establo, tuvo la visión directa de su sexo.

—¿Cómo has podido permitir que sea una mujer?

Según su interpretación de las Sagradas Escrituras, esperaba que el Mesías, el Hijo de Dios, anunciado por los profetas y deseado por el pueblo, fuera un varón. El carpintero mantuvo la mirada para comprobar la ausencia de órganos sexuales masculinos. No había ninguna duda. Había nacido una niña. Con mucha precipitación y más nervios, devolvió la criatura a su madre, sin decir una sola palabra. No realizó la ofrenda al cielo.

1.2

Cuando llegó el momento de enviar a quien debía salvar al mundo del pecado, de la ignorancia y de la soberbia, Yahvé determinó que fueran visibles todos los signos señalados por los profetas para reconocer su llegada. Lo hizo para que un hubiera ninguna duda.

Sin embargo, esa misma ignorancia y esa soberbia, unidas a los intereses egoístas y a los prejuicios, impidieron que la persona enviada y su misión fueran reconocidas.

1.3

¡No toleraré que nadie se proclame Mesías!

El anciano y voluminoso Herodes, Rey de los Judíos, conocido como el Grande, estaba despierto a esas horas de la noche. Se hallaba encerrado en una de las lujosas salas de su palacio. Llevaba días preocupado por la celebración del aniversario de su reinado. No eran las fechas exactas para celebrar ese acontecimiento. Pero él personalmente había decidido adelantarlo. Deseaba, con ese adelanto, atajar los intentos que él veía, dentro y fuera de su familia, para propiciar su sustitución a causa de sus muchos años y sus también abundantes achaques. Quería demostrar públicamente ante todo el pueblo, que se mantenía firme en su cargo real y seguía proclamando su calidad de Mesías enviado por Yahvé.

¡Yo soy el rey y el Mesías de los Judíos! - afirmó al contemplar, en el cielo, los signos de los tiempos - A estas alturas de mi vida, me gusta más lo de ser Mesías y salvador del pueblo que lo de rey.

Herodes, receloso y taciturno, deseaba aparecer, de nuevo, como el reconstructor del honor y la riqueza de su pueblo. Encerrado en su despacho, estaba presionando para que se acelerara la reconstrucción del gran templo de Jerusalén, que él consideraba como su obra arquitectónica por excelencia. Quería hacer coincidir su inauguración con los actos de autoexaltación. La vinculación de su persona con el templo le permitiría hacer ver al pueblo el carácter sagrado del reinado y la misión que él mismo se había otorgado al autoproclamarse el Mesías anunciado por los profetas. De esa manera, estaría autorizado para adoptar medidas duras e incluso sangrientas hacia los que, dentro o fuera de su familia, deseaban librarse de él para ocupar el sillón del trono y el prestigio mesiánico. Mientras en el cielo tenían lugar los signos mesiánicos, Herodes estaba repasando el decreto que había ordenado hacer público solemnemente a la mañana siguiente.

1.4

Ahora, fuera del establo, José sentía el temblor de las manos. Su corazón palpitaba con más fuerza de lo normal. Se dio cuenta de que las piernas también le temblaban. Sobre todo, notaba la confusión de su mente y sus profundas dudas.

Habían venido para cumplir la orden de empadronamiento dictada por el procurador romano Publio Quirino. Su esposa María era llamada ‘la virgen’ porque había vivido interna en el templo hasta el mismo momento de desposarse. A causa de su muy avanzado estado de buena esperanza, había realizado el viaje a

lomos de un mulo.

Tenía la intención de cumplir con la obligación de empadronarse y regresar inmediatamente, para que el deseado niño naciera en la casa paterna. Pero los movimientos del camino precipitaron el parto. Ese pequeño adelanto, sin embargo, no frustraba ninguna de sus elaboradas esperanzas de dar a luz al Mesías. Estaban dentro de las fechas señaladas por los profetas para el magno acontecimiento, preparado por todos con tanto cuidado.

—Señor, dime por qué lo has hecho. ¡Por favor! Dime qué va a pasar con mi hija como Mesías.

Todos los detalles habían sido escrupulosamente calculados. El astuto y sibilino rabino Zacarías había releído muchas veces los versículos de los profetas referidos al nacimiento del Mesías. Se cumplían todas las condiciones. Se había buscado que los dos esposos procedieran de la estirpe de David por línea directa. Había sido concebido en el momento oportuno de acuerdo con las predicciones. El precursor había nacido también cinco años antes, de acuerdo con lo anunciado en las Sagradas Escrituras. Todo estaba preparado, calculado y medido. ¡Pero había nacido una niña!

—Señor, tú que envías los signos de los tiempos y ordenas todos los acontecimientos, ¿puedes manifestarme cuáles son ahora tus designios? Pero no me pidas que sacrifique a mi hija por ninguna causa. Mi hija ocupa el primer lugar en mi corazón. Aunque esto sea pecado, está por encima de Ti.

1.5

Aunque todavía faltaban varias horas para el amanecer, el cielo estaba pintado de un color rojo intenso, Ocasionalmente iluminado con rayos de colores brillantes. Las nubes habían sido alejadas. El viento había quedado en suspenso. Sin embargo, se mantenía el sonido que producen las nubes al desplazarse con gran velocidad.

Eran los signos de los tiempos anunciados. Todo estaba quieto y solemne, según habían predicho los profetas para el momento en que debía nacer el Mesías enviado por el Altísimo para salvar a la humanidad y transformar la religión judía. Era la confirmación de que había llegado el Redentor.

1.6

¡Está en peligro! Debemos apresurarnos para defenderle.

En el momento del nacimiento, los tres sabios que habían emprendido viaje desde oriente, notaron un fuerte temblor bajo sus pies. Los camellos se habían puesto nerviosos. Comprendieron que debían apresurarse porque el gran acontecimiento, cuya llegada ellos habían conocido a través de los libros sagrados, ya había tenido lugar.

¡Acaba de nacer el Mesías! – dijo Melchor, el más anciano. - Caminemos más deprisa Hay muchos interesados en destruirle.

Su hijo Gaspar y Baltasar, el sabio etíope recién incorporado al grupo, tuvieron dificultades para dominar los camellos, para colocar de nuevo los arreos y para reanudar el camino. Ayudaron al anciano con cuidado para que subiera. Se colocaron delante para acelerar la marcha con el fin de presentarse, cuanto antes, al nuevo Mesías para rendirle los honores y ofrecerle sus regalos.

El nerviosismo de los animales y la prisa provocaron una desorientación momentánea. Baltasar, el responsable de los mapas, iba a sacar ya sus instrumentos de cálculo. No fue necesario. Una estrella brillante apareció en el cielo. Se colocó delante de ellos y les indicó la dirección que debían seguir.

1.7

¡Gracias, señor, por enviar a una mujer!

María, la madre, tenía unos rasgos marcados y firmes, a pesar de que acababa de dar a luz. Con movimientos rítmicos, intentaba acallar el llanto de su descendiente. El esposo regresó al interior del establo, todavía poseído por la sorpresa.

Los planes tendrán que cambiar.

¿Qué planes hay que cambiar?

María acarició a su hija y se detuvo en su sexo. Continuaba embargada por la emoción de dar a luz por primera vez. La tensión de hacerlo en esas circunstancias y en un establo, la condicionaban.

Debemos luchar por el bien de nuestra hija. – exclamó el carpintero con desconcierto y gran preocupación – Esa será nuestra única misión.

¡No me contagies con tus nervios y tus dudas! Yahvé domina

todos los designios. Él lo ha decidido así. – respondió María con firmeza – Ella es la Mesías. Necesitamos una Mesías mujer. ¡Las mujeres la necesitamos! Cuando estuve trabajando interna en el templo, decidí oponerme al poder absoluto que se atribuyen los hombres por el mero hecho de serlo.

□Él domina todos los designios. Pero nosotros no los conocemos.– José no salía de su perplejidad.

□Lo que Yahvé nos tenía que decir, está muy claro. ¡Nuestra hija es la Mesías! –replicó la madre - ¡Gracias, señor, por redimir a las mujeres!

1.8

□¡Esto hay que impedirlo!

En esos días, el Sumo Sacerdote Anás caminaba ya arrastrando los pies. La curvatura de su espalda era pronunciada y le impedía contemplar el cielo, salvo haciendo un complicado movimiento de su cuerpo que le resultaba doloroso. Sin embargo, también fue testigo de los signos que aparecieron en el firmamento. Se hallaba despierto a esas horas de la noche, no por estar dedicado a la oración, sino por el insomnio que padecía desde los primeros años de su madurez.

Le sorprendió el resplandor que venía de lo alto en esos momentos de oscuridad. No pudo resistir la tentación de ver lo que estaba sucediendo en lo alto. Le pareció tan extraño, que se sentó en una silla alargada y sin respaldo que le permitía adoptar una postura casi horizontal para contemplar mejor el espectáculo.

□¡Los sabios de oriente querían conocer estos signos del cielo!

El Sumo Sacerdote Anás se levantó repentinamente de la silla, a pesar de sus muchos años y no menos achaques. Había recordado que, hacía tiempo, había recibido en el templo de Jerusalén al joven Gaspar. Le pidió, en nombre de su padre y de todo el grupo de sabios de Alejandría, concreción sobre los signos que debían verse en el cielo coincidiendo con el momento de nacer el futuro Mesías. En aquel momento, Anás había despedido malhumorado al joven mensajero. Le recomendó que dijera a su padre y a los otros sabios que no tenía que aparecer ningún signo en el cielo, porque no se esperaba la llegada de ningún Mesías.

□¡No necesitamos ningún Mesías! Ya tenemos los sacerdotes del templo.

La contemplación ahora de los signos en el cielo había

producido un profundo desasosiego en el Sumo Sacerdote. Caminó de un lado a otro en la terraza de su lujosa casa familiar, arrastrando las babuchas bordadas en oro. Tuvo que secarse el sudor frío en la frente.

—Caifás. ¡Caifás!

El anciano Anás caminó, con la precipitación que le permitían sus fuerzas, hacia la mansión contigua. Allí vivían su hija y su yerno. Al llegar a su puerta, no tuvo la delicadeza de llamar. Directamente, se precipitó en el interior. Obligó a levantarse al joven esposo, mientras la ya no tan joven esposa, refunfuñaba y se daba la vuelta.

Anás hizo mirar con atención los signos que aparecían en el cielo a su apuesto yerno, también sacerdote, el miembro más joven del Sanedrín, colocado por él en vísperas del matrimonio con su idolatrada hija Sara. Después, le ordenó que se vistiera y acudiera al templo.

—En estos momentos de confusión, hay que estar en el puesto de mando. No podemos tolerar que se aprovechen de estos hechos para socavar nuestra autoridad al frente del Templo. – afirmó el anciano.

Caifás estaba todavía dormido y no entendió muy bien las razones expuestas por su suegro y protector. Éste aludió a que era preciso estar preparados para responder, de modo inmediato, a una posible conspiración urdida por sus enemigos. Alguien podría aprovechar esos efectos meteorológicos extraños para lanzar la figura de un falso Mesías con el fin de desestabilizar el poder del Sumo Sacerdote.

—No debemos permitir que alguien se proclame Mesías fuera de nuestro control. - ordenó Anás - Sería una catástrofe para todos. ¡Nosotros somos la máxima autoridad procedente de Yahvé! Nada debe suceder sin que lo determinemos nosotros.

El joven y ambicioso sacerdote, que se había casado con la hija de su valedor, a pesar de ser mayor que él, con el único propósito de ascender en su carrera, no puso ninguna objeción a la orden. Hubiera preferido volver a meterse en las sábanas calientes junto a su oronda esposa. Pero obedeció a su suegro. Se vistió y se encaminó hacia el templo a hora tan intempestiva. La caprichosa Sara, en cambio, criticó a su padre por arrebatarle a su marido de la cama.

1.9

—¡Habrá que buscar un varón! ¡Una mujer nunca puede ser Mesías! ¡No tiene capacidad para asumir esa misión! – dijo el rabino

Zacarías.

El carpintero, acudió a casa de Zacarías para anunciarle lo ocurrido. Estaba preocupado porque los planes, elaborados por este rabino manipulador, podían afectar a su hija.

—Voy a defender a mi hija con todas las consecuencias-afirmó José con fuerza.

Zacarías era un hombre demasiado delgado. Más bien feo. Su cara tenía rasgos desequilibrados. Pero su principal defecto físico estaba en la pierna izquierda. Era notablemente más corta que la derecha, lo que le provocaba una indisimulable cojera. Este defecto físico había marcado su vida. Le había provocado un especial resquemor hacia el resto de las personas. Con el fin de compensar esta discapacidad, había desarrollado un gran tesón y un afán de perjudicar a los que competían con él. Se había dedicado, desde muy joven, al estudio de las Sagradas Escrituras, al igual que su hermano menor, Andrés.

Zacarías había alcanzado gran profundidad y brillantez. Sin embargo, su defecto físico le había impedido acceder al puesto de sacerdote del templo y había cerrado sus posibilidades para ser miembro del Sanedrín. Se daba la sangrante ironía de que su hermano y otros sacerdotes que acudían a él para consultarle los puntos más oscuros de las escrituras, ocupaban cargos importantes por no tener ninguna deficiencia anatómica. Zacarías los trataba con disimulado desprecio y no siempre les exponía la interpretación verdadera.

Con la ventaja que le otorgaba su meticuloso conocimiento de todas las Sagradas Escrituras, especialmente las referidas a los profetas, Zacarías había podido señalar el momento y las circunstancias exactas en que las profecías sobre la llegada del Mesías debían cumplirse. Había propiciado que María, la joven virgen que había permanecido, desde su niñez, en el templo sin conocer más presencia de varón que la de sus preceptores, se uniera en matrimonio al casto José. Él mismo se había preocupado de investigar sobre las genealogías de José y de María para confirmar que ambos procedían, por línea directa, de la estirpe del Rey David.

Sus estudios y sus planes habían sido realizados con tanta meticulosidad y con tanta ambición que no había sido descuidado ningún aspecto para que se realizara la deseada llegada del Mesías anunciado. Incluso, él en persona se estaba preocupando de comprobar el cumplimiento de cada uno de los acontecimientos anunciados. Por esa razón, Zacarías recibió con gran pesar la noticia de que había nacido una niña.

—Esa circunstancia cambia totalmente los planes. Los anula. - sentenció el rabino en un tono de gran severidad. - Tu hija no podrá ser Mesías.

—¿Por qué no? Yahvé lo ha querido así. – dijo José con firmeza aunque sus manos y sus pies temblaban.

—No lo puede querer. Una mujer no puede ser Mesías. ¡Sería una ofensa para tan alta misión!

—¡Yo voy a luchar por el bien de mi hija!

—José, no te pongas terco. Hay que aceptar los hechos como son. Ha nacido niña. No puede ser el Mesías, aunque sea tu hija.

—¡Zacarías, no vuelvas a decir eso! – el carpintero adoptó una actitud muy seria, casi amenazante – ¡Recuerda la maldición que anuncian los profetas para los que se opongan a la misión del auténtico Mesías!

—Esa maldición no me hace a mí temblar. – reaccionó el lisiado Zacarías con soberbia – Yo sé lo que busco. He determinado lo que hay que hacer para que las profecías se cumplan y no se aplique esa maldición.

1.10

—Deseamos ser recibidos por el rey Herodes. - dijo Gaspar, ayudando a su padre - Debemos anunciarle una gran noticia. ¡En su reino, ha nacido el Mesías!

No fue fácil ser recibidos por el voluminoso Herodes. Los tres sabios fueron sometidos a varios interrogatorios. Tuvieron que exponer otras tantas veces cuáles eran sus propósitos. Debieron esperar en diversas salas. El anciano Melchor se vio muy afectado, a pesar de las atenciones de su hijo y del sabio etíope. Sus séquitos fueron revisados.

Cuando se les permitió entrar en la sala de visitas privadas, Herodes se había colocado todos sus adornos y distinciones. Había sido ya informado por sus secretarios de la noticia que le traían. Su reacción inicial fue un enfado sonoro y violento. Su primera decisión fue ordenar la muerte inmediata de los tres mensajeros que le traían tan nefasta noticia justo en el momento en que él, Herodes el Grande, estaba preparando la magna celebración de su aniversario como rey y como Mesías.

Sus consejeros le hicieron recapacitar. La muerte de los tres sabios de Oriente podía traerle problemas con los monarcas vecinos. Sobre todo, por la gran notoriedad y prestigio que tenía Melchor, por sus investigaciones en la biblioteca de Alejandría. Además, ese castigo no tenía ninguna utilidad. Era mucho más eficaz recibirlos.

Debía aparentar alegría por la noticia y obtener información que le permitiera descubrir quién era ese Mesías, dónde estaba y quiénes participaban de esa operación.

Con esa estrategia, el rey de los judíos aparentó una actitud muy amigable. Entró en la sala de recepción con una amplia sonrisa. Se dirigió a los sabios con gran amabilidad, tratándolos como si fueran viejos conocidos.

—¡Bienvenidos, amigos! Es una gran alegría recibir a mensajeros tan ilustres que traen tan maravillosas noticias.

—Majestad,…

—No andéis con ceremonias. Estoy deseoso de saber dónde está ese niño que será el Mesías con el fin de ir yo mismo a rendirle mis honores.

—Somos nosotros quienes deseamos obtener esa información para llegar hasta donde está esa criatura.

—¿Vosotros no sabéis ni quién es ni donde está?

—Una estrella nos ha guiado hasta aquí. Tiene que estar muy próximo.

—Si esa estrella os ha traído hasta aquí, quizá se pueda interpretar que el Mesías esperado soy yo. ¿No creéis?

Los sabios de Alejandría, que se habían sorprendido por la empalagosa y artificial amabilidad del rey, recordaron en ese momento las noticias de que Herodes se había proclamado a sí mismo Mesías y sintieron miedo de su reacción.

—Os propongo un acuerdo. Os daré alimentos y bebidas para que podáis continuar vuestro camino. Buscad a ese niño. Y cuando lo encontréis, vendréis a decírmelo. ¿Estáis de acuerdo?

Melchor, en nombre de los tres, aceptó inmediatamente esa propuesta. Era la manera de terminar la comprometida visita. Pensaron que debían abandonar cuanto antes el palacio real, para evitar incluso que corrieran peligro sus vidas.

1.11

—¡Hija mía, cuenta conmigo! Tú liberarás a todas las mujeres. No ha sido ningún disgusto. - se dijo María a sí misma mientras atraía a su hija hacia su cuerpo - Yo también suponía que serias un varón. ¡Pero te prefiero a ti! Confía siempre en mí. Sólo haré lo que sea mejor para tu misión en favor de las mujeres.

La llegada de sus padres, Joaquín y Ana, sacó a María de su ensimismamiento. Se presentaron en silencio y con cautela, como correspondía a su educación y manera de comportarse. La madre primeriza se levantó como un resorte, aunque procuró que la

criatura siguiera mamando. La abuela se acercó con cuidado intentando no interrumpir. Saludó con afecto a su hija, mientras besaba delicadamente a su nieta. El abuelo se quedó algo alejado. Acarició su mano diminuta.

□Te he traído roscos de anises. Te gustaban mucho de pequeña. – dijo Ana con cariño. – Los he hecho esta misma mañana.

De repente, María se echó a llorar con sonoros sollozos. Su madre la abrazó. Intentó calmarla. Era lógico su nerviosismo como consecuencia de tantos acontecimientos acumulados. La comprendía. Ella estaría en la misma situación.

□¿Pasa algo, María? – preguntó su padre con afecto - ¿Algo ha ido mal?

□¡No la atosigues! – le reprendió Ana – Son nervios lógicos, después de todo lo que ha pasado. Dar a luz fuera de casa produce muchos nervios.

□Sólo he preguntado si todo ha ido bien – se justificó el abuelo manteniendo sus modales educados.

□Estoy muy contenta. ¡Ha nacido una niña! – susurró María mientras se limpiaba las lágrimas.

□¿Una niña? ¡Pobre!

Ana cogió a su nieta con cuidado. La colocó para que pudiera eructar, después de haber mamado. Se movió rítmicamente para que la criatura se sintiera bien. Joaquín se acercó a su hija y la acogió entre sus brazos. María se refugió en ellos con cariño, como cuando era pequeña. Siempre había tenido una relación muy personal con su padre.

□¡No te preocupes, María! – dijo Joaquín mientras besaba a su hija en la frente y secaba sus lágrimas – Lo importante es que las dos estéis bien.

□¿Cómo puedes decirle que no se preocupe? – le reprochó su esposa en su tono habitual.

□Yo prefiero tener una nieta. Así os olvidáis de todas esas fantasías religiosas del Mesías, el enviado de Dios y todas esas tonterías.

□¡Joaquín, cada vez lo pones peor! Lo mejor es que te calles. – intervino de nuevo su esposa - Como tú eres un descreído, no has sido partidario de que el Mesías fuera nuestro nieto.

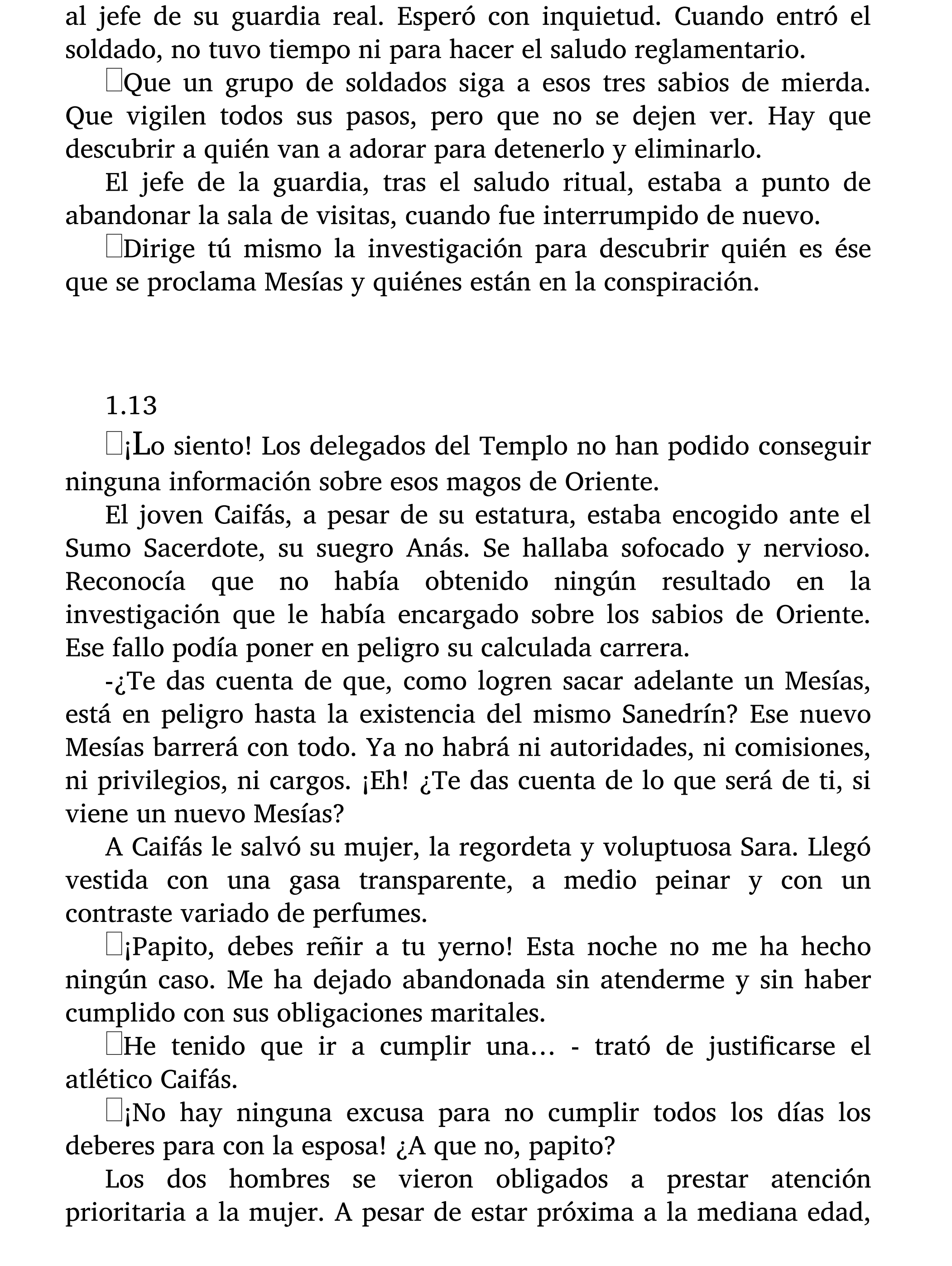
□No es el momento de discutir delante de tu hija y de tu nieta. El tiempo me dará la razón de que es mejor que haya sido una niña. Evitará toda esa locura en que os ibais a meter.

La abuela, con su habilidad, había logrado que la criatura se quedara dormida. Siguió con su movimiento rítmico para

mantenerla en ese estado. A la vez, se fue acercando a su hija.

1.12

—¡Hay que eliminar ya al Mesías ese recién nacido!



Desde la misma sala de recepción privada, Herodes hizo llamar al jefe de su guardia real. Esperó con inquietud. Cuando entró el soldado, no tuvo tiempo ni para hacer el saludo reglamentario.

—Que un grupo de soldados siga a esos tres sabios de mierda. Que vigilen todos sus pasos, pero que no se dejen ver. Hay que descubrir a quién van a adorar para detenerlo y eliminarlo.

El jefe de la guardia, tras el saludo ritual, estaba a punto de abandonar la sala de visitas, cuando fue interrumpido de nuevo.

—Dirige tú mismo la investigación para descubrir quién es ése que se proclama Mesías y quiénes están en la conspiración.

1.13

—¡Lo siento! Los delegados del Templo no han podido conseguir ninguna información sobre esos magos de Oriente.

El joven Caifás, a pesar de su estatura, estaba encogido ante el Sumo Sacerdote, su suegro Anás. Se hallaba sofocado y nervioso. Reconocía que no había obtenido ningún resultado en la investigación que le había encargado sobre los sabios de Oriente. Ese fallo podía poner en peligro su calculada carrera.

-¿Te das cuenta de que, como logren sacar adelante un Mesías, está en peligro hasta la existencia del mismo Sanedrín? Ese nuevo Mesías barrerá con todo. Ya no habrá ni autoridades, ni comisiones, ni privilegios, ni cargos. ¡Eh! ¿Te das cuenta de lo que será de ti, si viene un nuevo Mesías?

A Caifás le salvó su mujer, la regordeta y voluptuosa Sara. Llegó vestida con una gasa transparente, a medio peinar y con un contraste variado de perfumes.

—¡Papito, debes reñir a tu yerno! Esta noche no me ha hecho ningún caso. Me ha dejado abandonada sin atenderme y sin haber cumplido con sus obligaciones maritales.

—He tenido que ir a cumplir una… - trató de justificarse el atlético Caifás.

—¡No hay ninguna excusa para no cumplir todos los días los deberes para con la esposa! ¿A que no, papito?

Los dos hombres se vieron obligados a prestar atención prioritaria a la mujer. A pesar de estar próxima a la mediana edad,

se comportaba como si estuviera en la primera juventud, llena de caprichos y deseos inmaduros. Tuvieron que dejar el serio asunto que estaban tratando.

1.14

—Será un escarmiento para los que participen en cualquier conspiración contra mí o pretendan proclamar a otro Mesías.

Esa misma noche, el despótico y solitario Herodes ordenó la detención de su esposa Mariamne y sus dos hijos mayores. Los encerró en una mazmorra de los sótanos de su palacio. Colocó vigilantes en su alrededor con el fin de que no pudieran comunicarse con nadie.

—¡Que las maldiciones divinas caigan sobre ellos!

No aludió a sus otros hijos. Pero insinuó que se estaba buscando a nuevos cómplices para detenerlos también y someter a todos a un juicio sumarísimo.

1.15

—¡Debéis huir! La vida del Mesías corre peligro.

Los tres sabios de Oriente lograron, por fin, llegar hasta el lugar donde tenían que rendir tributo al nuevo Mesías. La estrella los guió hasta el establo donde había nacido. Durante todo el recorrido y también a la llegada, tuvieron buen cuidado en cerciorarse de que no eran seguidos por los soldados del rey.

María y José quedaron muy sorprendidos por su presencia. Todavía se sorprendieron más cuando escucharon cómo habían descubierto, en su lejano país, las señales anunciadoras del Mesías y cómo habían sido guiados por una estrella. Recibieron, con alegría y desconcierto, los regalos que los sabios les entregaron en forma de oro, incienso y mirra.

—Éste es el momento más grande de mi vida. - afirmó Melchor con lágrimas en los ojos - He podido ver y tocar al enviado de Dios. Este es un gran día para toda la humanidad. Pero ahora debéis venir los tres con nosotros para que Herodes no cumpla su deseo asesino.

—Una cosa debo deciros. –afirmó María – Ha nacido niña. La Mesías será una mujer.

—¿De verdad? – preguntó el anciano Melchor - ¡Eso es otra gran esperanza para la humanidad! Yo la ocultaré entre mis mantos, hasta que salgamos del reino de Herodes.

—Señor, - intervino Baltasar – los signos del cielo dicen que debemos irnos ya. La niña correría más peligro si viene con

nosotros.

□Entonces, no debéis venir con nosotros. –rectificó el anciano Melchor.

1.16

□Caifás, - advirtió Anás a su yerno - la situación se está agravando. La falta de noticias sobre los sabios de oriente indica que hay maniobras ocultas para poner un Mesías. Debemos convocar una reunión urgente del Sanedrín.

□Podemos esperar a…

□Hay que atajar cuanto antes este peligro del Mesías. Puede tener muy graves consecuencias para nosotros.

1.17

□No debes aceptar que manipulen a tu hija ni con intenciones religiosas ni con intereses políticos. ¡Ella es lo más importante! Sácala de ese mundo desde el principio. ¡Renuncia a que sea Mesías!

Joaquín había ido de nuevo a visitar a su hija María. Se había quedado preocupado por la tensión que ésta tenía por haber dado a luz a una niña. Él, que no asistía a los actos religiosos ni creía en la existencia de ningún ser de carácter divino, se había opuesto desde el principio a los preparativos para la llegada del Mesías.

□¡No la voy a manipular! Ella será la Mesías femenina y liberará a las mujeres de la sumisión. Yahvé lo ha decidido así.

□Olvídate de la religión. ¡Hay que lograr que tu hija, mi nieta, sea feliz! Yo me encargaré de instruirla. La enseñaré todo lo que debe saber de ciencia y de poesía. Sobre todo, le inculcaré el espíritu de la curiosidad para que ella misma siga buscando.

□Papá, estamos hablando del Mesías esperado por toda la humanidad. - insistió María.

□No quiero discutir contigo sobre religión. - sentenció el abuelo - Sólo quiero decirte que tu hija es lo más importante. Más que la religión. Más que la política. Más que Israel. Más que la humanidad. Manda al Mesías a tomar viento. Piensa sólo en la felicidad de tu hija. Yo sólo pienso en la felicidad de mi nieta.

□¡No puedo aceptarlo! Se trata de la salvación de la humanidad, sobre todo de las mujeres. José y yo hemos sido llamados para ser los padres del nuevo Mesías. Por haber nacido niña, no podemos eludir nuestra responsabilidad. ¡Todo lo contrario!

□Te lo repito. No voy a permitir que a mi nieta le roben su

felicidad. Permití que robaran tu felicidad, metiéndote entre las vírgenes del templo. Es algo que nunca perdonaré a tu madre. Con mi nieta, no lo toleraré.

1.18

—¡Ha sido un acierto no traer a la niña con nosotros. – dijo el sabio Gaspar – Hubiera corrido un grave peligro.

Los tres sabios de Alejandría, al salir del establo, tomaron caminos alternativos y poco concurridos con el fin de evitar a los soldados de Herodes. A pesar de las molestias que causaban a Melchor, los dos jóvenes obligaron a los camellos a realizar jornadas muy largas y a gran velocidad. Sin embargo, muy pronto notaron que eran perseguidos por los soldados del sanguinario rey de los judíos.

—No ha sido un acierto. Ha sido un milagro de Dios para salvar a su Hija, enviada como Mesías. - sentenció el anciano Melchor.

1.19

—¡José, no aceptes ningún trato sobre nuestra hija con ese rabino! – respondió María.

—Quizá debemos tomar algunas precauciones por si acaso. Podemos simular una ceremonia de la circuncisión.

—¡José, es una niña! Simular una circuncisión es una barbaridad.

—No sabemos lo que puede pasar en el futuro. - sugirió el carpintero - Debemos dejar abiertas todas las posibilidades.

—¡No estoy de acuerdo! Debemos ponerle un nombre como a una niña normal. Yo propongo que se llame Hannah.

María se levantó para ir a comprobar si su hija seguía dormida. Se quedó un momento contemplando su cuerpo pequeño y bien formado. Se agachó para besarla en la frente con cuidado. Después, se dirigió a su esposo, que mantenía su habitual actitud de duda e indecisión.

—José, yo también tengo miedo de hacerle daño a nuestra hija. Es nuestra responsabilidad protegerla.

—Debemos ser fuertes. – dijo José disimulando sus nervios - Nosotros daremos sus primeros pasos. Tenemos que decidir qué es lo mejor para ella.

—Es la Mesías y punto. Ha venido con la misión de liberar a las mujeres.

—¿Por qué no nos dice Yahvé lo que debemos hacer? Si es su Hija y si es su Mesías, que nos diga cómo debemos obrar.

—Lo que está claro –sentenció María – es que la bautizaremos

como mujer.

1.20

Herodes, en otra noche de insomnio, tomó la decisión de dar un buen escarmiento. Era la mejor manera de demostrar que no estaba dispuesto a tolerar ninguna maniobra para arrebatarle el título de Mesías. Demostraría públicamente que, a pesar de sus muchos años, no le temblaba la mano para eliminar a sus enemigos.

—¡Evitaré que la maldición divina caiga sobre mí! Buscaré otros culpables.

Antes del amanecer, ordenó que se diera muerte a su esposa Mariamne y a sus hijos Alejandro y Aristóbulo. Simultáneamente, hizo detener al jefe de su guardia real. Le acusó de que su ineficacia para identificar al que se autoproclamaba Mesías. En consecuencia, ordenó que fuera también decapitado

1.21

—¡José, confiésalo! No has logrado convencer a tu mujer. Ella te ha convencido a ti. ¿Es así o no?

A José le temblaban las manos, mientras hablaba con el rabino. Sus ojos se dirigían al suelo ante el temor de encontrarse con la severa mirada del intérprete de las sagradas escrituras. El rabino, consciente de su superioridad, había decidido aprovecharse de la situación.

—¡Sólo estoy seguro de una cosa! - confesó el carpintero - Lo único que quiero es ayudar a mi hija.

—Lo mejor es simular la circuncisión. – afirmó el rabino para presionar a José - ¡Ésta es mi última propuesta!

—¡Debes ayudarnos! - suplicó José con gran tensión – Tú has preparado su llegada con todo cuidado. ¡No puedes abandonarnos ahora!

El rabino se quedó pensativo. Simuló estar valorando los pros y los contras. No contesto de inmediato. Se levantó. Miró a José. Le vio especialmente preocupado. Retorcía las manos para expresar sus nervios. En otra persona, se podría decir que se compadeció. En Zacarías, es preciso afirmar que había cambiado de estrategia para sacar más ventaja.

1.22

Casi en los límites del territorio en el que mandaba Herodes como rey, en un camino pedregoso, entre montes casi perdidos, aparecieron, con las primeras luces de la aurora, los cuerpos sin

vida y cruelmente torturados de los tres sabios llegados de Oriente. Presentaban numerosas heridas distribuidas por todas las partes. Las cabezas, deformadas por los golpes, estaban separadas del resto del cuerpo.

Un poco separados de esos dos cadáveres, se hallaban los cuerpos de los camellos en los que regresaban hacia su país. También estaban mutilados y envueltos en sangre. Asimismo, sus pertenencias se encontraban desperdigadas por los alrededores. Todas abiertas y rotas.

1.23

—Es conveniente que desaparezcamos durante un tiempo. Yahvé ya la ha salvado al impedir que fuéramos con los sabios. Aquí habrá nuevos y más graves peligros.

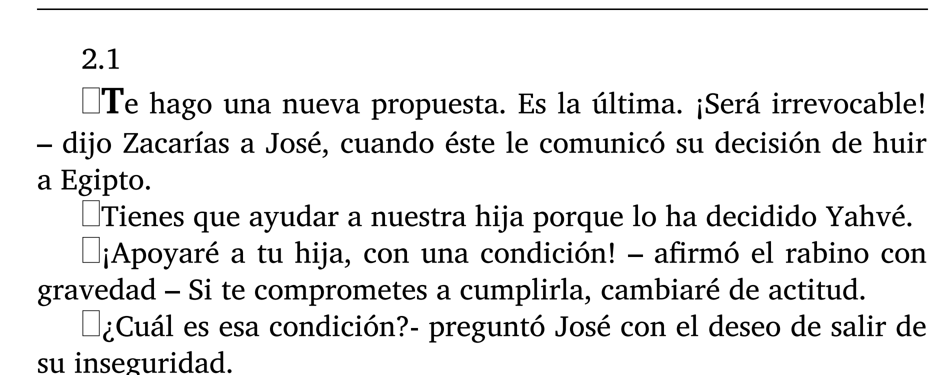
José manifestó a María su preocupación por las medidas que estaba tomando Herodes para descubrir a la nueva Mesías. A su juicio, no pararía hasta encontrarla y hacerla desaparecer. Según todas las indicaciones, los achaques de la ancianidad le habían vuelto mucho más susceptible. Sospechaba de todos, y estaba firmemente decidido a defender su puesto de rey y de Mesías por todos los medios.

—Cualquier enemigo envidioso puede denunciar a nuestra hija.

—¿A dónde debemos ir? Herodes tiene poder para perseguirnos por todo el reino y los alrededores. – preguntó María mostrando también su temor.

—Podemos huir a Egipto. Allí no puede hacernos nada. – dijo José – Nuestra hija estará a salvo en Egipto.

El COMPROMISO



2.1

—Te hago una nueva propuesta. Es la última. ¡Será irrevocable! – dijo Zacarías a José, cuando éste le comunicó su decisión de huir a Egipto.

—Tienes que ayudar a nuestra hija porque lo ha decidido Yahvé.

—¡Apoyaré a tu hija, con una condición! – afirmó el rabino con gravedad – Si te comprometes a cumplirla, cambiaré de actitud.

—¿Cuál es esa condición?- preguntó José con el deseo de salir de su inseguridad.

—¡Tendrá que parecer un hombre! Será educada como un hombre. ¡Exteriormente será en todo como un hombre! Si vais a Egipto, lo puedes lograr fácilmente. Ahora no lo sabe todavía nadie. A la vuelta, no tiene por qué enterarse.

—¿Si fuera así, no buscarás otro Mesías?

—¡Eso dependerá de que cumplas este compromiso! – expuso el rabino con exigencia – Si te apartas de él en lo más mínimo, buscaré otro Mesías. Tienes una oportunidad para mantener mi apoyo. ¡Debe parecer en todo un hombre!

—Dame un poco de tiempo para decidir. – pidió el padre.

—¡Seré inflexible! Si no cumples mi condición, iré contra ti y contra tu hija con todas mis fuerzas.

2.2

Anás, como Sumo Sacerdote, tuvo interés en que los rabinos difundieran, en las ceremonias religiosas, la teoría de que el Mesías anunciado por los profetas no debía concretarse en una persona física. Redactó un mensaje en ese sentido para su lectura obligatoria en las sinagogas. Se insistía en que la renovación espiritual tenía que hacerse dentro de las actuales estructuras religiosas, apoyando incluso con nuevos donativos en las colectas del templo.

—Quien anuncie la falsa llegada de alguien que se hace pasar por Mesías deberá ser denunciado para que reciba el castigo correspondiente - terminaba diciendo el mensaje.

Una vez redactado el documento, encargó a Caifás que lo distribuyera entre los miembros del Sanedrín que eran partidarios de esas mismas ideas. Nicodemo y José de Arimatea, que no sintonizaban con ese parecer, se enteraron del contenido una vez

que fue leído. De esa manera, se evitó que surgieran maniobras que impedir su distribución.

2.3

—¡Se llama ya Hannah! No voy a hacer ninguna concesión.

María se mostró muy enfadada con su marido. Mantenía la opinión y la decisión de defender la identidad femenina de su hija. José no replicó. No tenía las ideas claras sobre cómo debían actuar. Tampoco tenía fuerzas para aplicar el principio de autoridad que favorecía al marido y en el que tanto insistía Zacarías.

—Tenemos que ganar tiempo y tener abiertas todas las posibilidades. ¿No crees que es lo mejor?

—¡Escúchame bien, José! - afirmó María con seguridad - Mi hija se llama Hannah y siempre se llamará así.

—No podemos ponerla en el peligro de ser sustituida por otro Mesías.

—Dios ha puesto a una mujer como Mesías. Es lo más grande que ha podido hacer. Tu hija Hannah es la Mesías de las mujeres.

2.4

De acuerdo con el calendario establecido en la ley y antes de iniciar su traslado a Egipto, José se trasladó a Jerusalén para realizar en el templo las ofrendas por el nacimiento de su hija. Una vez terminados los rezos y las ofrendas establecidas en el ritual, justo cuando iba a abandonar los lujosos locales del templo, se le acercó el sacerdote Andrés, hermano menor de Zacarías. Aunque no le tocaba en ese momento hacer guardia, se había trasladado hasta esas dependencias por indicación de su hermano.

Saludó a José con afecto. Sin embargo, le indicó que no podía hacer que se entonaran, en ese momento, los salmos dedicados a la llegada del Mesías. Se habían recibido órdenes internas para que en las ceremonias dentro de templo no se utilizaran los salmos referidos a la llegada del Salvador.

Andrés se ofreció ayudarle en todo lo posible. Sin embargo, José no pudo calcular los límites de esa ayuda, ya que no sabía si Zacarías le había informado sobre sus exigencias. Se limitó a agradecer esa oferta de ayuda y se despidió con rapidez.

2.5

‘Por el presente decreto real, ordeno que todos los niños nacidos en este reino durante el presente año se presenten en palacio con el fin de proceder a su identificación. Los padres que no cumplieran

con esta orden serán castigados severamente’

Este era el contenido del breve decreto hecho público por Herodes con el fin de localizar al recién nacido que pretendía ser la encarnación del Mesías.

2.6

Justo en la noche anterior al descanso semanal, tuvo lugar un acto violento de protesta ante la puerta principal del palacio de Herodes. Un grupo de jóvenes lanzó piedras a los soldados que realizaban la guardia. Querían exponer su disconformidad con lo que consideraban el sometimiento del rey de los judíos a las autoridades romanas.

La acción violenta estuvo muy bien planificada y desarrollada. Inicialmente un grupo de seis jóvenes lanzaron piedras a los soldados desde el lado izquierdo. Fue un ataque por sorpresa. Antes de que la guardia real pudiera reaccionar, ya habían desaparecido. Cuando estaban todavía desconcertados los soldados, otro grupo de seis, desde el lado derecho, los atacó con flechas. También lo hicieron con gran rapidez y desaparecieron sin dejar ningún rastro. Repitieron ambas operaciones, pero sólo una vez. De esa manera, cuando llegaron refuerzos de la Guardia real, ya no pudieron intervenir porque habían desaparecido. Todos los intervinientes eran muchachos jóvenes. Entre todos, destacaba uno de apenas catorce años, llamado Barrabás, que dirigía el grupo de los lanzadores de piedras.

Simultáneamente, en los alrededores del templo, aprovechando los momentos de mayor afluencia de fieles, otros dos grupos gritaron consignas acusatorias del sometimiento a las autoridades romanas. Utilizaron la misma táctica de intervenciones breves y desaparición rápida. La mayoría de los fieles no se alteraron por estas protestas. Conocían ya las actuaciones del grupo de los zelotes, muy activos en la lucha contra la presencia de las fuerzas romanas y también contra los que consideraban que eran colaboradores de la invasión.

2.7

¡Conste que lo hago en contra de mi voluntad! –dijo María casi gritando - ¡Acepto huir a Egipto sólo por salvar la vida de mi hija!

José cargó las pocas pertenencias que habían preparado para el viaje hasta Egipto. Hubieran deseado llevar más cosas. Pero pensaron que sería una dificultad excesiva para el largo recorrido.

María, te he preparado estos dátiles rellenos para el viaje. –

comunicó Isabel a su prima – He puesto muchas almendras porque sé que te gustan.

Realizaron las despedidas dentro de la casa, para no dar notoriedad a la marcha. María cogió en brazos a la criatura, y comenzaron su camino hacia el exilio.

2.8

Como procurador romano, debes intervenir en este asunto del Mesías.

El Sumo Sacerdote Anás había preparado una comisión de miembros del Sanedrín para ir a visitar a Publio Chirino, el procurador impuesto por Roma en el reino de Judea. Aunque existían frecuentes roces entre la administración romana y la autóctona, procuraba no meterse en los pequeños asuntos de la vida cotidiana, mientras no afectaran a las cuestiones importantes, como eran la recaudación de los impuestos y la seguridad del ejército.

¡Esos son asuntos vuestros! –respondió el procurador romano.

Aunque parezca un asunto interno de nuestra religión, - replicó el anciano Anás – afecta muy directamente a las relaciones con Roma. Nosotros cumplimos los acuerdos establecidos, aunque no siempre estemos de acuerdo con ellos. Eso no pasará con ese falso nuevo Mesías.

El mandatario romano no varió de postura, aunque tampoco entró en el debate sobre las ventajas o inconvenientes que podía acarrear la llegada de un nuevo Mesías.

2.9

¡Esto ha sido un milagro de Yahvé para salvar a su nuevo Mesías!

Isabel, la esposa de Zacarías, interpretó como una intervención divina el hecho de que nada más salir la familia de José de los límites del reino, Herodes puso en marcha una operación para eliminar a todos los niños que pudieran ser considerados Mesías.

El decreto que había dado para que esos niños fueran presentados por sus padres no había dado resultados positivos. Ante ese fracaso, el obeso pero perverso monarca dio la orden a su guardia real de que eliminaran por sorpresa a todos esos niños inocentes.

2.10

En Egipto, José y María tuvieron que solucionar, en primer lugar, el problema de la vivienda. Para garantizar más la seguridad

de su hija, decidieron no quedarse cerca de la frontera sino adentrarse en el interior. Buscaron una población grande con el fin de que José pudiera iniciar pronto alguna actividad relacionada con su oficio de carpintero.

Poco a poco, la vida de la familia fue adquiriendo la normalidad. José comenzó a trabajar para otro carpintero, que tenía más encargos de los que podía atender. María olvidó su enfado, compartió trabajos domésticos y estableció intercambio de conocimientos gastronómicos con sus vecinas. La normalidad llegó a tal grado que María quedó embarazada de nuevo.

Hannah fue creciendo. No era muy fuerte, pero se desarrollaba armoniosamente. Pronto comenzó a juguetear con niños y niñas de su corta edad. Aunque José recordaba la exigencia de Zacarías, desde el principio Hannah fue presentada como una niña, la vistieron como tal y la iniciaron en las actividades propias de su sexo femenino.

En lo que José se mantuvo estricto fue en la lectura de las Sagradas Escrituras. Todos los días antes de que se durmiera, él personalmente le leía algunos párrafos especialmente elegidos entre los profetas y daba una explicación que se preparaba con anterioridad. En esta temprana introducción en los libros sagrados, María estaba totalmente de acuerdo, aunque su hija no tuviera todavía edad para comprenderlo.

2.11

□¡Hay una maldición para el que se oponga a la llegada del Mesías! Lo dicen las Sagradas Escrituras. ¡Que no caiga sobre mí!

El corpulento, desconfiado y dubitativo Herodes dio muchas vueltas en su cabeza a los temores que le había creado la decisión de matar a los niños inocentes. En una nueva muestra de su desequilibrio, se encerró en su despacho durante varios días sin querer recibir a nadie.

Una mañana ordenó que llegaran a palacio los máximos expertos en la interpretación de las profecías. Fue preguntando a cada uno cómo debía interpretarse el versículo que se refería a esa maldición. Cada uno hizo su propia opinión. Pero todos, por temor a represalias reales, aseguraron que no necesariamente debía ser interpretado de forma literal. Esas opiniones colaboraron para que el rey abandonara su encierro y volviera a dedicarse a preparar la exaltación de su reino.

2.12

El nacimiento del segundo hijo de José y María fue aprovechado por éstos para estrechar las relaciones con sus vecinos egipcios. El nuevo hijo fue un varón. Desde el principio, decidieron unánimemente ponerle el nombre de Santiago. Hannah, que ya tenía cinco años, recibió con alegría a su hermanito.

Aunque la ceremonia de la circuncisión se realizó en la intimidad, organizaron una fiesta, dentro de sus escasas posibilidades económicas, a la que invitaron a sus vecinos y a otras familias con las que tenían relaciones así como a los maestros y chamanes que debían educar a sus hijos.

María preparó una comida al estilo judío. En primer lugar, puso una cazuela primaveral, con habichuelas verdes, tomates pequeños y pimientos redondos. En el refrito, tuvo el cuidado de partir muy pequeña la cebolla y hacerla poco a poco con el fuego escaso. El plato fuerte consistió en una gallina rellena. Se esmeró en que el relleno tomara el sabor de la nuez moscada. Para postre, hizo naranjas dulces. Cocinó muchas, porque sabía que iban a gustar. A pesar de todo, se terminaron pronto.

2.13

Dentro de los actos organizados por Herodes para celebrar el aniversario de su llegada al poder como rey y como Mesías, quiso dar un relieve especial a la inauguración de la entrada principal del gran templo de Jerusalén. Era la culminación de la reconstrucción del edificio emblemático con el que deseaba pasar a la historia.

—Quiero que destaque, sobre todo, mi carácter de Mesías.

Para que la celebración tuviera más solemnidad, desde varios días antes, se habían colocado, en la explanada que rodeaba al templo, numerosos adornos. Casi todos hacían referencia al emblema, al escudo o a la persona del rey. Durante toda la jornada, se desarrollaron diversos festejos con participación de numerosos artistas que realizaron juegos y exhibiciones gratuitas.

El acto principal consistía en la solemne llegada del rey para inaugurar la nueva entrada del templo. Él debía ser la primera persona que entrara por esa puerta. Se había colocado una enorme alfombra roja. Tenía trescientos metros de larga. Estaba profusamente adornada. Cada cinco metros, había un soldado con uniforme de gala y sin armas. Se había tenido un especial cuidado en destacar los aspectos festivos. Los soldados no miraban hacia el público para impedir su acercamiento. Estaban colocados para rendir homenaje al rey.

Herodes hizo su aparición con notable retraso. Se entretuvo en

saludar y ser aclamado por la multitud que se había reunido. Comenzó a andar por la alfombra con solemnidad. Despacio. Mirando a un lado y a otro, oyendo los gritos y cantos que habían sido cuidadosamente organizados. Bastantes metros detrás, caminaban al mismo ritmo los tres hijos que todavía no habían sido acusados de subversión. A ambos lados de la alfombra, había sido colocado el público. El anciano rey deseaba sentir de cerca el fervor de sus súbditos.

De repente, cuando Herodes se hallaba casi en la mitad del trayecto, por los dos lados, se abalanzaron dos decenas de jóvenes armados. En una acción muy rápida, se lanzaron sobre el rey. Le tiraron al suelo, y lanzaron sobre él sus cuchillos.

Los soldados, atentos a su misión de colaborar a la solemnidad del acto, tardaron en reaccionar. Cuando pudieron actuar capturar a los agresores, éstos iniciaban ya su retirada. Además, tenían la desventaja de hallarse desarmados. La mayoría de los agresores aprovechó el desconcierto creado entre el público para dispersarse. Entre los que lograron escapar, estaba el joven Barrabás. Para ese momento, se había convertido ya en el jefe de ese comando, el más activo de toda la organización.

Los guardias más ágiles se dirigieron directamente al lugar, en medio de la alfombra roja, donde había quedado el cuerpo ensangrentado del rey. Por su boca salían ligeros suspiros. Desde numerosas heridas, seguía brotando sangre. Sin esperar a que llegaran soportes para trasladarle con más seguridad hasta el palacio, fue recogido con presteza por seis soldados. Corriendo le llevaron hasta las cercanas dependencias reales, donde fue recibido directamente por sus médicos.

2.14

□Ya le he dicho a mi papito que no te haga trabajar tanto. – dijo Sara a su marido, mientras en la cama jugueteaba con su órgano sexual, que ya había logrado colocar en erección completa. - No creo que el Mesías ese sea tan importante.

□Tú también me haces trabajar mucho. – argumentó Caifás.

□¡Está bien! – se resignó la voluptuosa dama – Vamos a descansar esta semana para que cojas fuerzas. El sábado intentaremos superar nuestra marca sexual. Mira. Tengo preparada la pizarra.

Sara recogió su camisón voluminoso y transparente. Se levantó de la cama y se acercó a la pizarra donde contabilizaba los días en que realizaban varias veces el acto sexual.

¡Tenemos que hacerlo seis veces! – afirmó con exigencia. - Para lograrlo, tienes que olvidarte de la guerra esa que lleváis contra el Mesías.

2.15

Los expertos en la interpretación de las Sagradas Escrituras consultados por Herodes el Grande sobre el significado de la maldición no volvieron a reunirse. Ninguno deseaba intercambiar opiniones sobre la posible relación con su asesinato.

2.16

-Habrá que tener preparada una alternativa, por si José en Egipto no cumple la condición de que su hija parezca un hombre.

El ambicioso rabino, en su sinagoga, había realizado una selección de niños de la misma edad para comenzar a educarlos especialmente en el conocimiento de las Sagradas Escrituras. Pensaba insistir en la enseñanza de todo lo referente a las profecías sobre la llegada del Mesías.

En la selección de esos alumnos, había tenido un especial cuidado en que fueran descendientes de la familia del rey David ya que era una condición especificada por los profetas.

2.17

Se tardó mucho tiempo, en el palacio real, para ofrecer información sobre el estado de salud del rey Herodes tras el atentado. Esa tardanza hizo que se dispararan los rumores más alarmistas. Se vieron incrementados por las radicales medidas de seguridad que se establecieron en todo el reino. Asimismo, se inició una gran actividad con el fin de identificar y detener a los participantes en el atentado. Fueron numerosas las detenciones, muchas de ellas de personas que no tenían ninguna relación con el grupo de los zelotes.

Tres días después, fue colgada en la fachada del palacio real una gran bandera negra. Todos entendieron que era un reconocimiento de que Herodes, conocido como el Grande, había muerto. Se suspendieron todos los actos oficiales. La administración pública cerró sus locales y se estableció el luto oficial. Entre el público, no había manifestaciones de dolor. No había sido un monarca querido. Sólo tenía el reconocimiento de aquellos que habían sido beneficiados por él.

2.18

—¿Padre, no podríamos conocer otras interpretaciones en lo referido a la misión del Mesías?

Cuando Hannah tuvo edad para asistir a las clases oficiales sobre las Sagradas Escrituras, tuvieron que tomar una importante decisión. Tanto en el reino de Judea, como en las pocas sinagogas que había en Egipto, sólo podían estudiar los varones. José y María estaban muy interesados en que asistiera su hija. Ambos, también la madre, aceptaron que se vistiera de chico. También debieron utilizar, para inscribirle, un nombre de varón. Utilizaron José, el nombre del padre. Afortunadamente, la escuela estaba lejos de su casa, lo que permitía esa doble vida.

Aprendió muy rápido. Incluso se mostraba a veces disconforme con la interpretación que le daban de las lecturas sagradas. Mostraba un gran interés. Aparte de las sesiones familiares, ella hacía lecturas particulares y reflexiones propias que, después, proponía en los debates. Había aprendido de memoria muchos de los pasajes y dominaba los textos con mucha más soltura que sus padres y que algunos de sus profesores.

Hannah también progresaba en el aprendizaje de otras materias de su formación. Demostraba especial habilidad en la aplicación de las técnicas curativas por la imposición de las manos y la transmisión de la energía.

2.19

En aquellos días, Juan, el hijo de Isabel y Zacarías, cumplió 18 años. Con tal ocasión, su padre le comunicó oficialmente la importante tarea que le tenía encomendada como precursor del Mesías. Para ello, estaba siendo preparado de modo concienzudo. Había llegado el momento de realizar la primera misión.

—Debes ir a Egipto y visitar a la familia de tus tíos y primos.

La excusa era informarles de los últimos acontecimientos que habían tenido lugar, sobre todo la muerte de Herodes. Pero la misión fundamental consistía en enterarse de todos los detalles posibles sobre la preparación para asumir la misión como Mesías.

—Tienes que enterarte de todo. Observa hasta los más mínimos detalles. Fíjate, pregunta, estate muy atento.

Juan aceptó gustoso esa misión. El recuerdo que tenía de sus contactos cuando eran pequeños resultaba confuso. El mayor punto de confusión estaba en las impresiones iniciales que tenía de su prima y las alusiones que hacía su padre como si se tratara de un varón. Con su viaje, iba a tener ocasión de comprobarlo personalmente.

—Diles a tus tíos que quizá deban ir pensando en regresar. Sobre todo, observa cómo se están preparando.

2.20

Nunca se pudo saber lo que realmente pasó en la reunión que mantuvieron los tres hijos supervivientes de Herodes el Grande. Tuvo lugar a iniciativa del mayor de los tres, Herodes Antipas, en todo muy parecido a su padre. Hay quien dice que los otros dos hermanos acudieron custodiados por soldados fieles al convocante. Aseguran también que, en esas circunstancias, no hubo posibilidad de discutir. Los dos hermanos más jóvenes se tuvieron que limitar a obedecer lo que el mayor les ordenó. Él se quedaba con el reino y con el título de Mesías. A ellos, les dejaba unas tierras menores y alejadas. Su marcha sería inmediata con el fin de que no hubiera tiempo para realizar ninguna maniobra ni dentro ni fuera del palacio.

—No aceptaré ninguna intromisión ni con el reino ni con el título de Mesías. Los dos son exclusivamente para mí.

Algunos supieron también que Herodes Antipas mantuvo un encuentro íntimo con Herodías, la esposa de su hermano Herodes Filipo. Ya existían rumores dentro del palacio sobre una relación sentimental entre ellos y sobre el alejamiento de su esposa legítima. Esa despedida se celebró en las habitaciones privadas del ya inminente nuevo rey. No se conoce con exactitud su duración. Pero obligó a retrasar la marcha de la comitiva.

2.21

El joven Juan supo solucionar las dificultades que surgieron hasta llegar al lugar de Egipto donde residían José y María con sus hijos. Su padre le había dado numerosas indicaciones sobre los caminos que debía tomar y sobre las medidas de precaución que debía poner en práctica. También tomó sus propias iniciativas para realizar el viaje en menos tiempo del establecido.

El encuentro con sus parientes fue emotivo. Cuando llegó a la casa estaban solos los padres y Santiago. Hannah se hallaba en la escuela de la sinagoga. Ellos se sorprendieron porque no tenían ninguna noticia que anunciara su llegada.

—Señora, mi madre me ha dado este dulce de almendras. Me ha dicho que ha procurado molerlas mucho porque sabe que le gustan así.

—¡Mi prima Isabel! Siempre pensando en los demás.

Tras la sorpresa, todo fueron atenciones y alegría. También

fueron muchas las preguntas sobre los aspectos más cotidianos de la vida en Judea. Demostraron una gran curiosidad por conocer el estado de salud de todos los parientes y conocidos.

—¡Hannah, corre! Mira quién ha venido – gritó María cuando oyó los primeros pasos de la llegada de su hija.

Juan quedó sorprendido al ver entrar a una chica, aunque con la ropa de varón con la que acudía a la sinagoga. La primera visión de Hannah le intrigó. El contraluz de la tarde dibujó su esbelta silueta en el marco de la puerta. Juan quedó, en silencio, impresionado. Fue ella quien se acercó para saludarlo con un abrazo.

—Hola, primo. ¿Cómo estás?

El recién llegado recordó sus dudas sobre la personalidad de quien Zacarías le había hablado como si fuera un varón. Al verla en plena adolescencia, olvidó definitivamente las referencias paternas. Le pareció agradable y muy atractiva. Bastante alta, delgada, algo tímida y atenta. Juan no sabía cómo apartar su mirada de ella. Se llamaba Hannah. Su cuerpo esbelto y sin curvas pronunciadas la hacían una mujer muy atractiva.

—Voy vestida como un chico para poder estudiar las Sagradas Escrituras en la sinagoga. – dijo ella para aclarar las dudas que veía en la cara de su primo.

Santiago era más movido y revoltoso. Con el pelo revuelto, tenía una piel oscura y áspera. Ante su primo, se comportó de forma más callada y respetuosa, quizá por la sorpresa.

Desde el principio, Juan y Hannah se entendieron muy bien. En los ratos libres, paseaban, conversaban y jugaban juntos. Parecía que la diferencia de edad no significaba una dificultad para su entendimiento. Uno contaba cosas de su vida en Judea y la otra le enseñaba lo que podía ser novedad para él en Egipto. También hablaron de las Sagradas Escrituras, ya que les interesaban mucho a los dos. Juan pudo comprobar que su prima las conocía mucho mejor que él. En algunos aspectos, podía igualar el conocimiento que tenía Zacarías. También quedó sorprendido por las habilidades y poderes curativos que demostraba con la transmisión de la energía por la imposición de las manos, con las palabras y con la simple mirada.

2.22

Los funerales de Herodes el Grande estuvieron rodeados de una gran solemnidad y de fuertes medidas de seguridad. Se llevaron a cabo numerosos actos religiosos, sociales, cívicos y militares en su recuerdo y homenaje. Sin embargo, la presencia de su hijo Herodes

Antipas, corpulento, desconfiado y dubitativo como su padre, fue tan destacada en todos esos actos que, más que una despedida del fallecido, parecía la exaltación del que llegaba.

Sin embargo, nada más terminar la ceremonia, Herodes Antipas se encerró en la misma habitación en que solía hacerlo su padre. Durante horas, no quiso ver a nadie. De acuerdo con sus auténticas convicciones y temores, reclamó la presencia de expertos no en las Sagradas Escrituras sino en la interpretación de los signos de los astros.

—¿Heredo de mi padre alguna maldición?

El futuro rey fue haciendo a cada experto la misma pregunta, como reflejo de su íntima preocupación. Los que presumían de descubrir el futuro en las confluencias del cielo le aseguraron, con muy buenas palabras, que no debía albergar ningún temor, porque su padre había pagado ya por sus acciones. Le pronosticaban un reinado esperanzador. Nadie quiso arriesgarse a caer en desgracia.

2.23

La estancia de Juan en Egipto se prolongó más de lo que estaba previsto. Tanto él como sus anfitriones estaban encantados. Quizá Hannah era quien manifestaba más abiertamente su satisfacción por la presencia de su primo. Pero llegó un momento en que la estancia ya no se pudo prolongar más.

María tuvo especial interés en dejar muy claro que iban a pensar sobre si debían prorrogar o no su estancia en Egipto. Ella y toda la familia se consideraban en el exilio. El argumento de que la situación en Judea estaba muy revuelta desde la muerte de Herodes el grande no era, para ella, un argumento suficiente. José, como siempre, se hallaba indeciso. Tampoco Juan supo o quiso intervenir con mucho entusiasmo para convencerlos.

La despedida fue triste. Prácticamente a todos se les saltaron las lágrimas. El pequeño Santiago, en cambio, continuó con sus bromas y travesuras. También había sintonizado con su primo, pero su mundo era mucho más ingenuo e infantil.

2.24

La coronación de Herodes Antipas, animado por los pronósticos de sus consejeros interesados, estuvo rodeada de una gran pompa oficial. Primaron las extraordinarias medidas de seguridad. El nuevo monarca no estaba dispuesto a cometer ningún descuido que propiciara una acción violenta. En ese sentido, quiso dejar claras sus intenciones. Concedió una amnistía a todos los presos, salvo a

los que tenían acusaciones relacionadas con la sedición.

—Asumo, con especial honor, mi responsabilidad como Mesías y Salvador del pueblo. Perseguiré con toda mi fuerza a quien intente arrebatarme este título.

En la ceremonia, puso mucho énfasis también en autoproclamarse representante de Dios. Tuvo especial cuidado en que estuvieran presentes tanto el Sumo sacerdote como otros altos cargos religiosos. Los colocó en un lugar destacado. Pretendía dejar claro que él era la máxima autoridad en todos los campos, también el religioso, y que estaba decidido a ejercerla sin ninguna limitación.

2.25

Zacarías estaba deseando que su hijo Juan regresara de Egipto. Quería escuchar su informe cuanto antes para deducir si debía mantener la confianza o buscar un nuevo Mesías. En concreto, anhelaba saber cómo se estaba llevando a cabo la preparación para realizar la misión como Mesías. Confiaba en que José hubiera cumplido su condición. Tenía menos confianza en María. Los informes directos debían despejar las dudas.

Cuando Juan, por fin, llegó a casa, la curiosidad de Zacarías venció a su enfado. Antes de reprenderle por el retraso, comenzó a hacerle preguntas sobre la situación de los exiliados en Egipto. El hijo expuso, muy contento, lo bien que se lo había pasado. Eso llenó de satisfacción a su madre. El padre estaba interesado en otros detalles. No cesaba de interrogarle con el fin de saber si cumplían su condición. Incluso Isabel intervino para detener el interrogatorio. Pidió al padre que considerara que su hijo debía estar cansado del viaje y que ya le había informado de suficientes detalles por el momento.

—¡Mi prima Hannah es una mujer muy atractiva y agradable! - dijo Juan sin mirar de frente a su padre.

—¿Qué quieres decir? – preguntó Zacarías acercándose hasta su hijo - ¿Quieres decir que viste como una mujer y habla como una mujer? ¿Quieres decir que...

—¡Quiero decir lo que he dicho! – replicó el hijo – Por supuesto que viste como una mujer, habla como una mujer y hace todo como una mujer.

—Quizá no lo hayas visto bien. – afirmó el padre como si quisiera quitar fuerza a la contundencia de las palabras de su hijo - Debe parecer un varón. Es la condición que le puse a José.

—Sólo se viste de chico para asistir a las clases de la sinagoga.

-Por lo menos, ¡sus tetas serán pequeñas! Apenas se notarán ¿O no?

□¿Zacarías, cómo puedes preguntar eso a tu hijo?

Isabel había estado escuchando la conversación, hasta ese momento, con los ojos muy abiertos. La alusión a esas partes íntimas le había parecido un exceso. Su marido, sin embargo, no atendió a su requerimiento.

□¡Contesta! ¿Tiene las tetas lo suficientemente pequeñas como para poder disimularlas?

□¡Se terminó! – cortó Isabel con un grito colocándose entre los dos hombres - ¡Vamos, hijo! Seguro que vienes con hambre.

2.26

□¡Quiero regresar ya!

María, nada más irse Juan, expresó claramente sus deseos de volver a la casa familiar en Judea. No podía decir que su estancia en Egipto hubiera sido desgraciada. Se había integrado en la nueva sociedad. Incluso había hecho amistades entre las vecinas. Pero sentía con mucha fuerza que se hallaba en el exilio.

□María, tenemos que pensarlo. – replicó José – No sé si estamos preparados.

□¿Quién no está preparado? – preguntó María

□Quién tiene que estar preparada es tu hija.

□¡Está preparada! – sentenció la madre.

□Es un asunto demasiado serio. – se defendió José- Debemos pensarlo serenamente.

2.27

Zacarías se preparó inmediatamente para realizar un viaje a Egipto. Lo que estaba sucediendo allí era demasiado grave para quedarse con los brazos cruzados. Después de la condición que había aceptado José, no se podían ir sus intereses al traste por la debilidad de un padre o por la oposición de una madre o por el capricho de una jovenzuela.

□¡Juan, mañana, de madrugada, partimos los dos a Egipto!

Isabel se opuso con todas su fuerzas. Utilizó todos los argumentos posibles. Dijo que ya estaba bien de meterse en la vida de los demás. Pero Zacarías no hizo ningún caso.

□¡Juan, niégate a ir con tu padre! – pidió la madre.

Juan estaba contento de regresar a Egipto. Sobre todo, le satisfacía ver de nuevo a su prima. Desde que se había separado de ella, no podía apartar el recuerdo de su figura. Pero tampoco

deseaba entrometerse en el enfrentamiento de sus padres.

—¡Isabel, entiéndelo! Tu hijo y yo tenemos que encarrilar la misión del nuevo Mesías. No podemos quedarnos parados ante lo que está sucediendo.

2.28

-¿Por qué mi hermana, que es chica, se dedica a estudiar las Sagradas Escrituras y yo tengo que trabajar en la carpintería?

Santiago protestó, cuando tuvo que incorporarse a los trabajos de la carpintería de José. Consideraba que su hermana recibía unas atenciones que no se correspondían a su sexo. Él observaba que otras familias judías en Egipto, reservaban los estudios, sobre todo los estudios religiosos, para sus hijos varones.

—¡Hannah recibe más atenciones que yo!

En muchas ocasiones, tanto su madre como su padre le habían explicado que su hermana Hannah había nacido con una misión sagrada muy especial. Pero eso le valía de muy poco a la hora de tener que aceptar el trabajo de la carpintería. Le parecía pesado, aburrido y desagradable.

—Yo soy el chico y tengo derecho a estudiar.

José tuvo que emplear su autoridad para obligar a su hijo pequeño a incorporarse a los trabajos de la carpintería. Conocedor de su oposición, intentó darle, al principio, los trabajos menos duros y también buscar los alicientes que podían encontrarse en esa profesión para que fuera aceptándola.

2.29

El día en que Zacarías y Juan llegaron a casa de José y María en Egipto, sólo estaba la madre. Preparaba la comida. El padre y el hijo pequeño se hallaban en la carpintería. Hannah estaba en la escuela rabínica. La sorpresa fue mayúscula. También los nervios aparecieron inmediatamente. María intentó poner cara de alegría. Los saludos fueron cordiales. Enseguida, les hizo entrar en la casa y los acomodó.

—Voy a avisar a José. Está en la carpintería con Santiago. –sugirió María, que no hacía más que moverse para disimular sus nervios.

—Si quiere, voy yo a avisarlos. – se ofreció Juan, haciendo gala de los conocimientos adquiridos durante su estancia anterior.

María no tuvo más remedio que aceptar la propuesta, aunque le disgustaba la idea de quedarse a solas con Zacarías. Su viaje no podía tener otra explicación que alguna importante discrepancia

surgida por el informe que le habría dado Juan tras su estancia.

2.30

Juan optó por quedarse con Santiago en la carpintería. Suponía que la conversación en la casa iba a convertirse pronto en una discusión acalorada. Prefería no estar presente. Inició una charla intrascendente con su primo y le ayudó en las labores que estaba realizando en las patas de una mesa.

2.31

—Me ha dicho Juan que tu hija viste como mujer y tiene la misma apariencia que cualquier otra chica de su edad.

Zacarías retuvo su nerviosa curiosidad hasta después de haber comido, una vez que Juan y Santiago se fueron de nuevo a la carpintería. José y María estaban en una situación de expectativa igualmente nerviosa.

—¡Hannah es una mujer y, por lo tanto, parece lo que es!

María respondió con vehemencia. Zacarías, en cambio, no se inmutó. Ni la miró. Dirigió su mirada a José, como si quisiera indicar que prefería mantener la conversación con el cabeza de familia y restar importancia a las opiniones de la esposa.

—José, te había puesto una condición. Te había dicho que, para desarrollar la sagrada misión de Mesías, tu hija debía adoptar apariencia masculina para responder a la imagen de los profetas.

—Si Dios ha elegido a una mujer, ¿quiénes somos nosotros para rectificar su voluntad? – volvió a intervenir María con la misma vehemencia.

—José, cómo cabeza de familia, eres tú el responsable de su educación.

Al carpintero le salvó la repentina llegada de Hannah. Su hermano Santiago y su primo Juan habían acudido a su encuentro a la salida de la escuela rabínica. Quisieron ponerla en antecedentes de la llegada de Zacarías. Los tres aceleraron el paso. Caminaron en silencio. Hubo varios intentos de romperlo por parte del hermano pequeño y del primo recién llegado. Pero no prosperaron.

A Zacarías, le gustó que llegara con la apariencia masculina, con la que acudía a la escuela rabínica. Permaneció un momento mirando. Se fijó en sus pechos. Pensó que se podían disimular para parecer un varón. Nadie se movió. Se mantuvo el silencio. Juan y Santiago se quedaron en la puerta. El rabino se adelantó para saludar.

—¡Hola! He venido para…

—¡Sé para qué has venido! - dijo la joven con gran aplomo – Has venido para influir en mi decisión. Esa decisión debo tomarla yo. ¡Yo sola! Ni tú ni nadie debe ponerme condiciones.

Todos los presentes quedaron sorprendidos por la seguridad y la firmeza con que hablaba. Hubo un silencio como si esperaran que terminara su mensaje. No continuó hablando. Las miradas si dirigieron al suelo. Sólo el rabino se atrevió a replicar.

—La misión del Mesías está descrita por los profetas en las Sagradas Escrituras. - afirmó el rabino - Hay que aceptarla como allí se dispone.

—¡Yahvé me ha dado a mí esa misión! – aseguró Hannah con la misma firmeza – Por lo tanto, no hay nada que cambiar y nada que disimular.

—¿Te opones a lo que dicen las sagradas Escrituras? – preguntó Zacarías con indisimulada agresividad.

—De acuerdo con quien me ha enviado, llevaré a cabo mi misión. No como tú creas que debo llevarla a cabo. Si Él me ha enviado mujer, ¿quién eres tú para cambiarlo o para ocultarlo? ¡Mi Padre ha enviado expresamente a una mujer y yo no lo voy a ocultar!

La joven estuvo todo el tiempo mirando de frente al rabino. Sin embargo, Zacarías tuvo que cambiar su mirada. Cuando recuperó su actitud de reprobación, se dirigió, de nuevo, hacia José. Se detuvo frente a él.

—José, no has cumplido tu compromiso. Por lo tanto, soy libre para buscar otro Mesías.

—Te recuerdo la maldición de los profetas a quien se oponga al Mesías. –dijo María.

—Tú no eres quién para recordarme ninguna maldición. –sentenció el rabino. Después, miró a Hannah y añadió – A ti te digo que, si no cumples lo que dicen los profetas, no podrás ser Mesías.

LA DECISIÓN

3.1

—¡Ha llegado la hora de volver!

Fue exactamente una tarde de verano, cuando Hannah se lo dijo a José. Regresaba de las clases de la escuela rabínica. Había cumplido veinticuatro años. Estaba en la plenitud de su vitalidad y su belleza. Su cuerpo seguía siendo esbelto, aunque no muy fuerte. Se hallaba serena. Se la veía contenta. Era muy comunicativa. Bromeaba mucho con su hermano y mostraba gran confianza con sus padres.

—Allí deberé meditar y adoptar la decisión definitiva de acuerdo con quien me ha encomendado esta misión.

—Sabes que tu madre y yo apoyaremos lo que decidas.

—Lo sé y os lo agradezco. Cuando tome mi decisión, nada ni nadie me hará cambiar.

Cuando llegaron a casa, Hannah se lo dijo también a María. José estaba presente, pero no intervino. Dejó que su hija se entendiera directamente con su madre.

3.2

'**N**osotros, los zelotes, con nuestras acciones violentas, estamos preparando la llegada del Mesías y haciendo posible su victoria'.

En aquellos mismos días, en Jerusalén, el grupo armado de los zelotes hizo público un comunicado muy diferente en su contenido a los que había difundido hasta ese momento. La forma empleada fue la habitual. Clavaron papiros en distintas paredes del templo y de otros edificios importantes. Aunque eran arrancados pronto por los soldados de Herodes Antipas, su contenido se transmitía de boca en boca.

Se comentaba, entre los que conocían las interioridades del grupo violento, que había sido un documento muy discutido entre sus miembros. Se aseguraba que habían existido graves discrepancias. Se temía incluso que ese pronunciamiento provocaría una división interna. Dentro de los que presumían de conocer los entresijos de los zelotes, se atribuía esta nueva orientación a Barrabás.

El párrafo más destacado del comunicado era el tercero. Decía lo siguiente: 'Por todas estas razones, estamos ya a la espera del nuevo

Mesías, que traerá la liberación del pueblo de Israel. Según todos los indicios, su llegada no puede estar lejana. Él apoyará la lucha popular que estamos llevando contra el ejército romano invasor. Él liderará la rebelión y logrará que todo el pueblo le siga. Con el nuevo Mesías, lograremos la victoria definitiva consiguiendo expulsar de nuestro territorio a los usurpadores’.

3.3

Anás, el anciano Sumo sacerdote, se apresuró a desautorizar la versión que los zelotes daban de la llegada y la misión del Mesías. Sin necesidad de reunir a los miembros del Sanedrín, por iniciativa propia, ordenó a su yerno Caifás que redactara una comunicación de acuerdo con sus ideas a fin de que fuera leída y explicada en todas las sinagogas.

En esa comunicación, se rechazaba la interpretación de un Mesías activista político. Se aprovechaba para difundir el concepto de un Mesías no personal sino una renovación interna controlada siempre por la jerarquía encarnada en el Sumo Sacerdote y en el Sanedrín.

□ ‘Quien se proclame Mesías, va en contra del pueblo judío y de la doctrina revelada’, terminaba la comunicación.

Algunos miembros del Sanedrín, como Nicodemo y José de Arimatea, protestaron por no haber sido consultados. Pero su protesta fue rechazada, demostrándose, una vez más, la mayoría que Anás había conseguido colocando a personas fieles y deudoras de sus favores.

3.4

José y María comenzaron el viaje de regreso de modo inmediato. La madre valoraba positivamente la vuelta. De esa manera, se ponía ya fin a ese exilio que tanto se había prolongado en contra de su voluntad. El carpintero, según había prometido, no cuestionó la decisión de su hija. A Santiago, nadie le consultó a pesar de ser ya un joven maduro, responsable y perfectamente integrado en los trabajos del negocio paterno.

Tuvieron que desmontar la casa y vender todas las pertenencias. Las mayores dificultades surgieron en la venta de la carpintería. Los posibles compradores se aprovecharon de la prisa de José para desprenderse del negocio. Se llegó a pensar la posibilidad de que Santiago se quedara en Egipto, pero el hijo menor deseaba regresar con el resto de la familia.

En lo que todos estuvieron de acuerdo fue en realizar el viaje sin

comunicárselo a nadie. Por esa razón, no se dirigieron a Nazaret, sino a un pueblo donde no eran conocidos.

3.5

Los zelotes respondieron a la descalificación de Anás por su método habitual. Atacaron una de sus residencias de verano. Eligieron la que tenía en las proximidades del lago Tiberiades. Era una edificación muy lujosa rodeada de un parque lleno de árboles frutales. Solía ser utilizada por toda la familia en las temporadas estivales. También solía refugiarse en ella Sara, la histérica hija de Anás, cuando tenía alguna de sus frecuentes crisis de celos.

La acción se concretó en un apedreamiento masivo desde los cuatro costados de la finca. Fueron utilizadas potentes ondas para que las piedras alcanzaran el tejado, las paredes y las ventanas del edificio. No fue herido ningún miembro de la familia pero sí tres sirvientes, lo que fue lamentado por la organización atacante.

3.6

□¡José, voy a ser condescendiente contigo!

Zacarías, disimuladamente, había estado pendiente de la llegada de la familia desde Egipto. Había tenido una información privilegiada por su hijo Juan. Acudió inmediatamente a hablar con el carpintero en otro intento de convencerlo.

□¡Escucha! – insistió el rabino – Tengo una nueva propuesta. ¡El Mesías debe ser tu hijo Santiago! A partir de ahora se llamará Jesús. Así cumple todos los requisitos.

José se quedó sorprendido ante esa novedosa propuesta. La sorpresa le impidió responder inmediatamente. Zacarías, con perversa sagacidad, comprendió que había dado en el punto débil del carpintero. Pretendió aprovecharse de que también tenía una gran estima y un gran concepto sobre su hijo.

□¡La Mesías es Hannah! - dijo José con fuerza sin caer en la trampa tendida por el rabino – La apoyaré incondicionalmente. Zacarías, ya no tengo ninguna duda.

3.7

Joaquín y Ana, los padres de María, se apresuraron en ir a visitar a los recién llegados. Fue un encuentro muy emocionante. A Santiago, no le conocían. Todo fueron abrazos y caricias para él. Hannah era tan distinta de aquella niñita que fue llevada a Egipto. Los dos abuelos tuvieron la suficiente cortesía para no decir a su hija y a su yerno que se les notaban los años que habían pasado en

el exilio. Bromearon con su edad y con la alegría que les daba haber podido ver a su familia antes de morir.

Joaquín hizo por quedarse a solas con su tan querida hija María. Volvió a abrazarla. Se interesó por los más mínimos detalles. Tuvo especial curiosidad por la educación de sus nietos. Se interesó por si había tenido cuidado en enseñarles también los aspectos estéticos y lúdicos de la literatura.

—Tengo un especial interés – dijo María mientras su padre le acariciaba cariñosamente las manos – en que Hannah decida empezar cuanto antes su misión como Mesías.

—¿Lo dices para que no me entrometa?

—Lo digo para que tú también la ayudes.

—Yo la ayudaré a ser feliz. Sigo pensando que eso es lo único importante. - contestó el abuelo.

—¡Por favor!

—He traído una copia de las poesías amorosas del rey Salomón en El cantar de los cantares. Quiero regalárselas. Las tenía ya preparadas cuando nació y he estado esperando todos estos años para dárselas.

—No creo que las poesías amorosas sean lo que más necesite en este momento tan trascendental, cuando va a decidir su misión como Mesías.

—Es exactamente lo que más necesita en este momento. El amor es siempre lo más importante. Cuando lo comprenda, dejará voluntariamente ese compromiso estúpido de ser la enviada de dios.

Joaquín se mostró también muy cariñoso con su nieta Hannah. Procuró hablar con ella a solas. Le dijo que la encontraba maravillosa, que se parecía mucho a su madre, que leyera las poesías amorosas del rey Salomón y que procurara descubrir el amor cuanto antes.

—Abuelo, aunque no lo creas, mi madre te admira mucho. No comparte tus ideas, pero te admira mucho. Dice que es partidaria de la lucha por la revolución de las mujeres, pero me ha explicado con todo detalle tus ideas sobre la felicidad y el amor. Yo quiero que me lo expliques tú.

—Te lo estoy explicando. Primero, lee estas poesías amorosas del rey Salomón. Después, seguiremos hablando. Comprende que la felicidad es lo más importante. Así olvidarás esa extraña misión que tratan de meterte en la cabeza.

3.8

—Mi misión será modernizar a este pueblo y hacerle olvidar esas

supersticiones religiosas y esas tontas misiones mesiánicas.

En ese tiempo, fue sustituido el procurador romano en la provincia imperial de Judea. Terminó su mandato Publio Quirino y comenzó el suyo Poncio Pilatos. No se hizo pública ninguna razón para el cambio. El sustituido no era especialmente viejo para exigir la jubilación. Tampoco había sido díscolo, no había creado problemas a sus superiores. Todas las órdenes llegadas de Roma se habían cumplido. Las relaciones con el rey Herodes Antipas eran distantes pero respetuosas. A los dos les convenía no tener problemas y, por lo tanto, trataban de evitarlos.

El recién nombrado, Poncio Pilatos, era más joven. Se trataba de un hombre alto y delgado, muy escrupuloso en el trato, experto en leyes. Decían que era muy inteligente. Su carácter se inclinaba por la distancia y la escasa confidencialidad. La propia inseguridad le hacía ser desconfiado. Tenía la obsesión de no cometer errores.

Se interpretaba su llegada como un intento de la administración romana para no tener problemas en los territorios lejanos de la metrópoli. Querían prestar toda la atención a las tensiones existentes en Roma por las ambiciones personales y dinásticas. Eso explicaría el cambio simultáneo de los procuradores en numerosas provincias imperiales.

Con el nuevo procurador, llegó su esposa, Claudia Procla, una mujer elegante y cultivada. Tenía fama de discreta y de no meterse en los asuntos públicos. También se decía que no era proclive a aprovechar la posición de su marido para hacer favores o conceder privilegios.

3.9

Hannah aprovechó la visita matutina de su primo Juan para mostrarle las poesías amorosas que le había regalado su abuelo Joaquín. El joven pasaba cada vez más tiempo en compañía de su prima. Ésta le pidió que se sentara a escuchar lo que tenía que leerle. Él pensó que se trataría de algunos versículos de los profetas referidos a la llegada del Mesías. Ella recitó con picardía los siguientes versos amorosos del rey Salomón en El cantar de los cantares:

Mientras el rey estaba en su lecho,
mi nardo dio su olor.
Mi amado es para mí un manojo de mirra,
que reposa entre mis pechos.
Racimo de flores de alheña en las viñas
es para mí mi amado.

Tú eres hermoso y dulce, amado mío.
Nuestro lecho es de flores.

¿Te han gustado? - preguntó Hannah - Escucha estos otros versos.

Tú eres hermosa, amada mía, tú eres hermosa.
Tus ojos entre tus guedejas como de paloma.
Tus cabellos como manada de cabras
que se recuestan en la ladera.
Tus dientes como manadas de ovejas trasquiladas
que suben del lavadero,
todas gemelas y ninguna estéril.
Tus labios como hilo de grana
y tu habla hermosa.
Tu cuello como torre de David.
Mis escudos están colgados de ella.
Tus pechos como gemelos de gacela
que se apacientan entre lirios.

Al terminar la lectura, Hannah, emocionada, se quedó mirando a su primo. Este no pudo mantener la mirada. Se puso colorado y adoptó una expresión de arrepentimiento. Ella volvió a mirarle complacida. Se acercó. Le besó suavemente en la mejilla.

3.10

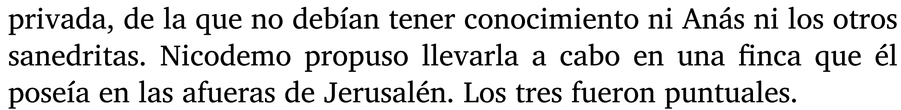
Si tú me respetas como Mesías, como representante del dios de los judíos y como rey, yo te respetaré como Procurador de Roma.

Herodes Antipas, tras calcular las ventajas y los inconvenientes, no respondió por escrito a la carta de Poncio Pilatos. Aprovechó la circunstancia para ir a darle la bienvenida. Lo hizo privadamente, sin dar ninguna solemnidad al acto. No mantenía una relación muy estrecha con las autoridades romanas. Pero sabía que tampoco le convenía enfrentarse.

3.11

José decidió introducir un elemento nuevo para ayudar a Hannah en su misión de Mesías. Buscaría el apoyo de personas influyentes que hasta ese momento desconocían su llegada. Se había fijado en Nicodemo y José de Arimatea, dos miembros del Sanedrín, que mantenían opciones muy distintas a las del ya anciano Anás. No habían participado en irregularidades y corrupciones. Estaban más abiertos a aceptar la renovación que debía traer el Mesías. Los conocía por algunos trabajos que había hecho para ellos.

Se citó con ellos fuera del templo. Se trataba de una reunión


privada, de la que no debían tener conocimiento ni Anás ni los otros sanedritas. Nicodemo propuso llevarla a cabo en una finca que él poseía en las afueras de Jerusalén. Los tres fueron puntuales.

—¡El Mesías está ya entre nosotros! – dijo José.

A continuación les expuso los acontecimientos que habían tenido lugar, evitando los aspectos que podía resultar negativos. Inicialmente no explicó que se trataba de una mujer. Pero al responder a las preguntas que ellos hicieron, desveló ese detalle. Inicialmente lo recibieron con sorpresa. Hablaron detenidamente sobre ese punto. El padre insistió. Al final, eliminaron sus prejuicios. José, en ese punto, justificó la ayuda que venía a pedirles.

—No se trata de ayuda material. No hace falta dinero. Lo que se necesita es apoyo. Tenemos que hacerle ver que somos muchos los que confiamos en su misión.

—Puedes contar con nosotros. – afirmó José de Arimatea, que era el más joven de los tres – Me parece positivo que el Mesías sea una mujer. La vamos a apoyar.

3.12

—Eso del Mesías es una de vuestras supersticiones. Allá vosotros.

El ya muy anciano Anás excusó su presencia para presentar el saludo oficial al nuevo procurador romano. Envió una comisión formada por tres miembros del Sanedrín, por supuesto fieles. La presidencia se la encomendó a su yerno Caifás. En los últimos tiempos, estaba asumiendo muchas veces su representación. Era una táctica establecida, entre los dos, para hacer más natural el traspaso de poderes sin que ningún sanedrita presentara otra opción.

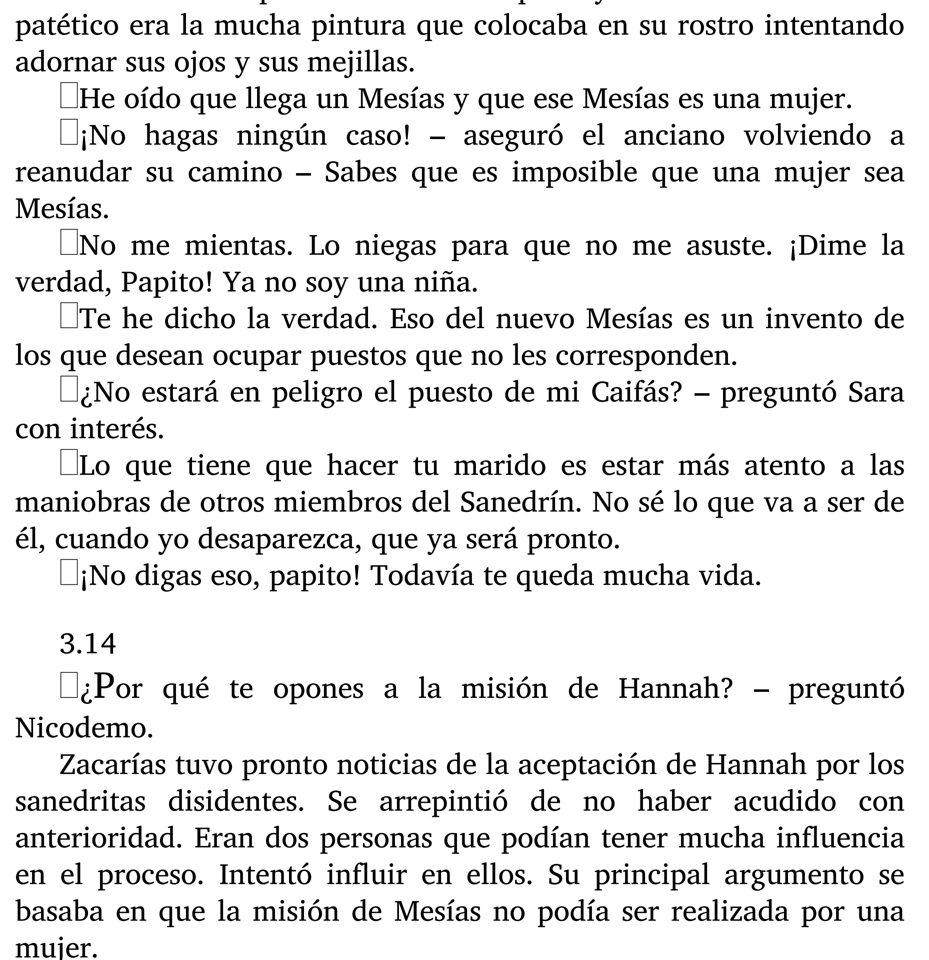
La no asistencia de Anás estaba motivada por la doble actitud que las autoridades de la jerarquía judía mantenían ante las autoridades romanas. Por un lado, estaban contentos porque les dejaban libertad de acción. Pero, ante el pueblo, deseaban aparentar cierta distancia.

—El Sumo Sacerdote nos ha encargado decirle que debe prestar atención a una amenaza que vendrá próximamente para Judea y para Roma con la llegada de un falso Mesías.- dijo Caifás – ¡Además, es una mujer! Debemos impedirlo entre todos.

3.13

—¡Papaíto, me he enterado de algo terrible!

Sara, la excéntrica hija de Anás, trataba de disimular por todos los medios el paso de los años. Se seguía vistiendo como cuando era



una adolescente a pesar de haber cumplido ya los cuarenta. Lo más patético era la mucha pintura que colocaba en su rostro intentando adornar sus ojos y sus mejillas.

—He oído que llega un Mesías y que ese Mesías es una mujer.

—¡No hagas ningún caso! – aseguró el anciano volviendo a reanudar su camino – Sabes que es imposible que una mujer sea Mesías.

—No me mientas. Lo niegas para que no me asuste. ¡Dime la verdad, Papito! Ya no soy una niña.

—Te he dicho la verdad. Eso del nuevo Mesías es un invento de los que desean ocupar puestos que no les corresponden.

—¿No estará en peligro el puesto de mi Caifás? – preguntó Sara con interés.

—Lo que tiene que hacer tu marido es estar más atento a las maniobras de otros miembros del Sanedrín. No sé lo que va a ser de él, cuando yo desaparezca, que ya será pronto.

—¡No digas eso, papito! Todavía te queda mucha vida.

3.14

—¿Por qué te opones a la misión de Hannah? – preguntó Nicodemo.

Zacarías tuvo pronto noticias de la aceptación de Hannah por los sanedritas disidentes. Se arrepintió de no haber acudido con anterioridad. Eran dos personas que podían tener mucha influencia en el proceso. Intentó influir en ellos. Su principal argumento se basaba en que la misión de Mesías no podía ser realizada por una mujer.

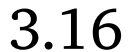
—Una Mesías mujer no es compatible con los profetas. – insistió el rabino – Debemos impedirlo. Sería una gran catástrofe.

—¡Todo lo contrario! – contestó José de Arimatea – Si el Mesías trae la Buena Nueva y viene a cambiar las cosas, el primer cambio es que sea una mujer.

3.15

José tuvo que restaurar el taller de carpintería con la ayuda de su hijo. Durante sus años en Egipto, nadie había utilizado ese local. Se hallaba bastante destruido. Tuvo que recomponer las paredes, instalar algunos utensilios y aprovisionarse de madera. Debió hacerlo con mucho esfuerzo, comenzando poco a poco, ya que habían regresado con poco dinero.

Para Santiago, el regreso resultó un golpe muy duro. Dejó de ser extrovertido y dicharachero. Se encerró en sí mismo. Ni siquiera se



preocupó de buscar amigos. Concentró todas sus fuerzas en ayudar a su padre en el trabajo.

3.16

□Lo siento, padre. ¡Es una barbaridad! Yo no soy el Mesías.

Zacarías no se había quedado satisfecho con las numerosas gestiones realizadas. Su estrategia para realizar presiones sobre Hannah y sobre su padre desde todos los puntos posibles no había dado todavía los frutos deseados. Era el momento de iniciar la siguiente fase. Había que buscar el recambio. Era necesario un nuevo candidato a Mesías. Su hijo Juan era la persona más preparada.

□Juan, escúchame con mucha atención. Te va a sorprender lo que te voy a decir. Pero es muy importante. ¡Debes asumir tú la misión de Mesías!

Juan se quedó totalmente sorprendido. Nunca había imaginado que su padre le pudiera hacer esa propuesta. Iba en contra de todo lo que siempre habían hablado y pensado.

□¡Padre, eso es absurdo! ¿Cómo puedes decir eso?

□Lo absurdo es que una mujer como tu prima pueda asumir la misión del Mesías.

□No es absurdo. Yahvé puede elegir a quien quiera. A mí, me parece muy bien que haya preferido a una mujer.

□No vamos a discutir eso otra vez. – volvió a gritar Zacarías – Un religión fundada sobre una mujer, no tiene valor. No tiene futuro. Mira alrededor y compara. No hay ninguna religión fundada sobre una mujer.

□¡Ésta será la primera! – interrumpió Juan.

Zacarías insistió todavía más ante su hijo. No logró que cambiara. Llegó incluso a enfadarse. No le sirvió de nada. Recurrió a las amenazas. Tampoco alcanzó su objetivo.

□Te recuerdo, padre, que quienes se oponen a la misión del Mesías tendrán su correspondiente castigo divino.

□¡No me vengas tú también amenazando con la maldición de los profetas! No me voy a asustar por eso. Seguiré con mi proyecto. Lograré que esa mujer renuncie, aunque tú no me ayudes.

3.17

Nicodemo y José de Arimatea comenzaron a conseguir apoyos para Hannah. Difundieron esa Buena Nueva entre los amigos y entre los fieles que esperaban su venida. En las reuniones que hicieron, con participación de muchas mujeres, se desbordó el

entusiasmo. Era la noticia que todos estaban esperando. Hubo quien dijo que era evidente, para todos los creyentes, que el Hijo de Dios tenía que venir en ese tiempo porque era el anunciado por los profetas. Se produjo una gran esperanza, sobre todo entre las mujeres.

3.18

—Como Mesías, nunca serás feliz.

Joaquín y Ana prepararon una fiesta para su nieta. Cuando se enteraron José y María, desearon asistir. Pero no fueron aceptados. Era una fiesta exclusivamente con Hannah, para paladear con ella una cena agradable, para hablar cómodamente, para disfrutar de la noche en la terraza de su casa, quizá para leer algún poema, quizá para escuchar alguna música, quizá para oler el delicado perfume del incienso quemándose, quizá para cantar, en definitiva, para ser felices.

—Querida Hannah, no tengas ningún miedo. Tu abuela y yo estamos de tu parte. No te vamos a presionar.

—Podéis hacerlo. Deseo escuchar todos los pareceres antes de tomar, ya pronto, mi decisión.

—Sólo queremos disfrutar contigo. – insistió Joaquín - Tu abuela y yo te queremos mucho. No deseamos conseguir nada. No aspiramos a ser sumos sacerdotes, ni a mandar, ni a ser Mesías. Sólo deseamos ser felices contigo.

—No queremos que tengas ninguna preocupación. – añadió la abuela Ana en un tono suave y cariñoso – Nosotros no la tenemos.

Hannah se contagió del ambiente. Se relajó. Olió el perfume del incienso. Se dejó llevar. Se olvidó de las presiones que había sufrido, de los que deseaban que aceptara, de los que defendían que renunciara, de su debilidad, de sus problemas por haber nacido mujer, de las exigencias de parecer un hombre. Tomó el vino suave de Corinto que le ofreció su abuelo. Se colocaron los tres mirando a oriente para recibir el ligero viento vespertino. Se sentaron, hablaron, caminaron, estuvieron callados.

Para cenar, la abuela, con la ayuda de su marido, había preparado varios platos con pequeñas cantidades. Se preocupó mucho del aroma. Comenzaron por los platos fríos. El más exquisito fue el arroz agridulce, con pasas secas y pimienta negra molida para establecer el contraste. También destacó la carne de pollo partida en trozos muy pequeños. La mezcló con manzanas y nueces troceadas. Todos los condimentos estaban perfectamente ornamentados. Llegaron, después, los platos calientes. Destacó la

cazuela humeante de pescados. Esparcieron su olor las especias refinadas. Se cerró la cena con un postre de berenjenas endulzadas, con jengibre y canela espolvoreada. Para reposar, se sirvieron infusiones en la terraza. Las preparó Joaquín. Aseguró que su especialidad era la mezcla de albahaca y menta. Las dos mujeres lo aceptaron encantadas.

—Abuelos, no recuerdo haber sido tan placenteramente feliz en toda mi vida.

A la abuela Ana se le saltaron las lágrimas, mientras se acercaba para besar a su nieta en la frente. Ésta le retuvo la mano y se la acarició con suavidad. Joaquín hizo un esfuerzo para que no le temblara la voz. Tenía los ojos brillantes y húmedos.

—Por mi experiencia, puedo decirte que la felicidad no se puede compartir con preocupaciones materiales ni con misiones transcendentes. La felicidad exige todo el corazón para ella sola.

—¡Joaquín! – dijo la abuela en tono severo – Habías prometido no presionar a Hannah.

—Abuela, no la riñas. Siendo tan feliz con vosotros, ya he sacado la conclusión que tenía que sacar.

—¿Por qué no nos ponemos, entonces a contar las estrellas? – propuso Joaquín.

3.19

—¡Tú debes ser el Mesías! Eres el hermano varón. Sólo tienes que cambiar tu nombre por el de Jesús.

Santiago se quedó boquiabierto con la propuesta que le acababa de hacer Zacarías. Era cierto que, en determinados momentos, había sentido celos de su hermana. Pero, ni en esas ocasiones, había pasado por su imaginación la tentación de sustituirla. Ahora, mucho menos. Casi echó a correr, sin responder.

3.20

Anás no quiso delegar esa tarea en su yerno. Debía realizarse con mucha sutileza. Hacía falta mucha perspicacia para sacar conclusiones, aunque los interlocutores lo negaran todo. Convocó, en su casa, a Nicodemo y José de Arimatea. Los convocados mostraron alguna reticencia, pero terminaron acudiendo.

—Tengo noticias de que andáis promoviendo reuniones clandestinas que menoscaban la autoridad del Sanedrín. Como miembros de la dirección del templo, debéis ser reprendidos por tal conducta.

Nicodemo y José de Arimatea rechazaron, con vehemencia, las

acusaciones. Incluso se mostraron ofendidos. En las diferentes réplicas, comprendieron que Anás tenía muy poca información. Esa falta de pruebas permitió a los acusados reafirmarse en su inocencia. Exigieron que el Sumo Sacerdote les pidiera disculpas por las sospechas infundadas.

3.21

—Hermana, llévame contigo.

Hannah se dio cuenta de que su hermano Santiago estaba llorando. Se puso a su lado. Le limpió las lágrimas con una caricia. Le tomó la mano y se puso a llorar con él.

—Hannah, te seguiré a donde quiera que vayas, si me lo permites. Estaré siempre contigo.

—Santiago, tu apoyo será muy importante para mí.

3.22

José de Arimatea acudió presuroso a la carpintería con el fin de entrevistarse con José. El sanedrita disidente le expuso inmediatamente su propósito.

—Los fieles partidarios de la llegada del Mesías van a organizar una concentración multitudinaria en la explanada frente a la entrada principal del templo.

3.23

—Caifás, esta misión es importante. Descubre lo están preparando Nicodemo y José de Arimatea e impídelo.

El viejo y astuto Sumo Sacerdote explicó a su yerno que, en la reunión mantenida con los dos sanedritas disidentes, había comprendido que ocultaban algo. Pero no había podido descubrir sus auténticos propósitos. Era preciso establecer vigilantes para que espiaran todos sus pasos. El yerno ambicioso prometió poner en marcha inmediatamente esa operación.

—Papaíto, estás dando mucho trabajo a mi marido. – protestó la excéntrica Sara – Después, no puede cumplir con sus obligaciones conyugales.

3.24

—¡Juan, lleva esta tarde a Hannah a la explanada de la puerta principal del templo! – dijo Santiago a su primo.

—Lo siento. He decidido que no influir hasta que ella tome la decisión.

—No te pido que influyas – insistió el joven aprendiz de

carpintero - Sólo te pido que la lleves a la explanada del templo.

—¿Qué va a pasar esta tarde allí?

—Estad allí presentes y lo veréis. Yo tampoco lo sé. Llegad antes de la caída del sol.

3.25

‘¡Mesías, estamos esperando tu llegada!

Éste fue uno de los versículos más coreado en la concentración de la explanada del templo. Había llegado hasta allí un número muy grande de personas. Había manifestantes de todas las edades. Familias enteras estaban agrupadas para mantener su esperanza. Había muchos ancianos apoyados en sus báculos. Madres jóvenes daban de mamar a sus hijos.

Hannah había acudido con su primo Juan sin sospechar que se iban a encontrar con eso. Quedó impresionada por la multitud de concentrados para escuchar las lecturas que anunciaban su llegada. Ella repetía los versículos de memoria. Miraba los rostros tan diversos. Unos, llenos de esperanza. Otros, con signos inequívocos de dolor. Comenzó a caminar entre la multitud. Escuchó sus rezos. Comprendió sus anhelos y sus esperanzas. No pudo remediar que le salieran las lágrimas y le surcaran el rostro.

3.26

—¡Debes enviar la guardia real!

Anás, consciente de la gravedad de la situación, exigió que le llevaran hasta los balcones del templo desde donde podía ver con claridad la multitud que se había concentrado para reclamar la llegada del nuevo Mesías. Enfureció de ira. Los sanedritas fieles temieron por su vida. Procuraron separarle del balcón para que no continuara su excitación. Pero fue imposible.

Ordenó a su yerno que fuera personalmente a visitar al procurador romano para que ordenara a sus soldados que disolvieran a la multitud concentrada. Pilatos aseguró que era una concentración pacífica y no engendraba ningún peligro. El Sumo Sacerdote recurrió, entonces, a Herodes Antipas. Utilizó incluso el truco de insistir en que esa concentración ponía en peligro su estabilidad y su pretensión de ser el Mesías. El rey, tras sus dudas habituales, evitó esa impopular intervención.

3.27

—¡Ha llegado el momento! Tengo que concretar con mi Padre celestial lo que debo hacer.

Hannah y Juan caminaban en silencio. Habían esperado hasta que terminó la lectura de versículos. Se quedaron contemplando cómo se dispersaban los participantes. Ella miraba con gran curiosidad los rostros. El precursor no perdía ninguna de las reacciones de su prima, aunque procuraba que ella no lo notara. En su cara, se reflejaba la gran sorpresa que había significado esa petición masiva. También se traslucía la responsabilidad que eso significaba para ella.

No hicieron ningún balance de lo ocurrido. Caminaron en silencio. Hannah llevaba la iniciativa. Juan la seguía pocos pasos detrás. Después, ella siguió sola. Su primo, el precursor, no tuvo siquiera la tentación de preguntar hacia dónde se dirigía. Tampoco interrogó sobre cuánto tiempo tardaría, ni dónde se encontrarían de nuevo, ni cómo daría a conocer su decisión. Tenía confianza absoluta.

3.28

-¡Prepárate, Jesús! Te espera la gran misión de ser el auténtico Mesías

Zacarías, después de todas las gestiones en que había fracasado, seleccionó a uno de los jóvenes que había aprendido las Sagradas Escrituras en el grupo de sus elegidos. Era el que más había progresado en ese estudio. Se preocupó también de que su familia fuera descendiente del rey David. Incluso había hablado con sus padres y sabía que mantenían la esperanza de que su descendiente fuera el Mesías. Había nacido en las fechas anunciadas y se había librado de las matanzas llevadas a cabo por Herodes el Grande. También influyó que hubiera demostrado gran docilidad en el cumplimiento de sus órdenes o sugerencias.

□Tendrás que cambiar tu nombre por el de Jesús.

Isabel, cuando se enteró de lo que había hecho su marido, se enfadó mucho. Lo consideró una traición a sus familiares y le recordó otra vez la maldición profética.

□¡Si no se unen a mí, Hannah y mi hijo no lo conseguirán! –gritó el rabino a pesar de hallarse solo – Yo me encargaré de impedírselo. Lo lograré según mi interpretación. ¡Impediré que una mujer sea Mesías!

En ese momento, Zacarías sufrió un gran dolor en el brazo izquierdo, que se le fue extendiendo por toda esa zona del cuerpo hasta la pierna lisiada. Debió apoyarse para no caer al suelo. Intentó mover la mano afectada. No pudo. Ni el brazo, ni la pierna. Había quedado toda esa parte de su cuerpo paralizada. Tampoco pudo

levantarse hasta encontrar una rama de árbol en que apoyarse.

Si esta es la maldición, yo sabré superarla. – dijo el rabino con gran firmeza - ¡A pesar de ella, conseguiré llevar a cabo mi proyecto!

¡ADELANTE!

4.1

—¡Vamos!

Juan no necesitó más palabras para comprender el mensaje que deseaba transmitirle Hannah. Estaba claro que debían iniciar ya la misión del Mesías. Tampoco él pedía más explicaciones para seguirla. Era el precursor. Debía anunciar su llegada y prepararla.

Fue de madrugada cuando llegó Hannah con su anuncio. Como si lo hubiera presentido, Juan se levantó esa noche porque no podía dormir. Una inexplicable inquietud le impedía conciliar el sueño y le provocaba desasosiego. Salió al portal de la casa de sus padres. Se sentó en el brocal de piedra. Hacía buena temperatura. Corría un ligero viento. Todo era silencio. La luna brillaba. Sin embargo, la presencia de Hannah le pilló por sorpresa.

Su rostro era sereno. No parecía fatigada ni había en ella signos de cansancio, temor o inquietud. Se acercó sonriente, con los ojos muy abiertos. Juan la encontró hermosa. Su sorpresa se transformó inmediatamente en alegría. Nada más verla, se levantó. Caminó hacia ella. Se tomaron una de las manos en señal de saludo.

—¿Dónde quieres que te anuncie?

-En el río Jordán. Comienza allí a bautizar. Las aguas cristalinas simbolizarán el nuevo mensaje y la disposición de corazón abierto que todos deberemos tener para recibirlo. Yo también iré a bautizarme.

—Yo no soy digno de…

—Juan, tú debes cumplir tu misión. Igual que yo debo cumplir la mía. Cuando yo me haya bautizado, haré el primer anuncio de mi mensaje en el monte. Será el compendio y la esencia de nuestra misión. Te advierto, Juan, que nuestra misión será dura.

—Ya te he dicho que estoy dispuesto y preparado para seguirte con todas las consecuencias.

—Será mucho más dura de lo que, en este momento, podemos imaginar entre los dos.

—Tus fuerzas – dijo el precursor - también son mucho más grandes de lo que imaginamos.

—No es cierto. Soy débil. – dijo Hannah con pena - La misión que he recibido de mi Padre supera en mucho a las fuerzas de las que dispongo. Pero mi voluntad es firme y llegaré hasta el final. Habrá

momentos en que necesitaré mucha ayuda.

4.2

—¡Fracasaréis! Desapareceréis. El único Mesías será Jesús.

El sibilino rabino se revolvió con la ayuda del palo que colocaba debajo de su inmovilizado brazo izquierdo. A pesar de sus nuevas dificultades, no le pasaba desapercibido nada de lo que sucedía a su alrededor. Había estado observando, sin ser visto, el encuentro entre los dos jóvenes. No pudo oír con claridad sus palabras. Pero no lo necesitó. Sabía lo que ambos habían decidido.

—¡Os equivocáis despreciándome! – susurró - No podréis conseguir nada sin mí y mucho menos en contra de mis propósitos. ¡Tendréis que renunciar!

4.3

Nada más terminar la conversación con su prima, Juan entró en la casa paterna. Procuró no hacer ruidos. Tampoco necesitaba hacerlos. No era preciso llevar ninguna alforja con ropa o con comida. Cogió su cayado y salió. Desde la puerta, miró al cielo y comenzó a caminar. Su primer destino era el río Jordán. Todavía no había salido el sol. Inició el trayecto con decisión. Tampoco volvió la mirada hacia atrás ni una sola vez.

4.4

Hannah fue inmediatamente a casa de sus padres para hacerles participes de su iniciativa. La puerta estaba abierta a pesar de ser todavía de noche. Desde que ella se había ido a meditar, no se había echado el cerrojo. María y José sabían que podía llegar en cualquier momento. Deseaban que pudiera entrar en su casa con solo empujar la puerta.

—¿Qué quieres que hagamos nosotros? –preguntó José.

—Vosotros debéis hacer vuestra vida.

—Nuestra vida eres tú. – ratificó María – Yo deseo con toda mi alma participar en la lucha por la mujer contigo.

—Padre, tú debes seguir trabajando en la carpintería. Tú, madre, debes trabajar en la casa como hasta ahora. Pero tendréis que ayudarme en muchas ocasiones. Sé que puedo recurrir siempre a vosotros y lo haré.

—Lo dejaremos todo y marcharemos contigo.

—Quien se vendrá pronto conmigo será mi hermano. Yo lo llamaré.

Santiago se había quedado escuchando detrás de la puerta. No

deseaba quitar protagonismo a sus padres. La alusión que había hecho Hannah a que le iba a llamar le llenó de satisfacción. Cerró los ojos como si tuviera que disimular.


4.5

□¡Jesús, ha llegado el momento de empezar!

El sibilino rabino había calculado cuidadosamente el grado de solemnidad que debía utilizar para anunciar a los padres de su elegido Jesús la misión que él había diseñado.

□Yahvé, nuestro Padre que está en los cielos, se ha fijado en vuestro hijo y le ha elegido para llevar la sagrada misión de ser el Mesías. Traerá la Buena Nueva al pueblo judío, predestinado por él desde toda la eternidad.

Los padres no pudieron reprimir su alegría. Era la dicha que estaban esperando desde hacía mucho tiempo. Tenían la confianza de que lo anunciado por los profetas se realizara en ellos. Se abrazaron y besaron a su hijo.

□También vosotros – continuó el rabino con la misma solemnidad – le llamaréis por el nombre de Jesús, anunciado por los profetas, porque su misión es cumplir lo que dicen las Sagradas Escrituras.

Los padres se arrodillaron ante su descendiente y pidieron que pusiera las manos sobre sus cabezas en señal de bendición. El joven quedó ruborizado por esa responsabilidad, pero el rabino le animó.

□Sabes que Yahvé llama en cualquier momento a sus elegidos y que éstos deben estar prestos siempre para iniciar su misión. Eso ha hecho contigo. Debes comenzar ya la misión que te ha encomendado. Yo he sido honrado con el encargo de anunciártelo y dirigir tu camino.

□Agradezco tu elección con gran alegría. – dijo Jesús consciente de que pronunciaba su primer discurso - Estoy seguro de que cuento con la impagable ayuda de mis padres en la tierra, y sobre todo con la tuya, que has sido, eres y serás mi maestro.

4.6

□¡Arrepentíos de vuestros pecados! Pedid perdón a Yahvé. Hacedlo pronto, porque está a punto de enviar a su Mesías para que os salve. Preparad vuestros corazones. Limpiad vuestras conciencias. No es preciso que deis diezmos y donativos en el templo. Los pecados no se perdonan con dinero y con regalos. Las riquezas no sirven para ganar el cielo. El reino que viene no es de este mundo. Haced penitencia y ayunad. El que tenga comida, que

se la dé a quien no la tiene. Pedid perdón a Yahvé. También pedid perdón a todos los hermanos a quienes hayáis ofendido. ¡Arrepentíos de vuestros pecados y venid a bautizaros! Yo sólo soy el precursor. Os anuncio que quien tiene que venir, está a punto de llegar’.

Juan no dejaba de predicar su mensaje junto al río Jordán. Lo gritaba. Estaba metido en las aguas del río hasta la rodilla. Caminaba por la orilla. Aprovechaba la presencia de quienes se acercaban, fueran muchos o fuera sólo uno.

4.7

□Esto hay que impedirlo desde el principio. ¡Caifás! Si no lo logras, tú serás el más perjudicado.

El Sumo Sacerdote Anás se enfadó mucho al enterarse de la predicación que estaba llevando a cabo Juan en el río Jordán. Sobre todo, le irritó que se estuviera anunciando públicamente la inminente llegada del Mesías. Todavía le encolerizó en un grado superior que ese anuncio se hiciera sin autorización ni conocimiento de las autoridades del Templo.

□No hay que hacerles ningún caso. – contestó con tranquilidad el corpulento yerno.

□¿Cómo no vamos a hacer caso? Es lo más grave que nos puede pasar en estos momentos. Significaría una desautorización total a nuestros cargos.

□No hay que hacerles caso, porque no tienen ningún poder. – intentó razonar Caifás - Si hacemos caso a sus actos, les hacemos un favor. Les concedemos importancia.

□Ellos no tienen poder. Pero el pueblo sí. –insistió Anás - Si logran convencer al pueblo, nosotros saldremos perdiendo. Prepara un informe para la próxima reunión del Sanedrín.

□¿Para dentro de cinco días? - protestó el corpulento Caifás – Es muy poco tiempo.

□Estos intentos hay que eliminarlos desde el principio. Recuerda que tú serás el más perjudicado.

4.8

□Una vez que ya has recibido el nombre de Jesús, tienes que ir al desierto para preparar tu gran misión. Lo dicen los profetas.

Zacarías era muy consciente de que no debían perder ningún tiempo. No podían consentir que Hannah y su hijo Juan se adelantaran. Si el pueblo les aceptaba como Mesías, ya no habría sitio para ellos. Era preciso, por lo tanto, ir cubriendo, con rapidez,

todas las etapas señaladas para la presentación pública del Mesías. El nuevo Jesús, obediente a su maestro, no fue a su casa ni se despidió de sus padres. Se dirigió directamente al desierto para realizar la preparación inmediata que le permitiera iniciar su misión.

4.9

Herodes Antipas dirigió de modo personal, a pesar de su obesidad, la operación para raptar a Herodías, la esposa de su hermano Herodes Filipo. En la operación utilizó los catorce caballos más rápidos de su reino y dos camellos grandes. Herodías estaba tiritando de frío pero gozosa. En el camino, no había aflojado su abrazo de la cintura de su amado. Al descender del camello, los dos amantes volvieron a besarse y abrazarse. El jefe de la guardia separó los caballos y el camello. El rey no pudo reprimir el deseo de palpar, delante de todos los presentes, las partes íntimas de la esposa de su hermano a quien acaba de raptar de esa forma tan aventurera.

4.10

—¡José, la presentación de tu hija como Mesías será un fracaso! Os habéis obcecado en ir por el camino equivocado. Una mujer no puede realizar la misión del Mesías. Sería una ofensa para los hombres. – sentenció Zacarías al ver al padre de Hannah.

—Zacarías, - replicó el carpintero - no puedes ir contra la voluntad de Dios. Ya ves cómo te está castigando en tu propio cuerpo.

—Tú y tu hija vais contra la voluntad de Dios. – dijo Zacarías con gran agresividad. – Sobre vosotros, terminará cayendo la auténtica y definitiva maldición. ¡Debéis retiraros! Todavía estáis a tiempo.

4.11

—¡Debes redimir a las mujeres! Somos las más oprimidas entre todos los oprimidos. ¡Ese ha de ser el punto más importante de tu presentación!

María aprovechó una de las visitas que hizo su hija a casa para insistir, otra vez, en el contenido de su mensaje como Mesías. Hannah se hallaba inquieta preparando la presentación de su doctrina. Era consciente de que se jugaba mucho en su primera intervención. Sobre todo, deseaba exponer con la mayor precisión lo esencial de su mensaje.

—Madre, no te preocupes. Soy muy consciente de cuál debe ser

mi mensaje. No me voy a olvidar de las mujeres.

—Mi prima Isabel y yo estamos haciendo una campaña entre todas nuestras conocidas. – insistió la madre.

—No hay que presionar a nadie. Mi mensaje es la libertad y la felicidad. Cada uno debe ir por su propia convicción.

—Estoy segura de que habrá más mujeres que hombres. Lo que las mujeres necesitamos es el poder.

—Yo he venido a traer la salvación.

4.14

—Ella me ayudará en mi misión como Mesías y como rey

Herodes Antipas hizo la presentación pública de su nueva mujer, aunque no hubiera una unión legítima, en el acto solemne de la festividad de su onomástica. Su padre había celebrado siempre esa fiesta con una recepción en el palacio real a la que invitaba a los prohombres más poderosos y acaudalados del reino con sus esposas. Se consideraba un honor recibir esa invitación. Por la noche, en otra dependencia del palacio, se preparaba una cena con los manjares más exquisitos. A ella, acudían sólo los hombres más amigos del rey.

El joven monarca mantuvo estas dos ceremonias. Herodías estuvo presente a su lado y en lugar destacado. Ella se preocupó de que su presencia no pasara desapercibida. Se puso un vestido de gasas casi transparentes de distintos colores muy bien combinados, que insinuaban un cuerpo voluptuoso y perfectamente formado.

4.13

—¡Hannah, hay otro Mesías!

José se había acercado a su hija con gran nerviosismo y temor. Desde que se había enterado de que Zacarías estaba promoviendo la actuación de otro Mesías, no podía quitar esa idea de su cabeza. Le había dado tiempo a investigar y ya sabía quién era el elegido por el rabino.

—Padre, nada puede ser grave, si Yahvé no quiere que lo sea.

-No creo que esto lo quiera Yahvé. El rabino Zacarías ha elegido a uno de sus alumnos para que realice la misión de Mesías. Le ha cambiado de nombre. Ahora se llama Jesús. Dice que nosotros somos los impostores.

—Ni el rabino Zacarías ni nosotros mismos somos quienes para abandonar la misión que mi Padre de los cielos me ha ordenado realizar. –respondió Hannah con serenidad.

—Yo también estoy decidido a seguir tu camino. Pero ¿cómo

puede suceder eso? ¿Cómo lo puede tolerar tu Padre celestial, que te ha elegido a ti para realizar esa misión?

—No pretendas entender los designios de Dios. Suficiente tarea tenemos con realizar nuestra misión.

4.14

—¡Hay que impedir que llegue a presentarse!

Anás fue muy enérgico en su discurso durante la reunión extraordinaria del Sanedrín. Insistió en los graves peligros que, a su juicio, podían derivarse del anuncio de la llegada del Mesías. Empleó el tono más tenebroso para convencer a los presentes de que constituía una agresión dirigida directamente contra todos ellos.

Sus palabras fueron fervientemente aplaudidas por la mayoría de los miembros del Sanedrín. También fueron rechazadas con la misma fuerza, por los miembros disidentes. Sin embargo, el desequilibrio era notable. Sólo se oponían Nicodemo y José de Arimatea.

Fue mucha la constancia que tuvieron que emplear los dos para hacerse oír. José de Arimatea tenía más facilidad de palabra y fue, una vez más, el encargado de exponer las ideas de ambos. Censuró al Sumo Sacerdote y a sus seguidores por tomar esa actitud negativa ante el máximo acontecimiento de la historia de la religión y del pueblo judío. Consideraron un escándalo que fueran precisamente los máximos jefes religiosos quienes se opusieran a la llegada del Mesías.

Estas palabras fueron contestadas con gestos de rechazo. Hubo incluso intentos de agresión. Anás tomó, de nuevo, la palabra para calificar con los términos más duros a los dos disidentes. Después, hizo una propuesta que valoró como conciliadora. Consistía en que un delegado del Sanedrín fuera a visitar a Juan a la orilla del río Jordán y le ordenara deponer su actitud. Se aprobó por amplia mayoría, y a propuesta del Sumo Sacerdote, se encomendó a Caifás.

4.15

—¡Vengo con el propósito de llegar a un acuerdo!

Hasta el tono que utilizó Zacarías era conciliador. El mismo modo de saludar a Hannah deseaba transmitir confianza. Había aprovechado una ocasión en que ella volvía de reunirse con Juan para ultimar los detalles de lo que tenían que hacer en los próximos días. Él estaba sentado, junto al cayado que le permitía caminar, aunque con dificultades.

□Un acuerdo, ¿sobre qué? – preguntó la Mesías.

□Mi propuesta es la siguiente. Yo retiro la propuesta de Jesús como Mesías, si tú te retiras también. Comenzaremos todos de nuevo.

□Yo no puedo aceptar ni renunciar. –indicó Hannah - Debo hacer lo que Yahvé me ha encomendado.

□¡La misión que tú has arrebatado! – puntualizó Zacarías con agresividad. – Sabes muy bien que una mujer no puede ser Mesías.

□No he sido yo quien lo ha decidido – dijo Hannah con suavidad – El padre celestial me ha encomendado a mí esa misión. Yo sólo obedezco.

Con la misma suavidad, Hannah se fue alejando del agresivo rabino. Caminó hacia el lugar solitario donde se preparaba para comenzar pronto su misión. Zacarías no pudo dominar la tentación de increparla.

□¡No te saldrás con la tuya! Fracasarás en la misma presentación. La misión del Mesías la llevará a cabo un hombre, Jesús, cuyo nombre significa Salvador, según anuncian los profetas.

4.16

Caifás se vistió con ropa elegante para dar el ultimátum a Juan junto al río Jordán. También se puso sandalias nuevas. Mostrar una buena presencia iba de acuerdo con el objetivo encargado por Anás. Debía manifestar, desde su aspecto exterior, que iba como máxima autoridad religiosa. Cuando se acercó a la orilla, vio que había varias personas escuchando al precursor. Esperó sin ser visto.

En cuanto se dio cuenta de que se marchaban los que le estaban escuchando, se acercó. Juan estaba metido en el río. El agua le llegaba hasta la rodilla. Había acabado de exponer la Buena Nueva de la llegada del Mesías a un grupo y ya estaba preparado para hacerlo de nuevo. Reconoció al yerno del Sumo Sacerdote antes de que estuviera junto a él.

□Caifás, es un honor para mí que vengas a escuchar mi mensaje.- respondió Juan con gran afabilidad.

□No vengo a escuchar tu mensaje. –dijo Caifás – Traigo yo un mensaje para ti de parte del Sanedrín y del Sumo Sacerdote.

□Eso también es un honor para mí.

Caifás intentó acercarse hasta el mismo borde el agua para transmitir mejor su encargo. No se dio cuenta de que la tierra entre las hierbas se había convertido en barro. Se resbaló y estuvo a punto de caer dentro del río. Juan hizo un gesto para ayudarle, aunque estaba a demasiada distancia. El sanedrita logró mantener

el equilibrio, pero sus sandalias quedaron embarradas.

—El Sanedrín y el Sumo Sacerdote te ordenan que abandones esta predicación. No tienes ninguna autorización ni has recibido el asentimiento de las autoridades religiosas.

—La misión que yo debo realizar es advertir a todos que deben prepararse para la llegada del Mesías. Quienes más deben prepararse sois vosotros, los sanedritas, los dirigentes del templo y los sacerdotes. Debéis lavar vuestros corazones, olvidar las ambiciones, evitar los fraudes y desechar las tentaciones. Vuestros corazones están llenos de egoísmo.

—Si no aceptas esta orden, nos veremos obligados a imponer los castigos que mereces por tu rebeldía.

Caifás se fue separando de la orilla. Adoptó un tono más amenazador. Mientras andaba, tenía cuidado para no pisar otro charco. Sus sandalias habían adquirido un aspecto repugnante. Encima del barro, se iba depositando el polvo del camino. Al terminar su amenaza, dio la espalda a Juan y aceleró el paso.

4.17

—Juan, dentro de unos días, bautizarás a Jesús, el auténtico Mesías.

Zacarías no se puso ninguna ropa espacial para ir a visitar a su hijo. Aunque estaban muy distantes desde que Juan había asumido su misión de precursor de Hannah, el rabino utilizó un tono autoritario.

—¿Cómo puedes decir eso cuando sabes que es mentira? – afirmó Juan sin ceder ante su padre.

—Debes abandonar, cuanto antes, a tu prima y unirte a la predicación del verdadero Mesías. – insistió el rabino – No colabores en la ofensa a todos los hombres, ayudando a una mujer.

—Bautizaré a Hannah cuando ella lo decida. Mientras tanto, seguiré preparando su venida. Es mi misión como precursor.

—¡Ella no es el Mesías! – sentenció el rabino - Toma ejemplo de mí. Lo preparé todo para el hijo de José el carpintero. Pero he rectificado. Ha nacido mujer. Yahvé nos lo ha dicho con toda claridad.

—Todo lo contrario. Yahvé ha querido expresamente que una mujer lleve a cabo esta misión.

—¡Bautizarás a Jesús dentro de unos días! Yo te lo presentaré.

Zacarías fue muy severo al dar, de nuevo, esta orden. Pero no causó el efecto deseado en su hijo. Juan se alejó despacio pero con firmeza.


—No traigas a ese falso Mesías. No le bautizaré. ¡Me enfrentaré a vosotros!

4.18

—En la presentación nos jugamos mucho. Es necesario que sea un éxito.

Santiago no necesitó decir a su padre que tenía intención de compaginar el trabajo de la carpintería con el seguimiento de las actividades de su hermana Hannah como Mesías. José se adelantó a proponérselo. Conocía muy bien su deseo. Además, sabía que su ayuda, a pesar de su juventud, iba a ser muy necesaria en las labores de organización y las múltiples actividades para preparar los actos.

Acudió pronto a escuchar la predicación de Juan y fue uno de los primeros en recibir el bautismo. Por las tardes, tras terminar su trabajo, iba a hablar con su primo. Ambos exponían el gran afecto que sentían hacia Hannah y se animaban mutuamente a trabajar para que su importante misión tuviera éxito. También asumió el encargo de comunicar esos detalles a los sanedritas Nicodemo y José de Arimatea.

4.19

—Por la autoridad que tengo como marido sobre ti, te prohibo que trabajes, favorezcas o hagas campaña a favor de la hija de tu prima como Mesías.

Zacarías adoptó un tono desproporcionadamente solemne ante su esposa Isabel. Habían estado discutiendo. Ella se mostraba partidaria de ayudar a Hannah. El rabino estaba totalmente en contra.

—He pasado toda mi vida estudiando las escrituras y sé lo que quiero hacer. ¡En primer lugar, no voy a tolerar que sea una mujer! Eso te obliga a ti también.

Como la esposa se resistía a aceptar su criterio, Zacarías utilizó el recurso de su autoridad como marido. Llegó a más.

—¡Debemos lograr que se retire y deje paso a Jesús! Tenemos que lograr que fracase en su presentación.

4.20

Herodías se vistió aquella mañana con gran ostentación. Había exigido que le llevaran a palacio muchos vestidos brillantes y lujosos. Se había pasado varios días probándoselos. Se quedó con todos, aunque muchos de ellos tuvieron que ser adaptados a sus

medidas y a sus gustos. Los comerciantes de telas y de vestidos confeccionados estaban asustados. Estaban acostumbrados a que los miembros de la realeza, en tiempos de Herodes el grande, se llevaran vestidos sin pagar. Pero nunca se habían apropiado de tantos ni habían exigido adornos tan lujosos.

4.21

El día en que Hannah fue a visitar a su primo Juan para ser bautizada, el cielo presentaba un color azul brillante. Había algunas nubes blancas colocadas en lugares estratégicos como si tuvieran el premeditado deseo de colaborar en la belleza del momento. El sol se reflejaba en el agua del río. Coincidió, a primera hora de la tarde, en un momento en que eran muchas las personas que escuchaban el mensaje del precursor.

—Ésta que veis es la Mesías que yo os anuncio.

Todos se volvieron hacia ella. Se oyó una exclamación contenida. Se fueron acercando en grupos, afectados por la impresión de estar ante alguien tan grande como la Hija del Altísimo.

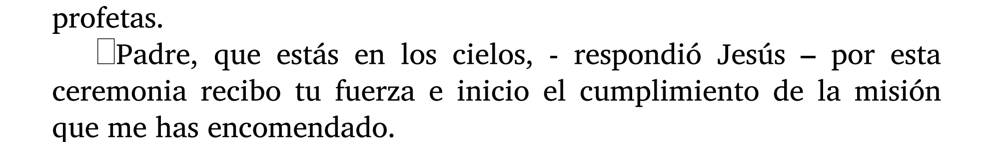
—He venido para que me bautices. – dijo Hannah.

Hannah y Juan se metieron en el río hasta que el agua los cubrió por encima de la rodilla. Ella inclinó la cabeza. Él tomó agua en sus manos juntas. Las elevó y dejó caer el líquido sobre su pelo. Ambos se mantuvieron en actitud de oración y recogimiento. Después, se saludaron con respeto. Ella salió del agua. Desde la orilla, saludó a los presentes. Él esperó en silencio hasta que desapareció. Los presentes contemplaron la ceremonia con gran respeto. Se quedaron mirando cómo se perdió en la lejanía la figura de Hannah. Algunos caminaron detrás.

4.22

Zacarías, en su afán de acelerar la presentación de Jesús como Mesías, acudió esa misma tarde al río Jordán. Aprovechó un momento en que no había seguidores alrededor de su hijo. Cuando el autodenominado Jesús llegó a las orillas del Jordán, ya no había sol. Las nubes blancas se habían ennegrecido y el cielo amenazaba con lluvia. El rabino, al meterse en el agua, resbaló y estuvo a punto de caer. Su elegido, en cambio, lo hizo con seguridad. Llegó a arrodillarse ante su particular precursor. Zacarías tomó agua del río en una concha y la derramó sobre la cabeza del joven.

—Yo te bautizo en el nombre del Padre celestial. – dijo el rabino – A la vez, te anuncio como el auténtico Mesías que, con el nombre


de Jesús, comienza a predicar la Buena Nueva anunciada por los profetas.

—Padre, que estás en los cielos, - respondió Jesús – por esta ceremonia recibo tu fuerza e inicio el cumplimiento de la misión que me has encomendado.

4.23

Santiago estuvo durante más de dos horas esperando a que saliera Nicodemo del templo. Preguntó, en varias ocasiones, si ésa era la puerta por la que solía salir. Le aseguraron que sí. Sin embargo, vigilaba también otras salidas para mayor seguridad. Estaba ya a punto de poner fin a su espera, cuando le vio.

—Soy Santiago, hijo de José y hermano de Hannah, la Mesías.

—¿Tienes algún mensaje para mí? – preguntó con inquietud.

—Se está preparando la presentación oficial de su misión. Va a ser un acto muy importante en el que no podemos fracasar. Como fuiste el encargado de organizar la concentración para pedir su llegada, te rogamos que…

—Yo no fui el responsable de nada. Resultó una concentración espontánea.

—Necesitamos que esta vez suceda lo mismo. Va a dar a conocer los puntos más importantes de su misión y de su doctrina.

Santiago le informó con todo detalle sobre los distintos aspectos. Le volvió a rogar que pusiera gran interés, porque se trataba de un momento decisivo para la misión que Hannah debía realizar como Mesías. Nicodemo aseguró que se lo iba a comunicar a su compañero y amigo José de Arimatea para difundirlo entre las diversas comunidades.

4.24

—Hay que impedir, por todos los medios, que esa Mesías lleve a cabo su presentación.

Caifás utilizó un tono muy crítico en el informe sobre su visita a Juan en la orilla del río Jordán. Insistió en que él había sido en todo momento respetuoso y amigable, a pesar de la hostilidad del predicador. Dijo que había utilizado siempre palabras de aceptación. Calificó la respuesta del bautista como agresiva. Aseguró que, en ningún momento, escuchó sus palabras y que llegó a amenazarle. Finalmente, afirmó que fue introducido en el barro por la fuerza.

Todos los miembros del Sanedrín mostraron su indignación. Sólo Nicodemo y José de Arimatea solicitaron que presentara pruebas de

que los acontecimientos habían sucedido de esa manera. El resto se enfrentó a ellos con vehemencia, acusándolos de llamar mentiroso a Caifás.

—Es una vergüenza inaceptable para todos nosotros, - dijo Anás para terminar la reunión en calidad de Sumo Sacerdote, - que una mujer se presente como Hijo de Dios. Es preciso que esa ofensa para los hombres y esa irreverencia para Dios no tengan lugar. El pueblo judío sería el hazmerreír de toda la humanidad y la religión judía caería en el mayor de su descrédito. Debemos impedirlo por todos los medios.

4.25

—¡No debe acudir nadie a escuchar a Hannah!

Zacarías se entrevistó también con Nicodemo y con José de Arimatea. Les propuso que hicieran campaña para que nadie asistiera al sermón que iba a pronunciar Hannah como presentación de su misión. Trató de convencerlos de que era urgente paralizar esa presentación y apoyar la predicación de Jesús como auténtico Mesías.

—Yo puedo explicar en las reuniones de vuestros fieles la imposibilidad de que una mujer sea Mesías. Va contra las leyes naturales y divinas. Además, ella y mi hijo Juan se están desviando de lo establecido por los profetas.

Nicodemo y José de Arimatea descartaron la posibilidad de que Zacarías interviniera en dichas reuniones. Se comprometieron en tener en cuenta su propuesta. Argumentaron que no querían intervenir en esa lucha entre dos Mesías.

—Si os ponéis de parte de Jesús, yo influiré para que, cuando sea reconocido, os lo premie.

4.26

—¡Debes prohibir la presentación!

Para hacer más fuerza, todos los miembros del Sanedrín salvo los dos disidentes, acompañaron a Anás en sus visitas al rey Herodes Antipas y al procurador romano Poncio Pilatos. No deseaban pedir sólo que tomaran medidas contra la aparición de la Mesías. Querían exigir un compromiso para impedirlo.

Poncio Pilatos, que los recibió acompañado protocolariamente de su esposa Claudia, se mostró, una vez más, sibilino en su respuesta. Volvió a asegurar que consideraba esa cuestión como meramente interna a la religión judía y que no le correspondía a él decidir en ese asunto.

Herodes fue más receptivo. Asistió a la reunión acompañado de Herodías, quien, en esta ocasión, no llevaba vestidos provocativos ni adoptó actitudes escandalosas. Anás puso especial énfasis en enumerar los peligros de permitir que se hicieran falsos anuncios de la llegada del Mesías. Tuvo cuidado en utilizar un equilibrio para implicar al rey en esta lucha pero sin aceptar que Herodes fuera el Mesías.

El monarca, en cambio, sí que dio el paso de considerarse directamente agredido en su calidad de Mesías. Intentó que los miembros del Sanedrín se pusieran de su parte en esa reivindicación. Insinuó que se opondría a los actos de la llegada de un nuevo Mesías, si ellos le reconocían como tal. Herodías, que había permanecido en silencio durante toda la reunión, tomó la palabra cuando se aludió a la imposibilidad de aceptar que fuera una mujer reconocida como Mesías. Aseguró que si la lucha se establecía entre mujeres, ella intervendría.

—Me opondré personalmente a que esa intrusa arrebate a mi queridísimo Herodes uno de sus títulos más preciados.

4.27

—¡Tenemos que ir todas las mujeres!

Isabel, a pesar de la prohibición expresa recibida de su marido, siguió colaborando en la preparación de la presentación de Hannah como Mesías. Mantuvo las actividades que tenía programadas con su prima María.

Juntas fueron a visitar a Ana. Aprovecharon un momento en que no estaba en casa su esposo Joaquín. La abuela poco a poco fue cediendo, por motivos emocionales. Influyó en ella, sobre todo, la preocupación de su hija María, que se hallaba muy afectada por los rechazos que estaba recibiendo Hannah.

4.28

Aunque no había conseguido los apoyos que buscaba, Zacarías decidió adelantar la presentación de Jesús como Mesías. Para él, era importante hacerla antes que Hannah. De acuerdo con su filosofía, eligió la explanada del templo de Jerusalén para realizarla. Desde el principio, había que dejar claro que la misión del nuevo Mesías iba dirigida de modo directo, prioritario y casi exclusivo a retirar de sus puestos al Sumo Sacerdotes y a los miembros del Sanedrín.

Eligieron cuidadosamente la hora de la tarde antes del anochecer, cuando había más gente en los alrededores del templo. Trataron de revestir el acto con la mayor solemnidad para llamar la

atención. De esa manera, lograron reunir a bastantes curiosos. Jesús se subió al estrado y habló con voz potente como había ensayado con el rabino promotor.

Hermanos judíos, vengo a anunciaros la Buena Nueva que Nuestro Padre celestial me ha encomendado. Ha llegado la hora de terminar con la corrupción que se ha adueñado de la dirección del templo. Es necesario lograr una renovación y una limpieza para que la voluntad de Yahvé reine sobre nosotros.

El discurso de Jesús había sido preparado con toda meticulosidad. El rabino había tenido cuidado en que se fueran enumerando todas las lacras y corrupciones. Un punto concreto de denuncia era la exclusión que se hacía de determinadas personas para ocupar los cargos de importancia por el hecho de tener un defecto físico.

¡Ha sido un gran éxito! – le dijo Zacarías a Jesús, al termino del acto, mientras muchos curiosos se mantenían todavía en los alrededores.

4.28

Herodías encargó a sus doncellas y a otros sirvientes del palacio que localizaran a Hannah y le ordenaran que fuera a visitarla. No lograron dar con su paradero en Jerusalén y no pudieran transmitirla esa orden. La amante del rey encargó, entonces, que le dieran esa orden a Juan, el predicador del río Jordán. A éste sí que le localizaron y le transmitieron la orden. Pero se negó a cumplirla.

La concubina real, muy enfadada, ordenó que prepararan su carruaje y la llevaran hasta la orilla del río Jordán. Cuando llegó a la altura donde estaba predicando, envió a un sirviente para que el predicador se acercara. El enviado regresó diciendo que se negaba a acercarse y aseguraba que era ella quien debía hacerlo.

Predicador de mierda, no sabes lo que te estás buscando. – gritó Herodías - Me has insultado a mí, y también has insultado al rey. ¡Tendrás tu castigo! Debes saber que el único Mesías que hay aquí es el rey.

A ti, también se dirige la Buena Nueva. – replicó el predicador mirándola con firmeza – Debes pedir perdón por tus pecados, arrepentirte y purificar tu corazón. No debes permitir que los deseos de tu instinto carnal dominen tu alma. Has de reconocer que vives en pecado y que tu conducta sirve de escándalo.

La gente se mantenía en silencio, aunque cada vez se aproximaba más a los protagonistas del tenso diálogo. Miraban con sorpresa que el predicador se atreviera a censurar la conducta de la

concubina que el rey había presentado con tantos honores. Ella estaba roja de ira. Sus expresiones aumentaban los signos de amenaza.

—¡Pagarás muy severamente estas ofensas!

4.30

—Simeón, tendrás que ir a la presentación o lo que sea de Hannah.

Zacarías contaba con su ayudante en la sinagoga para todas sus necesidades tanto religiosas como particulares. Era un joven inteligente, servicial, que tenía en gran consideración a su jefe y cumplía sin rechistar todas sus órdenes, e incluso las sugerencias o insinuaciones.

—Debes observar todo lo que suceda. No se te tiene que pasar ningún detalle. Nada más que suceda, lo escribes para que no se te olvide nada. Me entregarás todo lo que escribas. Si necesitas ayuda, pídesela a tu esposa. Ella también sabe escribir, ya que se educó en el templo. Pero que ella haga lo que tú ordenes, porque ella es sólo una mujer.

4.31

Muy poca gente se acercó al monte para escuchar el sermón de presentación de Hannah como Mesías. La campaña de oposición había sido eficaz. En las proximidades, se habían colocado algunos soldados. Hannah estaba de pie desde hora muy temprana, acompañada por Juan. Recibió a los que llegaban. Pudo saludarlos de modo personal y distendido. En ningún momento, perdió la sonrisa.

El primero en llegar fue su padre José. Lo hizo acompañado por Santiago. María, Isabel y Ana llegaron también pronto. Para entonces, ya estaba por allí Simeón, observándolo todo con gran atención. Había llegado en compañía de su esposa. Se sorprendió de que Hannah se acercara a él y le saludara con afecto. Nicodemo y José de Arimatea también se aproximaron.

Los familiares eran los más preocupados por la escasa asistencia. María y José se miraban con expresión triste. También Juan manifestaba en su rostro su desilusión. Hannah seguía sonriendo.

—El espíritu de Yahvé está sobre todos nosotros. Él me ha encargado que anuncie el amor, la libertad, la verdad y la paz. Esa es su propuesta. ¡Vuestra salvación y la del mundo están en el amor! El amor os dará la felicidad eterna. La verdad y la libertad os traerán la paz. El amor y la paz están en vuestros corazones. Pero se

hallan ocultos por el odio, la ambición, los bajos instintos y el deseo desordenado de poder.

Hannah se detuvo con amabilidad. Miró a los presentes como si se hallara en una conversación directa con ellos. No utilizaba un tono de superioridad y de imposición. Miró directamente a su madre.

—Ya que mi Padre me ha elegido a mí como mujer, yo me voy a dirigir también a las mujeres, a las que están presentes y a las que todavía no han acudido. Bienaventuradas las pobres, que tienen el corazón libre de ambiciones y deseos de poder. De ellas, es el reino de Dios y su felicidad. Bienaventuradas las que tenéis hambre y las que deseáis la verdad. Aunque paséis dificultades, vuestros deseos serán satisfechos. Bienaventuradas las que sufrís por conseguir la paz para todos, en lugar de pelear por dominar a los demás. Bienaventuradas las que no os conformáis con las riquezas materiales. Vuestra dicha es más intensa y duradera. Bienaventuradas las que buscáis la auténtica y completa libertad. Sólo ella, os hará más fuertes.

Los escasos presentes contenían la respiración para no perderse ni una sola palabra del mensaje de Hannah. Antes de despedirse, La Mesías impuso sus manos a cada uno de los presentes para transmitirles su energía y su paz interior.

4.32

—¡Lo hemos conseguido! –gritó Zacarías nada más enterarse –Han fracasado nada más empezar. ¡Impediremos que una mujer sea Mesías!

AMOR

5.1

□José, debéis retiraros y dejar solo a Jesús como Mesías. – dijo Zacarías cuando fue expresamente a la carpintería para interpelarle - ¡La predicación de tu hija ha sido rechazada!

□¡La verdad se impondrá muy pronto! – replicó el carpintero.

□Lo peor que podéis hacer es engañaros a vosotros mismos. – afirmó el rabino en un intento de presionar - Te ofrezco a ti, a tu hija y a todos sus seguidores, aunque sean pocos, que os integréis en el grupo de Jesús. Él será el único Mesías. Cumple la misión anunciada por los profetas.

5.2

□Joaquín, nuestra nieta está siendo atacada.

Ana había venido entusiasmada por lo expuesto en el sermón de la montaña. Pero estaba enfadada por la poca gente que había acudido y por las noticias de que Zacarías y su Mesías se habían adelantado para perjudicar su misión.

□Lo que ha expuesto Hannah es el auténtico camino para alcanzar la felicidad. – dijo apasionadamente - Por eso, quieren impedir su mensaje.

□En la religión, no puede haber una felicidad auténtica. – Joaquín adoptó un tono doctrinal - La esencia de la religión consiste en el sacrificio. La religión busca hacer feliz a Dios, no a las personas.

□No hables de lo que no conoces. Lo que estoy diciendo es que a tu nieta la están atacando. Yo he decidido convertirme en su defensora. ¿Qué vas a hacer tú?

□¡Ha sido una conversión muy repentina la tuya! ¿O no?

□No te pido que te conviertas. – dijo Ana con seriedad - Pero tu nieta está necesitando la ayuda de todos los que la quieren. Tú has dicho muchas veces que la quieres. Tengo mis dudas de que sea cierto.

□No te consiento que digas eso. Una cosa es que no crea en las cosas que predica y otra muy distinta que no la quiera.

5.3

‘Ésta no es la revolución que esperamos del Mesías.’

Con esta frase, concluía un breve comunicado hecho público con el grupo de los zelotes. Comenzaban exponiendo brevemente lo que pretendía ser un resumen de lo anunciado por Hannah y por Jesús. Era una síntesis poco exacta y, en algunos aspectos, tendenciosa. A continuación, reiteraban su ideología de reivindicación nacional y de apoyo a la rebelión armada contra la dominación romana. De ese contraste, deducían que los principios expuestos por los dos ‘pretendidos’ Mesías no respondían a las necesidades del pueblo judío. Como conclusión práctica, anunciaban que ellos seguirían con sus intervenciones violentas hasta conseguir expulsar a las tropas invasoras.

5.4

—Hannah, tienes que insistir todavía más sobre la opresión en que nos hallamos las mujeres.

—Madre, el camino de la felicidad para la mujer está en la libertad y en la verdad. La del hombre, también.

—Las mujeres lo necesitamos más. – concluyó María – Cuando estuve interna en el templo de joven, me di cuenta de la soberbia de los hombres.

5.5

—Estamos ganando la batalla contra los Mesías. – dijo Anás sonriente en la reunión improvisada con el grupo de sanedritas fieles – Hay dos que se disputan ese título. Eso nos favorece. El uno desautoriza a la otra. Me preocupa más la mujer. No debemos dejar que se recupere del fracaso inicial. Hay que rematarla. Es preciso decir que se retira. El otro, el llamado Jesús, nos ha atacado más directamente, pero es menos peligroso.

—Está claro que ese quiere ocupar nuestro puesto. – dijo uno de los asistentes.

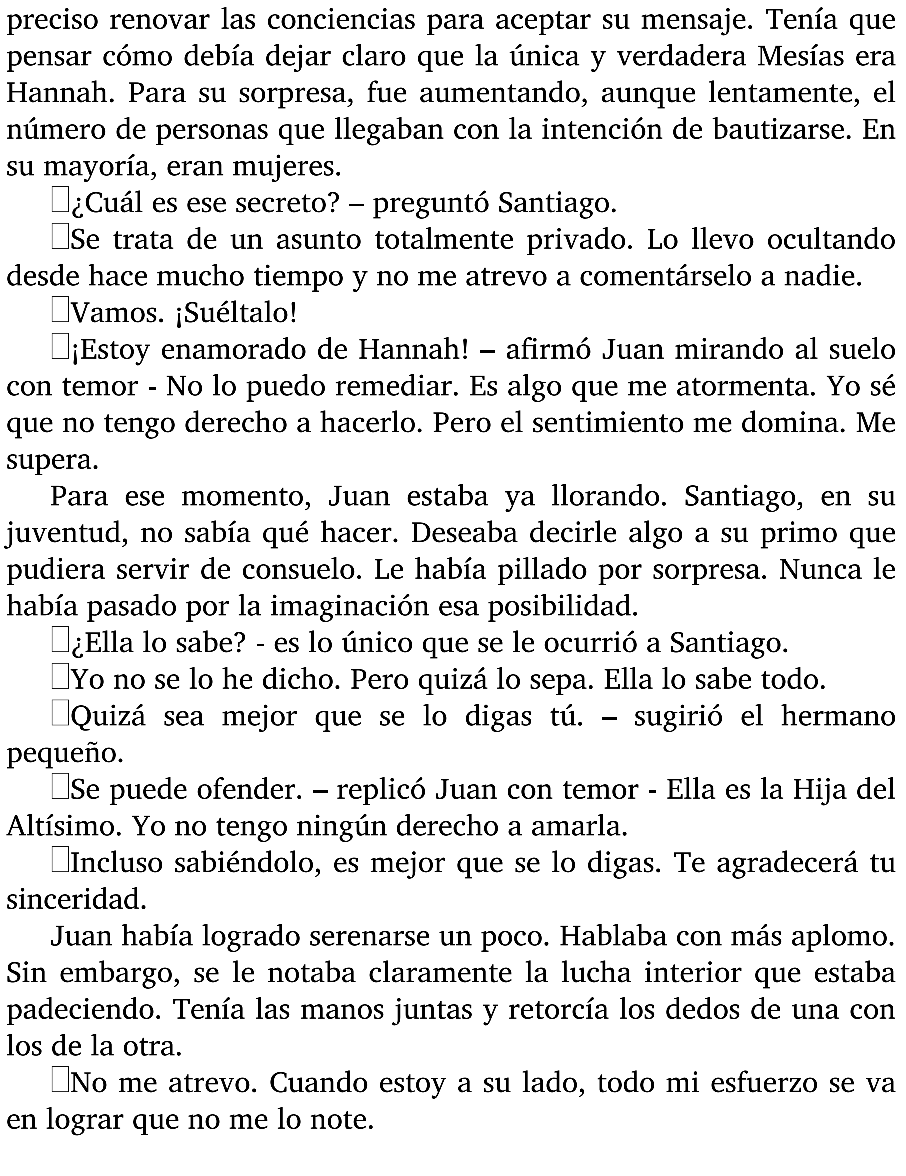
—Quizá lo mejor sea ignorarlos a los dos. – se atrevió a opinar Caifás.

—¡No! A los enemigos, hay que destruirlos cuanto antes y sin consideración. Debemos pensar todos en acciones para hacerlos desaparecer. Cuando lo hayamos pensado, ordenaré a Caifás que convoque otra reunión para tomar decisiones.

5.6

—Santiago, tengo que decirte un secreto.

Juan volvió a la orilla del Jordán para seguir predicando. Debía introducir el cambio de que la Mesías ya había llegado y que era



preciso renovar las conciencias para aceptar su mensaje. Tenía que pensar cómo debía dejar claro que la única y verdadera Mesías era Hannah. Para su sorpresa, fue aumentando, aunque lentamente, el número de personas que llegaban con la intención de bautizarse. En su mayoría, eran mujeres.

—¿Cuál es ese secreto? – preguntó Santiago.

—Se trata de un asunto totalmente privado. Lo llevo ocultando desde hace mucho tiempo y no me atrevo a comentárselo a nadie.

—Vamos. ¡Suéltalo!

—¡Estoy enamorado de Hannah! – afirmó Juan mirando al suelo con temor - No lo puedo remediar. Es algo que me atormenta. Yo sé que no tengo derecho a hacerlo. Pero el sentimiento me domina. Me supera.

Para ese momento, Juan estaba ya llorando. Santiago, en su juventud, no sabía qué hacer. Deseaba decirle algo a su primo que pudiera servir de consuelo. Le había pillado por sorpresa. Nunca le había pasado por la imaginación esa posibilidad.

—¿Ella lo sabe? - es lo único que se le ocurrió a Santiago.

—Yo no se lo he dicho. Pero quizá lo sepa. Ella lo sabe todo.

—Quizá sea mejor que se lo digas tú. – sugirió el hermano pequeño.

—Se puede ofender. – replicó Juan con temor - Ella es la Hija del Altísimo. Yo no tengo ningún derecho a amarla.

—Incluso sabiéndolo, es mejor que se lo digas. Te agradecerá tu sinceridad.

Juan había logrado serenarse un poco. Hablaba con más aplomo. Sin embargo, se le notaba claramente la lucha interior que estaba padeciendo. Tenía las manos juntas y retorcía los dedos de una con los de la otra.

—No me atrevo. Cuando estoy a su lado, todo mi esfuerzo se va en lograr que no me lo note.

5.7

—¡Prepáramelo para esta noche!

Sara había calculado que, después de dos semanas de abstinencia sexual, era el momento de intentar, de nuevo, superar el número de veces que hacía el amor con su marido en una sola noche. En las últimas fechas, Caifás estaba algo nervioso por la aparición de los Mesías. No reaccionada a sus caricias y palabras afectuosas. Conseguir ese récord sexual sería bueno también para sus relaciones personales. Les restablecería la confianza mutua.

Por todas esas razones, a primera hora de la mañana, se

encaminó a la casa de una experta en remedios afrodisíacos. Pidió una mezcla que fuera eficaz para estimular a su marido.

—La tendrás preparada dentro de tres noches.

La hechicera clandestina pidió el dinero por adelantado. Sara no se lo pudo negar. Quedaron en que le entregara la pócima a ella en persona. No deseaba que las sirvientas estuvieran al tanto de esa intimidad. Inmediatamente estaría su secreto en conocimiento de toda la vecindad.

5.8

—Os narraré una parábola para que comprendáis mejor los ocultos caminos de Yahvé.

Hannah se había trasladado a Cafarnaún para exponer allí su doctrina y dar a conocer su misión como Mesías. Deseaba predicar, de nuevo, las ideas expuestas en el sermón del monte, insistiendo en sus aplicaciones concretas. Acudió muy poca gente a escucharla. Pero ella predicó con todo su entusiasmo.

—Una mujer tenía dos hijas. La mayor era muy trabajadora y muy hogareña. Siempre estaba ayudando a su madre en las tareas que había en la casa y las huertas. La hija pequeña, que era más aventurera, tomó la dote y se fue de casa para conocer el mundo. Cuando se le terminó el dinero, se procuraba el sustento, ejerciendo la prostitución y con otros trabajos impropios de su dignidad. Un día, ya sin dinero, embarazada y llena de remordimiento, decidió volver a la casa de su madre. Aunque comprendía que no merecía ser recibida de nuevo en casa, confiaba en el buen corazón de su madre. Se puso en camino. Cuando todavía se hallaba lejos de la casa, su madre la vio y salió corriendo a su encuentro. La rodeó con sus brazos, la besó y la estrechó contra su corazón. La hija dijo: 'Madre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco ser llamada hija tuya'. Su madre la volvió besar y la ayudó a entrar en casa. Le puso un vestido nuevo. Le regaló joyas y brazaletes. También le puso unas sandalias nuevas en los pies. Mató un ternero bien engordado y preparó un banquete para celebrar el regreso de la hija que creía había perdido para siempre. Mientras se celebraba la fiesta, la hija mayor se mantuvo en silencio y aparte. Se negó a unirse al baile y se enfadó por los cánticos que la madre dedicó a la recién llegada. Interrumpió entonces la música y dijo: 'Todos estos años, he permanecido contigo en casa. He trabajado para ti como una esclava. Nunca te he desobedecido, ni te he dado ningún motivo de queja. Pero nunca has preparado una fiesta para mí, ni has organizado una cena en mi honor. En cambio, cuando la hija

que te ha abandonado regresa a casa preñada y sin honor, matas para ella el mejor ternero y la recibes con grandes ceremonias'. La madre le contestó: 'Hija mía, tú siempre has estado a mi lado. Todo lo mío es tuyo. Siento haberte descuidado. Perdona a tu hermana y a mí. Pero alegrémonos todas de que tu hermana haya vuelto y de que estemos de nuevo juntas, porque creíamos que tu hermana estaba perdida y la hemos encontrado'.

5.9

¡Esta es mi hermana Salomé! Es bailarina. Con ella, veréis lo que nunca habéis llegado a ver y a disfrutar lo que nunca habéis llegado a disfrutar.

Herodías acompañó, en su carruaje, a su hermana pequeña, que acababa de trasladarse a Jerusalén y se había instalado en las dependencias del palacio real. Las dos iban vestidas de forma atractiva y escandalosa. Se detuvieron en los lugares más frecuentados de la ciudad.

Un lugar buscado expresamente por Herodías fue la orilla del río Jordán. Detuvieron el carruaje lo más cerca que pudieron entre quieres estaban escuchando la predicación de Juan. Se asomaron las dos, haciendo gestos provocativos y despectivos.

Dejad de escuchar a ese predicador feo y aburrido, vendedor de mentiras.

¡Quien es motivo de escándalo para su hermano o hermana tendrá un doble pecado! – respondió Juan sin caer en la provocación que las dos entrometidas pretendían - ¡Quien es motivo de que su vecino o su vecina peque, deberá hacer doble penitencia, porque Dios le juzgará con severidad y le arrojará al fuego de los infiernos!

Antes de arrancar su carruaje, Herodías y Salomé tuvieron todavía tiempo para ridiculizar al predicador.

5.10

¡No profanéis la casa de mi Padre!

Hannah siguió recorriendo las ciudades de Judea para predicar su doctrina y para transmitir la energía interior, aunque seguían siendo pocos sus seguidores. Pero no deseaba llegar todavía a Jerusalén. La visión que tuvo de lo que sucedía en las puertas de los templos, en las distintas poblaciones, llenó su corazón de santa ira en defensa de los intereses espirituales de su Padre Yahvé. Los soportales estaban ocupados por vendedores de bueyes, ovejas y palomas. Estaban instalados allí los cambistas de monedas y los

prestamistas.

Esa actividad fraudulenta era, además, el símbolo de que sucedía dentro de los templos. Allí se compraban y se vendían los favores religiosos. A quién más daba, utilizando como tapadera la forma de donación, más prebendas se le otorgaban. Con dinero o con mercancías valiosas, se podía conseguir el perdón de los pecados.

—¡Salid de aquí y no convirtáis las casas de mi Padre en sucios mercados!

Era tal la indignación que esa intolerable situación suscitó en el corazón de Hannah, que cogió un látigo en varias ocasiones y se puso a expulsar a aquellos mercaderes fraudulentos de los templos. Con sus propias manos, destruyó los tenderetes y las mesas de préstamo.

—Habéis destruido los templos de mi Padre. Pero yo los reconstruiré y los consagraré de nuevo.

5.11

—La ley que Dios nuestro señor entregó a Moisés para que fuera cumplida por todos, está siendo abandonada y olvidada. Los primeros que la olvidan, los primeros que la rechazan son los sacerdotes del templo.

Zacarías indicó a Jesús que era preciso hacer una nueva predicación en la explanada del templo de Jerusalén, aprovechando la afluencia de fieles, para destacar más la escasa audiencia de Hannah. Le señaló que debía tomar como tema principal el incumplimiento de la ley por parte de los sacerdotes. Le explicó que las parábolas y otras doctrinas expuestas por Hannah eran de su propia cosecha. En cambio, él debía insistir en la importancia de cumplir las profecías.

—Los sacerdotes del templo, que escandalizan a los fieles porque incumplen las leyes de Dios, serán los primeros y los más duramente castigados. – dijo Jesús en otro momento de su predicación delante del templo.

Zacarías había elegido cuidadosamente el momento de la predicación para que coincidiera también con la presencia del Sumo Sacerdote en el templo. Uno de sus objetivos era que Anás escuchara las críticas que le dirigía el Mesías Jesús. Pretendía forzar una réplica por parte de la primera autoridad religiosa judía. Un enfrentamiento directo o una polémica sería muy beneficioso para crear mayor expectación entre la población.

—Estamos consiguiendo derrotar a esa intrusa - dijo el rabino a su protegido.

5.12

—¿Es una narración exacta de lo que pasó?

Zacarías había examinado, con la mayor meticulosidad posible, la trascripción de Simeón sobre lo que había pasado en las primeras predicaciones de Hannah. También había incluido referencias a lo que había sucedido, a las personas que habían asistido, los comentarios oídos y todos los otros detalles que recordaba. Se había tomado el encargo muy a pecho.

—Lo que expongo es lo que sucedió con toda exactitud. – aseguró Simeón dejando ver su satisfacción por haber sabido realizar el encargo de forma adecuada – Mi esposa me ha ayudado en la escritura.

—Ten cuidado con tu esposa. No la des demasiada libertad. – sentenció Zacarías, que no acostumbraba a realizar alabanzas del trabajo de sus subordinados – De todos modos, introduciré cambios.

5.13

Cuando Hannah entró en su localidad natal de Belén para exponer allí su doctrina por primera vez, la gente la contemplaba pero a distancia. Entre las mujeres que se acercaron, había una que padecía flujo continuo de sangre desde hacía doce años. Había gastado todo cuanto tenía en médicos. Pero nadie había logrado curarla. En su desesperación, la mujer pensó que, si sólo lograba tocar el vestido de la Mesías, se curaría. Se fue aproximando hasta llegar a conseguir su objetivo.

—¿Por qué me has tocado?

En ese momento, Hannah se volvió y trató de identificar a la persona que había tocado su manto. La mujer enferma la miró con temor, pensando que iba a ser castigada. Pero fue acogida con cariño.

—Yo sé lo que te pasa. Ve a ese monte. Recoge las plantas que allí hay con flor amarilla. Cuécelas y ellas te curarán. Después, no dejes de dar gracias a Yahvé, porque él es quien te ha curado y no yo.

5.14

—Jesús, no ha llegado el momento de atacar al Rey Herodes.

El Mesías elegido por el rabino, animado por su éxito inicial, había sugerido la posibilidad de incluir en su próxima predicación una crítica hacia la familia de Herodes Antipas, haciendo una alusión a los escándalos públicos protagonizados por su concubina y la hermana de ésta. Sin embargo, Zacarías rechazó esa idea.

Argumentó que en esos primeros momentos de la predicación no debían crearse enemigos. Inicialmente debían centrarse en el Sumo Sacerdote y en la denuncia de la corrupción en las altas esferas de le jerarquía judía.

Jesús, que tenía una fe incondicional en su protector, aceptó no tocar ese tema. El rabino había establecido como objetivo a conseguir, en un tiempo prudente, la renuncia de Anás como Sumo Sacerdote.

Esa renuncia será la señal de que estamos consiguiendo nuestros propósitos.

5.15

Ay de aquellas que escandalizan a sus vecinos.

Hasta los oídos de Juan llegó la noticia de las orgías que se realizaban en el palacio real protagonizadas por Herodías y por su hermana Salomé. El precursor comprendió también que no podía quedarse en silencio. Decidió llevar la condena directamente hasta la sede real. Salió de río. Se puso las sandalias y cogió su cayado. Muchos de los que estaban esperando su predicación le siguieron.

Los pecados de la carne llevan a la esclavitud de las conciencias. Yahvé nos ha dado el cuerpo para que lo usemos y también para que disfrutemos de él. Pero no debemos ser sus esclavos. Dios nuestro padre será todavía más severo con los que se aprovechan de sus puestos de privilegio para escandalizar. ¡Ay de aquellos que utilizan sus cargos para que sus escándalos sean seguidos por más gentes débiles de voluntad! El castigo divino será más severo con ellos.

Cada vez eran más las personas que estaban concentradas frente a la fachada del palacio de Herodes Antipas. Salomé miraba desde una ventana a los concentrados en unión de su hermana Herodías. Aumentó su odio hacia el predicador que condenaba sus conductas. Consideraron que era el momento de pedir al rey que ordenara a la guardia que interviniera.

¡No voy a dar esa orden! – respondió Herodes para decepción de su concubina y de la hermana de ésta – No me arriesgaré a sufrir las maldiciones que anuncian.

Las condenas que hace de nuestras conductas te alcanzan a ti también.

No es el momento. Si la atacamos, nuestros enemigos aprovecharán para realizar una campaña contra la monarquía.

5.16

Sara se levantó pronto. Apenas se entretuvo en la primera comida. Tampoco empleó mucho tiempo en arreglarse. Tenía que visitar a la experta en productos afrodisíacos.

—Lo siento. Me ha sido imposible prepararlo. He tenido que adquirir fuera todos los productos. No lo podré preparar hasta mañana. Además, estoy perdiendo dinero. Los productos están más caros de lo que pensaba.

—Si es por dinero, no te preocupes. Lo quiero cuanto antes. ¡Toma!

La experta miró de reojo la mano de Sara. Tenía mucha habilidad para conocer la cantidad de dinero que la ofrecían aunque la mano estuviera cerrada. No necesitó más que un golpe de vista. No era una oferta suficiente. Además, sabía que en esa ocasión su clienta caprichosa tenía urgencia. Reanudó sus protestas.

—Bueno. ¡Toma! - Sara, aunque a regañadientes, duplicó el dinero que tenía en la mano.

—Con eso, todavía no me llega.

—Te estás aprovechando de mí. ¡Toma! Espero que todo sea de la mejor calidad. Si no hace el efecto deseado, usaré la influencia de mi padre para que te prohíba el negocio.

La bruja quedó satisfecha. Había hecho un buen negocio. No prestó ninguna atención a las amenazas. Sara no se atrevería a comentárselo a su padre, porque descubriría sus prácticas clandestinas.

—Lo tendrás mañana a primera hora.

5.17

—Escribirás todo lo que predique Hannah. Pero se lo atribuirás a Jesús.

Zacarías le hizo muchas alabanzas a Simeón antes de encomendarle un encargo importante. Dijo que se lo encargaba por la gran confianza que tenía en él. También aludió a lo mucho que había progresado en los años que llevaba trabajando con él. Aludió a la perfección con que redactaba los informes sobre las predicaciones de Hannah.

—De esto, no digas nada a tu esposa. Es algo entre tú y yo.

El ayudante quedó con gran curiosidad. Imaginó cuál podía ser ese encargo. Las principales sospechas se concretaban en la posibilidad de ser ascendido en los trabajos de la sinagoga. Incluso llegó a pensar que podría recibir alguna compensación económica por su trabajo.

—La misión que deseo encomendarte es de una responsabilidad

muy delicada. Te voy a convertir en cronista permanente de la vida, las acciones y los discursos del Mesías. Lo escribirás de acuerdo con mis indicaciones.

—¿Cuáles son esas indicaciones? – preguntó el joven.

—Cuanto te refieras al Mesías, no utilices nunca el nombre de Hannah. Debes referirte siempre a Jesús. Le atribuirás a él todo lo que diga y haga ella. Es una misión que debe quedar entre tú yo. No lo comentarás con nadie.

5.18

—Santiago, no puedo exponerle a tu hermana mis sentimientos. No me atrevo. Me pongo nervioso. Lo estoy pasando muy mal.

—Entonces, no se lo digas, Juan. Si es un problema para ti, no se lo expongas. No tienes que pasarlo mal.

—Si no se lo digo, es peor. – replicó Juan.

—Pues díselo. ¡Qué complicado eres! No quiero llegar yo a tus años.

—Tengo una duda tremenda. No sé cómo salir. Estoy todo el día pensando en tu hermana. No me la puedo quitar de cabeza. Y del corazón, todavía menos. Pero no se lo puedo decir. Ella es la Hija del Altísimo.

—Yo creo que ella lo sabe. –afirmó Santiago con una sonrisa casi pícara.

—¿Estás seguro?

—Seguro no puedo estar. Pero hay que estar ciego. Se te nota nada más mirarte.

—Lo podrías investigar. – sugirió Juan en tono de súplica.

—¿Quieres que le pregunte yo si ella está enamorada de ti?

—¡No seas bruto! ¡Cómo le vas a preguntar eso!

—Entonces, ¿qué quieres que la diga? 'Juan está enamorado de ti y no se atreve a decírtelo'.

—Creo que lo mejor es dejarlo por ahora.

—Todo lo contrario. Lo mejor es que se lo digas de una vez y salgas de dudas,

5.19

—Escuchad esta parábola y pensad en ella. – dijo Hannah como colofón de su doctrina a los que se habían reunido para escuchar su predicación junto al lago Tiberíades – Dos mujeres acudieron a orar al templo. Una era noble y tenía mucho dinero. La otra era una muchacha de servicio, pobre y sin cultura. La mujer rica se mantuvo erguida y rezaba con las siguientes palabras: 'Te doy gracias, Yahvé,

porque no soy como las otras mujeres. No soy prostituta, ni chismosa, ni embustera, ni ladrona. Te doy gracias porque no soy como esa sirvienta inculta y andrajosa. Ayuno dos veces por semana y doy donativos en el templo’. La criada estuvo postrada desde el principio y mantuvo su cabeza inclinada en señal de respeto. Rezó de la siguiente manera: ’Oh Yahvé, ten compasión de mí. No soy digna de estar en tu presencia. Soy una pecadora’. Os puedo asegurar que mi Padre celestial tendrá muchas atenciones con la muchacha de servicio y la llenará de sus gracias. En cambio, la soberbia de la mujer rica la impedirá ir al reino de los cielos.

5.20

En una de las dependencias cercanas al palacio real, se organizó una exhibición de los bailes de Salomé para los soldados, los trabajadores y otros asiduos a esas dependencias. A pesar de los altos precios que había que pagar, los hombres se disputaban el acceso por la fama que se había extendido sobre el contenido erótico de la demostración.

Los primeros en entrar se situaron en las mesas que estaban colocadas junto al improvisado escenario. Pero pronto se vieron empujados por otros que tenían que estar de pie y debían auparse para ver algo. Hacía mucho calor y el sudor comenzó pronto a extender un olor muy desagradable.

Salomé interpretó canciones de sentido ambiguo con gestos provocativos. Los asistentes la jaleaban y dirigían hacia ella exclamaciones soeces. El momento culminante del espectáculo fue el baile de los siete velos. Cuando apareció en el escenario vestida con las prendas a las que aludía el título, fue recibida por un bramido ensordecedor. Primero, se exhibió. Tras cada parte musical, se iba quitando un velo y lo lanzaba al público, provocando peleas entre los hombres por quedarse con él. El sexto velo es el que ocultaba sus pechos. Durante ese baile, hubo silencio. Cuando se lo quitó, el bramido fue muy superior a todos los anteriores. También las peleas entre los hombres que deseaban quedarse con él fueron más encarnizadas.

A continuación, Salomé bailó descaradamente vestida con un solo velo que ocultaba sus partes más íntimas. Entre gestos fuertemente provocativos, hizo varios intentos de quitárselo. Algunos hombres quisieron subir al escenario para arrebatárselo, pero fueron expulsados por los fornidos guardianes del local. Al final, la bailarina se ocultó entre las cortinas del decorado sin desprenderse del último velo. Desde allí, con picardía, asomó la

cabeza. Guiñó el ojo y lanzó un velo del mismo color. La pelea por conseguirlo fue absolutamente brutal.

5.21

Juan, cuando se enteró de lo sucedido en el baile erótico de Salomé, decidió ir hasta las proximidades del palacio para exponer públicamente su condena. Varios de sus seguidores le advirtieron de los riesgos que corría. Los hombres enardecidos por el más bajo deseo carnal y por la euforia del alcohol, podían oponerse violentamente a su condena. El precursor, sin embargo, convencido de que era su deber predicar en los lugares de pecado, se dirigió hacia allí.

—Condenados serán los hombres que se dejen arrastrar por las bajas pasiones. Condenados serán los hombres que no controlen sus instintos. Condenados serán los hombres que se arrastren por satisfacer los placeres animales. Pero todavía tendrán una condena mayor quienes provoquen para que otros cometan esas inmundas miserias.

Las palabras del predicador fueron recibidas con insultos. Los gritos intentaban que no se oyera su voz. Después, comenzaron las amenazas y los empujones. A continuación, se inició el lanzamiento de piedras. Algunos de sus seguidores rodearon a Juan para protegerle e intentar alejarle. Pero él siguió con su condena.

5.22

—De nuevo, levanto la voz, delante de este templo dedicado a nuestro padre que está en los cielos, con el fin de denunciar la hipocresía, la avaricia y la soberbia de los autoproclamados sacerdotes. Ellos están usurpando el poder religioso para su propio beneficio. Están traicionando la auténtica doctrina establecida en las sagradas Escrituras.

Jesús, de acuerdo con las indicaciones recibidas directamente de Zacarías, había preparado una nueva predicación con el fin de atacar, una vez más, al Sumo Sacerdote y a los miembros del Sanedrín.

—Yahvé está ahora hablando por mi boca. Aunque yo soy indigno de tal honor, Él me ha elegido para difundir su menaje y traer de Buena Nueva encarnada en el Nuevo Mesías. Por mi boca, os dice que estáis ultrajando al templo que decís representar. El egoísmo y la avaricia de vuestros corazones os han hecho olvidar que debéis entregaros en cuerpo y alma a la difusión de la doctrina divina en lugar de llenar vuestros bolsillos con riquezas que no os

pertenecen.

5.23

—¡Esto sí que es un milagro y no los que atribuyen a la Mesías!

Sara colocó la mezcla afrodisíaca en una copa de cristal oscuro, para disimular su color. Su aspecto no era precisamente agradable. Sin embargo, la hija del Sumo Sacerdote vio ratificada su fe en la brujería. Fue la noche de sexo más portentosa que había disfrutado en su vida. Caifás se comportaba con una potencia superior a sus primeros tiempos de matrimonio. No necesitaba siquiera descanso entre acto y acto. Sara apenas tenía tiempo para anotar el número. Del cuarto al quinto, hubo ya una pequeña pausa. Tras el quinto, aparecieron los primeros síntomas de cansancio. La esposa se puso nerviosa. Pensó que se había equivocado al darle toda la mezcla afrodisíaca al principio. Debía haber dejado algo para este momento con el fin de no poner en peligro la consecución de su marca sexual anterior.

—Caifasito, debes concentrarte de nuevo. Tenemos que conseguir nuestra marca de seis en una sola noche. Si quieres, descansamos un poco.

Sara se puso una bata por encima de su regordete cuerpo desnudo. Caminó hacia su aseo. Se quitó el sudor con una esponja. Se recogió el pelo ante el espejo. Notó que le dolían los músculos cercanos a la pelvis por el apasionado esfuerzo realizado. No lo dio importancia. Eligió un perfume penetrante, Lo roció generosamente y volvió a salir. Ante su sorpresa, Caifás la esperaba con su miembro viril ya erecto. No perdió ni un momento. Se acostó a su lado. Buscó su boca para besarlo. Se colocó debajo del cuerpo de su marido y ayudó con la mano para que la penetración fuera instantánea.

—¡Caifasito, hemos conseguido nuestra marca!

Sara no pudo decir la siguiente frase. Su esposo la estaba besando ya en la boca. Se colocó de nuevo sobre ella, la penetró sin dificultad y eyaculó por séptima vez en una sola noche.

5.24

Juan había tomado la decisión, esta vez firme, de exponer a Hannah sus sentimientos. Aprovecharía la concentración que iba a realizar en una localidad próxima a Jerusalén, aunque mantenía la decisión de no llegar a la capital. Estaba seguro de que su prima ya lo sabía o lo intuía o lo sospechaba. Recordaba perfectamente el día en que ella tomó la iniciativa de leerle las poesías amorosas del rey

Salomón.

—Estoy seguro de que ella también siente algo por mí.

Se hallaba ya cerca del lugar de la predicación. Juan veía ya a algunas personas que estaban esperando. Se puso más nervioso. El corazón comenzó a latirle con más fuerza. Quizá hasta se puso colorado.

—No me atrevo a decírselo. ¡No puedo! ¿Cómo voy a decirle que estoy enamorado de ella? Además, no es el momento oportuno. Ya habrá otra ocasión.

5.25

—¡Esa mujer no puede predicar en el templo!

Anás tuvo un desfallecimiento, cuando recibió la noticia de la predicación de Hannah cerca de Jerusalén. Estaba reunido con los otros miembros del Sanedrín que le eran fieles. Nicodemo y José de Arimatea no participaban en la reunión. Todos estaban en silencio. El Sumo Sacerdote paseaba de un lado a otro de la habitación.

—¡No puede ser! Es una vergüenza para nosotros que una mujer siga predicando y se acerque al Templo. Tenemos que eliminarla definitivamente.

5.26

La concentración en las cercanías de Jerusalén tuvo ya más seguidores que las anteriores. Pero todavía eran pocos. Simeón lo anotó así. Su mujer, que se había empeñado en acompañarle, lo valoró de la misma manera. Los concentrados estaban entonando canciones. Había un ambiente de fiesta y alegría. Algunas madres habían acudido con sus hijos pequeños, que jugaban sobre el césped.

Una de las personas que se acercó era una mujer que caminaba con dificultad, ya que estaba muy encorvada sin poder enderezarse. Hannah se detuvo y se acercó a ella. Tomó sus dos manos y la dijo: 'Confía en mí y mira al cielo. Allí está nuestro padre Yahvé. Él te va a dar fuerzas para que puedas hacerlo'. Apretó sus manos con más fuerza. La mujer, que llevaba más de quince años encorvada, se puso derecha y miró al cielo. Después de dar gracias a Dios, aseguraba que se había realizado un milagro con ella.

—Pobres de las ricas, que atesoran riquezas para ellas solas como si fueran su dios. – dijo a los asistentes - Nunca encontrarán la felicidad. Pobres de las que se sienten satisfechas con lo que son y desprecian a las demás creyendo que son más ellas. Nunca alcanzarán la auténtica paz. Pobres de las que hablan bien de sí

mismas y se vanaglorian de lo que creen que son sus virtudes. Nunca lograrán el cielo.

Hannah estaba contenta. Se comunicaba con sencillez y con eficacia. Exponía su doctrina con precisión y trataba de hacerla comprensible. Algunas mujeres le preguntaban sus dudas. Otros pedían que diera su opinión sobre determinados acontecimientos. A todas, trataba de complacer.

—En un camino solitario, una mujer fue asaltada por varios hombres sin escrúpulos, que la golpearon, abusaron de ella y la dejaron en la cuneta medio muerta. Al poco tiempo, pasó por allí un sacerdote. Oyó los sollozos de la mujer y sus heridas. Pero sintió repugnancia de ella y se marchó sin atenderla, diciendo que tenía mucha prisa por llegar al templo. Después, pasó un rico gobernante en su carruaje. También la despreció y siguió el camino sin socorrerla. Alegó que debía asistir a una reunión muy importante. Llegó después, un samaritano pobre y cansado. La vio y sintió gran compasión de ella. Se acercó, le lavó las heridas y trató de reanimarla. La subió al asno en que llevaba sus pocas pertenencias y la llevó a una posada donde pagó su estancia con el escaso dinero del que disponía. No hace falta que os pregunte quién de los tres recibirá los auténticos dones de Dios. Ni el sacerdote ni el gobernante llegarán nunca al reino de los cielos. En cambio, el extranjero emigrante y la mujer maltratada tendrán las puertas abiertas.

—¡Hablas muy bien! –dijo para sí Zacarías que la había seguido sin ser visto – Pero no te va a servir para nada. ¡No lograrás lo que deseas! Eres una mujer. Tu misión tiene los días contados.

VENGANZA

6.1

—¡El nuevo objetivo es separar a Hannah y de Juan! – dijo Zacarías a su esposa.

Isabel no aceptó esa sugerencia. Hacía tiempo que había tomado ya partido a favor de su hijo y en contra de su marido. No estaba dispuesta a empeorar todavía más la situación. Acudía, siempre que podía, a las predicaciones de Hannah.

—Si tú no me ayudas. – gritó el rabino – lo conseguiré sólo. Si logramos separarlos, terminaremos con ellos muy pronto. Una mujer sola no podrá hacer nada. No la seguirá nadie.

6.2

Herodías fue a la habitación de su hermana en el palacio real. Se había puesto un vestido más llamativo que elegante. Dejaba el cuello y los hombros al aire. En este caso, ese escote no tenía como objetivo provocar a los hombres, sino atraer la mirada de las mujeres hacia su peinado.

—Salomé, mira mi…

Había entrado sin llamar en la habitación de su hermana. Simplemente, había empujado la puerta, que estaba abierta. Pero no pudo terminar la frase para pedir a su hermana que contemplara su sofisticado peinado. Salomé estaba tirada en la cama sollozando sonoramente.

—Salomé, ¿qué te pasa?

—¡Le odio, le odio y le odio! – dijo Salomé mezclando los gritos con los sollozos.

—No te pongas así. Dime a quién odias.

—Al predicador del río. De nuevo, me ha condenado. A mí y a mi baile. Quiere hundirme. Hasta que no me destruya, no se detendrá.

—Pediré a Herodes que tome medidas.

—No se lo pidas. ¡Tienes que exigírselo! Si Herodes no hace nada, me voy.

—No digas eso, Salomé. – dijo Herodías inclinándose para besar a su hermana.

—Te lo digo de verdad. Si el rey no lo remedia, me marcho.

—¡Herodes lo detendrá! – aseguró Herodías con la misma firmeza. – Detendrá a ese predicador y a la Mesías que anuncia. Esa

mujer es muy peligrosa. Parece una mosca muerta, pero lleva mucho veneno dentro.

6.3

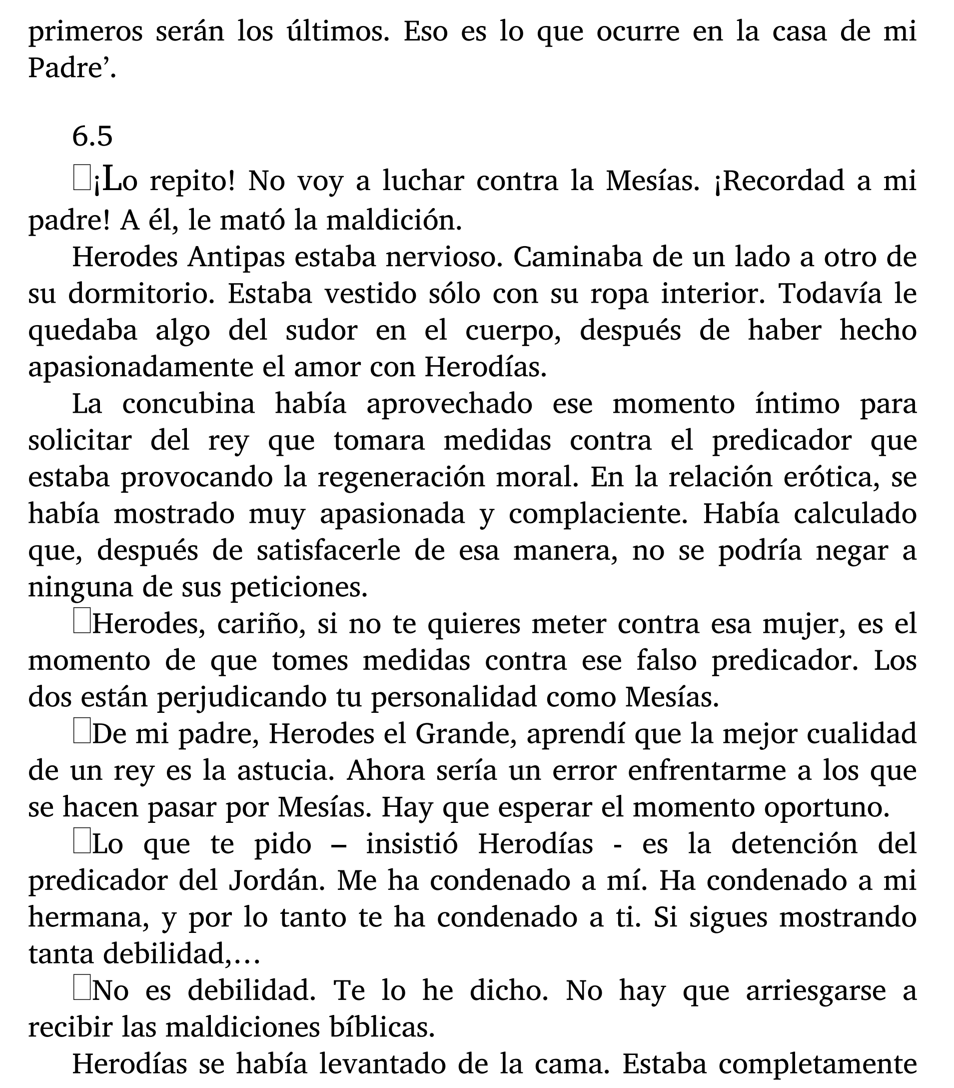
□A quién tenéis que seguir es a Hannah. Ella es la Mesías. Ya no necesitáis que yo os lo anuncie. Ella ha llegado. Trae el mensaje de Yahvé. Id y escuchadlo directamente.

Juan había tomado ya la decisión de dar por finalizada la predicación a la orilla del río Jordán. Todavía eran muchas las personas que se acercaban a él y le pedían que los bautizara para ser dignos de recibir la buena nueva. Pero entendía que ya no podía hacer de precursor. Se convertiría en un ayudante de su labor. Él mismo reconocía que, en esa decisión, habían influido sus sentimientos hacia Hannah. Permaneciendo en el Jordán, la veía muy pocos días. En cambio, como ayudante, estaría siempre a su lado.

□Dejaré bien claro que no aspiro a tener ningún contacto físico con ella. Tampoco haré ninguna manifestación pública de afecto.

6.4

□Voy a terminar mis palabras con esta parábola. - dijo Hannah a los que se habían reunido en Jericó para escuchar su doctrina – La casa de mi Padre es como una mujer que contrata jornaleros para su viña. Su administrador, por la mañana temprano, contrató a unos braceros. Convino con ellos el jornal y los envió a trabajar. Volvió el administrador más tarde a la plaza pública y encontró a otros jornaleros esperando. Les dijo: ‘Id a trabajar a la viña y os daré lo que sea justo’. Los trabajadores fueron. Por la tarde, volvió y preguntó a quienes allí quedaban. ‘¿Qué hacéis aquí?’. ‘Nadie nos ha contratado’ respondieron. ‘Id también a la viña’ les dijo. Al anochecer la dueña de la viña dijo al administrador: ‘Paga a los braceros la misma cantidad, comenzando por los últimos y terminando por los primeros’. Los que habían sido contratados los últimos recibieron el jornal completo. Los que habían sido contratados por la mañana esperaban cobrar más. Pero recibieron el mismo jornal. Al comprobarlo, se quejaron ante la dueña. ‘Estos últimos han trabajado solo una hora. Y los igualas con nosotros que hemos trabajado toda la jornada’. La dueña de la finca les contestó: ‘No os he hecho ninguna injusticia. ¿No habéis recibido el jornal que habíamos convenido? ¿Es que no me está permitido ser generoso con nadie? ¿Es que vais a tener envidia de vuestros hermanos? Yo os digo que los últimos serán los primeros y los



primeros serán los últimos. Eso es lo que ocurre en la casa de mi Padre’.

6.5

—¡Lo repito! No voy a luchar contra la Mesías. ¡Recordad a mi padre! A él, le mató la maldición.

Herodes Antipas estaba nervioso. Caminaba de un lado a otro de su dormitorio. Estaba vestido sólo con su ropa interior. Todavía le quedaba algo del sudor en el cuerpo, después de haber hecho apasionadamente el amor con Herodías.

La concubina había aprovechado ese momento íntimo para solicitar del rey que tomara medidas contra el predicador que estaba provocando la regeneración moral. En la relación erótica, se había mostrado muy apasionada y complaciente. Había calculado que, después de satisfacerle de esa manera, no se podría negar a ninguna de sus peticiones.

—Herodes, cariño, si no te quieres meter contra esa mujer, es el momento de que tomes medidas contra ese falso predicador. Los dos están perjudicando tu personalidad como Mesías.

—De mi padre, Herodes el Grande, aprendí que la mejor cualidad de un rey es la astucia. Ahora sería un error enfrentarme a los que se hacen pasar por Mesías. Hay que esperar el momento oportuno.

—Lo que te pido – insistió Herodías - es la detención del predicador del Jordán. Me ha condenado a mí. Ha condenado a mi hermana, y por lo tanto te ha condenado a ti. Si sigues mostrando tanta debilidad,…

—No es debilidad. Te lo he dicho. No hay que arriesgarse a recibir las maldiciones bíblicas.

Herodías se había levantado de la cama. Estaba completamente desnuda. Sabía hasta dónde podía utilizar su influencia ante el rey. Conocía perfectamente los límites que no convenía traspasar. Se acercó por detrás y le abrazó. Apretó sus senos contra su voluminosa espalda. Empujó su pelvis contra el orondo trasero real, y acarició su órgano sexual sólo con una mano, porque la obesidad real no le permitía hacerlo con las dos.

—Querido, lo único que yo quiero es hacerte feliz y ser feliz contigo.

6.6

—¡A la mierda los dos Mesías! – dijo Barrabás en la reunión de los zelotes para preparar su nueva acción violenta. – La una es una mística que vive en la luna y sólo defiende a las mujeres. El otro es

un ambicioso que quiere ocupar el sillón que ahora ocupan los otros. Llegará un momento en que tengamos que luchar también contra ellos.

6.7

Juan aprovechó la llegada de la noche para recoger las cosas que tenía junto al Jordán. En realidad, eran muy pocas. Durante todo el tiempo en que había realizado su misión, dado un ejemplo completo de vida austera. Había comprendido que eran realmente muy pocas las cosas necesarias para vivir. Hacía unos días, muy pocos, que Juan había añadido un elemento pequeño pero muy significativo a su hatillo. Era una caja redonda. La había hecho con madera de naranjo. La había labrado cuidadosamente, hasta dejarla fina al tacto y armoniosa. Dentro, había colocado hierbas olorosas. La tenía envuelta en una tela para que no sufriera ningún deterioro.

—Con este regalo, expresaré a Hannah todo lo que siento por ella.

6.8

—Joaquín, tendrás que hacer algo para defender a tu nieta Hannah – dijo Ana a su marido – No puedes consentir que alguien, sólo por ambición, le arrebate la misión de Mesías.

—Es su oportunidad para dejar esa misión. – sentenció el abuelo Joaquín – Quizá sea mejor que fracase y pueda ser feliz.

6.9

Hannah continuaba entregada, en cuerpo y alma, a su misión de Mesías. No atendía a ninguna intriga ni participaba en las polémicas sobre sus intervenciones. La puesta en marcha de la Buena Nueva encargada por su Padre ocupaba todo su tiempo y energía. Cuando llegó a Galilea, era sábado. Hannah tenía el propósito de dedicar esa jornada a la meditación para estar en contacto directo con su Padre celestial. Al entrar en la primera localidad, se le acercó una mujer. Se trataba de la esposa de un jefe de la guardia. Le expuso su preocupación porque tenía en casa un criado muy enfermo. 'Mi esposo y yo no sabemos qué hacer para salvarlo', dijo la mujer muy nerviosa. 'Iré a vuestra casa, y rogaré a mi Padre celestial para que devuelva la salud a vuestro criado', contestó Hannah apiadándose de las lágrimas que derramaba aquella mujer. Cuando llegaron a la casa salió a recibirlas el marido, que dijo: 'No soy digno de tenerte bajo mi techo. Di simplemente una palabra y nuestro criado quedará sano'. Al escuchar Hannah este razonamiento, afirmó: 'Sólo

nuestro Padre del cielo tiene ese poder. De Él depende todo lo que nos sucede en la vida. Si le pedimos con fe, la salud de vuestro criado, es posible que se la conceda, porque lo importante es la fe'. Aquella misma tarde del sábado, el criado quedó curado.

Se acercaron entonces unos fariseos que espiaban las acciones de Hannah para denunciarla. '¿Por qué has realizado esa curación en sábado, cuando sabes que en este día no se puede realizar ningún trabajo?' Hannah se enfrentó a ellos y les dijo. 'Las leyes están para servir a Dios y a las personas. No al revés. Si un hombre está enfermo y nuestro Padre le devuelve a salud, aunque sea en sábado, debe ser motivo de alegría. Vuestro corazón no está ocupado por buenos sentimientos'. Los fariseos tuvieron que marcharse, porque habían sido descubiertos.

6.10

—¡Habrá que darle un gran escarmiento!

Salomé tuvo un nuevo ataque de histeria, cuando se enteró de que el local donde bailaba había sido apedreado. Se puso a llorar airadamente y a lanzar gritos de venganza. Salió por los pasillos del palacio rasgándose las vestiduras. Se asomó a las ventanas para mostrar su desesperación. En cuanto su hermana la oyó, corrió para socorrerla. Se abrazó a ella y dejó que llorara en su hombro. Después, la llevó caminando hacia su habitación. Allí, la bailarina continuó con sus gritos y con sus gestos lastimeros.

—¡Él tiene la culpa de todo! ¡Él ha sido!

—El predicador del Jordán es el culpable. – ratificó la concubina del rey. – Su condena es el origen de estos ataques.

—Le odio. ¡Le odio con toda mi alma! – gritó Salomé volviendo a llorar con sollozos muy sonoros.

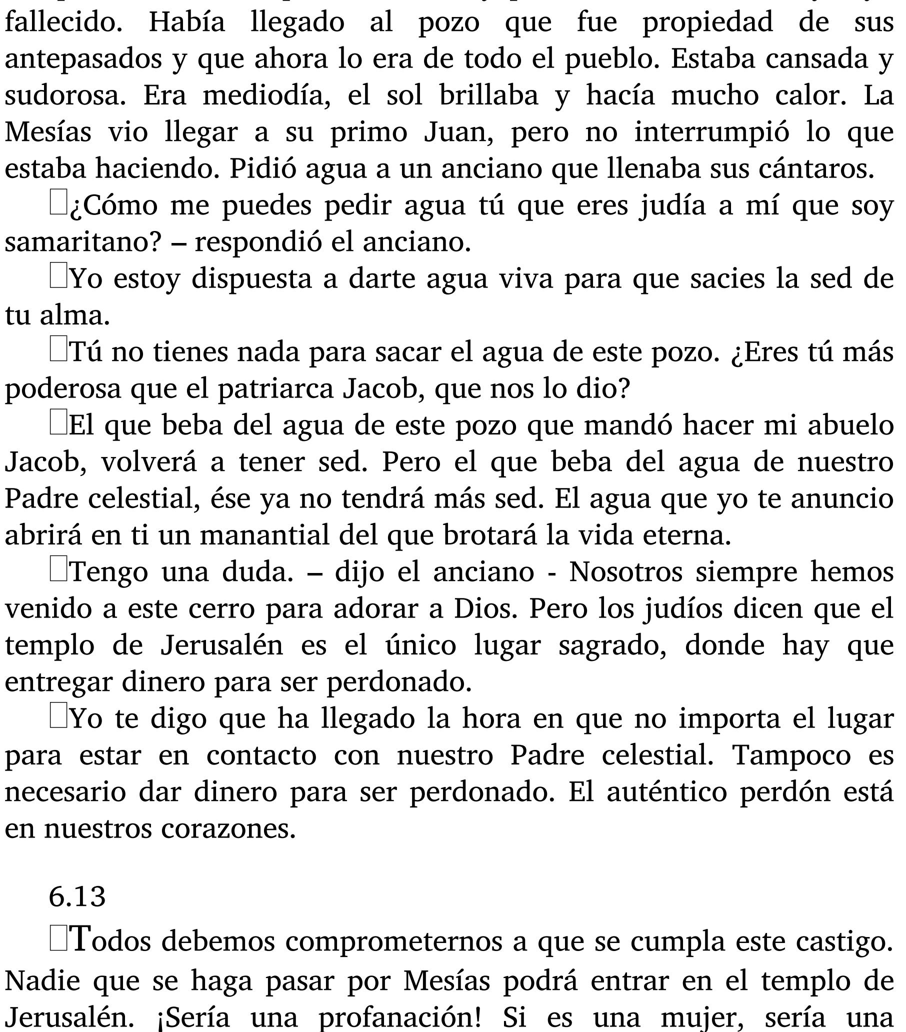
6.11

—Deberíamos condenar la violencia que ejercen los zelotes contra el rey Herodes. – sugirió Jesús durante la preparación que hizo con Zacarías de la próxima predicación.

—¡Mantengamos la neutralidad! – respondió el astuto rabino – No nos interesa decantarnos por los unos o por lo otros. De momento, nos va bien. No es la hora de cambiar. Ahora el objetivo es enfrentar a Hannah con mi hijo. Concentrémonos en eso.

6.12

Cuando Juan se acercó a Hannah con intención de unirse definitivamente a su camino de predicaciones, ella se encontraba en el pueblo de Sicar, una localidad muy especial ya que era la tierra



del patriarca Jacob, padre de José y por lo tanto abuelo suyo, ya fallecido. Había llegado al pozo que fue propiedad de sus antepasados y que ahora lo era de todo el pueblo. Estaba cansada y sudorosa. Era mediodía, el sol brillaba y hacía mucho calor. La Mesías vio llegar a su primo Juan, pero no interrumpió lo que estaba haciendo. Pidió agua a un anciano que llenaba sus cántaros.

—¿Cómo me puedes pedir agua tú que eres judía a mí que soy samaritano? – respondió el anciano.

—Yo estoy dispuesta a darte agua viva para que sacies la sed de tu alma.

—Tú no tienes nada para sacar el agua de este pozo. ¿Eres tú más poderosa que el patriarca Jacob, que nos lo dio?

—El que beba del agua de este pozo que mandó hacer mi abuelo Jacob, volverá a tener sed. Pero el que beba del agua de nuestro Padre celestial, ése ya no tendrá más sed. El agua que yo te anuncio abrirá en ti un manantial del que brotará la vida eterna.

—Tengo una duda. – dijo el anciano - Nosotros siempre hemos venido a este cerro para adorar a Dios. Pero los judíos dicen que el templo de Jerusalén es el único lugar sagrado, donde hay que entregar dinero para ser perdonado.

—Yo te digo que ha llegado la hora en que no importa el lugar para estar en contacto con nuestro Padre celestial. Tampoco es necesario dar dinero para ser perdonado. El auténtico perdón está en nuestros corazones.

6.13

—Todos debemos comprometernos a que se cumpla este castigo. Nadie que se haga pasar por Mesías podrá entrar en el templo de Jerusalén. ¡Sería una profanación! Si es una mujer, sería una profanación doble.

Anás, al llegar a ese momento de su discurso, miró directamente al lugar donde estaban sentados Nicodemo y José de Arimatea. Ellos habían mantenido una firme oposición. Pero una vez más, habían sido derrotados por la mayoría de los fieles al anciano Sumo Sacerdote.

—Además de su arrogancia, las faltas que ha cometido esa falsa Mesías en los últimos días han colmado el vaso de la tolerancia. Sus ataques y desprecios no van hacia mi persona sino hacia la misma religión judía. Ha vulnerado el descanso de sábado, que debe ser dedicado a nuestro dios y señor. Además, una mujer Mesías sería una vergüenza para toda la iglesia.

Caifás acercó un vaso de agua a su suegro. El Sumo Sacerdote

trataba de disimular su debilidad física y sus muchos años. Intentaba mostrarse apasionado en la defensa de la iglesia judía y de su jerarquía.

—Otro hecho grave que justifica este castigo es la propaganda pública que ha hecho en contra de la obligación que tienen todos los fieles de contribuir al sostenimiento económico del templo. Además, está sublevando a las mujeres. Si la dejamos seguir, en poco tiempo no la podremos detener.

Nicodemo y José de Arimatea pidieron un turno de réplica para exponer sus razones, contrarias a esa condena. Ninguno de los otros sanedritas se lo aceptaron. Todos ratificaron la propuesta final del Sumo Sacerdote.

6.14

Juan, que había contemplado la conversación con el anciano samaritano a una cierta distancia, esperó a que su prima se quedara sola para acercarse. Estaba muy nervioso. Por primera vez, estando en presencia de su prima, mantenía su decisión de exponer sus sentimientos. Antes de caminar hacia ella, sacó de su zurrón la caja de madera de naranjo y retiró el paño que la envolvía. Hannah mostró la alegría de verle con una sonrisa. Él extendió la mano en que tenía la caja con las hierbas olorosas.

—Juan, conozco muy bien tus sentimientos.

—Hannah, si conoces mis sentimientos, sabes que esta caja y estas hierbas simbolizan mi amor hacia ti.

El predicador había hecho un gran esfuerzo. Por fin, se había atrevido. Hannah sonrió de satisfacción. Era también consciente de lo que esa declaración significaba. Él tenía los ojos húmedos por la emoción. Ella hubiera deseado abrazarle, pero se retuvo. Le cogió la mano en que no tenía la caja y se la acarició. También a ella se le humedecieron los ojos.

—Juan, yo tengo los mismos sentimientos. Pero…

El precursor no pudo contener las lágrimas. Era la confirmación que estaba deseando oír. Su amor era correspondido. A Hannah, se le puso un nudo en la garganta. No pudo seguir hablando. Apretó contra su pecho la mano de su primo.

—Sé que no soy digno de tu amor. – dijo Juan - Pero saber que tú también me amas, me hace completamente feliz.

—Mi querido Juan, la misión que mi padre celestial me ha encomendado exige mi dedicación total y completa a Él.

—No quiero interferir en tu misión. Sólo deseo acompañarte y ayudarte.

—Debes ir delante de mí preparando los caminos. Son muchos los que están esperando la Buena Nueva, pero no saben dónde está. Tú los prepararás para cuando yo llegue a predicar mi doctrina.

—¿No podremos caminar juntos? – preguntó Juan con pena.

—A veces, coincidiremos. Pero ésta será la última vez que hablaremos de nuestro amor.

—Si es la última vez, - dijo Juan apasionadamente – quiero decirte, de nuevo, que te amo sobre todas las cosas.

—Yo también te amo, Juan, con todo mi corazón.

6.15

—¡No culpes todavía a los seguidores de la Mesías!

Herodes Antipas, a pesar de sus dudas, quiso dejar muy clara su orden al jefe de la guardia de nuevas detenciones. Le había llamado para exigirle cuentas sobre las acciones policiales para detener a los culpables de esa agresión.

—Es imposible, señor, detener a ningún miembro del grupo de los zelotes.

—No lo llames grupo. Son una banda de malhechores.- Insistió el rey.

—La dificultad radica en que son defendidos y amparados por la población. Los esconden en sus casas.

—Quiero que esta tarde haya varios detenidos a quienes se les culpe de esa acción. ¿Está claro? Debemos dar un escarmiento inmediato. ¡Esta tarde, tres detenidos!

—¿Deben tener algunas características, señor? – consultó el jefe de la guardia totalmente entregado.

—De momento, no conviene implicar a los seguidores de los se hacen pasar por Mesías. Tampoco mezcléis al predicador del Jordán. Es demasiado popular.

6.16

—Hoy os voy a hablar de lo más importante. ¡Lo más importante es el amor!

Hannah, en su afán de recorrer con su predicación todo el territorio, continuaba visitando los distintos pueblos de Samaría. Ahora tenía la gran ventaja de que por delante de ella, llegaba Juan realizando la auténtica labor de precursor. Anunciaba su llegada y bautizaba a los que estaban deseosos de recibir la Buena Nueva.

—Vuestro primer propósito debe ser amar a Dios, nuestro Padre, con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma, con toda vuestra mente y con toda vuestra fuerza. El segundo propósito ha de ser

amar a vuestros prójimos como a vosotros mismos. Yo os doy un nuevo mandamiento: Amaos los unos a los otros como yo os amo. Todo el mundo conocerá que sois discípulos míos y que seguís los deseos de Yahvé por vuestro amor recíproco. No hay amor mayor que entregar la propia vida por los demás.

La manera que tenía Hannah de predicar era muy distinta a la que utilizaban los sacerdotes en el templo y los rabinos en las sinagogas. No utilizaba ningún pupitre y ningún púlpito. Hablaba de igual a igual y utilizaba siempre un lenguaje sencillo para que todos entendiesen lo les quería decir.

—Un paso más es preciso dar en el amor. Debemos amar a nuestros enemigos. Hemos de hacer el bien a quien nos odia y rogar por aquellos que nos maltratan. Si amamos a quienes nos aman, ¿cuál es nuestro mérito? Hasta los pecadores aman a quienes los ayudan.

6.17

—¡Atribúyeselo todo a Jesús! Él pasará a la historia como único Mesías.

Simeón tenía cada vez más trabajo con la escritura de las crónicas sobre la predicación y los milagros de Hannah. Zacarías le exigía que fueran muy meticulosas y reflejaran todos detalles. Le había prohibido que contara con la ayuda de su esposa. Además, le obligaba a realizar muchos cambios para que los acontecimientos y las predicaciones fueran protagonizados por Jesús y no por Hannah. El rabino tullido estaba dedicado a preparar los discursos de su Mesías protegido, pero tenía tiempo para revisar los escritos.

—Un último consejo. No des mucho protagonismo a mi hijo Juan. Tienes que fijarte en sus posibles discrepancias con Hannah. Hay que separarlos para vencerlos.

6.18

Desde que Juan intervenía como precursor, las enseñanzas de Hannah eran más prolongadas. Eso obligaba a que hubiera que preocuparse por la alimentación e incluso la estancia de las seguidoras habituales, que seguían aumentando.

En una ocasión, fue tan apasionada y tan participativa la enseñanza que se prolongó hasta avanzada la tarde. Después, se iniciaron los cánticos y las oraciones, con lo que aparecieron las primeras señales de la noche. Los seguidores continuaban pendientes de las palabras y las acciones de Hannah.

—¡Tendríamos que darles algo de comer!

Fue una sugerencia que María, la madre, hizo a su marido, José. Desde hacía tiempo, ambos acompañaban siempre que podían a Hannah. Ella estaba más ocupada con las responsabilidades materiales inmediatas. Él atendía, con más detención, a la organización de los traslados.

—Con los alimentos que tenemos no podremos dar de comer a cada los asistentes. – contestó José. – Hannah debe terminar antes su predicación para que cada uno pueda ir a su casa a comer allí.

—Es de noche y no han comido en todo el día. No pueden ponerse así a caminar. – insistió María – Además, la inmensa mayoría son mujeres.

—¿Qué se puede hacer? ¿Cuánta comida tenemos?

—Tenemos tres panecillos y dos pescados.

—Quizá alguien tenga algo más.

En eso momento, Hannah, que acababa de contestar a una pregunta sobre cómo conseguir el perdón de los pecados, se volvió hacia sus padres y les dicho: ‘Comencemos a repartir la comida’. Los dos quedaron sorprendidos.

—Hannah, no hay comida para todos. – dijo la madre muy bajito para que nadie la oyera y no se extendiera la alarma.

—No te preocupes. Debemos confiar en nuestro Padre que está en los cielos. Si Él alimenta los pájaros del campo porque son sus criaturas, también sabrá atender a los que siguen su doctrina.

Bendijo, entonces, los panes y los peces y ordenó que los repartieran. No sólo hubo comida para todos. Al terminar, se recogieron las sobras y pudieron llenarse varios cestos.

6.19

—¡No lo haré, hasta que tu padre me nombre su sucesor!

Sara se había acostado pronto aquella noche. Su esposo no había llegado a casa. Tuvo buen cuidado en esperarle sin dormirse. Luchó contra el sueño. El propósito era pedirle de nuevo que volvieran a intentar una nueva marca sexual.

Cuando Caifás llegó a la habitación, la esposa encendió el candil. Intentó acariciarle. El se apartó. Ella se puso a llorar aparatosamente. El sacerdote no se conmovió. Se puso la ropa de dormir y se metió en la cama. Su esposa le pidió una explicación. El marido afirmó que, mientras Sara no consiguiera que su padre le nombrara sucesor, no habría ninguna relación de afecto entre ellos.

—Debo ser nombrado sucesor, para atacar con más dureza a los falsos Mesías que están apareciendo.

6.20

—¿Simeón, lo que cuentas sobre los leprosos y Hannah sucedió de esa manera?

Zacarías, al llegar cada mañana a las dependencias de la sinagoga, lo primero que hacía era examinar y corregir la crónica que su ayudante había dejado escrita la noche anterior.

—Fue como lo expongo.

—¿Se acercó ella voluntariamente o la persiguieron ellos? –inquirió el rabino.

—Los leprosos tienen prohibido acercarse y no lo hacen por temor al castigo. Ella se acercó ante la sorpresa de todos. Al principio, ellos se asustaron porque pensaron que iba a tirarlos piedras o a pegarlos. Se acercó a cada uno de ellos. Puso sus manos en las heridas y todos salieron corriendo contentos, a la vez que gritaban que estaban curados.

—Pero ¿estaban curados o no?

—Yo vi que salían corriendo y oí que gritaban que estaban curados. –puntualizó Simeón.

—Está bien. Los milagros también hay que atribuírselos a Jesús. ¡Mantenlo en absoluto secreto!

6.21

—¡No tienes ni idea de cómo conseguir que detengan al predicador!

Salomé reprochó muy severamente a su hermana que todavía no hubiera solucionado con el rey el conflicto con el predicador y la Mesías. Habían mantenido una discusión larga y en unos términos bastante soeces sin ninguna consideración la una hacia la otra.

—Estoy intentando todos los días convencerle para que lo detenga. – contestó Herodías con el mismo tono desabrido.

—Si lo estás intentado y no consigues nada, demuestras lo que te estoy diciendo. No tienes ni idea de cómo conseguir nada de los hombres.

—Si tú eres tan lista. Dime cómo hay que conseguirlo.

—¡Yo ya lo habría conseguido! –afirmó la hermana pequeña con sorna.

Salomé, que había mantenido el enfrentamiento con su hermana con descaro, lanzó una mirada de reto. Se dio la vuelta y salió dando un portazo, sin permitir que la hermana mayor pudiera reaccionar.

6.22

—No juzguéis y no seréis juzgadas.

Hannah dio este consejo contestando a la pregunta de uno de sus seguidores. Estaba ya a punto de terminar su nuevo recorrido por Galilea. Se estaba acostumbrado a dar más participación en sus enseñanzas a las mujeres fieles que la acompañaban. Organizaba debates y polémicas. En esta ocasión, le habían preguntado qué juicio tenía sobre el Sumo Sacerdote Anás y sobre la prohibición de que entrara en el templo que había dictado contra ella.

—No condenéis y no seréis condenadas. Cada una de nosotras será condenada con el mismo criterio que nosotras empleemos en nuestros juicios sobre las demás. ¿Cómo puede una persona ver una pequeña mota en el ojo de su prójimo y no darse cuenta de que ella tiene una paja muy grande en el suyo? Primero, tendrá que sacar su paja, y después podrá atreverse a eliminar la mota en el ojo de su vecina.

—Una pregunta deseo hacerte, Mesías. – dijo una señora ya mayor -¿Por qué los seguidores de Juan, el bautista, ayunaban y tú no nos pides que ayunemos?

—Yo no os pido ni os obligo a que ayunéis. Ayunar no debe ser una obligación ni un mandamiento. Lo importante es dominar el cuerpo, sus caprichos e incluso sus necesidades. Lo importante es no ser esclava de la comida, no dejarse llevar del apetito desordenado de la gula. -¿Crees que debemos dar limosna en el templo o es mejor ante los ojos de Dios dársela a los pobres? – preguntó otra mujer que estaba acompañada por toda su familia.

—Dad limosna a quien os la pide. Ayudad a quién sepáis que lo necesita, aunque no os lo reclame. Eso vale mucho más que hacer una ofrenda grande y ostentosa ante el altar mayor del templo. Cuando des limosna o cuando ayudes a tu vecino, no toques las trompetas para que todas se enteren. Cuando hagas una donación, que no sepa tu mano derecha lo que hace tu mano izquierda. Nuestro Padre, que lo ve todo, os lo recompensará.

6.23

—Papaíto, debes nombrar tu sucesor a Caifás para que ataque más duramente a los falsos Mesías.

Sara se dirigió a su anciano padre en un tono que combinaba la exigencia con la zalamería de saberse la hija consentida a pesar de tener ya muchos años. El anciano Anás se separó de su hija. Caminó dando signos de incomodidad ante el recordatorio. Sara volvió a acercarse a él y le dijo, de nuevo, que esa promesa no había sido cumplida.

—No es momento de nombrarle sucesor. Estamos en tiempos muy difíciles.

—Precisamente por eso, debes ir preparando el futuro.

—Siempre se ha dicho que, en tiempos difíciles, no hay que repartir la hacienda. Debes decirle a Caifás que ha de tener paciencia.

—Si te pasa a ti algo, ¿qué sucederá? Si no lo dejas decidido, no respetarán tu decisión. Todos los miembros del Sanedrín están deseando ocupar tu puesto.

—Te prometo pensarlo. – contestó Anás para librarse del compromiso.

—Por favor, papaíto, hazlo pronto. Es muy importante para mi matrimonio.

6.24

—Hermana, - dijo Salomé con un aire de victoria - dentro de poco tiempo va a ser detenido el predicador del río.

—¿Lo has soñado o tienes dotes adivinatorias? – preguntó Herodías en tono despectivo.

—Me lo ha dicho Herodes... Quiero decir el rey, el que no termina de convertirse en tu esposo.

—A mí también me lo ha dicho varias veces y, después, no lo ha hecho. – replicó la concubina - Tiene miedo a que caigan sobre él unas maldiciones que están escritas no sé dónde.

—Esta vez, lo cumplirá. – insistió Salomé.

—No estés tan segura. – la disuadió su hermana mayor - Los reyes tienen una manera distinta de tomar decisiones. Y no me vuelvas a decir eso de que todavía no se ha convertido en mi esposo.

Salomé salió de la habitación con aires de suficiencia. Herodías se quedó mirándola.

6.25

La detención de Juan tuvo lugar de noche. Varios soldados de la guardia real, sin vestir los uniformes militares, le habían vigilado durante varios días. Habían llegado con órdenes de detenerle, pero debían hacerlo sin provocar ningún escándalo. De ninguna manera, podía haber enfrentamientos con los seguidores del predicador y de la Mesías.

Resultó difícil encontrar el momento adecuado. Nunca estaba solo. Constantemente estaba trabajando. Se entrevistaba con los discípulos desde primeras horas de la mañana para preparar los

lugares donde Hannah debía predicar. También continuaba con los bautismos.

Aprovecharon una madrugada. Sabían que sólo dedicaba cuatro horas al sueño. Habían investigado y conocían que era el primero en levantarse. Lo hacía sin ruido. Se dedicaba a la meditación y, después, despertaba a los demás.

Aprovecharon el momento de la meditación, cuando todos los demás dormían. Fueron siete los soldados que realizaron su apresamiento. Aunque no vestían uniforme, llevaban armas debajo de sus ropas. Los siete saltaron sobre él a la vez. Juan no se inmutó. Parecía que los estuviera esperando. No ejerció ninguna resistencia. Lo ataron y lo custodiaron muy severamente hasta que se alejaron.

LA CABEZA

7.1

—Esta es nuestra oportunidad para separar y enfrentar definitivamente a Hannah y a mi hijo. – se dijo Zacarías a sí mismo al enterarse de que Juan había sido detenido, insensible a cualquier sentimiento de dolor por ese hecho – La táctica será responsabilizarla a ella de la detención. Vamos a lograr, en muy poco tiempo, que se retiren y dejen como único Mesías a Jesús.

7.2

—¡Padre mío, sálvale! Tú sabes que, para mí, es mucho más que mi precursor. No permitas que le hagan ningún mal.

Hannah no pudo reprimir las lágrimas, cuando se enteró, muy de mañana, de que Juan había sido detenido. Inicialmente, las noticias fueron confusas. Sus compañeros notaron la ausencia, cuando se despertaron sin que él los llamara, como era su costumbre. Después, hubo noticias de la presencia de soldados disfrazados. Algunos pastores, que estaban despiertos por la madrugada, explicaron los movimientos que habían visto. Algún seguidor de Hannah acudió, en Jerusalén, a las cercanías del palacio real para confirmar la noticia. Estaba encarcelado, en solitario, en una de las mazmorras más oscuras.

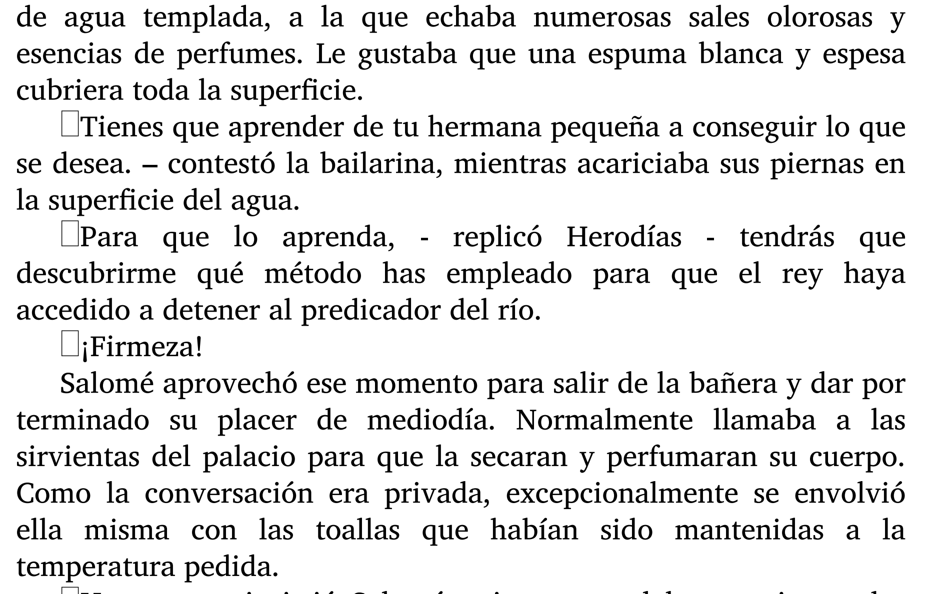
No era para Hannah una noticia inesperada. Cualquiera podía suponer que Herodes y su entorno no tolerarían por mucho tiempo que alguien criticara públicamente su conducta. No por esperada o temida, la noticia causó menos impacto en ella.

—Yo te prometo, Padre mío, cumplir mi misión todavía con más dedicación. Pero no me prives de él. Lo necesito. Sin él, mi misión será mucho más difícil. Si lo deseas, no nos volveremos a ver ni a tocar más. Pero apiádate de él. Envíame a mí los males y sufrimientos que deba padecer.

7.3

—Hermana, vengo a felicitarte.

Herodías encontró a su hermana en el baño de agua templada. Estaba sumergida en la bañera circular del lado sur del palacio. Era la zona destinada a las visitas de los invitados ilustres. Salomé se había acostumbrado pronto a los lujos del palacio. Los disfrutaba incluso con más descaro que su hermana, aunque se pudiera pensar que era una inquilina más ocasional. Su placer preferido era el baño



de agua templada, a la que echaba numerosas sales olorosas y esencias de perfumes. Le gustaba que una espuma blanca y espesa cubriera toda la superficie.

□Tienes que aprender de tu hermana pequeña a conseguir lo que se desea. – contestó la bailarina, mientras acariciaba sus piernas en la superficie del agua.

□Para que lo aprenda, - replicó Herodías - tendrás que descubrirme qué método has empleado para que el rey haya accedido a detener al predicador del río.

□¡Firmeza!

Salomé aprovechó ese momento para salir de la bañera y dar por terminado su placer de mediodía. Normalmente llamaba a las sirvientas del palacio para que la secaran y perfumaran su cuerpo. Como la conversación era privada, excepcionalmente se envolvió ella misma con las toallas que habían sido mantenidas a la temperatura pedida.

□Hermana, - insistió Salomé, mientras se daba masajes en las piernas – lo que tienes que aprender es mi manera de tratar a los hombres.

□¿Por qué crees que yo no lo sé? – preguntó Herodías.

-Se consigue lo que se quiere de los hombres, no seduciéndoles sino negándoles el placer.

□Sabes mucho para ser tan joven.

7.4

□Os voy a pedir un favor muy grande y muy personal.

Hannah había estado muy triste durante la predicación de la mañana. Intencionadamente había expuesto la necesidad de confiar en Yahvé en los momentos difíciles. Había dicho que 'Dios aprieta pero no ahoga', que muchas veces nos envía males y dificultades para probarnos, para examinar nuestra fe, incluso utilizó el consejo de la sabiduría popular en el sentido de que, en ocasiones, quienes más nos quieren nos hacen llorar para que no nos acostumbremos a la vida fácil.

En ningún momento, hizo alusión a la detención de Juan. Tuvo que realizar un esfuerzo para separar sus sentimientos del cumpliendo de su misión como Mesías. Sin embargo, los presentes eran participes de su dolor. Algunas mujeres no dejaban de llorar. Al término de la enseñanza, una seguidora preguntó qué podían hacer para remediar esa situación. Fue entonces cuando Hannah se decidió a pedir ese favor personal.

□Os pido que hagáis todo lo posible por lograr que Juan sea

puesto en libertad cuanto antes. Sabéis que él es el encargado de ir abriendo el camino. Sabéis que él es el bautista. ¡Lo necesitamos! No os puedo decir lo que cada uno debe hacer, porque cada uno puede hacer una cosa diferente. Rezad a Nuestro Padre para que no permita que le pase nada. Todos nuestros destinos están en su mano. Yo os aseguro que ni una sola hoja de un árbol por pequeño que sea se cae sin que Él lo decida.

7.5

□Caifás, pronto podrás tratar a la Mesías como se merece. Mi padre ya está pensando lo de tu nombramiento.

El sacerdote corpulento, que estaba adquiriendo más peso con los años, estaba a punto de salir de sus habitaciones personales. Cuando oyó el anuncio de su mujer, se dio la vuelta y se dirigió a ella.

□Lo que quiero es que deje de pensarlo y lo lleve a cabo. –contestó Caifás con sarcasmo.

□Está buscando el momento oportuno. –replicó Sara - Ahora hay muchos problemas.

□¿Te ha dado algún plazo?

□Está deseando que se normalice la situación, para nombrarte su sucesor.

□Vengo oyendo esa excusa desde hace mucho tiempo. Tu padre está aferrado al cargo. Cuando más viejo es, más apegado está.

□Caifasito, - dijo Sara abrazando a su esposo – yo no tengo la culpa de lo que hace mi padre. No me puedes tener repudiada por esa razón.

□No te tengo repudiada. – afirmó el sacerdote separándose de Sara – Estamos practicando una abstinencia carnal, para merecer los dos ese nombramiento.

7.6

□Zacarías, adelantaré la predicación para dedicarla a pedir la liberación de tu hijo Juan. – se ofreció Jesús, con el deseo de halagarle.

□¡No tengas prisa! – pidió el rabino – Esperemos a ver cómo transcurren los hechos. Hay que calcular qué nos conviene hacer. De momento, echa la culpa a Hannah de la detención. Di que ella debía ser la detenida y no mi hijo. Hay que lograr que los pocos que la siguen, vengan con nosotros.

7.7

José de Arimatea tuvo muy pronto noticia de la detención de Juan. También conoció el gran impacto que había causado en Hannah y el carpintero, por quienes sentía afecto y respeto. No hubo necesidad de pedirle que actuara.

Se presentó directamente en el palacio real. No solicitó una entrevista con el monarca. Habló, antes, con algunos amigos que ocupaban puestos administrativos de confianza en el palacio. Ninguno de ellos se comprometió a hacer una petición directa a Herodes Antipas en favor del detenido. Todos aseguraban que ese tema era un motivo muy controvertido dentro del círculo más cercano al rey. José de Arimatea tuvo interés en saber quienes formaban ese círculo íntimo para ver si tenía amistad con alguno de ellos y podía recurrir a él.

—El círculo íntimo del rey está ahora limitado a la concubina y a su hermana.

Ante esa información, José de Arimatea se decidió a solicitar una entrevista urgente con el monarca. Su relación procedía de los tiempos en los que reinaba su padre Herodes el grande. Entonces, existía un grado de camaradería muy cercano. Tras la coronación, habían coincidido en algunas recepciones. No podía decir que el nuevo rey se hubiera mostrado afectuoso, pero siempre le había saludado.

—El monarca personalmente ha dicho que lamenta no poder atenderle a causa de sus muchas obligaciones oficiales. Asegura que él mismo le convocará para una audiencia en cuanto sus ocupaciones se lo permitan.

7.8

—Debes retirarte para salvar a Juan, al que llamas tu precursor.

Hannah recibió a Zacarías con un abrazo, como señal de dolor. Aunque estuviera en contra de su actuación como Mesías, era el padre de la persona que ella más quería. Hannah no pudo reprimir, de nuevo, las lágrimas. El rabino, en cambio, mantuvo una fría serenidad. Había venido a solicitar, más bien a exigir, a Hannah que abandonara. La acusó de ser la culpable de la detención de su hijo. Fue especialmente duro en esa acusación. Utilizó palabras ofensivas e incluso crueles. Si habían detenido a Juan, era porque ella no se había ajustado a la misión que los profetas habían establecido para el Mesías. En consecuencia, debía, de modo inmediato, rectificar de forma pública, reconocer que se había equivocado. Exigía a Hannah que se uniera a Jesús, al que calificó de único Mesías.

Hannah ya sabía que Zacarías no iba a hacer nada para salvar a

su hijo. Colocaba su estrategia por encima del amor paternal. Le escuchó con serenidad. La dureza de las palabras del rabino, en las que no había ningún recuerdo ni afecto para el detenido, fue secando sus lágrimas. Le dejó terminar. Quizá eso enardeció más a Zacarías, que terminó su intervención gritando.

En ese momento, se acercó Isabel. Se había quedado un poco apartada durante la dura intervención de su marido. No coincidía con él en ningún punto. Pero no quiso interrumpir para no provocar más tensiones en un momento tan doloroso. Esperó a que terminara, para acercarse y fundirse en un abrazo con Hannah. Las dos comenzaron a llorar sin retención. Eran las dos personas que más querían Juan y también las dos más queridas por él.

—Tuya será la responsabilidad de lo que pase a nuestro hijo – dijo Zacarías mientras se alejaba apoyado en su muleta – ¡Si le quieres, abandona por él!

7.9

La noche del mismo día en que Juan el predicador fue detenido, Salomé volvió a ofrecer su danza erótica de los siete velos. Hubo una importante novedad. Varios soldados de la guardia real, con uniforme discreto, pero con ostensible utilización de sus armas, se encargaron de la seguridad. Teóricamente, su responsabilidad era evitar que se produjera un nuevo atentado.

Con el fin de calmar a la multitud masculina ansiosa de ver el espectáculo exhibicionista, se preparó un pase nocturno, para el que se elevó todavía más el precio de las entradas. Una vez terminada esa sesión, ya a altas horas de la noche, se redujo el número de soldados que debían hacer guardia para vigilar el local cercano al palacio real.

7.10

—Es una vergüenza que no defendáis al predicador.

En la reunión del sanedrín, al tratar la detención del predicador del río Jordán, hubo discrepancia de pareceres. Tuvieron lugar los habituales enfrentamientos provocados por las opiniones de Nicodemo y José de Arimatea contra el resto de los sanedritas favorables a las tesis del Sumo Sacerdote. Pero en esta ocasión, hubo otras opiniones diferentes.

Dentro de los fieles a Anás, algunos expusieron el peligro que significaba que el rey hubiera detenido a un predicador por el mero hecho de criticar sus acciones. Consideraban preocupante que un predicador, aunque no respetara las normas del sumo Sacerdote,

pudiera ser encarcelado por denunciar que una concubina real se apropiara de joyas sin pagar su precio o la vida escandalosa de esa concubina y de su hermana.

Sin embargo, el Sumo Sacerdote intervino para exponer el criterio de que, de ninguna manera, se podía defender la conducta de un predicador que no respetaba las normas eclesiásticas. Caifás defendió una postura todavía más radical. Llegó a decir que se alegraba de que hubiera sido detenido, porque debía ser considerado como un enemigo. A Nicodemo y a José de Arimatea les pareció que esa postura extrema del yerno del Sumo Sacerdote iba dirigida a ganarse la confianza de éste de cara a la sucesión. Pero los sanedritas que se habían mostrado moderadamente discrepantes se sintieron presionados y retiraron su propuesta.

7.11

La predicación matinal de Hannah, días después de la detención de Juan, fue seguida a cierta distancia por una mujer vestida con más lujo de lo habitual. Llevaba la cara tapada con una prenda de lana para no ser reconocida. No estuvo atenta a la enseñanza, sino inquieta por la duración de la misma.

Cuando terminó la sesión, se acercó a ella y pidió que se apartara un poco para hablar confidencialmente. En todo momento, mantuvo oculta la cara y se negó a descubrir su identidad, a pesar de una petición expresa de Hannah.

—El rey Herodes Antipas me ha encargado decirte que el futuro de Juan, el predicador del río Jordán, depende de ti. Debes anunciar que las críticas que él hizo contra el rey no estaban fundadas ni deben ser tenidas en cuenta. El rey considera que si ese predicador es muy importante para ti, no tienes más que contradecir sus críticas y será puesto en libertad. ¿Qué respondes?

Hannah había escuchado con atención la extensa propuesta de la mujer interesada en mantener su anonimato. Comprendió inmediatamente que era una trampa. Le disgustó la premura con la que pedía respuesta. Pero no tuvo problema para dársela.

—Yo nunca contradiré a quien predica la palabra de Dios. Todo lo que dijo Juan estaba inspirado por Yahvé.

—El rey desea, con esta propuesta, dar una muestra de su buena voluntad. – añadió la dama desconocida.

—Dile al rey, si es que has venido en su nombre, que las ordenes de Dios no se pueden cambiar por la voluntad de alguien que tiene

poder y riqueza.

□Con este rechazo, pones en peligro no solo la libertad, sino también la vida de tu predicador. Si cambias de idea, anúncialo en uno de tus sermones de los próximos días. Alguno de nosotros te estará escuchando. ¡Si no lo haces, tendrás que atenerte a las consecuencias!

La mujer desconocida, cuyo enfado había ido aumentando, dio un desplante y se marchó con paso firme. La Mesías se quedó mirándola. Cuando se alejó un poco más, dos hombres fornidos se unieron a ella. Algo más lejos, subió al carruaje, que arrancó inmediatamente. Hannah no necesitó ver su cara ni haberla conocido con anterioridad, para saber que era la concubina del rey.

7.12

□Antes de terminar esta enseñanza, quiero deciros algo. – aseguró Hannah en la reunión vespertina – Entre vosotros, hay alguien haciendo la labor de espía. Ha venido a hacerme chantaje. Quiere que renuncie a mi doctrina, bajo la promesa de poner a Juan en libertad. Quieren que venda la verdad. Quieren que me oponga a Nuestro Padre que está en el cielo. Estos espías están escuchando nuestras enseñanzas, pero no desean oír la Buena Nueva. Deben saber que Juan es la persona más valiosa para mi misión como Mesías. También es la persona más querida por mí. Por eso, nunca le traicionaré, como tampoco traicionaré a nuestro Padre celestial. Juan dijo siempre la verdad. Las palabras que decía eran dictadas desde el cielo. No puedo yo contradecirlas. Espías que me estáis escuchando, decid a vuestros patronos en el chantaje que todos los que estamos aquí y yo también apoyamos las verdades que dijo Juan. Esa es nuestra respuesta. Espías que estáis entre nosotros, ya podéis ir a comunicarla a vuestros jefes. No vamos a cambiar.

Algunos de los seguidores de Hannah se pusieron a vigilar para ver quién se apartaba en ese momento. Incluso se prepararon para atacarlo y tomarse la justicia con su mano. Pero nadie se movió. Los espías mezclados entre los seguidores verdaderos esperaron para escapar en una circunstancia más propicia.

7.13

□¿De verdad, Hannah, no puedes hacer nada para salvar a Juan?

María, su madre, porfiaba diciendo que, de ninguna manera, deseaba presionarla. Insistía en que comprendía que no podía ceder al chantaje y contradecir la doctrina de Dios. Pero insinuaba que

quizá se podía encontrar algún resquicio.

□Su madre, mi prima Isabel, está destrozada. Sufre mucho. Tú sabes lo que le costó tener este hijo. Ahora hay que hacer todo lo posible para que sea puesto en libertad.

Hannah escuchaba a su madre y hacía lo posible para aguantar las lágrimas. No hacía falta que nadie aumentara su deseo de salvar a su querido Juan. Estaba incluso tentada de hacer público su amor hacia él, para que todos comprendieran que era ella la que más sufría con esa decisión.

7.14

□Soy Barrabás. Ahora soy el primer coordinador de los zelotes. Supongo que podemos hablar sin correr ningún peligro.

Era un joven alto, fuerte. Tenía el pelo ensortijado y revuelto. Su rostro era anguloso, con facciones duras. Los ojos negros quizá fueran lo más destacado de su rostro. Vestía sin ningún cuidado. Había estado escuchando la enseñanza de Hannah. Al terminar, se había acercado a ella, procurando que la conversación no fuera escuchada por nadie más.

□Sabes que no estoy de acuerdo con tu predicación.

-Quizá no estés de acuerdo todavía, porque no te haya llegado el momento. – replicó pausadamente Hannah.

□Lo que tú enseñas no sirve para nada. – replicó Barrabás - El principal problema que tenemos, como pueblo judío, es que un imperio invasor nos ha robado nuestros derechos como nación y nuestra soberanía. Tus enseñanzas no sirven para solucionar ese problema.

□En la palabra de dios que yo predico, está la auténtica libertad.

□No es momento de discutir. –dijo el líder zelote - He venido para proponerte un pacto. Nosotros, los zelotes, podemos preparar un plan para asaltar las mazmorras del palacio real y salvar a Juan el predicador. Tú, a cambio, deberías movilizar a todos tus seguidores, en ese mismo momento, en los alrededores del palacio. Debo advertirte que será una operación muy peligrosa. Habrá muertos. Quizá muchos muertos. Pero la peor parte la llevaremos nosotros. ¿Qué respondes?

□La palabra de Nuestro Padre no predica la violencia. Su mensaje es: Ama a tu pro…

□La violencia es la que ellos ejercen. Lo que nosotros hacemos es defendernos de su opresión.

□Dios nuestro señor nos pide que a nuestros enemigos los…

□Déjate de palabrerías. – inquirió Barrabás - ¿Aceptas o no

aceptas colaborar en el plan para asaltar el palacio real?
□No puedo apoyar la violencia. Yo he venido a traer la paz y el entendimiento entre todos.
El joven Barrabás, que había dado muestras de su carácter práctico y ejecutivo, se dio media vuelta y comenzó su marcha. Hannah, como era su costumbre, le siguió con la mirada. El primer coordinador de los zelotes, se volvió a los pocos pasos.
□No tengo nada contra tu doctrina. Pero no sirve para nada. ¡Y tú tampoco!

7.15

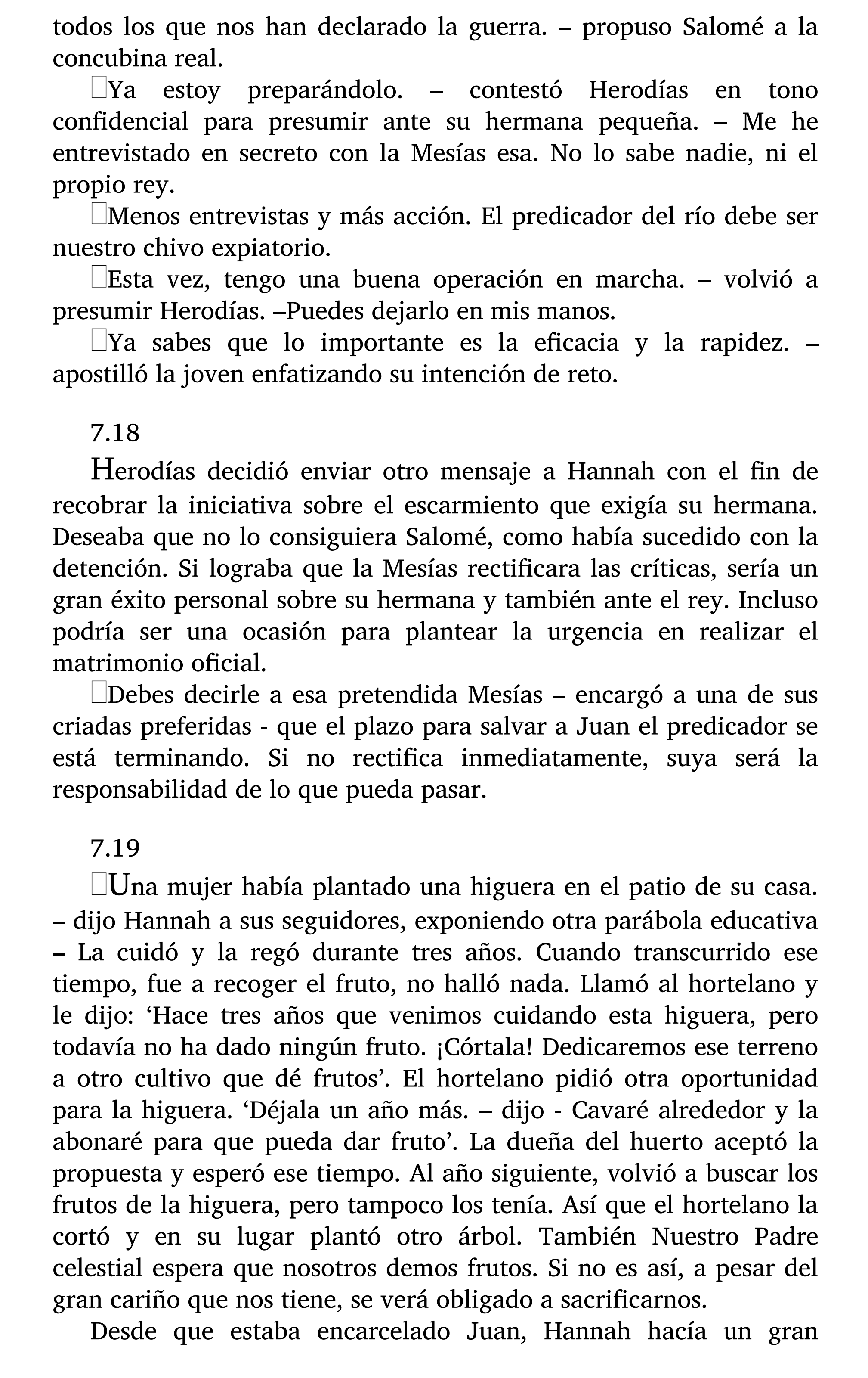
□Zacarías, - dijo entre lágrimas su esposa Isabel – no puedes dejar abandonado a nuestro hijo Juan. Pide su liberación. ¡Haz algo!
□Isabel, no eres quién para reprocharme nada. Estoy sufriendo tanto o más que tú por la prisión de nuestro hijo. Dile eso a Hannah. Ella es la culpable. Exígela que abandone su predicación para que Juan se salve.
□¡No lo haces ni por Yahvé ni por tu hijo! – gritó la esposa – Lo haces para perjudicar a Hannah. Niegas a tu hijo para obtener un beneficio.
□¡No levantes la voz ante mi dolor de padre! – amenazó el rabino.

7.16

Joaquín forzó una reunión con José y con Santiago. La intención era comprometerse a realizar gestiones para la libertad de Juan el predicador. Había que lograr un compromiso más directo para reclamarlo ante el rey.
□No servirá de mucho. – dijo José con pesimismo.
□Debemos intentarlo. – apoyó Santiago – Juan se merece todo lo que podamos hacer por él. Haremos una concentración ante el palacio real.
No se lo consultarían a Hannah, aunque tampoco se lo ocultarían. Realizarían la convocatoria por el boca a boca a través de los seguidores y simpatizantes. Les propondrían que cada uno se comprometiera a convencer a siete en un día para que asistieran a la concentración. Cada uno de los convencidos debería convencer a otros siete en el día siguiente y así sucesivamente.

7.17

□Hermana, hay que dar un gran escarmiento al predicador y a



todos los que nos han declarado la guerra. – propuso Salomé a la concubina real.

—Ya estoy preparándolo. – contestó Herodías en tono confidencial para presumir ante su hermana pequeña. – Me he entrevistado en secreto con la Mesías esa. No lo sabe nadie, ni el propio rey.

—Menos entrevistas y más acción. El predicador del río debe ser nuestro chivo expiatorio.

—Esta vez, tengo una buena operación en marcha. – volvió a presumir Herodías. –Puedes dejarlo en mis manos.

—Ya sabes que lo importante es la eficacia y la rapidez. – apostilló la joven enfatizando su intención de reto.

7.18

Herodías decidió enviar otro mensaje a Hannah con el fin de recobrar la iniciativa sobre el escarmiento que exigía su hermana. Deseaba que no lo consiguiera Salomé, como había sucedido con la detención. Si lograba que la Mesías rectificara las críticas, sería un gran éxito personal sobre su hermana y también ante el rey. Incluso podría ser una ocasión para plantear la urgencia en realizar el matrimonio oficial.

—Debes decirle a esa pretendida Mesías – encargó a una de sus criadas preferidas - que el plazo para salvar a Juan el predicador se está terminando. Si no rectifica inmediatamente, suya será la responsabilidad de lo que pueda pasar.

7.19

—Una mujer había plantado una higuera en el patio de su casa. – dijo Hannah a sus seguidores, exponiendo otra parábola educativa – La cuidó y la regó durante tres años. Cuando transcurrido ese tiempo, fue a recoger el fruto, no halló nada. Llamó al hortelano y le dijo: ‘Hace tres años que venimos cuidando esta higuera, pero todavía no ha dado ningún fruto. ¡Córtala! Dedicaremos ese terreno a otro cultivo que dé frutos’. El hortelano pidió otra oportunidad para la higuera. ‘Déjala un año más. – dijo - Cavaré alrededor y la abonaré para que pueda dar fruto’. La dueña del huerto aceptó la propuesta y esperó ese tiempo. Al año siguiente, volvió a buscar los frutos de la higuera, pero tampoco los tenía. Así que el hortelano la cortó y en su lugar plantó otro árbol. También Nuestro Padre celestial espera que nosotros demos frutos. Si no es así, a pesar del gran cariño que nos tiene, se verá obligado a sacrificarnos.

Desde que estaba encarcelado Juan, Hannah hacía un gran

esfuerzo por elevar su estado de ánimo y porque nadie notara su tristeza. El cumplimiento de su misión como Mesías debía estar por encima de cualquier circunstancia personal por muy dolorosa que resultara.

—No os inquietéis por vuestras vidas, ni por lo que comeréis ni por lo que beberéis.- continuó Hannah, repitiendo un pensamiento y una oración que no podía apartar de su mente – Tened siempre confianza en nuestro Padre celestial. Mirad las aves del cielo y los peces del mar. Ni ciernen la harina ni amasan los panes. Pero comen porque Dios los alimenta. En los momentos en que tengáis dudas, en que sufráis, en los momentos en los que un ser muy querido para vosotros esté ausente, confiad en Él, porque Él le ayudará.

No fue necesario hacer ninguna mención directa del nombre de Juan. Los seguidores lo comprendieron. Alguno no pudo evitar sus lágrimas.

7.20

—Da orden a los soldados de que no intervengan contra los manifestantes. Que no haya ningún herido. No quiero que ninguna maldición recaiga sobre mí.

Herodes tenía dudas y miedo por las consecuencias de la detención del predicador. Fue tajante en sus órdenes al jefe de su guardia real. Los concentrados frente a la fachada del palacio para pedir la libertad de Juan iban aumentando en número. Se estaban colocando frente a las paredes laterales de la residencia real. Según las instrucciones recibidas, nadie realizó ninguna medida de fuerza. Ni lanzó piedras u otros objetos. Todos se limitaban a cantar. Entre canción y canción, coreaban las peticiones de que Juan fuera puesto en libertad. El iniciador de estas solicitudes era Santiago, quien esforzaba sus pulmones para que su voz llegara hasta todos los que se habían reunido. A su lado, permanecían José y Joaquín.

—Ha sido buena la idea de aplicar el número siete. – pensó el abuelo.

Desde una ventana alta del palacio, Herodías y Salomé contemplaban a los reunidos y escuchaban sus cánticos. Mutuamente iban encendiendo su indignación. Criticaban la actitud de los guardias, que se limitaban a impedir que los manifestantes se acercaran a la puerta del palacio. Sabían que esa era la orden recibida del Rey. Hacia él iban dirigidas sus críticas. Le calificaban de cobarde. A juicio de las dos hermanas, era una muestra evidente de la debilidad, que fomentaría nuevas acciones de protesta.

—Herodías, muy ufana te mostrabas, el otro día, sobre tu poder de convencimiento.

—Está claro que el rey tiene miedo a enfrentarse a la falsa Mesías por esas supuestas maldiciones. – dijo Herodías mostrando su resignación.

—Ya te expliqué lo que debes hacer para que cambie.

7.21

El rey Herodes ordenó al jefe de su guardia real que subiera en una carreta a los siete últimos detenidos. Debía exhibirlos por todas las calles de Jerusalén para que sirvieran de escarmiento. Las detenciones se habían hecho con gran celeridad entre mendigos que vivían en las calles por no tener ni familia ni residencia.

—Así verán que no sólo estoy en contra de la Mesías.

7.22

Dos días más tarde, Herodes recibió la visita de dos altos jerarcas procedentes de Egipto. Como deseaba realizar con ellos lucrativos negocios, los invitó a varias recepciones oficiales en las que les entregó regalos procedentes de las arcas públicas. Como signo de amistad particular, preparó para ellos una cena íntima a la que asistieron solamente los tres varones. Fueron atendidos y agasajados por complacientes sirvientas durante la cena. El rey había prometido a sus invitados una sorpresa especial. La mantuvo en secreto hasta los postres. Mientras brindaba ya con los vinos dulces, se lo descubrió.

—La mejor danzarina del vientre va actuar para nosotros. Se llama Salomé y es la hermana de mi amante Herodías. Podréis comprobar que, además, tiene el cuerpo más seductor mundo. Va a interpretar una versión muy personal del baile de los siete velos. Dentro de ese baile, habrá una nueva sorpresa.

7.23

Isabel apenas salía de casa desde la detención de su hijo Juan. Se hallaba constantemente en oración. Hacía también penitencia para rogar al Dios misericordioso que se apiadara y le liberara de las manos impuras que le tenían injustamente retenido.

—Señor mío, te rogué durante mucho tiempo que me dieras un hijo. Me lo diste cuando yo y mi marido éramos ya mayores. No permitas ahora que le suceda ningún mal. Sabes que él ha entregado toda su vida en tu honor y que trabaja sin descanso para difundir tu Buena Nueva. Ten piedad de él.

Zacarías, en cambio, mantenía su agresividad hacia Hannah por la detención de su hijo. En su sinagoga, había iniciado una serie de rezos especiales en los que incluía las críticas contra la Masías, pidiendo que abandonara su misión.

7.24

La entrada de Salomé fue espectacular. Herodes se había encargado de que las sirvientas salieran de la sala, después de haber dejado llenas las copas con licores olorosos. Los tres varones ser recostaron en los cojines para disfrutar del placer en postura más confortable.

Se había vestido con los siete velos más brillantes. Estaban colocados de tal manera que, sin dejarlas ver, anunciaba las formas seductoras de un cuerpo espectacular. El perfume que irradiaba contagió la habitación. Las uñas de los pies y de las manos eran también brillantes y parecían cambiar de color con cada movimiento. El pelo había sido recogido en formas ondulantes para que destacara la largura y la perfecta formación del cuello.

La bailarina recorrió la sala, giró entre los tres espectadores excepcionales y se quedó delante de ellos. Los miró con descaro y dirigió la sonrisa más voluptuosa al rey. Antes de quitarse cada uno de los velos, realizaba una danza con movimientos, a veces acrobáticos, de todo su cuerpo. El baile iba aumentando en picardía, misterio, insinuación y también descaro. La liberación de cada uno de los velos mostraba la perfección de las distintas partes del cuerpo.

Los tres asistentes a tan exclusiva danza no perdían detalle de sus movimientos. El rey observaba también las reacciones de sus invitados. Notaba el brillo libidinoso de sus ojos y el sudor nervioso de sus frentes. Escuchaba sus ruidos guturales. Veía cómo cambiaban de postura sus piernas para liberar el miembro sexual ya enardecido.

La sorpresa final fue el culmen de la danza voluptuosa. Se hallaba ya Salomé con un único velo. Sus pechos redondos y firmes estaban a la vista. Se movían al ritmo del cuerpo e hipnotizaban los ojos de los tres espectadores. El último velo, más pequeño que los otros, sólo ocultaba sus partes más intimas. La bailarina consciente de su atractivo irresistible se introdujo de nuevo entre los hombres ya excitados. Realizó varios movimientos a muy corta distancia de sus ojos. Se detuvo más al lado del rey e incluso le rozó libidinosamente con sus senos.

Volvió de nuevo a colocarse frente a ellos. Realizó unos

movimientos todavía más acrobáticos y más provocativos. Cuando los tres espectadores estaban ya completamente entregados en su ardor apasionado, se soltó el último de los velos. Los seis ojos quedaron atrapados. Inicialmente hizo un juego como si quisiera ocultar su sexo apretando las piernas. Pero inmediatamente se soltó y lo descubrió con descaro. En ese momento, comenzó una apoteosis de saltos, movimientos e insinuaciones a cuál más erótica y provocativa. De nuevo, se mezcló entre los asistentes. De nuevo, se detuvo más tiempo ante el rey. También le rozó de forma voluptuosa. A continuación, realizó una pirueta arriesgada, y quedó ante los tres, semitumbada, mostrándoles su cuerpo, sudoroso, en el esplendor de su atractivo.

Los tres aplaudieron con pasión, mientras sus ojos permanecían hipnotizados en el sexo descarado de la bailarina. Los tres tuvieron que liberarse la ropa en la entrepierna para acomodar su miembro definitivamente excitado. Ella, todavía jadeante, agradeció los aplausos con una amplia sonrisa.

—Salomé, - dijo el rey mostrando su generosidad – ha sido tan espléndida tu danza que te concedo lo que quieras pedirme. Tienes un minuto para decidirlo.

—No necesito ningún minuto para decidirlo. Lo que deseo es la cabeza de Juan el predicador en una bandeja de plata.

—¡No, Salomé! - titubeó el rey – Sabes que existe una maldición. Quitarle la vida al predicador podría provocar graves consecuencias para todos nosotros.

—Herodes, me has dicho que te pidiera lo que quisiera sin ninguna limitación. Debes concederme la cabeza del predicador en una bandeja de plata.

7.25

—Padre mío, te lo pido con mi ruego mayor y más personal. Todavía estás a tiempo. ¡Salva a Juan! Tú sabes que es lo que más quiero. ¡No me abandones en este momento!

Hannah permaneció arrodillada, mirando al suelo. Dejaba que sus abundantes lágrimas humedecieran la tierra.

7.26

Salomé, en cuanto recibió la cabeza de Juan todavía derramando sangre sobre la bandeja de plata, salió corriendo sin colocarse los velos sobre su cuerpo. Los movimientos, al subir las escaleras precipitadamente, hicieron que la sangre la salpicara. Pero no se detuvo.

—¡Herodías!

La hermana menor continuó corriendo hasta la habitación de la concubina real, que no sabía nada de la actuación secreta ante el rey y sus invitados. Al llegar a la puerta, dio golpes con el pie porque tenía las manos ocupadas en sostener la bandeja. Herodías quedó asombrada, sobrecogida y también asustada.

—¡Hermana, aquí tienes la cabeza del predicador! - gritó Salomé - Yo la he sabido conseguir.

Herodías, que también se había visto salpicada por la sangre al abrir la puerta, continuaba sorprendida. No podía quitar la vista de la masa rojiza que Salomé sostenía en la bandeja que ya era del mismo color. Incluso tardó tiempo en darse cuenta de que su hermana estaba desnuda, sólo cubierta con algunas manchas de sangre.

—Es la auténtica cabeza del predicador. Puedes tocarla, si quieres. – sugirió Salomé.

—Tendrás que explicarme lo que has hecho para convencer al rey.

Herodías puso un aire de desconfianza y sospecha en sus palabras, a la vez que se separaba, con asco, de la mesa donde había sido colocada la cabeza ensangrentada. Trató de perseguir a su hermana para exigirla cuentas por su desnudez. Pero Salomé ya había desaparecido.

7.27

—¿Cómo me libraré ahora de la maldición que los profetas anunciaron para quienes se oponen a la Buena Nueva del Mesías? – se lamentó Herodes, al quedarse sólo, tembloroso, olvidado ya del placer y la excitación momentánea.

EMPEZAR DE NUEVO

8.1

—¡Ana, he tomado una decisión! No permitiré que ese rabino ambicioso arrebate a mi nieta la misión de Mesías.

Joaquín, el anciano abuelo de Hannah y Santiago, llamó a su esposa con una fuerza y una decisión desacostumbrada. En su actitud, se percibía una gran vitalidad, desproporcionada para sus muchos años.

—Ayudaré a Hannah para que no la venzan sus enemigos en estos momentos de angustia. Me opondré a ese taimado rabino, cuyo corazón está lleno de rencor, ambición y soberbia.

—Me alegro de tu conversión.- intervino Ana.

—No lo hago por la religión. Lo hago sólo por mi nieta, porque la quiero, a pesar de su misión religiosa.

8.2

—¿Padre mío, que estás en el cielo, quieres que abandone? ¿Quieres que deje la misión de Mesías? Si hasta Tú pones dificultades para la misión que Tú mismo me has encargado, es una señal de que debo dejarlo todo.

Hannah, sola y alejada de sus seguidores, miraba al cielo, para dirigirse directamente a su Padre celestial.

—Sabes que respeto todas tus decisiones. Pero deseo mostrarte mi discrepancia. Y mi dolor. ¡Sobre todo mi dolor! No estoy de acuerdo con lo que has hecho con Juan, con mi primo Juan, mi querido Juan. ¿Por qué lo has permitido? ¿Por qué has tolerado su muerte de esa manera tan ignominiosa? ¿Ha llegado el momento de retirarme? ¿Este es tu signo? No puedo interpretarlo de otra manera.

La exigencia hacia su Padre era cada vez más apremiante. Su indignación iba en aumento. Su tristeza también se incrementaba. Tenía que ir limpiando las lágrimas, que le surcaban la cara hasta la barbilla.

—Los seres humanos tenemos sentimientos. Sobre todo las mujeres. También tenemos debilidades. Cuida también mis sentimientos. Contempla mis lágrimas. Cuida también mis debilidades.

8.3

¡Jesús! –llamó Zacarías – ¡Tenemos que aprovechar nuestra oportunidad! Hay que preparar una predicación acusando a Hannah de la muerte de Juan. Di que tenía que haber cedido para salvarle. Tenía que haberle defendido. Si no puede defender ni a su precursor, debe abandonar su predicación. Tenemos que ser muy duros contra ella. Debe aparecer como la culpable. Este puede ser el momento de su destrucción definitiva. Después de lo que ha sucedido, no puede continuar haciéndose pasar por Mesías. ¡Tenemos que acabar con ella ya! No vamos a encontrar otra ocasión como ésta.

8.4

Debemos enterrar nosotros el cuerpo de Juan, si su padre lo ha abandonado.

Joaquín, que continuaba desarrollando su firme decisión, se había reunido con José y con Santiago para preparar la ayuda que debían dispensar a Hannah en ese delicado momento.

¿Cómo lo vamos a enterrar, si no tenemos su cuerpo? –preguntó el joven.

Aunque se mantenían en silencio, los tres hombres estaban pensando cómo localizar el cuerpo de Juan para honrarlo con la sepultura. Necesitaban a alguien con influencia ante el rey para poder solicitarlo. Hicieron mentalmente un repaso de los conocidos que podían realizar esa gestión.

Puedo pedírselo a José de Arimatea. – dijo el padre de Hannah.

8.5

¡Otra vez has sabido conseguir de Herodes lo que querías!

Herodías no utilizó un tono de felicitación hacia su hermana. Había una fuerte intención de reproche. Las dos se encontraron por la mañana en la primera comida. La concubina del rey había quedado tan impresionada, la noche anterior, al ver la cabeza ensangrentada del predicador, que no había podido dormir.

No he conseguido lo que yo quería. He conseguido lo que queríamos las dos. – puntualizó Salomé.

Lo que me intriga es cómo consigues del rey lo que a mí me niega. - Insistió Herodías.

La concubina real dejó ver que también tenía sospechas y celos. Pero no se manifestaba especialmente agresiva. Mantenía los ojos dirigidos hacia el suelo. No se atrevía a mirar de frente a su hermana para no evidenciar su auténtica intención.

Fue la recompensa a un baile que hice para él y sus invitados a

una cena privada.

—¿Qué tuvo de especial ese baile? - reclamó Herodías con sorpresa.

—Fue el baile de los velos. El que hago en el espectáculo.

—¿No hubo ningún extra? – exigió Herodías.

8.6

—Señor Dios de Israel, Tú me diste a mi hijo, después de muchas súplicas. Fue un acto de tu gran bondad y de tu gran misericordia. Ahora, me lo has quitado. No puedo recriminarte nada, porque Tú eres quien dispones de la vida y de la muerte.

A Isabel ya no le salían más lágrimas de sus ojos. Había llorado tanto que se le habían agotado las fuentes interiores para manifestar su tristeza. Desde que supo que su hijo Juan había sido matado cruelmente, permaneció encerrada en su habitación sin querer hablar con nadie.

—A pesar de mi dolor, Señor, Tú eres mi Señor. Debo estarte agradecida, aunque la pena embargue mi alma por la desaparición cruel de mi hijo. Te pido, Señor, perdón por mi tristeza.

8.7

José de Arimatea tuvo que esperar en la misma sala del palacio real donde le hicieron aguardar, días antes, cuando fue a reclamar la libertad para Juan el predicador. Cuando el secretario administrativo le preguntó el motivo de su visita, tuvo que explicar una vez más las contribuciones tanto materiales como de asesoramiento había realizado con el actual rey y con su padre.

—Espere, mientras consulto.

La espera fue incluso más larga que la vez anterior. José de Arimatea tuvo, sin embargo, buen cuidado de no hacer ningún gesto de desaprobación o de inquietud. Es posible que estuviera siendo espiado. No era momento de protestar ni criticar, mientras no se hubiera conseguido la entrega del cuerpo.

—La respuesta es negativa. No se puede enterrar el cuerpo de quien no ha muerto dignamente.

—Al menos, concédanme….

—Me han dejado claro que la respuesta es negativa. ¡No será entregado el cuerpo!

José de Arimatea insistió. Pero no le sirvió para nada. El funcionario se encerró en la excusa de que esa era la respuesta que le habían dado y que él no podía cambiarla.

8.8

□¡Simeón, estoy muy contento con las crónicas que has escrito hasta ahora sobre el Mesías!

Zacarías seguía con absoluta puntualidad los escritos en los que su ayudante Simeón recogía, cada noche por su encargo, las predicaciones y las acciones de Hannah como Mesías. Eran unas narraciones muy meticulosas y unas interpretaciones muy certeras.

□Estás escribiendo el evangelio que, atribuido a Jesús, se transmitirá de generación en generación de acuerdo con lo anunciado por los profetas.

□Señor, estoy seguro de que no estoy capacitado para esa labor tan importante. – insistió Simeón con más modestia.

□No te preocupes. – indicó Zacarías con severidad. – Atribúyeselo todo a Jesús, como dicen los profetas. Ese es el nombre que debemos transmitir de generación en generación. Hannah debe desaparecer. De lo demás, me encargo yo.

□¡Yo no puedo hacerlo. –Simeón se negó por primera vez.

□¡Es una orden! Debes eliminar todo rastro de Hannah. Además, debes añadir que Jesús se ha rodeado de un grupo de doce apóstoles que serán los encargados de continuar su misión. Para eso, los está instruyendo en el conocimiento de las Sagradas Escrituras.

8.9

Anás se negó a que el Sanedrín tomara ninguna iniciativa colectiva para protestar por la muerte violenta de Juan el predicador. El argumento utilizado fue la consideración de que no ocupaba ningún cargo de responsabilidad dentro de la jerarquía.

□¡Estaba metido en la promoción de la falsa Mesías! Es el castigo que merecía.

Este debate se suscitó a raíz de una propuesta presentada por Nicodemo. En ella, se defendía que si el Sanedrín deseaba aparecer como un defensor de las leyes divinas, debía condenar públicamente la muerte violenta de una persona y, con más motivo, si se dedicaba a la predicación.

□Lo que debes decir a tus amigos, los seguidores de esa mujer que se proclama falsamente Mesías, - afirmó el Sumo Sacerdote en su réplica – es que rectifiquen y abandonen su intento de difundir falsas doctrinas.

□Los que ofendéis al auténtico Dios sois vosotros. – contestó Nicodemo – Con esta actitud, os colocáis a favor de un tirano que no valora en nada la vida de sus súbditos y profana los principios de la ley de Dios.

8.10

□Hoy he venido hasta aquí, al lado del río Jordán, hasta el lugar donde Juan, el predicador, anunciaba la llegada del Mesías. – dijo Jesús en tono solemne - He venido para reivindicar su nombre y su memoria. He venido para continuar su obra. Él ha sido mi precursor y yo completo su predicación por designio de Yahvé, nuestro padre que está en los cielos.

Esa intervención de Jesús había sido especialmente preparada y calculada por Zacarías. Sin embargo, el número de sus seguidores se había reducido en la misma proporción en que aumentaban los de Hannah. Era la primera vez que se apartaba de los lugares próximos al Templo de Jerusalén. Esa excepción había sido indicada por el rabino en un premeditado intento de apropiarse de la figura y el mensaje de su hijo. Había que trasmitir la idea de que el precursor había venido anunciando al auténtico Mesías. No había sido el precursor de Hannah sino de Jesús.

□Retomo, desde aquí, - insistió Jesús en el discurso preparado por el rabino – las palabras y el testimonio de mi precursor. Por la misión que Dios nuestro padre ha depositado en mí, os ratifico y os completo la Buena Nueva que como Mesías he venido a revelaros. No creáis a los falsos mensajeros. No hagáis ningún caso a las lenguas femeninas, llenas de ambición y de vanidad.

Zacarías aprovechó esta intervención para que Jesús presentara a los que él había elegido como seguidores principales con el título de apóstoles. Los primeros elegidos se llamaban Pedro, Lucas, Mateo, Marcos, Juan y Judas Tadeo.

8.11

□Señora, creo que debéis vigilar quién está en estos momentos en el dormitorio del rey.

Ruth era una joven judía que había entrado, poco tiempo antes, al servicio de limpieza del palacio real. Cuando Herodías fue traída por el impetuoso rey, confió en ella por su discreción y por su diligencia en el trabajo. La quitó del servicio de limpieza y la ascendió a su cuidado directo.

Cuando Salomé se instaló en el palacio, su hermana encargó a Ruth el cuidado directo de su habitación y la satisfacción de sus necesidades. Herodías no había sugerido que le informara sobre sus movimientos. Esta información salía exclusivamente del agradecimiento que la criada sentía hacia quien la había ayudado.

No hizo falta que le diera más datos. Herodías tampoco se los preguntó. Se vistió inmediatamente y buscó un lugar desde el que

podía comprobar todas las entradas y salidas de la habitación del rey sin ser vista ella.

8.12

□Hannah, no tengas ninguna preocupación. Yo me encargaré de preparar las predicaciones.

El anciano Joaquín demostraba una gran decisión para ayudar a su nieta. Los que le conocían, estaban sorprendidos de ese cambio, sabiendo que siempre había presumido de considerar las prácticas religiosas como una equivocación y una costumbre vulgar.

□Abuelo, no debes estar preocupado por mí.

□Es urgente que alguien asuma el control. Lo haré yo. No voy a permitir que Zacarías se aproveche de este momento de desconcierto.

□No debemos tener ningún temor. – intervino Hannah – Tengo dentro de mí una gran fuerza. Dentro de mí, está mi Padre celestial.

□Tú pones mucha confianza en ese padre celestial. Pero yo no lo veo por ningún sitio. Parece que está de parte de ese rabino retorcido.

□Dios tiene caminos que nosotros no podemos comprender. - insistió la nieta.

□Hannah, seamos prácticos. Yo me encargaré de organizar las predicaciones para que no notes la ausencia de Juan. Al menos en ese sentido.

8.13

Herodías tuvo que esperar mucho en su escondite de vigilancia. Estuvo, varias veces, tentada de acercarse sigilosamente hasta la puerta de la habitación del rey y escuchar si se producía algún ruido dentro. Estaba a punto de abandonar la vigilancia. De repente, notó movimiento en la puerta. Alguien, desde dentro, intentaba abrir sin hacer ruido. Con esa misma precaución, se fue abriendo la puerta.

Apareció la cabeza de Salomé. A Herodías, le pareció que llevaba el pelo desordenado. Antes de abandonar la habitación, la joven miró a un lado y otro del pasillo. Salió corriendo. Iba vestida con muy poca ropa. La llevaba en las manos y con ella intentaba ocultar sus pechos desnudos. La puerta quedó medio abierta. Al poco tiempo, la cerraron desde dentro.

Herodías se quedó paralizada. Se puso la mano en la boca para que no saliera alguna expresión que denunciara su presencia. Esperó sin moverse. Intentó reflexionar. Decidió ir a su habitación

sin que nadie descubriera que había estado espiando. Era bueno que no supieran que ella los había descubierto.

8.14

—Debemos aprovecharnos del desconcierto que están pasando esos Mesías falsos y los enfrentamientos que han surgido entre ellos.

Pocos días después de la última sesión oficial del sanedrín, Anás convocó una reunión privada en su casa con los miembros más fieles, entre los que, desde luego, estaba su yerno Caifás.

—Acepto ideas para llevarlas a cabo en contra de los Mesías.

Todos los asistentes quedaron en silencio, sorprendidos de que el Sumo Sacerdote les pidiera sugerencias. Estaban acostumbrados exclusivamente a recibir sus órdenes. El primer pensamiento de los presentes fue que el anciano no sabía qué hacer y que se trataba de una petición disimulada de ayuda. Tampoco a ellos se les ocurrió nada que pudiera ser llevado a cabo de inmediato.

—Si ahora no se nos ocurre nada, debemos seguir pensando. –sentenció Anás.

8.15

'Nosotros no coincidíamos con la predicación de Juan, el bautista del río. Pero queremos vengar su muerte'

Este era el texto que algunos miembros de los zelotes colocaron en las paredes del templo de Jerusalén. Reivindicaban la acción violenta que habían realizado la noche anterior.

Una vez pasada la medianoche, habían asaltado a los dos soldados que prestaban vigilancia en unas oficinas de recaudación de impuestos. Estaban colocados lo suficientemente lejos del palacio como para que no hubiera comunicación con el resto de la guardia real.

Tras desarmarlos, les ataron las manos en la espalda. Les cortaron las cabezas, para imitar la muerte que había recibido el predicador. Dejaron los cuerpos ensangrentados frente a la puerta y se llevaron las cabezas.

8.16

Esa mañana, cuando se levantó, Zacarías se encontró con los dedos de las manos encorvados. Intentó estirarlos. Además de sentir un gran dolor, no lo logró. Comprendió que ya no podría utilizarlos. Lamentó esa nueva limitación impuesta. Pero no le dijo nada a su esposa Isabel.

—Por muchas maldiciones que se me acumulen, voy a seguir con

la misión que me he impuesto. ¡Lograré que Jesús sea reconocido como único Mesías!

8.17

Hannah intentó que nadie notara la señal de sus lágrimas. Se concentró para elevar su ánimo. Puso su espíritu en comunicación con el Padre celestial. Joaquín, José y Santiago habían preparado con cuidado la predicación. Se había reunido una multitud mayor que en otras ocasiones. Desde la muerte de Juan, se habían multiplicado los seguidores. La mayoría eran mujeres.

□Ahora estamos todos tristes. – comenzó Hannah su predicación – Pero confiad en nuestro Padre celestial. Él nos lo ha prometido. Nuestra pena se convertirá en gozo y nuestro dolor en alegría. Los dolores que padecemos aquí son pasajeros. Pero la alegría celestial será eterna.

8.18

Herodías esperó hasta un día que el rey fue a visitar una zona alejada para inaugurar un puente. Invitó a su concubina a estar presente en la ceremonia. Pero ella rechazó la invitación alegando padecer un resfriado. Como el viaje real iba a comenzar muy de mañana, se despidieron por la noche, asegurando él que haría todo lo posible por llegar a cenar a palacio.

La concubina real se levantó también muy temprano. Se vistió. Pero no salió de su habitación hasta que el rey se hubo ido. En ese momento, ordenó que prepararan su carruaje. Dijo que pusieran caballos acostumbrados a recorrer grandes distancias. Cuando el carruaje estuvo preparado, llamó al jefe de la guardia.

□Ve a la habitación de mi hermana. Entra sin llamar. Despiértala y ordénala que se ponga este vestido. Es el que trajo cuando la traje a vivir aquí.

□¿Señora, soy yo quién para entrar en esa habitación privada?

□¡Te lo ordeno yo! No deseo volver a verla nunca más en mi vida. Montadla en el carruaje por la fuerza y llevadla a Egipto. Llevadla hasta un pueblo lejano. Un pueblo que sea pequeño y que no tenga ninguna comunicación. Pero tenéis que estar de vuelta antes de la hora de cenar.

□Señora, conducir vuestro carruaje corresponde a …

□Deseo que lo hagas tú. Es una misión de gran confianza. Cuando vuelvas, colocas el carruaje y los caballos en su sitio. Como si nada hubiera pasado. No debes comentarlo con nadie. Con el rey tampoco. Yo sabré cómo debo decírselo.

8.19

Después de terminar la predicación de ese día y aprovechando que Hannah se había retirado para rezar, María reunió a las seguidoras más veteranas. Entre ellas, destacaban dos hermanas llamadas Marta y María. Ambas procedían de Magdala. Pero sólo a la hermana pequeña se la conocía como Magdalena. Quizá para distinguirla de otras muchas mujeres que llevaban también el nombre de María.

□Las mujeres somos gran mayoría entre todas las personas que siguen a mi hija. – afirmó - Sin embargo, son hombres los que llevan la organización.

□Son hombres de tu familia y de la familia de Hannah. Son tu padre, tu marido y tu hijo.

La réplica fue de Marta, la más activa de las dos hermanas. Era más bien baja y regordeta. María era más esbelta y más guapa. Le gustaba arreglarse y destacar los rasgos de su cara con los rizos de su pelo oscuro. A cambio, era más soñadora y pasiva.

□No importa que sean de mi familia. – contestó la madre – Ahora todos somos una misma familia. La revolución que trae Hannah es la revolución de las mujeres. Tenemos que ocupar el poder. Debemos llevar nosotras la organización de todos los actos. Tenemos más capacidad que ellos.

□A mí me parece bien, siempre que no haya enfrentamientos. – opinó la bella María, destacando su voz agradable.

□No tiene por qué haber ningún enfrentamiento. Ellos deben comprender que es justo que mandemos las mujeres. –replicó la madre con ánimo de convencer a las dudosas.

Se tomó la decisión de asumir directamente la organización de los lugares y las horas de las predicaciones. Las mujeres también se encargarían de decidir sobre las comidas. No se limitarían a preparar lo que previamente habían decidido los hombres.

8.20

□¡Hagamos un pacto contra la Mesías!

Zacarías, con las dificultades por sus limitaciones, estuvo esperando frente a la puerta del templo de Jerusalén por la que salían los miembros del Sanedrín. El dolor de las manos le impedía sujetar cómodamente el cayado debajo de su hombro izquierdo. Se colocó a una cierta distancia para observar sin ser visto. Deseaba hablar con Caifás. Cuando le vio salir, comprobó que estaba acompañado. No se acercó hasta que se despidió de sus acompañantes.

□Caifás, deseo hablar contigo en secreto.

El yerno del Sumo Sacerdote se asustó por aquel encuentro precipitado, cuando ya había caído la tarde y la luz no era muy fuerte. La visión del rabino tullido en varias partes de su cuerpo contribuyó al susto. Zacarías, para compensarlo, se mostró amable. Sólo deseaba hacerle una propuesta.

□No entiendo muy bien lo que deseas de mí.

-Está muy claro. –enfatizó Zacarías – Hannah es el enemigo de todos. Ella no quiere cumplir lo que dicen las sagradas Escrituras sobre el Mesías. Debemos unir nuestras fuerzas para eliminarla.

□¿Nos estás pidiendo ayuda?

□No estoy pidiendo ayuda. – insistió el rabino – La estoy dando. Os ofrezco a vosotros mi ayuda.

□¿Cómo puedes decir eso? – se sorprendió Caifás - Tú eres también nuestro enemigo. Nos atacas todos los días por boca de ese Mesías que diriges.

□No lo puedes comparar. Nosotros deseamos mejorar lo existente. Ella quiere destruirlo.

□¿Qué quieres a cambio?

□Eliminarla nos conviene a las dos partes. Hay que actuar unidos contra ella.

□El sábado te contesto.

□Tiene que ser antes. Pasado mañana te espero a esta hora aquí.

8.21

Para el momento en que llegó el rey, tras presidir la inauguración del nuevo puente, Herodías ya se había bañado y había perfumado su cuerpo hasta las partes más escondidas. También tenía preparadas ropas brillantes y atractivas.

Cuando Herodías llegó al comedor, el rey ya estaba allí. Había cometido la falta de delicadeza de comenzar a comer. La concubina lo pasó por alto. Nada más entrar ella por la puerta, Herodes se quedó mirándola sorprendido y admirado. Incluso lanzó expresiones alabando su belleza. Eran quizá demasiado vulgares para un rey. Pero también las pasó por alto. Confirmaban que había conseguido su objetivo de seducir al rey desde el primer momento. Herodes se separó de la mesa. Fue a saludar a su concubina. Se besaron en la boca.

□Mi señor y mi amor, quiero aprovechar este momento para decirte que soy muy feliz contigo y que sólo me falta una cosa para serlo de modo completo.

Herodías había desarrollado a la perfección el meticuloso plan

que había elaborado durante todo el día. Había calculado que esas palabras debían ser pronunciadas cuando estaban tomando los postres dulces.

—Esta noche estoy generoso. Dime lo que te falta y te lo concederé. – dijo el monarca tomando su mano para besarla suavemente.

—Lo único que me falta es casarme contigo. Deseo ayudarte en tus obligaciones, como rey y como Mesías, siendo tu esposa.

La concubina también había calculado que el rey, en ese momento, soltaría su mano y se levantaría, después de haber cambiado de expresión. Ella no se movió. Ni giró la cabeza. Esperó pacientemente la respuesta.

—Pídeme lo que quieras. Pero, en este momento, no puedo casarme contigo, aunque es lo que más deseo. – el rey hablaba sin mirarla – Mi esposa es hija del rey Aretas. Me declararía la guerra, si la repudio y me separo de ella. En cuanto quede anulado mi matrimonio por la causa que sea, te convertirás en mi esposa. ¡Te lo juro!

Desde ese momento hasta entregarse los dos amantes al placer más deseado, pasó muy poco tiempo. Fue una noche apoteósica en todos los juegos del amor y del divertimento erótico. Herodías se encargó de ello. En su guión, estaba determinado que el rey debía sacar la conclusión que nadie le hacía más feliz y le daba más placer que ella.

8.22

—¿Qué busca el rabino Zacarías con ese truco?

Anás se mostró muy escéptico ante lo que le contó su yerno Caifás sobre los propósitos de Zacarías para unirse a su lucha contra Hannah.

—Estoy seguro – insistió el Sumo Sacerdote Anás - de que desea sacar algún provecho. Quiere engañarnos. Está muy dolido de no haber podido entrar como sacerdote del Templo a causa de su defecto físico.

—Quizá lo haga por resentimiento o por envidia. Pero su lucha para destruir a la otra Mesías nos favorece a nosotros. –sugirió Caifás.

—Hay que desconfiar de los hombres astutos y resentidos. Cada vez está más afectado por las maldiciones que le envía el cielo.

8.23

A la mañana siguiente, el jefe de la guardia real, que había

trasladado a Salomé, apareció muerto. Todos los indicios llevaban a pensar que se había suicidado. La habitación, en la que dormía desde hacía unas semanas sin ir a su vivienda familiar, estaba cerrada por dentro. No había ningún signo de violencia. Estaba tendido en la cama. En el suelo, había tirado un vaso.

Los guardias reales realizaron las investigaciones. Buscaron algún indicio por el recinto. No encontraron nada. Algunos testimonios indicaron que el día anterior no había sido visto, después de distribuir los turnos por la mañana. Se determinó que había sido un suicidio. A esa conclusión, contribuyó que algunos compañeros dijeran que tenía problemas familiares y que, por esa razón, no acudía a su domicilio familiar.

Paralelamente al encuentro del cadáver, Herodías mantuvo una conversación con Ruth, la criada que había descubierto las relaciones de su hermana con el rey. La concubina pidió garantías de que nadie podría encontrar ningún rastro ni señal en esa habitación. También hablaron de otra operación similar que debía ser realizada de una manera completamente diferente, para que nadie relacionara las dos muertes.

8.24

—Padre, debes dejar esta actividad y volver a casa para cuidar a mi madre que es anciana y está enferma. – dijo María a Joaquín.

—He venido a ayudar a Hannah en estos momentos difíciles. Hay que detener los planes perversos del rabino Zacarías. – replicó el padre.

—De eso, debemos encargarnos las mujeres. El mensaje de Hannah va dirigido a liberar a las mujeres de esclavitud y su sumisión.

—¿De verdad, quieres que me vaya?- insistió Joaquín.

—Te lo estoy pidiendo en mi nombre y en nombre de todas las seguidoras fieles de Hannah. Su número ha aumentado tanto que ya no estamos en ningún peligro. –sentenció María – Las mujeres sabremos vencer todas las dificultades.

8.25

La esposa legal de Herodes apareció ahogada en el estanque del palacio real. Todos los índicos llevaron a pensar que había sido un accidente casual. Así, lo ratificó el propio esposo, que fue llamado inmediatamente.

El cuerpo fue hallado por el jardinero, al incorporarse a su trabajo de madrugada, poco después de salir el sol. Tuvo la

prudencia de no tocar el cuerpo y avisar a los vigilantes militares. Tampoco ellos lo tocaron. Prefirieron que llegara el monarca.

—Hace ya tiempo que le había aconsejado que no hiciera el paseo nocturno, sin ninguna antorcha.

Cuando el rey estaba inspeccionando el cuerpo de su esposa legítima, vio llegar corriendo a Herodías. Se acercó con precipitación. Se puso al lado del monarca. Se llevó las manos a la boca para proteger sus sollozos.

—¿Cómo ha podido ser? Las criadas me han dicho que había sucedido algo en el patio. Pero no podía imaginarlo. ¡Que tragedia!

El rey ordenó que el cadáver fuera limpiado y vestido con las mejores galas. También indicó que se preparara el salón de recepciones reales para depositar allí el féretro con toda solemnidad. Varios emisarios debían salir inmediatamente a avisar al rey Aretas para informarle de la muerte de su hija y decirle que esperarían a darle sepultura hasta que él llegara.

Herodías permaneció durante todo el tiempo ante el cadáver. Se mostró muy afectada. Tampoco hizo una ostentación exhibicionista de dolor. Adoptó una actitud apenada, de dolor contenido, mostrando su apoyo al monarca, en un calculado equilibrio.

8.26

—¡A quien yo quiero ayudar es a ti, no a tu suegro Anás!.

Zacarías conocía perfectamente el deseo que tenía Caifás de suceder a su suegro como Sumo Sacerdote y la resistencia que mostraba Anás a abandonar su puesto. Era una situación que podía ser utilizada para sus fines.

—Tanto el Mesías Jesús como yo, apoyaremos tu justa reivindicación, si nos ayudas a eliminar a la Mesías entrometida.

—¿Qué debo hacer? – quiso saber Caifás, que había sido tocado en el sentimiento de su vanidad.

—Debes lograr que el Sanedrín y todos los sacerdotes del templo condenen públicamente a las predicaciones de Hannah. – dijo Zacarías, que ya conocía que el yerno estaba dispuesto a entrar en cualquier operación para sustituir a su suegro – Sobre todo, hay que amenazar a las mujeres, que son sus principales seguidoras. Hay que atemorizarlas para que no acudan a escucharla.

—¿Vosotros cómo me apoyaréis? – Caifás, a pesar de su ambición, se mostraba desconfiado.

—Si tú logras que las mujeres dejen de seguir a Hannah, nosotros lograremos que Anás deje su puesto en tus manos.

—Yo te garantizo - dijo Caifás con seguridad y firmeza – que el

sanedrín aprobará una condena. Meteremos miedo a las mujeres.

8.27

Las ceremonias funerarias por la esposa legítima de Herodes estuvieron rodeadas de solemnidad oficial, pero no tuvieron ninguna participación popular. Se sospechaba que había sido uno de esos matrimonios de conveniencia que había preparado el ya desaparecido Herodes el Grande. Los actos fueron presididos por el marido y por el padre de la fallecida. El rey Aretas, a pesar de las prisas y de las distancias entre ambos reinos, vino acompañado de toda su familia y también de algunos mandatarios importantes.

Herodes estaba muy interesado en no tener ningún problema con su suegro por las ventajas económicas que le aportaban las buenas relaciones. Le ofreció pasar en palacio los días que deseara. Sólo estuvo tres, para que los caballos descansaran y los desplazados pudieran asistir a los actos que estaban programados como despedida de la reina fallecida por ese inoportuno accidente.

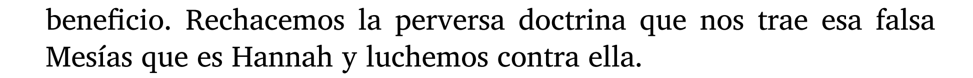
Herodías tuvo suerte. Debió permanecer en sus habitaciones de modo discreto. Era preciso ocultar a la familia de la fallecida que el rey tuviera otras mujeres.

8.28

—¡Hannah es la enviada del diablo!. – dijo Jesús en la predicación previa a la festividad del sábado – En nombre de nuestro Padre Yahvé, he venido denunciando las ambiciones y los fraudes que se dan en el Templo. Ahora, también en nombre de Nuestro Dios debo deciros que el gran enemigo de la religión ha adoptado figura de mujer. Una vez más, el Diablo se ha encarnado en una mujer. Hannah, que tiene la osadía de hacerse pasar por el auténtico Mesías, se ha convertido en el enemigo de todos.

Zacarías, que no solía asistir a las predicaciones de Jesús para que no le relacionaran con el contenido de su mensaje, estaba presente en esta ocasión. Le había aleccionado muy detenidamente en el tono de las críticas que debía dirigir hacia Hannah. Se había colocado en un lugar desde el que su protegido pudiera saber, en todo momento, si asentía o no a lo que estaba diciendo. Pero desde allí, podía comprobar también que el número de seguidores iba disminuyendo muy deprisa.

—¡Hannah se está predicando a sí misma! No se ajusta a lo anunciado por los profetas. No sigue la doctrina establecida por Yahvé desde toda la eternidad. Su ambición le ha llevado al extremo de inventarse una religión propia y diferente en su propio


beneficio. Rechacemos la perversa doctrina que nos trae esa falsa Mesías que es Hannah y luchemos contra ella.

8.29

Cuando habían pasado sólo unos días tras los funerales por la esposa fallecida, Herodes convocó una reunión solemne en palacio. Asistieron todos los mandatarios de la corte real y también los prohombres de la economía judía.

—Os he reunido para presentaros a la que será mi esposa y para anunciaros que la boda tendrá lugar después de la próxima luna.

En ese momento, las miradas de los presentes se dirigieron hacia Herodías. Como siempre, había destacado toda su belleza, pero, en esta ocasión, no se había propuesto demostrar sus cualidades de seducción. Se hallaba camino de cambiar de estatus. Lo que era apropiado para una concubina, ya no debía usarlo al presentarse como la prometida del rey.

—Con mi nueva esposa, intentaré tener la descendencia necesaria para que la continuidad de la corona quede garantizada. Ella me ayudará a realizar mis obligaciones como Rey y como Mesías del pueblo judío.

8.30

—El rabino Zacarías y el joven Jesús han cumplido su parte. Ahora nos toca a nosotros. – dijo Caifás a su suegro en la víspera de la reunión del Sanedrín.

—Ese rabino astuto te está engañando. – replicó el anciano Sumo Sacerdote. No debemos precipitarnos. Sométele a una prueba.

—Yo he dado la palabra y la voy a cumplir.- aseguró Caifás con firmeza. – Si no presentas tú la moción contra esa mujer que se hace pasar por Mesías, la presentaré yo.

8.31

La boda real constituyó un acontecimiento festivo con gran participación popular. Había sido intención del monarca realizar juegos y festejos para que pudiera participar el pueblo. Herodías también manifestó ese deseo y colaboró en el diseño y preparación de esas fiestas. Si Herodes tenía especial interés en hacerse popular y querido por el pueblo, ella tenía ese mismo deseo.

—Yo también tengo parte en tu misión como rey y como Mesías. - ratificó públicamente la nueva esposa.

8.32

Los festejos, el jolgorio, el relajo de la celebración y los licores consumidos ayudaron a los zelotes para cerrar con su marca habitual la jornada nupcial. En recuerdo del desaparecido Juan el predicador, decidieron repetir y duplicar los atentados.

Esta vez, fueron cuatro los soldados degollados. También fueron cuatro las cabezas ensangrentadas lanzadas contra la puerta principal del palacio. Las muertes violentas tuvieron lugar poco después de medianoche. En los alrededores del palacio, todavía había gente participando de la fiesta. Muchos de ellos estaban borrachos. Ese tumulto y ese desconcierto permitieron a los militantes zelotes acercarse con más impunidad hasta las cercanías del palacio y también huir con más eficacia.

8.33

—Hannah, mi querida nieta, vengo a despedirme. ¡Las mujeres han tomado el poder!

Joaquín se había vestido con ropas suaves y cómodas, como solía hacer cuando se dedicaba a la enseñanza. Era una costumbre que había abandonado cuando comenzó a colaborar en las acciones de su nieta para ayudarla. En realidad, había cambiado todas sus costumbres. Había estado dedicado a esas labores en cuerpo y alma. No había parado de trabajar. Había dormido poco. También había comido mal y desordenadamente. Exactamente lo contrario de lo que era habitual en él y de lo que siempre había defendido.

—¿Abuelo, abandonas tu labor de apoyo y ayuda?

—Tu madre me ha dicho que ya no me necesitas. Las mujeres dicen que van a hacer esas labores mucho mejor que yo. Aseguran que ellas solas van a vencer a ese astuto rabino. La ambición ha entrado también en el corazón femenino.

—Sabes que te voy a echar de menos.

—Lo he hecho todo por ti. Incluso cosas que van contra mi manera de pensar. Pero no quiero ser motivo de discordia. Las mujeres, sobre todo tu madre, desean ocupar todos los puestos de control.

El abrazo de despedida fue muy emocionante. A ambos se les saltaron las lágrimas. Hannah se quedó mirando, con pena, cómo se alejaba su abuelo.

LA FIGURA DEL PADRE

9.1

—¡Mi Padre celestial me ha enviado para anunciar el gran cambio!

Hannah renovó su fuerza y su entusiasmo en la misión que le había encomendado su Padre celestial. Se repuso pronto de durísimo golpe que había significado la muerte de su primo querido.

El número de seguidores seguía aumentado desde el asesinato de Juan el predicador, a pesar de no haber tenido lugar un motivo aparente. Aunque acudían algunos hombres, la proporción de mujeres era abrumadora.

—No debemos someternos a la dictadura de los sacerdotes y rabinos ambiciosos. Ellos manipulan las Sagradas Escrituras. Hacen decir a los profetas lo que ellos desean que digan. El reino de mi Padre es el reino de la libertad. Yo he venido para que todos seáis libres. No os sometáis a las normas interesadas. ¡Vivid la libertad del espíritu! ¡Sed libres!

Al término de la predicación, María se acercó a su hija para decirle que debía concretar más en la denuncia de la situación de la mujer.

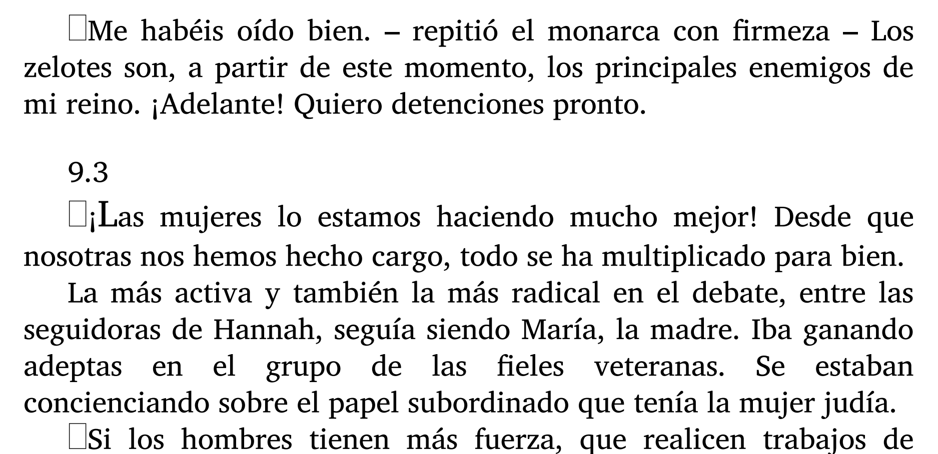
9.2

—Quiero que, esta vez, se detengan a los auténticos asesinos sin ninguna excusa. ¡Y pronto!

El rey Herodes fue despertado de madrugada. Casi no había terminado las delicias eróticas con que le obsequió su ya legalizada concubina. Hubo algunas dudas sobre si llamarle o no en tan señalado momento. Inicialmente los altos cargos militares decidieron esperar, para no interrumpir su noche de bodas. No querían correr el riesgo de que pagara su enfado con ellos. Cuando ya apuntaban los primeros rayos de luz, optaron por llamarle. Se sorprendieron de la fuerza con la que decidió afrontar la detención de los autores del atentado.

—No quiero más componendas ni más farsas con la detención de vagabundos para calmar a la opinión pública. Hay que ir de frente contra los zelotes. ¡Quiero detenciones ya!

—Señor, resulta imposible descubrir sus escondites. – se atrevió a decir el nuevo jefe de la guardia.



Me habéis oído bien. – repitió el monarca con firmeza – Los zelotes son, a partir de este momento, los principales enemigos de mi reino. ¡Adelante! Quiero detenciones pronto.

9.3

¡Las mujeres lo estamos haciendo mucho mejor! Desde que nosotras nos hemos hecho cargo, todo se ha multiplicado para bien.

La más activa y también la más radical en el debate, entre las seguidoras de Hannah, seguía siendo María, la madre. Iba ganando adeptas en el grupo de las fieles veteranas. Se estaban concienciando sobre el papel subordinado que tenía la mujer judía.

Si los hombres tienen más fuerza, que realicen trabajos de fuerza. Nosotras tenemos habilidades más elevadas. Hannah debe insistir en su apoyo a las mujeres. Vendrían muchas más, si apoyara nuestras reivindicaciones.

Las dos hermanas Marta y María coincidían con esas ideas. Marta era partidaria de llevarla a la práctica, en lugar de quedarse en la mera disquisición teórica. A María, le gustaba más la conversación y el debate.

Yo estoy muy de acuerdo con Hannah. – dijo la hermana contemplativa – Debe dirigirse a todos. No sólo a nosotras.

Las mujeres estamos oprimidas. – insistió la madre de la Mesías. – En eso, Hannah debería ser más enérgica. Tiene que encabezar la rebelión pacífica de las mujeres.

Aunque seas su madre, no puedes corregir sus palabras y sus ideas. Son las palabras y las ideas de nuestro Padre celestial. – concluyó María de Magdala.

Las mujeres suspendieron su conversación ante la llegada de Hannah. Se fueron a preparar el lugar donde iba a desarrollarse la predicación del día siguiente, convencidas de desarrollar una importante labor en el propósito de exponer la Buena Nueva de la Redención.

9.4

No sé si te va a ofender. - dijo Caifás a su suegro – Quiero decirte que no estoy de acuerdo contigo. Eres un blando. Tu actitud dubitativa es la causa de que esa mujer tenga todavía seguidoras como Mesías. Así no podemos seguir. Es el momento de hacerla desaparecer.

El anciano Anás había permanecido en su silla, con los brazos apoyados en la mesa. No había movido ni un solo músculo, mientras hablaba su yerno en una reunión protocolaria del

Sanedrín. Estaban presentes menos de la mitad. Todos eran fieles. Caifás había pedido la palabra. Se la concedió suponiendo que iba a proponer alguna cuestión administrativa. El Sumo Sacerdote quedó paralizado al oír una crítica tan directa.

—¿Has terminado? – dijo escuetamente Anás.

La pregunta fue dirigida con mucha seriedad. No la pronunció hasta que Caifás se detuvo en su parlamento. El yerno perdió la seguridad con la que había hablado. Se quedó sin atreverse a levantar los ojos y mirarle, por el temor de encontrase con una mirada fulminante.

—¿Alguien más quiere dar su opinión? – preguntó el anciano con la misma aparente tranquilidad.

Ninguno de los sanedritas presentes tomó la palabra a pesar de ser fieles al Sumo Sacerdote. Cada uno disimuló como pudo. Unos se cambiaron de postura. Otros aprovecharon para estornudar. Todos intentaron desviar la mirada para evitar encontrarse con la del anciano.

—Si no hay ningún asunto más, levantamos la sesión.

Anás se quedó sentado, inmóvil. Sabía que, de esa manera, mantenía su poder sobre ellos. Los asistentes, inicialmente, esperaron a ver lo que hacía el Sumo Sacerdote. Pero tuvieron que salir. Como la puerta estaba a la espalda del anciano, necesariamente tenían que pasar por delante de él. Lo hicieron con la cabeza baja, avergonzados. Algunos musitaron en voz baja las palabras de despedida.

9.5

—¿Es que no va a venir Ruth? Ordené que viniera en cuanto limpiara la zona de invitados.

Herodías manifestaba su enfado con gestos aparatosos a sus sirvientas. Había decidido que ese día iban a cambiar la cama matrimonial de sitio. A la vez, aprovecharían para perfumar todas las dependencias. Ella se encargaba de dirigir la operación. Deseaba comprobar que todo quedaba a su gusto.

—¡Vete a buscar a Ruth!

—¿Dónde? – preguntó desconcertada la sirvienta que había recibido la orden.

—Búscala donde quieras, pero encuéntrala pronto.

El tono severo obligó a la sirvienta a desaparecer inmediatamente. Sus compañeras volvieron al trabajo. Por fin, parecía que Herodías se había decidido por el lugar definitivo donde iba a quedar colocada la cama matrimonial. Hubo que

colocar todos los muebles de acuerdo con esa posición.

¡Señora! – la sirvienta regresó corriendo y tenía la respiración entrecortada – Ruth está en su habitación. Está….

¿Le has dicho que venga inmediatamente? – interrumpió Herodías.

¡Señora, está muerta!

La joven sirvienta se echó a llorar para soltar los nervios. Se llevó las manos a la cara y se colocó junto a la pared. Todas las compañeras quedaron estáticas. Una se acercó a consolarla. Tuvo que separarse ante el requerimiento de la señora.

¿Está muerta?

Tiene un cuchillo o algo parecido clavado en la garganta.

¿Estás segura de que es ella? – insistió Herodías.

La he visto tirada en el suelo.

Para ese momento, Herodías se había quedado completamente pálida. Se había puesto nerviosa y caminaba de un lado a otro, como si no supiera qué hacer. Las sirvientas también quedaron asustadas. Se abrazaron unas a otras para darse ánimos.

¡Esto es una tragedia! – aseguró la señora con voz temblorosa – No sé qué podemos hacer.

Deberíamos avisar a la guardia. – indicó la sirvienta más veterana.

Ve tú a avisarlos. –ordenó Herodías – Que vaya también alguien de sanidad para ver si está ya muerta o no. Vamos a dejar el trabajo para luego. Estoy muy afectada. Ruth era mi sirvienta… Bueno. Una de mis sirvientas favoritas.

Con esa interpretación, a nadie se le podía pasar por la cabeza que Herodías hubiera tenido algo que ver con esa muerte.

9.6

Caifás, tenéis que poner ya en marcha el plan contra la Mesías. Nosotros hemos cumplido hace ya tiempo nuestra parte. -afirmó Zacarías en tono de exigencia.

Las cosas no son sencillas para mí. –respondió Caifás con inquietud - Mientras esté Anás al frente, yo puedo hacer muy poco.

Todos nos estamos arriesgando. –reiteró Zacarías.

¡Insistiré! – prometió Caifás

Tenéis que actuar con mucha rapidez contra Hannah. – concluyó el rabino. – Cada día aumenta más el número de sus seguidores. Se está rodeando de mujeres fanáticas. Eso es muy peligroso para todos.

9.7

—Herodes, esposo mío, vengo a pedirte un favor.

Herodías se mostró sumisa, aunque tampoco exageró su postura. Había asumido muy bien su papel de esposa legítima y no estaba dispuesta a tener siempre una actitud suplicante. El rey estuvo atento con ella e incluso se acercó con cariño y llegó a besarla varias veces.

—Vengo a pedirte que me dejes dirigir a mí la investigación sobre la muerte de mi sirvienta Ruth. Sin armar mucho ruido, descubriré quién ha sido y lo que pretende. Creo que van más allá de mi sirvienta.

—¿Quieres decir que puedes correr tú algún peligro?

—Si me permites investigarlo, yo sabré descubrir la verdad. –dijo la esposa con decisión.

Herodías se mostró muy generosa en el agradecimiento. El rey entendió que podía aprovechar esa ocasión para disfrutar una vez más de los encantos de su bella esposa. Por la urgencia del deseo y por no tener la habitación completamente preparada, culminaron sobre la mesa del despacho su contacto amoroso.

9.8

Al llegar Santiago al taller de carpintería, nada más abrir la puerta, se encontró a su padre tirado en el suelo. Estaba encogido, con las piernas dobladas y los brazos apretando su estómago. Se asustó mucho y se acercó a él. Vio que respiraba. Incluso abrió los ojos y le miró. Tenía una expresión de dolor profundo.

—No lo puedo soportar. Ha sido un pinchado tremendo. He tenido que tirarme al suelo. No lo resistía.

El hijo le ayudó. Logró que se sentara sobre unos tablones y apoyara la espalda en las patas del banco para cortar las maderas. José seguía apretándose con fuerza el estómago. Se le escapaban nuevas expresiones de dolor. Santiago trataba de consolarle.

—¿Le sigue doliendo?

—Parece que va calmándose un poco.

El hijo le convenció de que se fuera a casa a descansar. Era evidente que todavía sentía dolor. Él terminaría el trabajo. El padre lo aceptó. Le dio las instrucciones necesarias. Era un buen trabajador y había asimilado muy bien la pericia de su padre en el oficio.

—¡No se lo digas a nadie! Esto ya ha pasado.

9.9

—He llegado a la conclusión de que ha sido un suicidio.

Herodías, tres días después de haber solicitado la autorización para investigar sobre la muerte de su sirvienta Ruth, fue a exponer al rey el resultado. Advirtió que había investigado todos los pasos y movimientos de la víctima durante el día anterior, e incluso en jornadas anteriores. Había también interrogado al resto de la servidumbre. Había tenido mucho cuidado en ver si los hechos y las declaraciones encajaban.

—No hay ninguna duda. Se llevó esa misma tarde de la cocina el cuchillo que se clavó en el cuello. La vieron salir escondiéndolo. Algunas compañeras habían notado que estaba muy triste durante los últimos tiempos. Al parecer, un desengaño amoroso. Me he quitado un peso de encima. Estaba convencida de que había algo más grave en este asunto. No te quito más tiempo.

Herodías se giró hacia la puerta y comenzó su salida. Lo hizo con aparente firmeza, pero miraba a reojo para comprobar cómo reaccionaba el rey. Se alegró de notar que se dirigía hacia ella con pasos rápidos. Él la agarró por el brazo, giró su cuerpo y la acercó para besarla apasionadamente en la boca. Ella se dejó besar e incluso abrió la boca para que el contacto fuera más profundo. Pero, se separó al poco tiempo.

—¡Estás muy atareado! Debemos dejarlo para cuando estés desocupado.

Herodías ya había aprendido que, para tener a un hombre pendiente, era preciso un equilibrio de concesiones y rechazos. Se giró de nuevo y se encaminó definitivamente hacia la puerta. Cuando no podía ser vista por el rey, se le marcó una sonrisa en los labios.

9.10

—Yo no quiero saber nada de los ataques a las seguidoras de Hannah. – dijo Zacarías a uno de sus ayudantes – Si alguien me lo pregunta, negaré que he hablado contigo de esto. Y tú haz lo mismo. Asegúrate de que actúan. Pero que lo hagan por su cuenta. Que no te impliquen a ti, porque, si te implican a ti, puedo verme yo también implicado. Deben meter el miedo en el cuerpo a las mujeres. Que sean contundentes. Hay que lograr que se quede sola. Pero no lo olvides. Yo no sé nada de esto. Y tú tampoco.

9.11

Herodes se mostró serio ante el nuevo jefe de la guardia real sobre los zelotes. Le exigió resultados de la operación que le había

ordenado para detener a los responsables de las muertes por degüello de los soldados.

—¡No hay más tiempo! Quiero a varios zelotes detenidos. Estamos siendo el pitorreo de todos los judíos. Saben que somos incapaces de coger a ninguno de ellos. Hay que terminar con ese mito.

—Estoy seguro de que hay zelotes hasta en la misma guardia real. – balbuceó el soldado casi con temor.

—No acepto ninguna excusa.

9.12

—¡Nos atacan por ser seguidoras de tu doctrina! Eran tres hombres armados con palos. He tenido que correr. Me han amenazado con matarme si volvía a las predicaciones. A la que iba delante de mí la han violado. He oído los gritos, mientras salía huyendo.

Las mujeres llegaban asustadas al lugar donde iba a tener la predicación de Hannah. Todas contaban, con susto, los ataques de que habían sido objeto. Algunas temblaban. Otras estaban llorando. Hacían referencia a las que habían decidido regresar a sus casas. Ellas mismas aseguraban que regresarían muy pronto y no sabían si se atreverían a volver.

9.13

‘Mil sestercios para quien denuncie a un zelote’

Ese fue el eslogan que comenzó difundirse entre la población del reino. A Herodes le pareció una medida muy útil. Se mostró entusiasmado cuando el nuevo jefe de la guardia real le expuso su plan.

—El dinero es lo más deseado por todos. Se van a denunciar los propios hermanos y los padres a sus hijos.

—Prometeremos mil sestercios. Pero les daremos sólo la mitad. – insistió el monarca. – Les diremos que el resto son los impuestos que deben pagar.

—Debemos ser generosos con los primeros denunciantes. Lo importante es abrir el cerco. Después, no necesitaremos más denuncias. Les sacaremos la información a los que hayamos detenido.

9.14

José sufrió un nuevo ataque a los pocos días. También le pilló en el taller. Esta vez intentó no tirarse al suelo, aunque los dolores

eran incluso superiores. Se acurrucó en la zona más oscura de la carpintería. Dobló también las rodillas. Por compararlo con su trabajo, pensó que era como si una sierra estuviera cortando algunas piezas del interior de su cuerpo.

Duró más tiempo que el ataque anterior. Pero la preocupación del carpintero era conseguir que nadie le viera. Sobre todo que no le viera su hijo. No deseaba que su familia se preocupara. Especialmente deseaba evitar que su hija tuviera que dejar un día la predicación por su culpa.

9.15

Hannah se acercó a Cafarnaúm para predicar su doctrina, como una de las últimas etapas para completar el primer recorrido por todas las localidades judías. Nada más entrar, se le acercó una mujer diciendo que su hijo estaba enfermo y pidiendo que entrara en su casa para curarlo.

—Mesías, no debes ir a su casa. Su marido es un centurión romano.

Varios seguidores trataron de impedir que la Mesías accediera a la petición de aquella mujer. La separaron y hablaron aparte con Hannah. Pero ésta no aprobó su actitud.

—¿Por qué la mujer de un centurión no puede recibir también la Buena Nueva? ¿Por qué su hijo no va a ser beneficiado de la misericordia de Nuestro Padre que está en los cielos?

—Los romanos son enemigos de nuestro pueblo y han invadido nuestro territorio,

—No somos nosotros quienes debemos juzgar a nuestros hermanos. Aunque no lo digan los intérpretes interesados de los profetas, debemos ayudar y ser generosos con nuestros enemigos. Esta mujer ha venido a pedir ayuda para su hijo. Ningún corazón bien intencionado debe apartarse de ella. Esa es la Buena Nueva.

Hannah acompañó a la mujer hasta su casa. Allí visitó a su hijo que estaba postrado en la cama. Se acercó a él. Comprobó su estado y le indicó lo que tenía que hacer para curarse, gracia sobrenatural que recibió inmediatamente.

La madre se mostró muy agradecida. Quiso recompensar a la Mesías con todos los dones que tenía en la casa. Pero Hannah no aceptó nada. El centurión también se mostró muy agradecido y aseguró que siempre recordaría ese favor. Sin embargo, algunos de sus seguidores continuaron con sus críticas cuando ella salió de la casa.

—Os lo he dicho desde el principio. – replicó Hannah - Nuestro

padre celestial desea que amemos a nuestros enemigos y hagamos el bien a quienes nos hacen mal o nos maltratan. Eso es lo que he venido a predicar. No he sido enviada para obedecer a los rabinos y a los sacerdotes ambiciosos.

9.16

—¿Zacarías, tú no eres pariente de José el carpintero?

El rabino se vio interpelado una tarde cuando iba camino de su casa, muy despacio por las muchas limitaciones de su cuerpo. Era un hombre anciano que solía acudir a los rezos de la sinagoga. Zacarías recibió con suspicacia esa alusión al parentesco con el padre de la mujer que se presentaba como Mesías.

—¿Por qué me lo preguntas? - contestó el rabino.

—Mi hijo - continuó el anciano - acudió ayer a su carpintería para recoger un encargo y lo encontró con grandes dolores.

—Hace días que no visito a mi pariente José. Pero me interesaré por su salud. Te agradezco mucho que me hayas dado esta información.

Zacarías había cambiado de tono para mostrar una imagen más amable ante el anciano. Pretendió hacerle ver que se preocupaba mucho por la salud de su pariente, a pesar de que mantenía con él una relación muy distante y enfrentada. Para reforzar esa impresión, se despidió con mucha ceremonia.

9.17

—¡Atacaremos más duramente a la Mesías!

Caifás llegó al salón privado del templo con desconfianza. Había recibido un aviso del Sumo Sacerdote para que se entrevistara con él lo más pronto que le fuera posible. La primera reacción fue rechazar la invitación. Pero, después, pensó que podía haber sucedido algún cambio en la postura de su suegro.

—Debemos terminar con nuestro enfrentamiento. Te propongo que pongamos fecha a tu nombramiento como Sumo sacerdote.

—¿Qué fecha propones? – preguntó el yerno interesado en la oferta.

—Dentro de dos Pascuas.

—¡Eso es mucho tiempo!

—No respondas tan precipitadamente. - sugirió el anciano – Yo te he hecho una propuesta. Piénsala. Dentro de unos días, me haces tú otra.

Caifás se dispuso a salir definitivamente. Pero de nuevo, fue interrumpido por su suegro.

□Debes cuidar más a tu mujer. –dijo el anciano - La tienes muy abandonada.

□¡No mezcles a Sara en esto!

□Le debes a ella el nombramiento.

9.18

□¿Cómo estás, José?

Zacarías se había trasladado a la carpintería. Era la primera vez en mucho tiempo. Utilizó un tono amigable. Se acercó hasta donde estaba trabajando el carpintero y le saludó como corresponde a dos parientes muy cercanos. José se sorprendió pero no rechazó el saludo.

□Por si tus dolores son anunciadores de algo más, - dijo Zacarías con sutileza – quizá debas aprovechar para rectificar lo que debes rectificar. Es la última oportunidad que tienes para remediar el gran mal que estáis haciendo con las falsas predicaciones de Hannah.

□En eso, no tengo nada que rectificar. – afirmó José con fuerza – Hannah es la Mesías. Durante todo el tiempo que me quede de vida, la voy a ayudar y la voy a defender. Ahora los muchos seguidores nos están dando la razón.

9.19

□Hannah, tienes que salvar a padre.

A pesar del silencio que Santiago había prometido mantener sobre la enfermedad de su padre, se dirigió a su hermana para informarla. Suponía que ella podría hacer algo para curarle.

□Tú puedes curarle. – dijo el hermano con exigencia.

□Yo no soy la que curo. Es nuestro Padre celestial el que cura por mí.

□Dile que cure a nuestro padre de aquí. Es el que más se lo merece y al que más necesitas. Haz que vea tu triunfo, después de haber luchado tanto.

Santiago había pasado de la propuesta a la exigencia. En las últimas palabras había utilizado un tono de clara reivindicación. Su hermana, en cambio, había permanecido con el sentimiento de gran dolor.

9.22

Los zelotes tardaron poco tiempo en replicar a las fuertes recompensas que ofrecía Herodes a los que denunciaran a algunos de sus miembros. Deseaban dejar claro que, en ningún momento y por ninguna causa, tenían miedo del enemigo. Por la noche,

provocaron incendios en las cuatro esquinas principales del palacio. Las hogueras fueron colocadas con mucha rapidez y adquirieron inmediatamente una llama muy viva y muy alta. Provocaron una gran alarma en todos los habitantes del palacio. En los bulos que se extendieron ente la población, se aseguraba que Herodes y Herodías se encontraban, en ese momento, en pleno juego amoroso. Recibieron un susto tan grande, que salieron desnudos por los pasillos hasta el patio de la guardia.

9.21

—Acepto tu propuesta. Pero reduciendo el tiempo de espera.

Caifás acudió al salón del templo donde solía estar el Sumo Sacerdote. Había calculado las ventajas e inconvenientes. Su primera intención había sido rechazarla de plano. Pronto se convenció de que podía sacar más ventajas aceptando el acuerdo. Tiempo habría, después, para mejorarlo.

—El cambio lo haremos en la próxima Pascua. – Caifás intentó decir la propuesta con energía para impresionar a su yerno, seguro de que la iba a rechazar

—Acepto ese plazo. Pero te pongo otra condición. – dijo Anás - Tú serás en Sumo Sacerdote oficial, pero yo me mantendré con los mismos poderes a tu lado.

—De todos modos, - puntualizó el yerno - yo dirijo la campaña para eliminar a Hannah. Esas acciones son competencia mía. Tengo planes concretos para eliminarla.

—¿Cómo lo vas a conseguir?

—Utilizaré al rabino Zacarías, aunque a ti no te guste. Él me dará ese motivo para condenarla.

Anás sonrió. Pensó que se había llevado el gato al agua. Se levantó de su silla. Se acercó a Caifás y lo abrazó. Éste también estaba convencido de que era el más favorecido.

9.22

—¡Mi queridísimo padre!

Hannah había aprovechado uno de los pocos momentos libres para visitar a su padre. Intencionadamente había llevado la predicación a una localidad próxima a Nazaret. José no acudía a las predicaciones desde que había comenzado con los dolores tan fuertes en el estómago. No quería implicar a Hannah en su enfermedad. Suponía que Santiago habría cumplido su compromiso de guardar silencio. Pero la entrada en el taller, superada la sorpresa, le llenó de júbilo.

—¡Hannah, hija mía! No te preocupes por mí. Dedícate sólo a la misión que debes desarrollar.

Antes de haberse fundido en un fuerte abrazo, los ojos de José ya estaban llenos de lágrimas. Los de la hija tardaron muy poco en humedecerse con la misma intensidad. En ese momento era sólo la hija del carpintero, a quien quería tanto, a quien estaba tan agradecida, de quién había recibido tanto apoyo y tanto cariño.

9.23

Sara, en cuanto su padre le dijo que estaba solucionado el conflicto con su marido, quiso celebrarlo. Lo estaba deseando. Esa tarde se bañó y se perfumó para ofrecer un recibimiento especial a Caifás. Pensó que hubiera sido bueno haber preparado algún ungüento afrodisíaco que hiciera de esa noche un momento especial.

—La ocasión se lo merece. Yo he recuperado a mi marido y él ha alcanzado el puesto de Sumo Sacerdote que deseaba. ¡Los dos estamos de enhorabuena!

Sara se preocupó de adornar la cama y de rociarla con el perfume que, en ocasiones anteriores, había sido alabado por su marido. Comenzó a ponerse nerviosa cuando se acercaba la hora de que llegara Caifás. Deseaba que no fallara nada para que esa noche de reconciliación no sólo fuera perfecta, sino que iniciara una nueva etapa en las relaciones íntimas.

—Sara, a partir de ahora, tendré que comportarme como un Sumo Sacerdote. – dijo Caifás con severidad- Un Sumo Sacerdote debe dedicarse a su labor en el templo.

—¡Eres un cerdo! Te odio. – gritó con ira - ¡Me quieres abandonar! Te he conseguido lo que deseabas. Me has utilizado y ahora me tiras como si fuera un trapo viejo.

9.24

—¡Hay que difundir el rumor de que Hannah se retira! Decid que no va a predicar más por la grave enfermedad de su padre.

Zacarías volvió a atacar a la Mesías. Encargó una vez más a sus ayudantes en la sinagoga que, de modo clandestino, difundieran esa falsa noticia para reducir el número de seguidoras de Hannah.

—Además, os debo hacer un encargo muy importante. Buscad un motivo para que Hannah pueda ser juzgada. Anás y Caifás están de nuestra parte. La condenarán, en cuanto les proporcionemos ese motivo.

9.25

Los actos funerarios en honor de José el carpintero se desarrollaron en la intimidad de la familia. Hannah no hizo ningún comentario en su predicación a ese suceso ni realizó ninguna publicidad para que acudieran a la ceremonia.

María, viuda a partir de ese momento, estaba también muy afectada. No hizo gestos aparatosos ni dio gritos de dolor, pero dejó claro su sentimiento. La austeridad también presidió la manifestación de dolor en Santiago, que tanto le quería.

En nombre de Nuestro Padre celestial, - comenzó a rezar Hannah con el cuerpo de su padre terrenal todavía presente – os puedo asegurar que el que ha dado amor en esta vida, tendrá garantizada la vida eterna. Sin embargo, me duele que mi padre…

Hannah no pudo seguir rezando en voz alta. La emoción le quebró la voz. Se arrodilló al lado del cuerpo de José y rezó en silencio. Sus parientes la imitaron.

INCORPORACIÓN

10.1

□Judas, debes entrar en el grupo íntimo de la falsa Mesías y buscar un motivo para destruirla.

El rabino Zacarías tuvo que hacer una larga caminata para encontrar a la persona que le habían recomendado. El recorrido le resultó muy doloroso por las dificultades en las que se veía obligado a andar, apoyado en la rama de árbol sujetada por sus manos entumecidas. Pero justificó su doloroso esfuerzo al encontrar al rufián que buscaba.

□Me han dicho que eres la única persona que lograría camuflarse en la organización interna de las seguidoras de esa mujer que se hace pasar por Mesías.

□Por una buena recompensa, hago lo que haya que hacer. – se ofreció el joven con más fama de oportunista de la capital judía y sus alrededores.

□Tendrás esa buena recompensa, - prometió el rabino lisiado – si logras infiltrarte y consigues una prueba para que sea juzgada y condenada por los sumos sacerdotes.

□Vete preparando la recompensa. Tendrás muy pronto la prueba.

10.2

□¡Yo deseo también exponeros mi mensaje, aunque no sea religioso!

Hannah no hizo ningún descanso en la predicación tras la muerte de su padre. Varias seguidoras aseguraban que la habían visto llorar y que procuraba quedarse sola con más frecuencia para dejar salir sus sentimientos. Exteriormente, sólo se podía percibir su dolor en la seriedad de su rostro. En una ocasión, cuando ya estaba despidiéndose de sus seguidores, un hombre todavía joven, se subió a la misma piedra desde la que había predicado Hannah y pidió ser escuchado. La Mesías lo reconoció y recordó que había hablado con él. Era Barrabás. Su actitud destacó más, ya que había pocos varones entre sus seguidores. No actuó con prepotencia, pero sí con firmeza y determinación.

□Soy un zelote. Nuestra actuación también busca la liberación de los habitantes de Judea. Diré más. Busca la auténtica liberación.

Como era la primera vez que eso sucedía, produjo desconcierto sobre todo entre las mujeres que se encargaban de la organización.

María, la madre, y Marta se miraron. Decidieron intervenir inmediatamente. Se encaminaron hacia el hombre con el fin de impedir que interviniera. La Mesías se cruzó en su camino para que le dejaran hablar.

—Hannah, ni tu doctrina ni tu mensaje con los que necesita ahora el pueblo judío. Nuestro pueblo está sometido por el enemigo. Nuestro pueblo está siendo oprimido por el ejército invasor de Roma. Nuestro pueblo está gobernado por un rey cobarde y ambicioso, vendido a los invasores. Lo que debemos hacer es luchar contra esos invasores, contra el rey vendido y contra los funcionarios que se aprovechan de esa invasión. No es el momento de predicar el amor y la bondad. Hay que hacer la guerra. Esa es la obligación de todos. No es sólo obligación de los activistas zelotes, que exponen diariamente su vida en esa lucha. Todos los judíos y todas las judías debéis implicaros en esa lucha.

El hombre joven, nada más decir con gran energía esas palabras, saltó con agilidad de la piedra, y caminó con rapidez. Otros dos compañeros se movieron junto a él. En una táctica perfectamente estudiada, desaparecieron en muy poco tiempo. Las seguidoras de Hannah se quedaron sorprendidas por lo sucedido. Rápidamente se extendió su nombre, a la vez que se hacían comentarios sobre la osadía y el riesgo que significaban su intervención.

—Es un loco. ¿Cómo se atreve a aparecer en público, cuando el rey dará una recompensa a quien lo denuncie?

10.3

Caifás se vistió con pretendida elegancia para el acto en que iba a ser anunciado públicamente su nuevo puesto dentro de sanedrín y dentro de la máxima jerarquía del templo. Acudió con nerviosismo. Las felicitaciones y halagos que recibió de los compañeros, en lugar de tranquilizarle, le pusieron más nervioso.

—Deseo tomar la palabra, para establecer una propuesta de orden.

Cuando el anciano Anás iba a iniciar su discurso para anunciar el próximo nombramiento de su yerno, se levantó José de Arimatea y solicitó intervenir con anterioridad. La mirada con mayor capacidad de odio se la dirigió el propio Caifás. El sanedrita disidente, acostumbrado a esas prohibiciones, no se amilanó.

—Aunque no existe comunicación oficial de que se vaya a proceder al nombramiento de otro Sumo Sacerdote, deseo advertir que ese procedimiento va en contra de las normas de este Sanedrín.

Para ese momento, los sanedritas fieles el anciano Sumo

Sacerdote habían comenzado ya a reprochar su conducta al disidente con gestos despectivos y palabras insultantes. Sólo Nicodemo, como era habitual, intervino para apoyar a José de Arimatea.

—Lo que quiero anunciar – dijo Anás cuando logró establecer la calma y tomar la palabra – es que antes de que se celebre la próxima Pascua y a propuesta mía, se procederá a la elección de Caifás como Sumo Sacerdote. Esta elección se realizará de acuerdo con todas las normas y reglamentos existentes. Además, debo anunciar que es propósito mío y también del futuro Sumo Sacerdote, que yo siga ejerciendo este cargo simultáneamente con él, con el fin de contribuir entre ambos a la mejor resolución de los graves problemas a los que, en este momento, debe enfrentarse la iglesia judía.

José de Arimatea y Nicodemo quisieron intervenir, de nuevo, para rebatir las palabras del presidente del Sanedrín, pero no fueron autorizados. No sólo Anás y Caifás sino todos sus partidarios se levantaron para dar por terminada la sesión.

10.4

—Te dije que la predicadora Hannah estaba vinculada con la violencia de los zelotes esos. Entonces, no quisiste actuar. Ahora, mis espías han comprobado que Barrabás, el jefe de los violentos, ha tomado parte en sus predicaciones. Ya no podrás retrasar las medidas para eliminarla.

Herodías pasaba mucho tiempo con su marido. No se limitaba a los encuentros sexuales. Procuraba asistir a las reuniones sociales e incluso a las comidas oficiales. Todo correspondía a una estrategia establecida a partir de haberse convertido en la esposa legal. El odio acumulado contra Juan el predicador lo había transferido hacia Hannah.

—Les voy a demostrar a los zelotes que no van a reírse del rey de los judíos.

—Ni del rey, ni de la reina. – replicó Herodías – Ahora soy tu esposa.

10.5

—Me llamo Judas Iscariote. Me comprometo a llevar la administración mejor y de modo gratuito.

No se dirigió a Hannah, sino al grupo de mujeres que había asumido la organización. Aunque estaban en grupo, él se dirigió a la madre de la Mesías. El resto de las mujeres no se ofendieron

porque era la de más edad. Judas la había elegido porque en los días anteriores, se había dado cuenta de que era la que imponía siempre su criterio.

La respuesta inicial fue negativa. Aceptaron que se podía mejorar la gestión económica. Pero era muy poco el dinero y las materias primas que administraban. Además, no estaban dispuestas a admitir a ningún hombre en el grupo directivo. La otra María, la hermana de Marta, fue la primera en introducir alguna duda. Encontraba alguna ventaja en contar con un experto para utilizar mejor el dinero. Otra destacó su apariencia sumisa y calculadora. Ante esas discrepancias, se decidió posponer la decisión.

—¿Puedes venir esta tarde para conocer nuestra decisión?

Para causar buena impresión, insistió en que su deseo no era otro que ayudar. Desde luego, estaba dispuesto a esperar lo que fuera necesario hasta que ellas estuvieran convencidas de su utilidad.

10.6

—¡Tenéis que buscar a Simeón! Hace varios días que no me entrega las actas.

Zacarías estaba sorprendido y enfadado por la desobediencia del servidor que había elegido por su disponibilidad y su sumisión.

—Decidle que se presente ante mí sin demora.

10.7

—Voy a vengarme. Daré en las narices a mi marido y a mi padre. ¡Iré a ver a la Mesías Hannah!

Sara se sentía cada día más solitaria. Su marido se había trasladado provisionalmente a la residencia de Anás. Sólo volvía a dormir, pero lo hacía en otra habitación. Ella se sentía doblemente traicionada.

—Tú eres el único que me quiere y que me permanece fiel.

Se dirigía a su gato. Desde que su marido no la acompañaba en la cama, Michino solía pasar la noche a sus pies. Producía algunas molestias para moverse, pero Sara agradecía esta compañía en momentos tan duros.

10.8

—¡Zacarías, he tenido que aceptar unas condiciones muy severas!

Judas, para infiltrarse en la organización de Hannah, aceptó todas las condiciones que le pusieron las mujeres que se encargaban

de organizar las predicaciones. Ellas deseaban mantener el control. Aceptaban que se encargara de la administración del dinero, pero debía consultarlas antes de tomar cualquier decisión. Estaría sometido en todo.

—Lo importante es haber entrado. – dijo el rabino - Aunque no estés en el consejo directivo, puedes estar informado sobre todas sus decisiones.

—Lo que quiero decir es que tendrás que aumentar la recompensa.

—Si logras el motivo para juzgarla, quedarás muy contento de la recompensa.

10.9

Sara madrugó. Había dejado preparada desde la noche anterior la ropa. Ya sabía que Hannah iba a predicar esa jornada en una pequeña localidad próxima a Jerusalén. Había encargado a una de sus criadas que se enterara. En su ingenuidad, repitió tantas veces que esa información no era para ella, que en lugar de disimular sus intenciones, confirmó las sospechas.

Hizo el camino siguiendo a otras mujeres que también caminaban con ese mismo propósito. Podía haber ido conversando con ellas. Pero la esposa de Caifás estaba obsesionada con que nadie pudiera reconocerla. Por esa razón, a pesar de las varias proposiciones para que se uniera al grupo, prefirió ir en solitario.

Cuando llegó, se colocó un poco alejada de las que ya estaban esperando. La sorprendió la gran camaradería que existía entre las reunidas. En varias ocasiones, le ofrecieron dátiles y frutos secos. Al principio, los rechazó. Pero poco a poco, comenzó a participar en las conversaciones de las que estaban próximas.

Hannah dedicó, ese día, la predicación al amor que se debía tener a los prójimos. Aseguró que de la misma manera que Dios nos ama y se preocupa de cada uno de nosotros, así debemos amar y ayudar a los que viven a nuestro alrededor.

Sara quedó enganchada desde el primer momento. Le entusiasmó la sencillez con que exponía sus pensamientos. Todo le pareció nuevo. No se parecía en nada ni al ambiente ni a la relación que existía en su familia y entre los sacerdotes.

—¿Quién de vosotras, - dijo Hannah elevando la voz para que todos pudieran oírla – si tiene cien ovejas y pierde una, aunque sea vieja y esté delgada, no deja a las otras noventa y nueve en el yermo para ir a buscar a la que se ha perdido?

A Sara le pareció tan sorprendente esa pregunta, estaba tan

identificada con las palabras de Hannah, que pensó que se la dirigía sólo a ella. Estaba tan metida en la comunicación, que se iba a levantar para contestar. No le dio tiempo.

—Esa mujer, - continuó Hannah – que ha corrido y se ha fatigado por encontrar a su oveja perdida, siente una gran alegría cuando la encuentra. La recoge entre sus brazos y la besa. Después, regresa al campo donde había dejado al resto del rebaño, recoge a todas y con ellas va a su casa. Cuando ha terminado de guardarlas y les ha puesto alimento para la noche, llama a sus vecinas y a sus amigas diciendo: ‘Venid y alegraos conmigo, porque había perdido a una de mis ovejas y la he encontrado’.

Para ese momento, Sara ya estaba de pie, con las manos unidas al lado de la cara, mirando absorta a la Mesías. Estaba encandilada, sin perderse ninguna palabra y ningún gesto, ajena a todo lo que le rodeaba.

—Así también, os lo aseguro, – terminó Hannah – habrá en el cielo más alegría por un pecador que se arrepiente que por otros noventa y nueve que no necesitan de penitencia.

Sara rompió en aplausos y saltos de alegría. No se dio cuenta de que las otras hacían lo mismo. Se repetía el entusiasmo que todos los días embargaba a quienes escuchaban la Buena Nueva.

—¡Esa oveja soy yo! – gritó Sara con entusiasmo – Estaba perdida hasta ahora y tú me has encontrado.

Estaba llorando, pero era un llanto de alegría. Nunca había sentido esos sentimientos. Se hallaba concentrada en ellos. No se había dado cuenta de que había pasado todo el día escuchando a la Mesías. De repente, miró al cielo y vio que el sol se había ido. Estaba anocheciendo.

—¡Dios mío, tengo que volver a casa!

Al regreso, no tuvo que preguntar. Las mujeres que conoció por la mañana regresaban también hasta Jerusalén. Sara se sentía ahora integrada en el grupo. Les comunicó su entusiasmo. Les dijo que no comprendía cómo había tardado tanto tiempo en descubrirlo.

Cuando llegó a casa, nadie la estaba esperando, todos pensaban que había permanecido encerrada en su habitación. Las criadas se habían retirado ya. Sólo el gato se acercó a ella, cuando entró en el dormitorio. Bajó de la cama, donde estaba adormecido, y rozó la pierna de su ama con la cola. Sara le recompensó con una caricia.

10.10

—¡Nuestro enemigo común sigue predicando y sus seguidoras aumentan! No podemos tolerarlo más.

Zacarías había ido, de nuevo, a ver a Caifás en el templo. Desde que se enteró de que era inminente su nombramiento como Sumo Sacerdote, pensó que podía exigirle el cumplimiento de su acuerdo.

—No voy a ser nombrado. Voy a ser elegido de acuerdo con todas las normas del Sanedrín. – puntualizó el ambicioso sacerdote.

—Eso es lo que quería decir. –rectificó el rabino con el fin de crear una buena relación entre ellos. – No te olvidarás ahora del acuerdo al que habíamos llegado sobre la falsa Mesías.

—Zacarías, todavía no soy el Sumo Sacerdote. Pero si me apoyas, yo te ayudaré. Consigue el motivo y la juzgaremos con toda severidad.

Zacarías quiso continuar la conversación. Pero vio frustrada su intención. Caifás se encaminó hacia los salones internos del templo reservados para los sanedritas.

10.11

—¡Hannah, tenemos que defendernos! Cada día recibimos más amenazas. – dijo su madre en una reunión para organizar las actividades de los días siguientes.

—Las amenazas del Sanedrín están atemorizando a las seguidoras. –añadió María, la de Magdala.

—Lo peor son las agresiones y violaciones que sufren las seguidoras. – afirmó con vehemencia su hermana Marta.

Todas ellas estaban preocupadas y nerviosas. La única que mantenía su actividad era Hannah. Continuaba su predicación con el mismo entusiasmo.

—Si el mensaje de mi Padre celestial es rechazado por los sacerdotes, debo llevarlo a todos los demás. Las más pobres, las más perseguidas, las que son despreciadas por los ricos y por los poderosos son las que recibirán mi mensaje. No me importa contradecir a los burócratas intérpretes de las Sagradas Escrituras. La voz de mi Padre anidará en los corazones de las elegidas por Él y por mí.

—Sobre todo, debemos defender a las mujeres. – dijo María – Nos atacan a nosotras.

10.12

—Herodes, dame mil sestercios.

Herodías había entrado en el despacho del rey con aires de triunfo. Su sonrisa enigmática insinuaba el deseo de jugar a las adivinanzas con la ventaja de conocer el resultado. Herodes conocía ya suficientemente a su esposa. Sabía que había conseguido algo y

pretendía hacerse reconocer el mérito.

□¿Tú vas a delatar a algún zelote? – dijo e rey dejando escapar su risa.

□Desde que soy tu esposa, lucho por tus intereses, que son los míos.

Herodías optó por seguir el juego de acercamiento erótico hacia su marido. Los golpes del mensajero en la puerta, les obligó a separarse. El rey recibió el dinero. Cuando el mensajero salió, se lo entregó a su mujer, y pretendió continuar el juego para culminarlo como en otras ocasiones en el mismo despacho. Esta vez no fue así.

□Querido, debemos posponer el placer. El deber de descubrir a los violentos nos reclama. – afirmó Herodías mientras salía.

10.13

□He venido a cambiar el mundo, no a favorecer a los sacerdotes y a los poderosos. ¡Mis hermanos son los pobres y los oprimidos!

En contra de la organización que habían preparado las mujeres de su comitiva, Hannah se empeñó en ir a predicar a los arrabales más pobres. Se dirigía a los más miserables. Se acercaba a los ladrones, a los perseguidos por la ley, a los borrachos y a las prostitutas.

Las mujeres no estaban de acuerdo con esa elección. Algunas se escandalizaban y aseguraban que esas personas no eran dignas de recibir el mensaje del Padre celestial. Aseguraban también que dirigirse a ellas, impedía que se pudieran acercar el resto de las personas que llamaban decentes.

□Mi Padre me ha encargado que busque a los marginados, a los que sufren persecución por a justicia, a los pecadores y a las mujeres oprimidas. Ellas son las elegidas y serán las primeras en el reino de los cielos. Yo os digo: los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros.

10.14

□El hijo mayor del carnicero que vende corderos troceados frente al ala Oeste del templo es un zelote. – afirmó Herodías con satisfacción.

□¿Cómo lo has conseguido? –preguntó Herodes.

□Lo importante es que tienes una pista para eliminarlos. No debes perder tiempo. Ahora está trabajando con su padre.

Herodías no dio, esta vez, ninguna opción para el juego amoroso. El rey había quedado tan impresionado que tampoco tuvo capacidad para ejercitar la galantería.

10.15

□Sara, conviene que, a partir de ahora, asistas con más asiduidad al Templo junto a mí.

Anás había coincidido con su hija en la primera comida. Fue un encuentro casual. El Sumo Sacerdote estaba sorprendido de verla levantada Sara temía que ya supiera que acudía a las predicaciones de Hannah. Para disimular dijo que salía poco de sus habitaciones y se dedicaba con más asiduidad a la lectura de las Sagradas Escrituras.

□Debemos aparecer como una familia unida. – insistió el anciano.

-Creo que he encontrado la luz y no deseo que se me escape.

Aprovechando el juego de palabras, la esposa abandonó la sala de comer. Salió sin volver la cabeza. Su padre, en cambio, se mantuvo mirándola hasta que desapareció. Estaba sorprendido del cambio que había experimentado su hija.

10.16

La guardia real actuó con toda contundencia. Se organizó un grupo de diez soldados, perfectamente armados con dagas y puñales. El propio jefe se encargó de la operación. Dispuso que otros guardias se colocaran, escondidos, en las proximidades del corral donde trabajaba el vendedor de corderos con su hijo mayor.

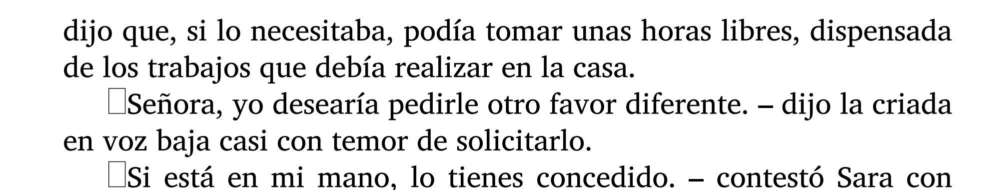
Se llevaron al padre y al joven hasta los calabozos del palacio. No tuvieron cuidado en que no los vieran. Todo lo contrario. Parecía como si desearan que toda la población se enterara de la detención que estaban realizando para mayor escarmiento.

Cuando llegaron al calabozo, separaron a los dos detenidos. Interrogaron primero al padre. Concluyeron que no sabía nada. Antes de soltarle, le amenazaron con volverle a detener si descubrían que había mentido. El casi anciano vendedor de corderos troceados echó a correr en dirección a su casa, en cuanto los soldados le pusieron en la puerta del calabozo.

10.17

□¡Me convertiré en seguidora de la Mesías! Ella me sacará de mi vida estéril y equivocada. Mañana volveré, aunque tenga que salir antes de que amanezca.

Aunque estaba sola, Sara pronunció las palabras en voz alta para mantener el compromiso ante sí misma. Cuando la criada de confianza le dio todos los detalles sobre el lugar, las distancias y la manera de acudir, Sara se lo agradeció con generosidad. Incluso le


dijo que, si lo necesitaba, podía tomar unas horas libres, dispensada de los trabajos que debía realizar en la casa.

—Señora, yo desearía pedirle otro favor diferente. – dijo la criada en voz baja casi con temor de solicitarlo.

—Si está en mi mano, lo tienes concedido. – contestó Sara con amabilidad

—Quizá sea una falta de respeto. Pero deseo pedirle permiso para ir yo también a escuchar esa predicción.

La criada se separó un poco como si quisiera pedir perdón por su osadía. Inclinó la cabeza para escuchar la decisión de la señora. Sara, por contraste, reaccionó con gran alegría. Elevó los brazos y se acercó a ella.

—¡Estupendo! Iremos juntas.

En un aspecto, puso Sara mucho énfasis. Debían llevar comida para repartir con las otras seguidoras. Se pusieron de acuerdo en llevar dátiles maduros y pastas, que comenzaron a hacer entre las dos. Se acostaron pronto para dormir un poco y acumular fuerzas, antes de recorrer el largo camino y llegar antes de que comenzara la predicación. En realidad, ninguna de las dos durmió nada. Estaban pendientes de que se les pasara el tiempo de despertarse. Salieron de noche con total oscuridad. Se confundieron varias veces en las calles de Jerusalén. A esas horas, la ciudad estaba desierta. Ya en las afueras, se encontraron con algún pastor que se preparaba para sacar las ovejas.

La salida del sol fue recibida con alegría. Les permitía ver los senderos y evitar las piedras. Al poco tiempo, encontraron a alguna mujer que iba en la misma dirección. Al saludarse, se comunicaron las mismas intenciones. Aparecieron más. Caminaban deprisa. Sara y su criada intentaron acomodar sus pasos.

Antes de llegar al lugar de la predicación, el camino se había convertido en una peregrinación. Sara estaba entusiasmada. Hablaba con las que caminaban a su lado. Se felicitaba con ellas y les ofrecía los dátiles que llevaba. Era correspondida con otros frutos, que aceptaba para disfrutarlos en común. La criada, por ser novata en esta reunión y por su carácter más tímido, se limitaba a sonreír, aunque también se había integrado perfectamente en el ambiente.

Esta vez, Sara tuvo especial cuidado en colocarse cerca del lugar desde el que iba a hablar Hannah. Ya no tenía ningún temor. Se desenvolvía como si fuera una veterana. Saludaba a las asistentes. Se abrazaba con entusiasmo a las compañeras como si las conociera de toda la vida. Presentó a su criada como una amiga, lo que llenó a

ésta de satisfacción.

—Hoy os voy a hablar de lo que debe hacer la palabra de Dios en vuestros corazones.

En cuanto comenzó a hablar Hannah, todas se callaron. La habían recibido con aplausos, nada más verla subirse a la piedra desde la que iba a dirigir la predicación. Sara manifestó alegría abrazando a su criada, que no se apartaba de su lado.

—La palabra de dios, - continuó Hannah – debe actuar en vuestros corazones como la levadura. Vosotras habéis puesto muchas veces un poco de levadura en una gran cantidad de harina y habéis amasado, con ella, hogazas muy grandes. Esa pequeña cantidad de levadura logra fermentar toda la masa. Así debéis ser vosotras. Aunque os consideréis pequeñas, debéis lograr que todos los que estén a vuestro alrededor se acerquen también a la palabra de Dios y la cumplan.

Sara cogió la mano de la que ya era su compañera y no su criada. La apretó para manifestarle su entusiasmo. Todas las concentradas aprovecharon la pausa para exponer su aceptación de la enseñanza recibida. La Mesías tomó agua para continuar.

—La palabra de Dios debe actuar en vuestros corazones como la mostaza. La mostaza es la más pequeña de todas las semillas. Pero cuando se siembra en un huerto, crece hasta convertirse en un árbol muy grande. Es tan grande, que las aves pueden hacer los nidos en sus ramas. Así vosotras debéis lograr que en vuestros corazones quepa el amor para ayudar a todos.

Con esas y otras predicaciones, con cantos y con oraciones, se pasó el día. La oscuridad llegó sin que se dieran cuenta. Era tan agradable el ambiente, la predicación era tan sencilla, la convivencia tan generosa, que el tiempo se había hecho corto.

—Señora, tenemos que volver a casa. – dijo la criada con alarma – Ha comenzado a anochecer.

Sara también se echó las manos a la cabeza. Se había olvidado de que era preciso haber comenzado el camino antes, ya que la distancia hasta Jerusalén era larga. Miró a su compañera en busca de una solución.

—Debemos salir ahora mismo. – insistió la criada - Tendremos que andar muy deprisa para llegar antes de la medianoche.

—No podemos irnos todavía. - replicó Sara – Quizá vuelva a intervenir la Mesías.

—Si no dormimos en casa, se enfadarán con nosotras.

La actitud de la criada era de gran temor, a pesar de la confianza que había recibido de su señora. Sara, en cambio, aparecía más

serena. Estaba disgustada de tener que irse, cuando muchas seguidoras permanecían todavía escuchando las enseñanzas.

—Mira. – dijo Sara a su compañera – Estas mujeres se quedan aquí con Hannah. Continúan toda la noche hablando, rezando y viviendo en comunidad. ¿Por qué no nos quedamos?

—Señora, si no llegamos antes de… - comenzó a replicar la criada.

—No importa llegar antes o después. Aquí está nuestro Señor verdadero y también su Mesías.

No le costó mucho trabajo convencer a su compañera. En realidad, también lo deseaba. Su temor nacía de la costumbre de cumplir siempre las normas que otros imponían. Ambas mujeres se quedaron gozosas compartiendo la alegría con sus nuevas compañeras. Cuando hizo frío, compartieron las mantas comunitarias que otras mujeres se encargaban de repartir.

10.18

—¿Todavía no has conseguido más información del detenido?

El jefe de la guardia real había encargado a varios subalternos que interrogaran al detenido para obtener más datos sobre la organización interna de los zelotes. Como inicialmente no obtuvieran nada, les encargó que utilizaran métodos más contundentes.

—Señor, el detenido sólo dice que no sabe nada. Asegura que él no pertenece a los zelotes ni a ninguna otra organización.

—Exijo que esta misma noche sepamos quienes forman el grupo y quién es su jefe. ¡Esta misma noche!

10.19

—¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho? ¡Esto es una vergüenza para toda la familia!

Cuando Sara y su criada llegaron a casa al día siguiente, su marido y su padre las estaban esperando con actitudes iracundas. El más enfadado era Caifás. Al menos, era el que más violentamente lo manifestaba. A la criada, la envió a la cocina. La empujó para que se marchara. Ella tuvo que apoyarse en la pared para no caerse.

Después, se dirigió hacia su esposa. La tomó por el brazo y la arrastró hasta el salón principal. El anciano Anás, arrastrando los pies, los siguió. La dejó caer, más bien la tiró, sobre una silla. Sara también tuvo que agarrarse para no terminar en el suelo.

—¡Confiesa! Has estado con esa falsa Mesías.

Caifás tenía la cara enrojecida de furor. Se movía con pasos

largos. Amenazaba con los brazos. Interpelaba a su esposa, empujándola. Para ese momento, ya había llegado su suegro. Trató de retirar a su yerno.

—¡Cálmate! Ya voy a preguntárselo yo.

El padre de Sara se acercó a ella con severidad, pero en un tono menos agresivo. Ella mantuvo su actitud. No dejó siquiera que le hiciera las preguntas.

—No os voy a decir ni dónde he estado ni lo que he hecho. –afirmó Sara con fuerza. – ¡Soy una persona libre!

Caifás tuvo otro acceso de ira. Se lanzó sobre su esposa con el brazo en alto para golpearla. Una maniobra certera del anciano lo impidió. Pero continuó la exigencia con gritos y con amenazas.

—Dinos ahora mismo qué has hecho con esa falsa Mesías.

El grito de Caifás fue todavía más fuerte. Sara cerró los labios con fuerza como señal de mantener su silencio. El marido se desesperó todavía más. El anciano se acercó a él.

—Sara, vete a tus habitaciones, si no quieres que te abofetee. Ya hablaremos, después.

Anás apartó a su yerno para que no interviniera. Éste trató de soltarse. Para ese momento, Sara ya había salido. Lo hizo con calma, casi como un reto hacia su marido.

—Es mejor esperar. –dijo el anciano cuando su hija ya no podía oírle – Nos podremos enterar de más cosas interrogando a la criada.

—¡Te prohíbo que salgas de tu habitación sin mi permiso! –Caifás gritó con fuerza para que su esposa oyera su prohibición con claridad. – No quiero que traigas la vergüenza a toda la familia.

10.20

—¿Rabino, tienes preparada mi recompensa? Tengo el motivo para juzgar y condenar a Hannah.

Zacarías cambió de expresión. Se mostró muy interesado. Judas había comenzado con gran eficacia la labor de chivato que le había encomendado Zacarías al introducirse en el entorno más cercano de Hannah.

—¡Se ha proclamado Hija de Dios!

—¿Estás seguro? Has tenido que entenderlo mal. ¡Eso es una blasfemia muy grave!

—Estoy seguro de que ha dicho: Yo soy la Hija del Altísimo.

—¡Tenemos que estar seguros! Debes vigilarla con mucho cuidado a ver si lo repite. No te apartes de ella. Busca testigos. Con esa blasfemia, la podemos condenar.

10.21

El hijo del vendedor de corderos troceados murió a los dos días de haber llegado a los calabozos del palacio real. Hasta ese momento, había sido sometido a fuertes interrogatorios para que denunciada los nombres de otros compañeros zelotes.

—Señor, no hemos podido sacarle ningún nombre.

—No tengas ninguna piedad por el fallecido. – le dijo el rey cuando fue a presentarle el negativo balance – Él también ha cometido atentados sin ninguna piedad.

—Mi pesadumbre está en que nos encontramos de nuevo sin recursos. Hemos tenido una posibilidad entre las manos y no la hemos sabido aprovechar. – respondió el jefe policial en tono autocrítico.

—¡Hay que hacer nuevas detenciones!

10.22

—¡Renunciamos a todo por la Mesías!

Sara y su criada volvieron a planificar una nueva marcha, esta vez definitiva, para participar en las predicaciones de Hannah. La propuesta procedió de la señora. La criada la recibió con entusiasmo, aunque con prudencia. En ningún momento, se le pasó por la cabeza que podía aprovechar la confidencia para denunciar a su señora y ganarse una recompensa del marido o del padre. Simplemente sugirió que debían ser prudentes para no ser de nuevo castigadas.

—Lo mejor que podemos hacer es irnos para siempre. – sugirió Sara - Será una liberación para las dos. Con la nueva Mesías, vamos a encontrar la felicidad y la auténtica sabiduría. Debemos ser valientes.

—Yo estoy dispuesta. – contestó la criada con decisión.

Esa misma noche, se marcharon. Lo hicieron mucho antes de que saliera el sol, en plena oscuridad. No se llevaron nada. Ni siquiera ropa. Sólo cogieron dátiles maduros. El gato estuvo inquieto toda la jornada. Estaba despierto cuando ellas salieron. Sara le acarició la cabeza. Le entristeció esa despedida. Pero salió con decisión. Habían pensado que era mejor dejar las puertas completamente abiertas. Así todos sabían, desde el principio, que se habían ido. Michino se quedó aullando levemente con tristeza.

10.23

Cuando Hannah llegó a la localidad donde debía predicar ese día, se encontró con que, en medio de la plaza, una mujer a la que

acusaban de adulterio estaba a punto de ser lapidada. Sara y su compañera ya se habían unido al grupo de seguidoras y pudieron contemplarlo. Un grupo de hombres había formado un corro alrededor de ella. Tenían ya las piedras preparadas.

La llegada de la Mesías detuvo su acción. Las mujeres que acompañaban a Hannah pidieron que hiciera algo en defensa de la mujer que iba a morir. Se acercó. Los hombres la recibieron con rechazo. Uno se adelantó para anunciar que iban a lapidar a esa mujer, porque era el castigo establecido en la ley para las mujeres adúlteras.

Se organizó una discusión entre los que justificaban la acción por el cumplimiento de la ley y las que pensaban que esa ley era injusta. Entre estas últimas, estaba Sara. Su compañera permanecía interesada, pero estaba en silencio. Ambos grupos reclamaron la opinión de Hannah. La Mesías no se hizo esperar.

—Quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra.

Hannah se manifestó con claridad. Desde donde estaba, miró a la mujer con clemencia. Después, fue mirando, uno a uno, a todos los hombres que había formado el cerco. Poco a poco, fueron dejando las piedras que tenían entre las manos y se retiraron. La Mesías se acercó a la mujer y le impuso las manos para infundir en ella la energía vital.

—Nadie te ha condenado. Yo tampoco te condeno. Vete y no peques más.

10.24

Dos días después de la muerte del hijo del vendedor de corderos troceados, apareció una mujer decapitada en una calle próxima del templo. Fue encontrada de madrugada. Todo su cuerpo estaba ensangrentado. La cabeza, a unos metros de distancia, también estaba cubierta de sangre. Destacaba la boca abierta y retorcida. Un poco más allá, estaba la lengua que le habían cortado.

Cuando los soldados pudieron identificarla, se supo que era una mujer joven, que trabajaba como sirvienta en el palacio real y estaba al servicio directo de Herodías.

En un comunicado pegado a la pared del templo, aparecía el dibujo de una lengua cortada y, debajo, la palabra ‘delatora’.

10.25

Estaban Sara y su compañera atentamente escuchando las enseñanzas de la Buena Nueva, cuando dos hombres se sentaron a su lado. Ellas se separaron para hacerles sitio y continuaron

atendiendo. Al poco tiempo, los hombres acercaron más. Ellas notaron que los recién llegados estaban muy pendientes de sus movimientos.

En el primer descanso, los dos hombres se dirigieron a ellas. Cogieron disimuladamente del brazo a Sara y dijeron que debía seguirlos. Ella se revolvió. La criada intentó defenderla, pero fue repelida y lanzada al suelo.

—Tú, quédate quieta. Contigo, no va esto.

—¡Ayudadme, por favor! – gritó Sara.

Los aplausos y las expresiones de apoyo hacia Hannah impidieron que se oyera el grito y que los empujones pasaran desapercibidos. Los dos hombres arrastraron a Sara a pesar de su resistencia. La criada se levantó y se lanzó sobre el grupo que escapaba.

—¡Defendedla! – gritó la joven con más fuerza – Se la llevan.

Coincidió esa petición de ayuda con el tropezón de uno de los hombres. Su pie izquierdo pegó contra una piedra y cayó. La criada aprovechó para agarrar a su compañera, mientras seguía gritando. Ese revuelo llamó la atención de las mujeres que estaban alrededor. Se lanzaron sobre el hombre que arrastraba a Sara del brazo y le obligaron a que la soltara. Las otras giraron para que corriera la alarma.

Como consecuencia del alboroto, los dos hombres, aunque con dificultades, emprendieron la huida. Sara y su compañera pudieron quedarse. Las mujeres que estaban a su alrededor les dieron agua para que se repusieran.

10.26

—Quiero que me confirméis si Hannah se ha proclamado Hija de Dios y participante de la divinidad.

Zacarías se había visto obligado a poner a otros cuatro ayudantes de la sinagoga para seguir la predicación y los hechos de Hannah. Simeón había desaparecido definitivamente sin dar ninguna explicación. Para sustituirle, eligió a Mateos, Marcos, Lucas y Juan. Formaban parte del equipo de apóstoles que acompañaban a Jesús. El rabino les encargó que se fijaran en todos los detalles y que, después, los dictaran atribuyéndoselos a Jesús, ya que ellos no sabían escribir con precisión. Estos ayudantes no pusieron ningún reparo a tan sucio trabajo sino que lo aceptaron con agrado.

—Es muy importante conocer con exactitud ese punto. ¡Pregúntaselo mañana directamente! Hacedlo delante de testigos. – ordenó Zacarías. – Con esa afirmación, la podremos destruir

definitivamente. Otra cosa. Si veis a Simeón por algún sitio, no dejéis de avisarme.

10.27

Barrabás era el miembro de los zelotes que llevaba una vida más irregular. Había establecido esa norma como defensa para no ser localizado ni detenido. La persecución decidida por el rey, le había obligado a tomar medidas extraordinarias.

Una de las trampas que el jefe de la policía real había puesto en marcha se basaba en la solidaridad que, según había oído decir, reinaba entre los zelotes. Se aseguraba que nunca dejaban abandonado a nadie y que siempre acudían en apoyo de quien era atacado. Basado en esa confianza, apostó soldados en las cercanías de la casa y la tenada donde trabajaba el vendedor de corderos troceados con su familia.

Un día, al anochecer, uno de los vigilantes escondidos, vio que un hombre todavía joven se acercaba a la casa lentamente. Se detuvo varias veces. Miró en todas las direcciones. Dudó y, después, se marchó. El soldado no llegó a lanzar la señal de alarma. Poco tiempo después, ese hombre volvió. En esta ocasión, lo hizo con más decisión. Sin detenerse, entró en la casa.

El soldado dio entonces la señal de alarma. Todos los vigilantes tomaron sus armas y se dirigieron corriendo hacia la casa. No tuvieron dificultad para forzar las puertas ni para detener, entre todos, al visitante a pesar de éste intentó defenderse y llegó a herir a uno de los soldados.

Sin ninguna dilación y sin detenerse siquiera a identificar al detenido, procedieron a trasladarlo hasta los calabozos del palacio. La madre y las dos hijas pequeñas se quedaron de nuevo atemorizadas y llorando.

10.28

Yo os digo que quien abonada a su familia y a sus riquezas para seguirme, entrará conmigo en la casa de mi Padre.

Sara, al oír esas palabras, tomó de la mano a su sirvienta y amiga, mientras las lágrimas de felicidad brotaban de sus ojos. Pocos metros detrás de ellas, los cuatro enviados de Zacarías tomaban nota de todo lo dicho por Hannah.

ESTRATEGIA

11.1

—¡Caifás, elimina cuanto antes a Hannah! – dijo sibilinamente Zacarías – Ha seducido a tu mujer. Ella es la culpable de tu deshonra. Ya no puedes esperar más. ¡O ella o tú!

El rabino le dijo también que estaba preparando una prueba definitiva contra la falsa Mesías. Pero que no quería presentarla hasta no tener los testimonios necesarios.

—Es el momento de eliminarla definitivamente y dejar a Jesús como único Mesías.

11.2

‘Barrabás, libertad’

Casi antes de que los miembros de la guardia real lograran conocer la identidad del detenido, la noticia ya se había extendido entre la población. Las reacciones fueron de sorpresa. Se había roto el mito de que los zelotes eran intocables. Inmediatamente también aparecieron las inscripciones pidiendo su liberación. Era un texto sencillo. Decía simplemente: ’Barrabás, libertad’. Estaba escrito en dos líneas. Todos los escritos eran iguales. Se colocaron muchos más que en otras ocasiones y en todas las zonas de Jerusalén.

11.3

—¡Hay que evitar el escándalo, Caifás! Si no obramos con prudencia, podemos favorecer a la falsa Mesías. ¡No escuches más a ese rabino insidioso!

Anás repetía ese consejo a su yerno. Era el más preocupado por la desaparición de su hija y también por el fracaso de la operación que había montado Caifás para obligarla a volver a casa. El yerno, más que alarmado, estaba desquiciado. Decía que era una vergüenza intolerable que la hija del Sumo Sacerdote fuera a escuchar las predicaciones de la falsa Mesías, cuando el propio Sanedrín había condenado esa predicación. Insistía en que era un escándalo para el resto de las mujeres y podría llevar a que aumentara el número de seguidoras.

En realidad, lo que le tenía tan preocupado era la posibilidad de que eso frustrara su nombramiento como Sumo Sacerdote que creía tener asegurado para una fecha muy próxima. El anciano pensaba que lo más importante era que la ausencia de su hija y su asistencia a las predicaciones no saltara al conocimiento de la población. Por

eso, justificaba la necesidad de que no se produjera ningún escándalo.

—Debemos tener paciencia. – aconsejaba Anás

—¡Qué paciencia ni qué niños muertos! – respondía el vehemente Caifás.

—Necesitamos una fórmula para que vuelva ella voluntariamente, aunque sea engañada o presionada. – sugirió el todavía Sumo Sacerdote.

—¡Se va a acordar de esta!

11.4

—Judas, hay que movilizar a todas las mujeres que siguen a Hannah para lograr la libertad de Barrabás.

Fueron muchas las reuniones que tuvieron lugar esos días para tratar sobre la detención del líder de los zelotes. Eran reuniones breves y nerviosas. Más espontáneas que calculadas. Muchos no coincidían con los atentados y los asesinatos, pero se veían representados en su oposición a los romanos.

Los que se reunieron con Judas no eran miembros de la organización sino sólo simpatizantes. No les importaba tanto la liberación concreta de Barrabás sino la sensación de victoria que estaba explotando Herodes, un personaje que concitaba el odio generalizado por su vida derrochadora y por su sumisión a las tropas romanas.

—Con que Hannah haga una alusión en su predicación es suficiente. Sólo una alusión.

—Lo intentaré. ¿Cuál será la recompensa? – preguntó Judas.

—Confía en mí. Consíguelo y serás muy bien gratificado.

Judas respiró hondo cuando se fueron los comisionados que trataban de presionarle. No estaba en posición de sugerir ningún tema de predicación a Hannah. Su misión de momento era hacerse imprescindible en la administración de las ayudas que se recibían.

11.5

—¡Herodes, tengo la mejor noticia de todas!

Herodías entró muy contenta en el despacho de su esposo real. Éste entendió que se trataba de una noticia relacionada con la detención de Barrabás.

—¡Es algo mucho más importante y mucho más feliz!

El rey hizo un intento más para acertar. Pero desistió a pesar del gran entusiasmo que demostraba su esposa. Exigió que se lo dijera sin jugar más a los secretos.

—¡Estoy embaraza! – gritó con entusiasmo – Pronto te voy a dar descendencia. Seré la madre del próximo Rey y del próximo Mesías.

Herodías se desbordó en expresiones de júbilo y de alegría. El rey también se alegró, pero no fue tan explícito a la hora de expresarlo.

11.6

—¡Me comprometo a mantenerlo en el más absoluto secreto!

En un lugar, que todavía no ha sido dado a conocer, tuvo lugar una reunión totalmente clandestina entre Simeón, el escribano que había desaparecido, y Marta, la seguidora de Hannah. Ésta recibió los escritos, completos hasta ese momento, de la vida y la doctrina de Hannah, que no habían sido entregados a Zacarías. Se comprometió a conservarlos sin que nadie supiera de su existencia. También adquirieron los dos el compromiso de ir entregando los siguientes escritos y guardarlos de la misma manera.

—Yo me comprometo – prometió Marta – a entregarlos secretamente a una mujer muy principal, nada sospechosa, que los guardará sin que exista ningún peligro para ellos.

11.7

—¡Estoy dispuesta a dar la vida por mi Mesías!

Sara y su compañera se habían asentado ya entre las seguidoras permanentes de Hannah. La extroversión y la facilidad para comunicarse de la señora, unidas a su entusiasmo, ayudaron a establecer relación con las otras mujeres. Las dos trabajaban en todo lo que era necesario.

Con el reducido grupo de mujeres que se encargaban de la organización de los actos, Sara había establecido colaboración estrecha. Fueron ellas las que reclamaron su incorporación. Les había parecido muy útil la facilidad en el trato y también sus modales delicados, que no eran muy frecuentes, ya que las seguidoras de Hannah pertenecían a las clases populares y pobres.

Con quien había establecido una amistad más estrecha era con María, la hermana de Marta. Tenían largas conversaciones, en las que se comunicaban su peculiar manera de ver la vida y su inclinación por crear fantasías. Ella la llevaba a las reuniones. Sara estaba muy contenta, porque, de esa manera, tenía una relación más cercana y más directa con la Mesías.

11.8

—Nicodemo, tú no me conoces de nada. Me han encargado que te informe de que la mujer de Caifás es una de las seguidoras más

entusiastas de la Mesías. Se ha ido de casa y vive permanentemente con ella. Me han dicho que es una información absolutamente segura y que la puedes utilizar de cara a la próxima elección del nuevo Sumo Sacerdote.

El mensajero era un hombre joven. El sanedrita disidente no recordaba haberlo visto nunca. Él tampoco le dio ningún dato sobre su personalidad. Se había acercado a él, cuando salía del templo. Nada más transmitir el mensaje, comenzó a andar con rapidez.

—¡Espera! – le gritó Nicodemo para continuar la conversación.

—Ese es todo el mensaje que me han encargado que le dé. No tengo más datos. – afirmó el joven con temor.

—Dime al menos quién te ha encargado que me des este mensaje. – requirió el sanedrita con curiosidad y cierto desconcierto.

—Me han prohibido que se lo diga. Lo siento.

11.9

—Herodes, ojo por ojo. Lo dice la ley y es lo más eficaz. Ahora la exijo también en nombre de tu sucesor y mi hijo.

Herodías estuvo haciendo por su cuenta investigaciones para descubrir quién había podido denunciar a la sirvienta que le había dado a ella el nombre del hijo de vendedor de corderos troceados como miembro de los zelotes. Interrogó a todos los que podían haber tenido relación con ella. Realizó todas las indagaciones que estaban a su alcance. No obtuvo ningún resultado.

—¡Escúchame! Has dicho muchas veces que quieres mostrar firmeza antes los asesinos. Ahora lo tienes que hacer por éste. – dijo Herodías indicando con el dedo su vientre que comenzaba ya a aumentar.

—¡Calma! - dijo el rey a su impetuosa, aunque embarazada, esposa – Hay que pensarlo bien.

11.10

—¡Exijo ya el puesto de sumo sacerdote!

Anás y Caifás volvieron a tener otra discusión. Cada vez eran más frecuentes. Discrepaban en casi todos los asuntos. En esta ocasión, el enfrentamiento comenzó porque el yerno propuso adelantar su elección como Sumo Sacerdote.

—Hemos quedado en que se celebrará con ocasión de la próxima Pascua y debemos esperar hasta esa fecha. – sentenció el anciano - ¡Tampoco falta tanto tiempo!

—Si esperamos a que se enteren todos de lo de Sara, se complicarán las cosas.

—La paciencia puede ser beneficiosa. – volvió a sentenciar el anciano – Tu mujer no puede resistir mucho esa vida de penalidades. Creo que duermen en el suelo. Estoy seguro de que, dentro de pocos días, regresará arrepentida. Eso será favorable para nosotros. Será propaganda en contra de esa Mesías.

Caifás no quedó convencido. Pero no tuvo más remedio que abandonar la reunión sin haber logrado adelantar la elección. Habría que buscar otra manera de convencerle.

11.11

El primer enfrentamiento entre Sara y Judas tuvo lugar porque a ella se le ocurrió proponer una manera diferente de repartir la comida nocturna entre las seguidoras que permanecían con Hannah sin volver a sus casas. Aumentaba un poco más el gasto, pero resultaba más equitativo y, sobre todo, aliviaba la molestia que significaba dormir al aire libre cuando la temperatura descendía notablemente al llegar la madrugada.

Judas se apoyó en el aumento del gasto. Insistió en que no podía permitirse ese exceso porque, cada día, estaba aumentando el número de personas que se unían a la predicación. Hizo mucho hincapié en los números y las cifras. Pero, en realidad, estaba defendiendo su puesto. No podía permitir que aquella señora recién llegada, pusiera en duda su manera de llevar la administración.

Sara argumentó que, si eran necesarias más ayudas, había que buscarlas. Pero no debía tenerse a la gente pasando hambre, sin las energías suficientes para soportar el frío. En este punto, recibió el apoyo incondicional de su ya amiga María, quien insistió en que, con gestiones fáciles de realizar, se podían conseguir ayudas de hombres ricos que veían con buenos ojos la causa de la Mesías.

—Mi hermano Lázaro, por ejemplo, puede aumentar la ayuda, si se le pide.

Judas iba perdiendo apoyos. La madre de Hannah y Marta se consideraban, e incluso presumían, de ser más prácticas que el resto de las mujeres del grupo. De hecho, eran también las que más trabajaban en la preparación de las comidas y en la recogida de las mantas por la mañana.

La mayor influencia que las mujeres prácticas tenían en el grupo hizo que Judas no fuera expulsado. No se aumentó la cantidad de la comida nocturna. El administrador valoró mucho su continuidad. Sara y María, en cambio, no dieron importancia al hecho ni lo consideraron una derrota. Las dos siguieron con su entusiasmo, su fantasía y su idealismo.

11.12

Si no anunciáis el tema que se va a tratar, no se puede convocar una reunión extraordinaria del sanedrín. – dijo el Sumo Sacerdote.

Nicodemo y José de Arimatea habían aprovechado que el anciano Anás estaba solo, para solicitar una reunión urgente del Sanedrín. Confiaban en el efecto que podía tener la denuncia por sorpresa de que la esposa del candidato a Sumo Sacerdote se había convertido en una seguidora ferviente de la Mesías.

Os recuerdo que, en las reuniones ordinarias, tampoco se pueden exponer temas que no hayan sido autorizados. – dejó caer el astuto Sumo Sacerdote.

11.13

Los zelotes eligieron cuidadosamente la noche del día festivo para llevar a cabo su ataque más osado. Lo habían preparado con rapidez pero con meticulosidad. Como siempre, las dos claves principales eran atacar por sorpresa y actuar con mucha rapidez. En esta ocasión, si deseaban liberar a Barrabás de los calabozos, tenían que poner el máximo cuidado.

¡Escuchad bien! – dijo el jefe de la operación al explicar la estrategia. – Lo importante es la coordinación. Que nadie se precipite hasta que yo dé la orden.

El asalto comenzó en el momento establecido. Al dar la primera orden, comenzó a actuar el comando con el fuego para despejar la entrada. Constituyó un éxito total. Todos los componentes se retiraron con gran rapidez. No hubo ninguna reacción de los carceleros. El coordinador dio la segunda orden. Salió el segundo comando con decisión. Todos llevaban la daga en la mano, preparada para eliminar la resistencia en el mínimo tiempo posible y salir para que interviniera el grupo que debía salvar a Barrabás.

El coordinador estaba preparado parar la tercera orden. Se retrasaba en salir el segundo comando. No había ningún ruido. Cambió la orden. Intervino de nuevo el primer comando. Debían solucionar el problema que hubiera surgido. Tampoco se produjo ningún ruido. Esperaron los de fuera. Tampoco salían los que habían entrado por segunda vez.

Los nervios se apoderaron de los que todavía no habían entrado. Al coordinador le temblaba la mano. No sabía si debían esperar más. Por fin, dio la orden de retirada. El tercer comando salió de su escondite y comenzó la huida a gran velocidad. Desde los calabozos, salieron numerosos soldados con las dagas en la mano. Corrieron

por las calles cercanas. Pero ya no alcanzaron a ninguno de los que habían huido. Se reagruparon de nuevo y regresaron a la puerta de la cárcel. Todos tenían las espadas manchadas de sangre. Al entrar tuvieron cuidado para no tropezar con los cadáveres de los integrantes de los dos primeros comandos.

11.14

—El momento de ir a Jerusalén está muy próximo. Pero no ha llegado todavía.

María estaba insistiendo, desde hacía algún tiempo, en que su hija debía reducir el ritmo de las predicaciones. Aunque casi todas las mujeres del círculo más íntimo opinaban lo mismo, Hannah no se detenía. Incluso hacía más cosas. Respondía a los requerimientos de su madre diciendo que tenía poco tiempo para desarrollar su misión y que no podía perder parte de ese tiempo en descansar. Coincidió una de esas discusiones, con la llegada de Nicodemo y José de Arimatea, para hacer la propuesta que traían preparada.

—Venimos a proponer que realices una jornada de predicación en las proximidades del Templo. – dijeron los sanedritas disidentes en tono de suave solicitud.

—¡Imposible! – respondió María con brusquedad – Estamos muy lejos. Además, Hannah está ahora muy cansada.

—No es por estar muy cansada. – rectificó Hannah – Mi viaje a Jerusalén está muy próximo, pero no debo adelantarlo. He de esperar a que se cumpla el tiempo señalado por mi padre.

Los dos sanedritas insistieron en la conveniencia de esa predicación aludiendo a los importantes sucesos que estaban teniendo lugar en la capital. Argumentaron que su deseo más inmediato era que pudiera ser vista, entre las seguidoras de Hannah, Sara la hija del todavía Sumo Sacerdote y esposa de quien iba a ser nombrado para ese mismo cargo de modo inmediato.

—¡A mí me parece perfecto! – dijo Sara con entusiasmo y ofreciéndose a participar.

—Se me ocurre una solución que puede favorecer las dos posturas. – dijo María, la hermana de Marta y de Lázaro.

—¡Dilo! No pierdas tiempo – exigió su hermana siempre pendiente de ser práctica.

—Mientras Hannah sigue aquí con la predicación, nosotras, con Sara y las seguidoras que se quieran unir, podemos realizar una concentración frente al templo.

—¡Estupendo! – apoyó con más entusiasmo Sara – Es una gran idea. Quiero exponerles a mi padre y mi esposo mis nuevas

creencias.

A Nicodemo y a José de Arimatea se les alegraron los ojos. Su plan podía resultar todavía mejor de lo que ellos habían pensado. Si Sara intervenía como líder de las seguidoras de la Mesías, podía constituir un apoyo extraordinario para la denuncia que deseaban llevar a cabo en vísperas de la elección de Caifás.

—¿Y quién va a predicar allí? – la pregunta de la madre era un argumento para desautorizar la propuesta.

—No es necesario predicar. - sugirió Sara - Puede ser una concentración para rezar y para cantar.

La hermana de Marta apoyó inmediatamente a su amiga. Después, todos quedaron en silencio. Las posturas habían quedado expuestas con suficiente claridad. Los argumentos de unos y de otros también eran conocidos. Todos los presentes dirigieron sus miradas a Hannah para que decidiera.

—Voy a haceros caso. Dedicaré unos días a visitar la tumba de mi padre José con mi madre y con mi hermano Santiago. También visitaremos la tumba de Juan. En Jerusalén, Sara puede dirigir las oraciones y María puede introducir las canciones. Yo todavía no debo ir a Jerusalén, pero insisto en que debemos prepararnos porque el tiempo está a punto de llegar.

11.15

—¡Te puedes convertir en alguien más grande que tu padre! ¡Y tu hijo podrá ser todavía más grande que tú! ¡Serás el Mesías indiscutible!

Herodías no dejaba de halagar a su marido y tratar de convencerle de que debía llevar el asunto de los zelotes y el de Hannah hasta las últimas consecuencias y con rapidez.

—A Barrabás, debes decapitarlo y colgar en dos troncos de árbol su cabeza y su cuerpo. A la Mesías esa, debes hacerla desaparecer cuanto antes.

La esposa del rey insistía en que era urgente ir preparando un futuro más prometedor para la monarquía judía, de la que ahora ella era una parte muy importante.

—No debemos precipitarnos. – insistió Herodes – Las cosas están saliendo bien, porque tenemos calma. Lo perderíamos todo, si, por nuestra ambición, caen sobre nosotros las maldiciones bíblicas.

—No pienses en maldiciones. Piensa en tu hijo como futuro rey y como futuro Mesías. Por él, tienes que eliminar cuanto antes a Barrabás y a Hannah.

11.16

La concentración de las seguidoras de Hannah, frente al templo de Jerusalén, fue todo un éxito. La información se extendió rápidamente. Hubo un compromiso para ir difundiendo el anuncio de forma personal a quienes podían estar interesados. El lugar elegido no podía ser otro que la explanada enfrente a los despachos del Sumo Sacerdote. Era el sitio ideal para que lo vieran los principales responsables religiosos.

Todo sucedió según lo previsto. Los dos sanedritas disidentes lo estaban contemplando desde lejos. Unos trabajadores en las heredades de Nicodemo se encargaron de colocar una sencilla peana. Se subieron María y Sara. Sin ninguna demora, ésta comenzó a entonar las oraciones que se rezaban en las reuniones con Hannah.

Ese fue el momento elegido por Nicodemo y José de Arimatea para que unas doncellas del templo avisaran a Anás y Caifás. Se asomaron a las ventanas y tuvieron que contemplar el acto con gran sorpresa.

—Mira. La que dirige las oraciones es tu mujer.

El aspirante a Sumo Sacerdote pudo oír numerosos comentarios, mientras corría a una ventana que le permitiera una visión completa. El anciano Anás caminaba arrastrando los pies. Nada más contemplar el espectáculo y ver a su hija, tuvo que ser socorrido. Le acercaron una silla para que se pudiera sentar.

—¡La mato! – fue la primera expresión de Caifás, mientras miraba por la ventana con la cara desencajada y los puños crispados. – La mato. La mato. ¡La mato!

El anciano Sumo Sacerdote, al que apenas le salía la voz del cuerpo, no dejaba de recomendar calma para que no se produjera un escándalo mayor. Nicodemo y José de Arimatea contemplaban con satisfacción el espectáculo.

—Estos son los renglones torcidos, sobre los que Dios podrá escribir derecho según dijo Hannah. – recordó el de Arimatea a su compañero.

Caifás estuvo a punto de salir para rescatar a su mujer y obligarla a abandonar la concentración. Su suegro trató de convencerle de los muchos inconvenientes que esa actitud podía tener. Como el fornido aspirante a Sumo Sacerdote persistía en su actitud, varios sanedritas tuvieron que impedírselo, aunque con dificultades, por la fuerza.

La concentración transcurrió dentro de un tono festivo y de gran camaradería. María se lució al entonar las canciones. En algunas de

ellas, intervino en solitario. Ella estaba encantada de hacer lo que deseaba. Las seguidoras también se mostraban gozosas de escucharla. Para remate de la fiesta, Sara volvió a introducir nuevas oraciones.

11.17

—Deseo empezar una nueva etapa gloriosa para este reino, que culminará mi futuro hijo como rey y como Mesías.

Por iniciativa de Herodías, el rey organizó una reunión solemne y multitudinaria en el salón principal de su palacio. Invitó a todos los que tenía algún tipo de poder, representatividad o influencia en la sociedad judía. En la convocatoria apremió para que asistieran, asegurando que el monarca iba a realizar un anuncio muy importante para la marcha del reino con ocasión del próximo nacimiento de su descendiente. Con esa curiosidad y también con el temor a posibles represalias, asistieron la práctica totalidad de los invitados.

El rey apareció con las mejores galas e insignias oficiales. A su lado, Herodías mostraba toda su belleza junto a la elegancia de sus vestidos, dejando ver los avances de su embarazo. Había cambiado la provocación por una casi insultante demostración de riqueza y derroche.

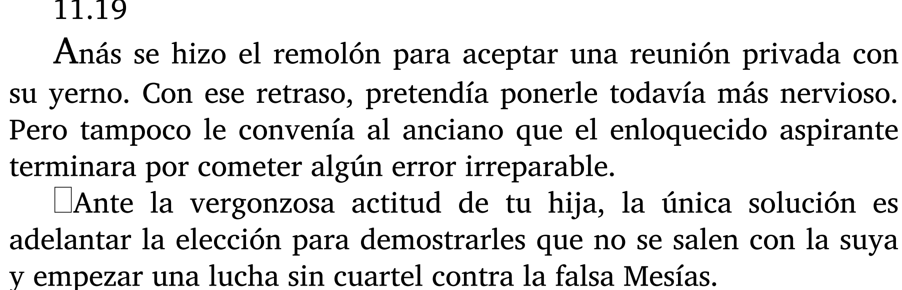
—Este rey - continuó Herodes – quiere demostrar a su pueblo que tiene buenos sentimientos, en la espera de su descendencia. Desde aquí, anuncio pública y solemnemente que quienes hayan caído en caminos de violencia o en la autoproclamación falsa como Mesías, tienen una posibilidad de rectificar. Si demuestran estar arrepentidos, serán perdonados.

11.18

—Hannah, cuando dices que eres la Hija de Dios, ¿quieres decir que participas de su misma naturaleza divina?

Marcos, el ayudante del rabino estaba muy nervioso cuando hizo esa pregunta. En varias ocasiones, había estado a punto de hacerla, pero no se había atrevido. Sin embargo, la urgencia de Zacarías por tener una confirmación, le obligó a superar su timidez.

—Sé que tu pregunta no procede de la buena fe. Pero te contestaré con verdad, aunque a ti y a quien te manda os sirva de escándalo. Mi padre y yo somos la misma persona y estamos unidos. Él me ha enviado a predicar su Buena Nueva, que también es la mía. Esa es mi verdad, que tu corazón desea oír para rechazarla.


11.19

Anás se hizo el remolón para aceptar una reunión privada con su yerno. Con ese retraso, pretendía ponerle todavía más nervioso. Pero tampoco le convenía al anciano que el enloquecido aspirante terminara por cometer algún error irreparable.

□Ante la vergonzosa actitud de tu hija, la única solución es adelantar la elección para demostrarles que no se salen con la suya y empezar una lucha sin cuartel contra la falsa Mesías.

□No puedo aceptar tu insinuación, Caifás. - replicó el anciano – Sara es tu esposa. Tuya es la responsabilidad de lo que hace, no sólo porque la esposa no tiene autoridad propia, sino también porque tu actuación como esposo ha dejado y deja mucho que desear.

□¿Me echas a mí ahora la responsabilidad de la actitud de tu hija? – dijo el yerno con enojo.

□Tú eres el máximo responsable ¿o no? - replicó Anás con gran calma – Pero no debes alarmarte. Coincido contigo en que la única salida es adelantar tu elección. Pero yo seguiré ejerciendo todas las funciones durante un tiempo indeterminado.

□Eso sería…. – comenzó a replicar Caifás contrariado.

□Eso es lo que ahora se puede hacer. - le interrumpió Anás con la energía de la que era capaz. – Si no aceptas esa condición, te presentas a la elección sin mi apoyo, y verás cómo te rechazan.

11.20

□Claudia, no vuelvas a asistir a las predicaciones de esa Mesías.

Poncio Pilatos se mostró muy severo con su esposa. La había llamado a sus dependencias oficiales. No quiso que la reunión tuviera lugar en las habitaciones domésticas. Tampoco quiso rebelar cómo se había enterado de que su esposa había acudido a las reuniones organizadas por Hannah.

□Sólo he acudido a dos. – se defendió la esposa - He ido únicamente por curiosidad.

□No quiero explicaciones. Sólo quiero que no se repita. La esposa del Procurador de Roma no puede acudir a esas supercherías.

11.21

Dos noches después del discurso del rey pidiendo a los zelotes que se arrepintieran y se entregaran voluntariamente, un soldado que estaba de vigilancia en una oficina de recaudación fue apedreado hasta la muerte. La policía ambulante que se había establecido en las últimas jornadas estuvo a punto de llegar antes de que se dispersaran los atacantes, pero no logró ni identificar ni

detener a nadie.

□Esta es la respuesta a tu benevolencia – dijo Herodías a su marido en cuanto se enteró de la noticia – Te lo advertí. Lo único efectivo con la gente es el miedo.

11.22

□¡Mi intención más urgente es eliminar a la falsa Mesías!

Nicodemo y José de Arimatea no fueron convocados para la reunión en que iba a ser elegido Caifás como Sumo Sacerdote. Se enteraron por la confidencia del encargado de la limpieza de la sala, justo en el momento en que estaba empezando. De nada sirvió su protesta. Como única respuesta, se les dijo que no se los había encontrado para notificárselo.

Tampoco se les hizo ningún caso cuando quisieron impugnar la convocatoria. Incluso cuando Nicodemo aludió a la situación de la mujer del candidato como huida de casa y seguidora de la Mesías, se le retiró la palabra. Asimismo, en el momento en que José de Arimatea quiso exponer ese mismo argumento, llegó a ser abucheado.

Sólo se aceptó la pregunta sobre cuáles serían las funciones correspondientes a cada uno de los dos Sumos Sacerdotes. Anás tuvo buen cuidado en señalar que era una situación prevista en las normas de actuación de Sanedrín. Añadió que no habría nunca interferencia entre ambos, ya que su misión, a causa de su prolongada experiencia, era la de establecer las actuaciones más adecuadas.

Los dos sanedritas disidentes amenazaron con abandonar la sala para evidenciar las muchas anomalías que se estaban realizando. Nadie de los presentes intentó convencerlos para que se quedaran. Anás incluso los animó a que se marcharan ya que existía mayoría suficiente y, sin ellos, el acto se podría desarrollar sin más interrupciones.

José de Arimatea y Nicodemo culminaron su intención de abandonar la sala. Una vez que se quedaron solos los sanedritas afines al Sumo Sacerdote, no fue necesaria la votación. Fue ratificada por aclamación la doble propuesta de que Caifás quedara confirmado como Sumo Sacerdote, pero que sus actuaciones tuvieran que someterse a la aprobación de Anás.

11.23

Hannah, al día siguiente, terminó su enseñanza con la siguiente parábola: ‘Una mujer preparó un banquete e invitó a sus amigas

para que asistieran con sus parientes y amigos. Cuando llegó el momento de comenzar los festejos, la mujer envió a sus criadas para que avisaran a las invitadas. Pero las mujeres invitadas se excusaron. Una dijo que no se había peinado. Otra aseguró que tenía que esperar la llegada de su marido. Algunas argumentaron que estaban cansadas, o que tenían que recoger sus ropas o tenían que visitar a otras amigas. La mujer que se había esforzado en preparar el banquete para agasajar a sus amigas, se disgustó mucho. Ordenó, entonces, a sus criadas con las siguientes palabras: 'Salid a las plazas de la ciudad y traed a los pobres y a los hambrientos' Las criadas, tras cumplir sus órdenes, dijeron: 'Señora, se ha hecho lo que ordenaste y todavía queda sitio'. 'Salid a los caminos, contestó la señora, y traed a los mendigos y a los emigrantes, porque las que han rechazado no serán invitadas ya más'. Yo os digo que debéis estar siempre preparados para acudir al banquete a que os invita nuestro Padre que está en los cielos.

11.24

Vengo de parte de Poncio Pilatos. Debo hablar con el rey.

Varios funcionarios del palacio real intentaron enterarse de cuál era el mensaje que traía el enviado del procurador. Herodes estaba muy interesado en saberlo antes de recibirle. Deseaba preparar la actitud más correcta. Su esposa también insistió en que no lo recibiera sin que le adelantara la propuesta.

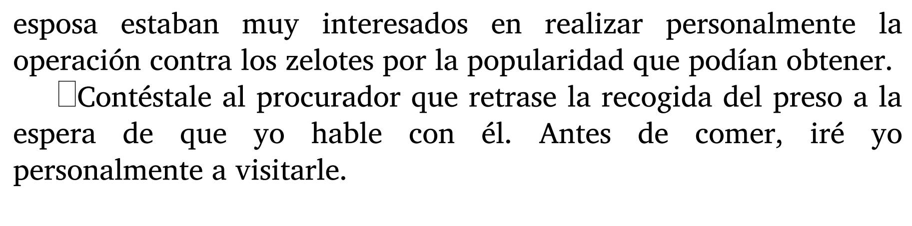
Todo fue inútil. El emisario aseguró que había recibido una orden expresa por parte de Poncio Pilatos para no exponer su mensaje a ningún otro que no fuera el rey. Se utilizó también el truco de que pudiera dejarlo por escrito. Pero tampoco accedió. Así que Herodes tuvo que ceder.

Poncio Pilatos, procurador de Roma, - dijo el emisario - le recuerda que la custodia de los detenidos, por la alteración grave del orden y por la comisión de actos violentos, corresponde en exclusiva a las tropas romanas.

¿Eso es todo? – Herodes aprovechó para preguntar en una pausa del emisario.

-No he terminado todavía el mensaje del procurador. En consecuencia, Poncio Pilatos le comunica que esta misma tarde deberá llevarse a Barrabás a los calabozos romanos.

Herodes quedó perplejo. Herodías reaccionó con un gran enfado. El rey recordaba que su padre había ratificado ese acuerdo y que en varias ocasiones había tomado la iniciativa de entregar presos similares sin esperar a que se lo solicitaran. Pero él y, sobre todo, su


esposa estaban muy interesados en realizar personalmente la operación contra los zelotes por la popularidad que podían obtener.

—Contéstale al procurador que retrase la recogida del preso a la espera de que yo hable con él. Antes de comer, iré yo personalmente a visitarle.

11.25

—Tengo algo muy importante que decir. ¡Ya poseo las pruebas!

Zacarías se reunió con Caifás, justo al día siguiente a ser nombrado Sumo Sacerdote. Nada más felicitarle, le pidió que le permitiera intervenir ante el pleno del Sanedrín porque tenía que exponer algo muy grave. El recién ascendido replicó que le expusiera primero a él ese asunto. El rabino se negó reiteradamente a adelantárselo. Pero insistió en que tenía una gravedad extraordinaria y también una gran urgencia. Ante tanta insistencia, el Sumo Sacerdote sólo pudo conseguir un pequeño aplazamiento, asegurando que tenía que consultarlo con su suegro.

—Es urgente condenar a la falsa Mesías y dejar el camino libre a Jesús.

11.26

—¡No se lo entregues de ninguna manera! ¡Mantén tu autoridad! Aquí te juegas tu futuro y el de tu sucesor como rey y como Mesías. – insistió Herodías – Si te enfrentas a los romanos, serás aclamado por todo el pueblo.

El rey estaba poseído por sus habituales dudas y temores. Creía que existían muchos riesgos en el enfrentamiento con el imperio. Sobre todo, tenía miedo a que las fuerzas anunciadas por los profetas se desencadenan contra él.

—No podemos enfrentarnos ni al imperio ni a las fuerzas sobrenaturales. – contestó Herodes – A Roma le importamos un comino. Si un rey de la periferia les causa problemas, no tienen ningún problema para destituirlo y echarlo a los leones. Eso sería lo peor para mí y para toda mi descendencia.

Herodes se apresuró en ir a parlamentar con Poncio Pilatos. Lo hizo en secreto. Tenía decidido plantear el asunto como una petición especial. Insistiría en la gran importancia que tenía para el pueblo judío la violencia ejercida por los zelotes. Estaba también dispuesto a prometer que no tomaría ninguna medida con el detenido sin consultarla.

El procurador romano hizo premeditadamente esperar al rey. Quiso dejar claro que la autoridad principal en Judea era él. Como

representante de Roma, estaba por encima de Herodes. Cuando, por fin, accedió a recibirlo, lo hizo acompañado protocolariamente de su esposa Claudia, para demostrar su frialdad. Se mostró inflexible en su decisión.

—Si el preso no es entregado, los soldados romanos irían esa tarde a los calabozos del palacio para cogerlo. - afirmó Poncio Pilatos con su característica inmutabilidad.

11.27

—¡Dile que no! Exige que te lo cuente a ti primero. No puedes perder la autoridad ante ese rabino.

Anás se mostró muy contundente, cuando Caifás le expuso la exigencia de Zacarías de hablar directamente en el pleno del Sanedrín. En el fondo era una manera de hacerse valer ante su sucesor.

—Podemos convocar una reunión no oficial e invitar sólo a los más adeptos. – propuso el nuevo Sumo sacerdote - Me da la impresión de que el rabino quiere decir algo realmente importante sobre la falsa Mesías.

—Muy cabezota es ese rabino, a pesar de las maldiciones divinas que se están cebando en su maltrecho cuerpo. – sentenció el anciano.

11.28

Las tropas romanas llegaron a los calabozos del palacio real mucho antes de lo previsto. No querían que se pudiera preparar ninguna estratagema que complicara el traslado. Tampoco estaban dispuestos a dar tiempo para que la noticia trascendiera y se organizara alguna concentración popular.

Participó un número elevado de soldados, pero no realizaron ningún tipo de ostentación. Cuando entraron en los calabozos, se enfadaron mucho al recibir la contestación, por parte de los soldados judíos, de que ellos no tenían orden de entregar al preso. Estuvieron a punto de realizar la operación por la fuerza. Sólo la llegada inmediata del jefe de la guardia evitó que el enfrentamiento llegara a mayores.

Los soldados romanos colocaron sus propias cadenas en las manos y los pies de Barrabás, desechando las que habían puesto los judíos. En ningún momento, permitieron que éstos intervinieran, como si no se fiaran de ellos o los consideraran incapaces. Sin realizar ningún saludo ni despedida, los soldados romanos se marcharon. Los guardianes judíos esperaron a que desaparecieran y

no pudieran verlos, para hacer gestos de desprecio. El jefe de la guardia real les dijo que mantuvieran la vigilancia como si nada hubiera pasado porque la lucha contra los zelotes seguía en pie.

11.29

Escuchadme bien, compañeros sanedritas. Lo que voy a exponer es muy breve. ¡Tiene una gravedad y una trascendencia extrema! Hannah, la falsa Mesías ha blasfemado. Se ha proclamado Hija del Altísimo y copartícipe de la divinidad. Ha dicho textualmente: ‘Dios y yo somos la misma persona’. Hay muchos testigos que lo han oído.

El rabino, a pesar de su maltrecho cuerpo, utilizó todos sus recursos oratorios para impresionar a los miembros del Sanedrín. Entre los invitados, no figuraban Nicodemo ni José de Arimatea. Zacarías lo prefirió. Deseaba una adhesión completa de los asistentes y no caer en ningún tipo de polémicas.

¡Ese es el mayor de los pecados! Al decir que ella es Dios, se ha hecho rea del castigo capital. Vosotros, miembros del Sanedrín, sois quienes debéis juzgarla, condenarla y ejecutar la sentencia. – terminó diciendo el rabino con solemnidad – Debe quedar claro que el Mesías que cumple las condiciones anunciadas por los profetas es Jesús. Su llegada es buena para todos nosotros.

Todos los presentes acogieron las palabras de Zacarías con gran interés y apoyaron que se tomaran las iniciativas necesarias para condenar a la falsa Mesías. Al salir de la sala del Sanedrín, el rabino, a causa de las dificultades de su mano para colocar el cayado bajo su hombro izquierdo, cayó al suelo y se dio un fuerte golpe en la cabeza. Se produjo una grave herida y gran pérdida de sangre.

¡A pesar de todas las maldiciones, voy a seguir hasta el final! – logró decir, mientras permanecía todavía en el suelo - ¡Conseguiré que el único Mesías sea Jesús!

JERUSALÉN


12.1

—¡Ha llegado el momento del cambio profundo y radical! Mi Padre nos espera en Jerusalén. Debemos cambiar lo que existe y sustituirlo por su reino en la tierra.

Hannah puso mucho énfasis en este anuncio. Sus seguidoras más íntimas notaron perfectamente el brillo en sus ojos. La habían acompañado hasta Betania por la insistencia de las hermanas Marta y María. Todas estaban hospedadas en la casa de Lázaro, su hermano.

Como era un día especialmente soleado, habían salido al patio, con el fin de continuar la predicación y la enseñanza. Lázaro, que se encontró repentinamente indispuesto, se había quedado en el interior con los sirvientes varones.

—¡Este es el tiempo de que se cumplan los planes de mi Padre, el Altísimo! No se debe cumplir lo que desean los intérpretes interesados de los profetas, sino lo que Él desea. Estad contentas. Llenad de alegría vuestros corazones. Ese es el gran cambio. Nuestro gran cambio. Vuestro gran cambio. – añadió con entusiasmo la Mesías.

María, que había estado más cariñosa y solícita con Hannah, fue la primera que se sobresaltó por el anuncio. Se puso de pie y se quedó mirándola fijamente a los ojos, nerviosa, retorciéndose los dedos.

—¿Qué significa que ha llegado nuestro tiempo? – preguntó.

—Ha llegado el momento de las mujeres – se adelantó a decir María, la madre- Nosotras debemos hacer ese gran cambio. La gran transformación es la redención de las mujeres de su sumisión.

—La misión recibida por mi Padre debe cumplirse ya. – respondió Hannah con alegría – Es la hora de que vosotras llevéis a la práctica todo lo que os he predicado en nombre de mi Padre celestial.

—¿Concluir nuestra misión es motivo de alegría? – preguntó María Magdalena.

—Cumplir la misión de mi Padre, el Altísimo, es un gran motivo de alegría. Es la culminación. Para eso, me ha enviado mi Padre y para eso he estado con vosotras. – contestó la Mesías sin cambiar de actitud - ¡Ahora comienza vuestra verdadera misión! Es dura. Pero

es vuestra misión.

—¡Prefiero que nunca termine lo que estoy viviendo en este momento!

—¿Cuándo iremos a Jerusalén? – preguntó Marta, siempre tan práctica – Será preciso preparar todo lo necesario.

—¡Debemos prepararnos ya! No debemos hacer esperar a mi Padre.

—También nos reclaman el resto de las mujeres. – insistió la madre – Ellas tampoco pueden esperar.

—Una cosa os digo otra vez. – reiteró Hannah – Nada de lo que dicen los intérpretes interesados de las Sagradas Escrituras va a suceder. Se va a cumplir lo que mi Padre desea que se cumpla.

12.2

—Es muy importante conocer todos los movimientos de Hannah. ¡Habrá que detenerla en estos días! Ha ido demasiado lejos y no podemos dejar que consiga sus propósitos.

Judas no se había trasladado hasta Betania con el resto de grupo. Había alegado que debía realizar unas gestiones administrativas para conseguir alimentos y ropas de cara a las próximas semanas. En realidad, había acudido a entrevistarse con Zacarías a petición de éste.

—Todavía no he recibido la recompensa del anterior servicio.

-No te preocupes. Recibirás la recompensa completa, cuando todo termine. ¿Cuáles son las intenciones de Hannah para la próxima fiesta de la Pascua? ¡Entérate!

—No he oído ningún anuncio de que lo va a hacer. –confesó Judas.

—Es muy importante que conozcamos, cuanto antes, sus planes para la Pascua. - insistió el rabino – Debemos saberlos pronto y con todo detalle para impedirlos.

12.3

‘Nos defenderemos de los dos tiranos a la vez’

Esa era la última frase del comunicado que los zelotes habían colocado en las paredes de las proximidades del templo de Jerusalén. Dentro del escrito, dedicaban una atención preferente a la detención de su jefe Barrabás y responsabilizaban de su encierro tanto a Herodes como a Pilatos. De modo muy explícito, afirmaban que era su firme intención vengarse de ambos.

12.4

¡Ha llegado el momento de que las mujeres consigamos el poder! – dijo María, la madre de Hannah – Con él, daremos la vuelta a la situación.

Las seguidoras de la Mesías continuaban, por la tarde, sorprendidas por el anuncio de que la misión de Hannah debía ser culminada. Se reunían a escondidas, en las habitaciones de la casa, preguntándose cómo sería esa culminación y, sobre todo, qué sería de ellas después. Para calmar los nervios, Marta, por espíritu práctico, propuso dar un paseo por los alrededores de Betania. Lázaro volvió a quedarse en casa por su indisposición. Su hermana María se quedó cuidándole.

En el último momento, Judas llegó a unirse al grupo. Fue mal recibido. Pero no pudieron echarle. Pensaron que realizaba alguna gestión económica. Durante el paseo, algunas preguntaron directamente el motivo para ir a Jerusalén ahora, ya que, hasta ese momento, se había negado a predicar en la capital.

Subiremos a Jerusalén para celebrar la Pascua. - respondió la Mesías - Es preciso que cumpla lo que mi Padre celestial desea. También es preciso que vosotras realicéis ya vuestra misión.

Judas, en ese momento, abandonó la reunión precipitadamente. Ya había obtenido la información que debía transmitir. Durante el paseo se fueron encontrando con algunos hombres y mujeres que, por curiosidad, se unían al grupo. Una mujer se interesó por lo que tenía que hacer para seguirla.

Si quieres seguirme y realizar el deseo de mi Padre que está en los cielos, - contestó Hannah con afabilidad – deberás dejarlo todo, limpiar tu alma y poner en práctica la doctrina del Señor. Deberás cambiar radicalmente tu vida. El camino es duro, pero al final tendrás la recompensa. Las raposas tienen guaridas. Los pájaros tienen nidos. Pero los que siguen a la Hija de Dios no tienen esa seguridad. Ignoran dónde reposarán su cabeza. Yo te digo: sígueme y encontrarás el camino, la verdad y la vida.

Debo esperar a que mis hijos se hagan mayores. – respondió la mujer.

En tu casa, hay otros que pueden desempeñar esa función. Tú, ven y proclama la llegada de la Hija del Altísimo. Cambia. Vive en la verdad, y la verdad te hará libre.

12.5

Me he enterado de que Hannah tiene intención de celebrar la Pascua en Jerusalén. – dijo Judas a Zacarías en tono confidencial.

¿Estás seguro? Hasta ahora, se ha negado a llegar hasta la

capital y su templo. – respondió el rabino poniendo en duda la información.

Nos lo ha dicho a sus seguidores más cercanos. - presumió Judas –Allí celebrará la Pascua.

¿Cuándo irá? – siguió inquiriendo Zacarías.

Todavía no ha decidido el día. – se excusó el administrador - Irá en vísperas de las celebraciones.

Tienes que enterarte de todos los detalles y tenerme informado constantemente. Tenemos que aprovechar ese viaje para detenerla y condenarla.

También ha dicho – añadió Judas – que ahora comienza una nueva etapa. La definitiva. Sus seguidoras deben poner en práctica todo lo que les ha enseñado y predicado. Es el gran cambio.

¡Eso hay que impedírselo! – ordenó el rabino – Vete a enterarte de todos los detalles.

Ha dicho textualmente que sus seguidoras deben establecer el Reino de Dios en la tierra.

Ve y no te pierdas ningún detalle.

12. 6

¡Hannah! ¡Hannah!

Estaba la Mesías hablando con las mujeres y algunos hombres de Betania, cuando oyeron los gritos que daba María. Venía corriendo. No se había arreglado para salir de casa. Su angustiosa llamada reflejaba una gran preocupación. Las seguidoras se pusieron muy nerviosas. Hannah, en cambio, se concentró y dirigió su mirada al cielo. En lugar de caminar hacia su amiga, se arrodilló para rezar.

¡Hannah, mi hermano Lázaro ha muerto! –dijo María entre suspiros.

¿Cómo ha sido? –preguntó su hermana Marta, precipitándose con gran nerviosismo.

Ha tenido una gran convulsión. Se le ha estremecido todo el cuerpo y ha caído al suelo. Ha quedado inmóvil. Le he llamado. He tratado de animarle. Pero no me ha contestado. Sólo he podido cerrarle los ojos y juntarle las manos sobre el pecho.

Todas las mujeres se habían juntado alrededor de las dos hermanas. Trataban de consolarlas. Las protegían y las acariciaban. Algunas gritaban de dolor. Otras intentaban transmitir calma. Hannah, en cambio, permanecía alejada en su actitud de recogimiento, dirigiendo su mirada a los cielos. María se separó de sus amigas con energía y se dirigió hacia ella.

Hannah, - dijo colocándose frente a ella - ¿no vas a hacer nada

por mi hermano, que tanto te ha ayudado a ti y a tu predicación?

La Mesías se mantuvo en sus rezos. Todas mujeres quedaron expectantes y permanecieron en silencio. María estaba en actitud de dolor y de exigencia. Durante un tiempo, permaneció mirando a Hannah. En su expresión, se vio una mueca de incredulidad. Se echó a llorar. Golpeó el suelo con los pies en señal de rabia. A su lado, se colocó su hermana Marta.

—María, - dijo Hannah con calma, volviéndose hacia su amiga – debes mantener la fe en mi Padre y en mí. Ve a casa y allí encontrarás a tu hermano levantado. Te pedirá pan y agua, porque al salir de su enfermedad, tiene hambre y sed.

Las dos hermanas quedaron sorprendidas. Dejaron de llorar. Se limpiaron las lágrimas que habían surcado sus rostros. Se miraron la una a la otra. Vieron que sus compañeras sonreían. Besaron las manos de Hannah y echaron a correr en dirección a su casa.

12.7

En Jerusalén, aquella noche, fue asesinado un soldado romano que hacía guardia en el palacio de Poncio Pilatos. No se tuvo conocimiento sobre la manera en que fue llevado a cabo el atentado. El cadáver no fue hallado hasta el cambio de guardia, cuando ya había salido el sol. La cabeza había sido separada del tronco. Había sido despojado de su lanza, así como del traje y de la armadura. Junto a cuerpo, aparecía el signo del aspa, pintada con sangre.

Poncio Pilatos ordenó que se investigaran los hechos con meticulosidad y que se realizaran detenciones inmediatamente. Por encima de descubrir cómo había sucedido el atentado y también por encima de saber quienes eran los culpables, era preciso dar un escarmiento a la población judía. Urgía extender la sensación de que las agresiones y los atentados contra las tropas romanas nunca quedaban impunes. Se consideraba responsable a todo el pueblo judío de los ataques, aunque procedieran de una minoría radicalizada.

12.8

Cuando María y Marta llegaron a su casa encontraron a su hermano levantado. Estaba pálido y demacrado, pero sereno. Las dos mujeres tuvieron que retomar la respiración, tras la carrera que habían dado. Se abrazaron a Lázaro y le preguntaron cómo estaba.

—Ahora estoy bien. – contestó con calma - Antes, no sé lo que me ha pasado. Tengo la sensación como si hubiera revivido en un

momento toda mi vida desde pequeño. Cuando he regresado, tras salir de la oscuridad, os he llamado y no os he encontrado.

—¡Ha sido Hannah! – dijo María con entusiasmo – Ella te ha devuelto la vida.

—¿Qué quieres decir? – preguntó sorprendido Lázaro.

—Lázaro, ¿tienes hambre? – preguntó Marta con su habitual sentido práctico.

—Tengo hambre y también sed. – replicó Lázaro – Dadme, primero, un poco de agua.

Las dos hermanas se miraron. María se limpió una lágrima, que ya estaba fría en medio de su mejilla. Se abrazaron. Su hermano las contempló con perplejidad. Marta buscó el cántaro y le sirvió agua fresca en un cuenco.

12.9

—Debemos poner en marcha nuestro plan. La falsa Mesías viene, en plan de reto, a Jerusalén para celebrar la Pascua y lo que ella llama la apoteosis de su misión como Mesías. Es el mejor momento para detenerla, juzgarla y condenarla.

Zacarías se había apresurado a reunirse con Caifás para anunciarle los planes de Hannah. El nuevo Sumo Sacerdote se puso nervioso. Comenzó a pasear con pasos largos al rededor de su mesa.

—No estés nervioso. – replicó el rabino – Ella misma se mete en la boca del lobo. Su soberbia y su ambición le han tendido una trampa.

—¿Con qué intenciones viene? – preguntó Caifás con más miedo que curiosidad.

—Quiere que sus seguidoras pongan en práctica lo que les ha enseñado. Dice que van a implantar el Reino de Dios en al Tierra. También lo llaman el gran cambio de las mujeres. ¡Se lo impediremos! – insistió Zacarías con perversión - Se mete en nuestro terreno. Debemos prepararle una ocasión para que repita públicamente su blasfemia de que es Hija de Dios y de su misma naturaleza.

—No creas que todo va a ser tan sencillo.

—No he dicho que vaya a ser sencillo. He dicho que va a cometer un grave error. Emplearemos todos los medios para impedírselo.

Zacarías era partidario de establecer, en ese mismo instante, la estrategia definitiva contra Hannah. El Sumo Sacerdote, en cambio, exigió más calma. Deseaba reflexionar y discutir la nueva situación con su suegro. No lo hacía por obediencia. No tenía certeza sobre lo que convenía hacer y prefería conocer, antes de actuar, otras

opiniones.

—Piensa en un engaño. Lo más eficaz es una trampa. - sugirió el rabino.

12.10

—¡Jesús, en estos próximos días, no debes predicar! Debes estar preparado para lo que pueda pasar. Quizá se precipiten los hechos anunciados por los profetas. Reúne sólo a tus apóstoles. Explícales los textos de los profetas. Lo necesitarán para su futura misión.

Jesús quedó sorprendido por la nueva recomendación de Zacarías. Días antes le había recomendado que fuera preparando nuevos temas para la predicación. Le había sugerido que profundizara en la necesidad de la penitencia como argumento principal de sus próximos discursos. Él se había esforzado en buscar en los diferentes textos de la Sagradas Escrituras las frases más apropiadas para aplicarlas a esa recomendación. Ahora, le daba la orden contraria. Casi con temor, se atrevió a preguntar el motivo de tal cambio.

—Debemos estar atentos a lo que pase en estas celebraciones de la Pascua, - improvisó el rabino – Quizá sucedan acontecimientos imprevistos. No es conveniente que nos pillen desprevenidos. Debes estar unido a los apóstoles. Ellos también tendrán que actuar en su momento y deben prepararse. Van a tener una misión muy importante.

—¿Qué acontecimientos pueden suceder? – preguntó Jesús.

—Debes estar preparado para todo. Los profetas anuncian que el verdadero Mesías deberá entregar su vida para cumplir su misión y morir en la cruz. Quizá pueda llegar ese momento.

—¿Debo estar preparado para morir? – preguntó el joven con preocupación.

—En todo momento, debes estar preparado para lo que exija de ti tu misión. Así se verá quien es el auténtico Mesías.

12.11

—¡No prepares ungüentos para mí! – dijo Lázaro a su hermana María.

Desde que había encontrado sano y salvo a su hermano, María, llena de alegría, había comenzado a reunir los ungüentos y colonias más olorosas. Había reunido jofainas de agua limpia junto a las grandes palanganas en el centro del salón familiar. Asimismo buscó los paños más suaves y las toallas más mullidas.

—No estoy preparando estos ungüentos y estas colonias para ti. -

contestó María a su hermano Lázaro.

□Son ungüentos y colonias como los que las esposas preparan para su esposo en la noche de boda o los que las amantes preparan para sus amados.

□Yo lo estoy preparando para la persona que más amo en este mundo. La amo con toda mi alma. – señaló María dejando la mirada perdida en la distancia.

□No sé si es adecuado para que una mujer se lo dedique a otra mujer. – sentenció Lázaro.

□No me importa que mi amor sea adecuado o deje de serlo. La amo y eso me basta. – respondió la hermana.

12.12

□¡Herodes, tienes que garantizar la sucesión a nuestro hijo como Mesías y como rey!

La esposa del rey se mostraba inquieta y celosa. Todo le parecía un peligro. Herodes lo atribuía al embarazo. Había oído decir que es un tiempo en que las mujeres están poseídas, y no siempre por espíritus favorables. El rey procuraba tener pocos encuentros con ella, para evitar las constantes reclamaciones.

□No tengas ninguna preocupación. Todo se hará en su momento. – replicó- Además, todavía no sabes si será chico o chica.

□Va a ser chico y tan grande como tú. – afirmó con seguridad la esposa – Lo noto por las patadas que me da. Debes evitar que alguno de tus hermanos reclame el reino y nuestro hijo tenga problemas.

□No tendrá ningún problema. Estate tranquila.

□Para garantizar el título de Mesías, – insistió Herodías – debes lograr que algún sacerdote del Templo diga que se están cumpliendo en él las profecías anunciadas.

□Herodías, lo haré en su momento. Ahora tengo que atender a unos embajadores. – el rey utilizó esa excusa para librarse de las demandas de su esposa.

12.13

□¡María, es una irreverencia lo que deseas hacer con Hannah! – dijo con severidad su hermana Marta - ¡Más que una irreverencia! Muchos lo considerarán un escándalo. ¿Cómo una mujer va a bañar, acariciar, ungir y perfumar el cuerpo de otra mujer? ¡Estás loca!

□¡No estoy loca! – reaccionó María con vehemencia – ¡La amo! Deseo agradecer que haya salvado a nuestro hermano.

□Está muy bien que se lo agradezcas, pero no con un acto

obsceno.

□¡No es ningún acto obsceno! – gritó María - Amar a otra persona no es ninguna obscenidad. ¡No puede ser ninguna obscenidad!

12.14

□¡Esto es intolerable! Los romanos están apretando demasiado las cuerdas. Les va a explotar todo en sus propias manos.

Herodes acababa de recibir dos decretos de obligado cumplimiento. El envío estaba firmado por Poncio Pilatos. Pero los documentos estaban sellados en Roma y no se referían sólo al reino judío sino a todas las colonias sometidas a la dominación romana. Por el primero, se prohibía que los gobernantes locales aumentaran el número de las tropas a su servicio. Con esa norma, se deseaba evitar los peligros de sublevación. Por el segundo, se creaba un nuevo impuesto. Todo el que poseyera una casa debería pagar una nueva tasa al comienzo de cada periodo administrativo. Los gastos en Roma se habían disparado y era preciso encontrar una solución.

El rey, sabedor de que tendría que cumplirlos sin rechistar, decidió no comentárselo a su esposa para evitar, al menos, sus críticas.

12.15

□¡Marta, no tienes ningún motivo para censurar a tu hermana! – dijo Hannah en tono de reproche – Lo que ella va a hacer es un acto de amor que nace directamente de su corazón. Ella va a bañar mi cuerpo, lo va a acariciar, y lo va a ungir. ¿Qué pecado hay en todo ello? ¿Qué pecado hay en el amor? Puedo asegurar que el pecado, muchas veces, está en el ojo de quien mira con maldad lo que otra hace con amor. Sé que algunas de vosotras pensáis lo mismo que Marta. Sé que desaprobáis los besos y las caricias que me hace. Pero yo se las agradezco, porque he adoptado la carne humana para llevar a cabo mi misión y también me gusta que me quieran.

Tanto Marta como las otras compañeras que criticaban las manifestaciones afectivas de María hacia Hannah escucharon las palabras de la Mesías con la cabeza agachada. Las entendieron como un reproche. Hannah se fue con María al interior de la habitación. De ella, salían ya los perfumes de las sales aromáticas y el olor agradable de las hierbas secas que habían sido quemadas. El resto de las mujeres salió al patio en silencio.

12.16

—¡Herodes, ha comenzado la decadencia de tu reinado! ¿Cómo dirás ahora que eres el rey y el Mesías del pueblo judío?

Herodías, cuanto se enteró de los decretos recibidos, estuvo toda la tarde sin dirigir la palabra a su esposo. Era la manera de hacerle ver su enfado por la nueva sumisión que había demostrado ante Poncio Pilatos. El rey estaba también muy afectado. Pero no coincidía en la interpretación de su mujer.

—No tengo más remedio que cumplirlos. Ellos tienen el poder, los soldados y las armas.

—Tú tienes a todo el pueblo judío detrás de ti. Eres su rey y su Mesías. – dijo con fuerza Herodías - No se puede atrever a enfrentarse a todos. El poder del imperio romano se apoya sólo en el miedo que tenéis todos los demás.

12.17

—¡Estamos preparadas para realizar el gran cambio! Debemos partir hacia Jerusalén.

Hannah había salido relajada y contenta del baño que le había dado María. Ésta también salió sonriente y gozosa. Había sido una sesión larga de la que no se supo cómo se había desarrollado. Ninguna de las otras mujeres lo preguntó. No deseaban profundizar en algo que podía hacer desaparecer la buena armonía que reinaba entre todas.

—¿Cuándo partimos? – preguntó Marta con la intención de comenzar a realizar los preparativos.

—Saldremos mañana al despuntar el sol. – afirmó Hannah – Os aseguro, otra vez, que nada de lo que estaba previsto va a suceder. Lo que va a suceder cambiará el curso de la historia.

—Si vamos a celebrar la Pascua, serán necesarias algunas cosas.

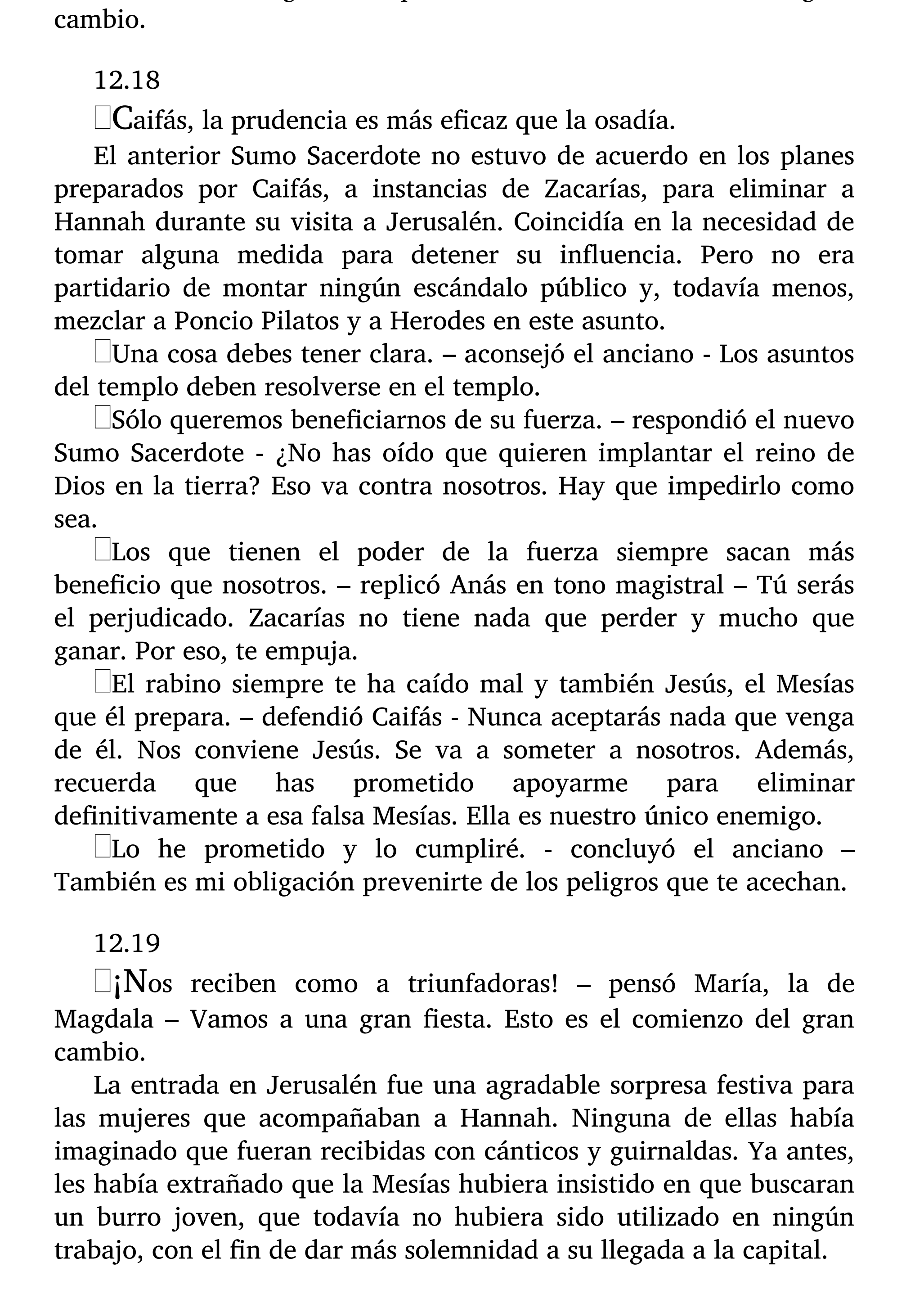
—No debemos preocuparnos. – insistió la Mesías – Mi Padre que está en los cielos se encargará de todo. Ha llegado también su momento.

—Mi hermano Lázaro buscará la casa para celebrar la cena pascual y también nos conseguirá el cordero.

Este anuncio fue hecho por María, quien aprovechó para situarse de nuevo en el centro del grupo, frente a Hannah. Todas estaban atentas y un poco nerviosas por ese viaje.

—Dinos qué es lo que va a suceder y cómo. – pidió María en tono amistoso.

—Vosotras protagonizaréis todo lo que va a pasar. Después de celebrar la Pascua, yo me reuniré con mi Padre y vosotras



implantaréis el reino de Dios en la Tierra. Todo será nuevo y diferente.

—Eso significa establecer el reino de las mujeres – dijo la madre de Hannah a las seguidoras que estaban a su lado – Ese es el gran cambio.

12.18

—Caifás, la prudencia es más eficaz que la osadía.

El anterior Sumo Sacerdote no estuvo de acuerdo en los planes preparados por Caifás, a instancias de Zacarías, para eliminar a Hannah durante su visita a Jerusalén. Coincidía en la necesidad de tomar alguna medida para detener su influencia. Pero no era partidario de montar ningún escándalo público y, todavía menos, mezclar a Poncio Pilatos y a Herodes en este asunto.

—Una cosa debes tener clara. – aconsejó el anciano - Los asuntos del templo deben resolverse en el templo.

—Sólo queremos beneficiarnos de su fuerza. – respondió el nuevo Sumo Sacerdote - ¿No has oído que quieren implantar el reino de Dios en la tierra? Eso va contra nosotros. Hay que impedirlo como sea.

—Los que tienen el poder de la fuerza siempre sacan más beneficio que nosotros. – replicó Anás en tono magistral – Tú serás el perjudicado. Zacarías no tiene nada que perder y mucho que ganar. Por eso, te empuja.

—El rabino siempre te ha caído mal y también Jesús, el Mesías que él prepara. – defendió Caifás - Nunca aceptarás nada que venga de él. Nos conviene Jesús. Se va a someter a nosotros. Además, recuerda que has prometido apoyarme para eliminar definitivamente a esa falsa Mesías. Ella es nuestro único enemigo.

—Lo he prometido y lo cumpliré. - concluyó el anciano – También es mi obligación prevenirte de los peligros que te acechan.

12.19

—¡Nos reciben como a triunfadoras! – pensó María, la de Magdala – Vamos a una gran fiesta. Esto es el comienzo del gran cambio.

La entrada en Jerusalén fue una agradable sorpresa festiva para las mujeres que acompañaban a Hannah. Ninguna de ellas había imaginado que fueran recibidas con cánticos y guirnaldas. Ya antes, les había extrañado que la Mesías hubiera insistido en que buscaran un burro joven, que todavía no hubiera sido utilizado en ningún trabajo, con el fin de dar más solemnidad a su llegada a la capital.

Al llegar a las primeras casas, había personas que se detenían a su paso y gritaban ‘Hosanna’. Otras cantaban: ‘Bendita quien viene el nombre del Señor’. Había quien se quitaba el manto y lo arrojaba al suelo para que el burro que transportaba a Hannah pasara por encima.

Cada vez eran más las personas que se unían a la comitiva de Hannah. En las calles próximas al templo, ya constituían una procesión. Las mujeres cercanas a la Mesías no dejaban de preguntarse quién había preparado aquel recibimiento, pero nadie lo sabía. Las más contentas eran María la de Magdala y Sara. Ambas se colocaron a la cabeza de la procesión, cada una a un lado del burro y de Hannah.

Algunos servidores de la ley dijeron a Hannah que no autorizara esos cánticos y esas jaculatorias, porque sólo debían dirigirse a Dios. Sin embargo, ella les respondió que ‘no puedo prohibírselo porque, si ellos callaran, las piedras se pondrían a cantar’.

Cuando llegaron frente al templo, a una cierta distancia, Hannah hizo una señal y todos se detuvieron. Descendió del burro. Se arrodilló y besó la tierra. Se quedó un momento de rodillas. Pero en lugar de mirar al Templo, dirigió sus ojos brillantes y su rostro sereno al cielo.

□Oh, Jerusalén, ojalá en este día entiendas los nuevos caminos que van a llegar. Pueden ser grandes y beneficiosos. Pero si no los escuchas, vendrán días negros para ti. Tus enemigos te cercarán con trincheras. Te atacarán y te estrecharán por todos los lados. Te aplastarán contra el suelo a ti y a los que viven entre tus muros. No dejarán de ti piedra sobre piedra. Si aceptas mi llegada como la Hija del Altísimo, enviada por mi Padre celestial, tendrás días de gloria. Serás la capital del nuevo Reino de Dios, del Altísimo, en la tierra.

12.20

□Coloca guardias en las puertas para que la falsa Mesías no pueda entrar en el templo.- Caifás se mostró muy tajante en esa orden al jefe de la guardia.

12.21

Hannah se levantó manteniendo el rostro alegre y sereno. En unión de las mujeres que estaban con ella, se dirigió hacia el templo. Lo hizo despacio. Los soldados ya se habían colocado en las puertas. Ella miraba al cielo. Caminaba con decisión. Sus seguidoras se habían contagiado de su entusiasmo. La Mesías irradiaba alegría y decisión.

En los soportales, los mercaderes vendían, a gritos, todo tipo de recuerdos, estampas, jaculatorias y amuletos. En otro lado, estaban colocados los que vendían con los mismos gritos los animales que podían ser sacrificados o regalados a los sacerdotes del templo. La Mesías se indignó, una vez más, por la profanación permanente de la casa de su padre.

—La casa de mi Padre debe ser una casa de oración. Pero vosotros la habéis convertido en una fortaleza militar y en un refugio de ladrones.

Los vendedores se indignaron por esa actitud. Pero ninguno se atrevió a enfrentarse a ella y mucho menos a atacarla. Los soldados hicieron un intento de agredir a sus seguidoras, pero recibieron orden de aplazar esa acción.

12.22

Caifás, desde su despacho de Sumo Sacerdote, estuvo vigilando lo que estaba pasado con los mercaderes y los soldados. Había dado la orden para que detuvieran a la Mesías. Pero tuvo que retirarla.

—Tú no puedes detener a nadie por alterar el orden público. – advirtió el anciano Anás – Esa no es competencia del Sumo Sacerdote. Los soldados romanos te obligarán a ponerla en libertad. Sería mucho peor para ti.

—Si ellos no la detienen, alguien debe hacerlo. – protestó el nuevo Sumo Sacerdote – Al fin y al cabo, su rebeldía va contra la religión.

—Quedarás desautorizado, si te obligan a rectificar. – insistió su suegro – Mantén la calma y la paciencia. Es preciso esperar al momento que más nos favorezca.

12.23

—¡Hannah, dinos en qué consistirá el gran cambio!

Cuando Hannah se quedó a solas con sus seguidoras fieles, apartadas ya del ruido y la afluencia de los compradores y los soldados, les invadió a todas, de nuevo, la curiosidad sobre cómo culminaría la misión de la Mesías y la suya.

—Hannah, - se atrevió a insistir María aprovechando su estrecha amistad - ¿nos vas a decir lo que de verdad va a suceder estos días?

—Os hablaré en parábola para que lo comprendáis mejor. Una mujer muy rica y bondadosa plantó una viña, la rodeó de una cerca, cavó un lagar y se la entregó a sus trabajadoras para que vivieran en ella. En el tiempo de la cosecha, la mujer bondadosa envió a una mensajera para saber cómo estaban administrando la viña las

trabajadoras. Pero ellas mataron a la mensajera para ocultar los despilfarros y pecados que realizaban. Con el fin de ofrecer el perdón a las trabajadoras deshonestas, la mujer bondadosa envió a su propia hija para que escucharan su mensaje y se arrepintieran porque estaba deseosa de perdonarlas a pesar de sus malas acciones. Las trabajadoras pervertidas intentaron matar también a la hija. Pero las seguidoras fieles obedecieron las órdenes de la señora de la viña y lograron que ésta diera el mejor de sus frutos.

—¡Las fieles somos nosotras! – gritaron las seguidoras más cercanas – Nosotras haremos el gran cambio.

—¡No nos abandones! – insistió María Magdalena– Cuando te reencuentres con tu Padre, quédate también con nosotras y ayúdanos a realizar ese cambio. Nosotras solas no sabremos hacerlo.

—No os abandono. Pero mi Padre me reclama a su lado.

12.24

—Zacarías, lo acepto. Si debo morir en la cruz para completar mi misión, lo haré. Cumpliré también esa exigencia de los profetas. Estoy preparado para ir a Jerusalén a celebrar la Pascua con mis doce apóstoles.

Jesús estaba ya vestido para iniciar el camino, cuando fue a exponer a Zacarías su decisión. Tenía incluso la intención de proponerle que le acompañara con el fin de realizar allí una ceremonia muy solemne convocando a muchos seguidores ante el templo. Podría ser el culmen de la campaña de difusión para exponer su mensaje.

—¡Vuelve ahora a la casa de tus padres! – ordenó el rabino – Continúa callado a la espera de mis indicaciones. Debemos esperar a ver cómo suceden los acontecimientos. No crees más problemas de los que ya tenemos. Estate en contacto con los apóstoles porque a ellos los llamaré en cualquier momento para realizar la importante misión que les tengo reservada.

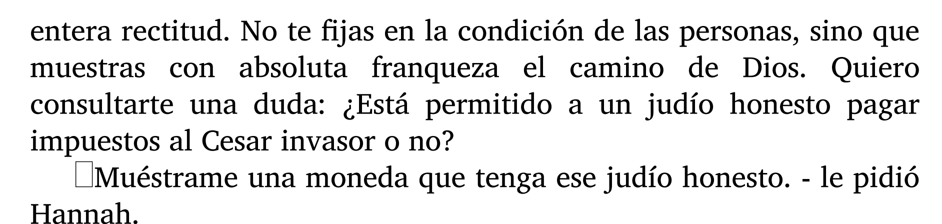
—Pero ¿tendré que morir en la cruz?

—Debemos esperar.

12.25

Por sugerencia del anciano y astuto Anás, su yerno encargó a algunos fariseos insidiosos que confundieran a Hannah con preguntas capciosas y lograran, de ella, contestaciones que sirvieran para que los romanos la detuvieran o se enemistara con el pueblo.

Uno de ellos se acercó a la Mesías con un falso aire piadoso para hacer la siguiente pregunta: ‘Sabemos que hablas y enseñas con


entera rectitud. No te fijas en la condición de las personas, sino que muestras con absoluta franqueza el camino de Dios. Quiero consultarte una duda: ¿Está permitido a un judío honesto pagar impuestos al Cesar invasor o no?

—Muéstrame una moneda que tenga ese judío honesto. - le pidió Hannah.

El fariseo intrigante buscó en su bolsa una moneda. La sacó y se la entregó.

—¿De quién es esta cara y esta inscripción que hay en tu moneda? – preguntó la Mesías.

—Del Cesar. – se vio obligado a responder el fariseo que ya estaba desconcertado.

—Si tú tienes una moneda con la cara del Cesar, - contestó Hannah – da al cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios.

A pesar de esa derrota dialéctica, continuaron haciendo otras preguntas con mala intención a fin de conseguir la recompensa que les había prometido el Sumo sacerdote si lograban alguna respuesta comprometedora.

—Moisés nos enseñó lo siguiente – dijo otro de los presentes – Si uno tiene un hermano casado que muere sin dejar familia, debe casarse con la viuda para darle un hijo que será el heredero del difunto. Cuando muera esa mujer y, si hay resurrección de los muertos, ¿de cuál de ellos será la esposa, porque los dos la tuvieron por esposa?

—En este mundo, los hombres y las mujeres se casan y mueren. Pero los que son dignos de entrar en el reino de los cielos y de resucitar entre los muertos, ya no se casarán ni volverán a morir, porque son como los ángeles. – contestó Hannah con serenidad.

12.26

—Debéis estar atentos a todos los detalles. Ha llegado el momento definitivo para la religión que deseamos transmitir. Anotad todo lo que veáis. Después nos reuniremos y determinaremos cómo debe ser escrito, indicando que se cumple lo anunciado por los profetas, aunque Hannah lo niegue. Id cada uno por un lado y observadlo todo.

Éste fue el principal consejo que dio el rabino Zacarías en la reunión que mantuvo con los apóstoles que había seleccionado para que escribieran la nueva doctrina del Mesías atribuida a Jesús. Les insistió en que, a partir de ese momento, se iban a precipitar los acontecimientos. Debían estar en contacto con el resto del grupo pero dedicados a su misión específica.

—Nuestro objetivo es transmitir, a través de vuestros evangelios, la doctrina del Mesías Jesús. A la vez, debéis mantener la unidad con el resto de los apóstoles, porque os he reservado una misión decisiva para la difusión de la nueva religión. ¡Ah! Si veis a Simeón por alguna parte, decídmelo

12.27

—¡No os dejéis engañar! – dijo Hannah a sus seguidoras más íntimas cuando se hallaban en la puerta del templo –Si os persiguen por seguir mi doctrina, si os hacen presas y os llevan a los tribunales, no os preocupéis. Estáis en el buen camino.

—Defenderemos el reino de Dios con armas, si es necesario.

María la de Magdala se colocó junto a Hannah y tomó su mano. A su lado, estaban Sara y su hermana Marta. Todas se abrazaron. Pero ninguna se atrevió a hablar.

LAS SEGUIDORAS

13.1

□Padre mío, que estás en los cielos, ayúdame en este momento tan importante de nuestra misión. Ya que tú me has enviado, no me abandones cuando más necesito tu ayuda. ¡Estate a mi lado!

La oración de Hannah era muy sentida, llegaba incluso a ser apremiante.

13.2

□Yo me encargaré personalmente de prepararlo todo para la fiesta de la Pascua y para el comienzo del gran cambio.

José de Arimatea se mostró muy solícito con Lázaro, cuando éste le pidió que prestara su cenáculo para que Hannah y sus seguidoras se reunieran. El de Magdala se ofreció a retribuirle la cantidad necesaria por su alquiler y también a correr con los trabajos de preparación de la cena así como la compra de los alimentos necesarios.

□Para mí es un grandísimo honor que la Mesías celebre esta cena de Pascua tan importante en mi casa. Pero es todavía más honor que allí comience, con sus seguidoras, la nueva etapa para realizar el Reino de Dios en la tierra.

Desde ese mismo momento, comenzó con los preparativos. En primer lugar, se interesó por el número de asistentes a la cena. Lázaro no supo contestar. Él no había recibido ningún encargo concreto de Hannah. Sólo seguía la información de sus hermanas y el deseo de agradecer la devolución de la vida que ella le había hecho.

José de Arimatea se comprometió a preparar mesas y sillas. También aseguró que compraría cuatro corderos para cubrir así las necesidades que pudieran surgir. Dijo que él iba a permanecer en esa residencia para estar al tanto de las posibles urgencias.

□Tendré que preparar muchas cosas porque quizá se queden en el cenáculo durante mucho tiempo.

13.2

□Jesús, es preciso que te traslades inmediatamente a Jerusalén para la celebrar la Pascua con los apóstoles.

El elegido de Zacarías recibió esta nueva orden con desconcierto. El rabino ni siquiera hizo alusión a que había cambiado de opinión, después de rechazar la propuesta que el

propio Jesús le había hecho para trasladarse a la capital.

—Es conveniente que te acerques al templo y te dejes ver, cuando haya muchos fieles, aunque con mucha prudencia. Mantente siempre unido a los apóstoles. No os separéis.

Zacarías no tenía todavía claro si era conveniente celebrar de modo público la cena pascual. Existían muchas incógnitas sobre los acontecimientos que iban a tener lugar. Sabía que Caifás estaba ya convencido de actuar contra Hannah. Esa intervención podía ser violenta. Desde luego, resultaría polémica. Obligaría a mucha gente a posicionarse a favor y en contra.

—¿Ha llegado el momento de que muera en la cruz?

—En Jerusalén, tendrás que estar atento a mis indicaciones. Es posible que tengas que volver precipitadamente a la casa de tus padres. Estate preparado en todo momento. Los apóstoles también tienen que estar preparados para todo. Sobre tu posible muerte en la cruz, piensa que esa será la prueba definitiva para que puedas ser tenido como el auténtico Mesías por los siglos de los siglos.

—Como Mesías, estoy dispuesto a culminar la misión que he recibido. – replicó Jesús intentando no contradecir los planes de su mentor.

—De todos modos, en estos momentos, es complicado saber qué es lo que habrá que hacer para llevar a cabo una misión tan elevada como la que tú y tus apóstoles habéis recibido. – insistió el rabino-Estate dispuesto a todo.

13.4

José de Arimatea ordenó a varios de sus criados que realizaran la limpieza del cenáculo y lo prepararon para ser utilizado. Indicó que no tuvieran ningún reparo en realizar los gastos que fueran necesarios para que la adecuación del local fuera perfecta para su uso por muchas mujeres quizá durante mucho tiempo.

También se reunió con su amigo y colega Nicodemo. Ambos estuvieron de acuerdo en colaborar para que esa celebración pascual resultara un acontecimiento importante. Deliberaron sobre la manera de lograr el mayor eco posible de ese acontecimiento. Nicodemo era partidario de invitar a otros miembros de la comunidad judía para que conocieran la doctrina que la Mesías estaba predicando. El de Arimatea, en cambio, insistió en la necesidad de realizar una celebración austera y prudente. De la conversación, salió la conclusión de propiciar la asistencia a la cena Pascual con Hannah sólo de las personas de las que se tuviera absoluta seguridad sobre su fidelidad. José de Arimatea se

comprometió con su amigo a poner a sus criados como vigilantes para evitar cualquier incidente.

13.5

—Estamos dispuestos a remunerarte muy generosamente para que sigas ayudándonos. Hay que detener a Hannah e impedir que las seguidoras continúen su misión.

Judas exigió negociar directa y personalmente con Caifás. El Sumo Sacerdote hubiera preferido no verse implicado directamente y realizar los contactos a través de algún mensajero o criado. Tuvo que claudicar. Lo único que pudo conseguir es que la reunión no tuviera lugar en el templo y con solemnidad.

El Sumo Sacerdote se mostró nervioso a la hora de exponer sus propósitos. Con dificultad podía sostener la insolente mirada de Judas, a la hora de explicar que deseaba su colaboración para que, en un momento determinado, pudiera indicar quién era Hannah a los soldados cuando fueran a detenerla.

—Lo que me estás pidiendo es que la traicione. – afirmó Judas.

—No creo que la palabra adecuada sea esa. – respondió el Sumo Sacerdote con cierta vergüenza – De lo que se trata es de…

—Además, querrás que lo mantenga en secreto. ¿O no? – volvió a preguntar Judas con mayor insolencia.

—Desde luego. Todos debemos garantizar el secreto. – insistió Caifás.

—Todo eso costará dinero.

—Estamos dispuestos a remunerarte adecuadamente.

—Deberán ser treinta monedas de plata. – dijo Judas con firmeza.

—¿Treinta monedas de plata? – se sorprendió el Sumo Sacerdote.

—¡Treinta monedas o no hay nada que hacer!

—Está bien. – se resignó Caifás- Te daremos treinta monedas por todo, lo que has hecho y lo que harás. Pero debes garantizar el secreto.

—Me las darás este mediodía por adelantado.

—La mitad por adelantado y la otra mitad, después de que haya sucedido todo. – afirmó Caifás intentando aparentar firmeza.

—Lo acepto para no parecer intransigente. – indicó Judas – Volveré al mediodía.

—No hace falta que vengas. Un mensajero mío te dará el dinero y te indicará dónde debes entregar a Hannah.

13.5

—A la cena, sólo asistiremos mujeres. Somos las que hemos seguido con fidelidad a Hannah. ¡Debemos celebrarlo nosotras! No puede asistir ningún hombre. En la estancia posterior, tampoco deben estar presentes los hombres. Nosotras las mujeres somos las encargadas de iniciar el reino de Dios en la tierra y realizar el gran cambio.

María, la hermana de Lázaro, en cuanto supo que José de Arimatea iba a organizar la cena de Pascua, se entrevistó con él para concretar la preparación. Le dijo que no se preocupara por la cantidad de alimentos. Las discípulas de Hannah estaban acostumbradas a sobrevivir con muy pocos recursos. En muchas ocasiones se habían saltado las comidas para seguirla de un pueblo a otro. Con frecuencia, no habían podido comer por no tener los recursos necesarios.

—Lo importante es la comunicación, la relación entre nosotras y la conversación. Debemos estar unidas para realizar esa gran misión.

José de Arimatea mostró una especial insistencia en preguntar cuántas invitadas a la cena se podían calcular. La de Magdala no supo calcular. Era imprevisible el número de mujeres que podrían concentrarse. Ella suponía que iban a ser muchas. Estaba segura de que, por las calles de Jerusalén, numerosas mujeres se iban a unir a las seguidoras de Hannah, en cuanto conocieran su doctrina.

—¿Cómo vamos a impedir que entren los hombres que lo deseen? – preguntó José.

—¿Tú también te opones al gran cambio de las mujeres? – reaccionó María enfrentándose directamente con él. - ¿Te opones a que las mujeres celebremos solas las ceremonias? ¿Quieres mantener las prohibiciones y los tabúes tradicionales? ¿No sabes todavía que Hannah ha venido a predicar la libertad, la fraternidad y la igualdad?

—Sólo he preguntado cómo vamos a impedir la entrada de los hombres. – intervino el de Arimatea a la defensiva.

—Les impediremos la entrada simplemente. – sentenció la firme seguidora – No hay que andar con contemplaciones. La misión ahora nos corresponde a nosotras.

—Entre los seguidores, también hay hombres.

—Muy pocos. – replicó ella con fuerza.

—Algunos de ellos realizan labores administrativas, como Judas.

—Ése es el que menos debe asistir. – replicó María con vehemencia – Vendería los alimentos y se quedaría con todo el dinero.

La conversación terminó con el compromiso de que las propias mujeres se encargarían de impedir la entrada de los hombres. José realizó algún intento más, defendiendo la presencia masculina, ya que tenía interés personal en asistir. Pero no la pudo convencer.

13.7

El mensajero enviado por Caifás con la mitad de las monedas acordadas, indicó a Judas que la entrega de Hannah debía efectuarse en las primeras horas de la noche, nada más terminar la cena de Pascua.

—Yo estaré cenando con ella. – se comprometió el administrador - Los soldados deben estar esperando frente a la puerta del cenáculo. Cuando salgamos, os la entrego.

—El Sumo Sacerdote me ha insistido en que todo debe desarrollarse con total puntualidad. No sólo hay que detenerla. Hay que impedir que las seguidoras inicien su misión.

—No habrá ningún problema. – aseguró Judas – Dile a Caifás que no se olvide del resto de las monedas.

13.8

—Debéis ir dos a la cena de Pascua que va a celebrar Hannah en el cenáculo de José de Arimatea. Vosotros, Lucas y Mateo. Pueden pasar muchas cosas. Allí no toméis ninguna nota. Disimulad. No provoquéis ninguna sospecha. Para que os dejen entrar, aparentad que sois seguidores suyos. Tenéis que quedaros para conocer en qué consiste eso de implantar en la tierra el Reino de Dios, eso que llaman el gran cambio.

Zacarías fue muy meticuloso en las órdenes dadas a los apóstoles seleccionados para la escritura de los evangelios que serían difundidos como muestra de la doctrina del Mesías que había cumplido la misión encomendada por los profetas.

—Retened todo en la memoria. Antes de escribirlo y atribuírselo a Jesús, debemos hablarlo detenidamente. Vuestra misión es observar y fijaros en todo. Me interesa incluso más lo de la misión de las seguidoras que la cena de Pascua. Bueno. Me interesa todo. ¡Vamos!

13.9

Cuando las seguidoras de Hannah se reunieron para dirigirse al cenáculo, resultaron ser muchas más de las esperadas. Había tenido razón María de Magdala al suponer que, en Jerusalén, numerosas mujeres se iban a unir al grupo. La mayoría tenía como único

motivo la curiosidad, pero era ése un buen comienzo. Hombres, en cambio, fueron pocos los que se unieron.

El cenáculo y el patio contiguo se llenaron enseguida. Las dos hermanas de Lázaro, por indicación de María, se adelantaron con el fin de realizar ellas, en unión de otras dos compañeras, la vigilancia para evitar la entrada de hombres. Para su sorpresa, cuando llegaron, ya había entrado mucha gente. No se explicaban cómo se habían enterado. Algunos de los que ya estaban esperando dentro, eran hombres.

María se puso muy nerviosa y se enfadó muchísimo por ese incidente. Sin embargo, fue su hermana Marta quien se convirtió en la organizadora del servicio de vigilancia. Determinó quiénes debían quedarse en la puerta para recibir a las seguidoras. Entre ellas, estaban María y Sara, que tenían las cualidades de amabilidad y simpatía.

Eligió a otras tres compañeras de fuerte carácter y de complexión desarrollada. Entre las cuatro, trataron de convencer a los hombres que habían entrado ya, para que abandonaran el cenáculo. Entre los que se resistieron a salir, destacó Judas. Utilizó todos los argumentos imaginables para quedarse. Insistió especialmente en asegurar que su presencia era necesaria para estar al tanto de la administración del dinero. Ninguna de esas razones le valió.

También mostraron resistencia a abandonar dos hombres jóvenes, a quienes ninguna de las cuatro miembros del comando conocían. Eran Lucas y Mateo. Alguna otra compañera los identificó como ayudantes del rabino Zacarías. No supieron dar razones para su deseo de permanecer, salvo su curiosidad para contemplar la ceremonia. Tuvieron que hacer fuerza para obligarlos a salir.

José de Arimatea y Nicodemo tenían un interés especial en presenciar la fiesta, pero no intentaron mezclarse entre las mujeres invitadas. Permanecieron en otra dependencia, procurando ver, sin ser vistos, los movimientos de Hannah. Nicodemo quiso contribuir, de modo personal, a la cena proporcionando un cáliz de gran valor tanto por el labrado de sus figuras como las piedras preciosas que lo adornaban. Decidió que una de las criadas se lo entregara a Hannah, destacando el deseo de su dueño de que fuera utilizado por la Mesías durante la cena pascual.

13.10

Los zelotes también quisieron estar presentes en la celebración de la Pascua. Habían detenido momentáneamente las protestas por

la detención de su líder Barrabás hasta saber en qué quedaba la pelea entre las instituciones por su custodia. Tras su entrega al procurador de Roma, tenían un nuevo motivo de protesta contra el rey de los Judíos, por considerarlo absolutamente sometido a las peticiones del invasor.

La protesta, una vez más, consistió en la muerte de otra pareja de soldados reales mientras vigilaban. Tampoco realizaron una acción especialmente sangrienta o macabra. El principal interés consistía en mantener vivas las reclamaciones de independencia.

13.11

Antes de sentarse a la mesa, cuando las discípulas, eufóricas, estaban apresurándose para conseguir los puestos cercanos. Hannah se detuvo y pidió que se descalzaran a quienes la habían acompañado durante más tiempo. Además de sorprendidas, quedaron un poco avergonzadas al comprobar que todas ellas tenían los pies sucios del polvo. Tuvo que insistir para que se quitaran el ya maltrecho calzado.

La mayor resistencia la mostraron al comprobar que la Mesías se arrodillaba ante ellas para besar sus pies ennegrecidos. Algunas, entre ellas María de Magdala y Sara, se retiraron de la fila e intentaron que Hannah se levantara. No lo lograron. Mantuvo su propósito de rendir homenaje a quienes habían caminado con ella por los pueblos y las aldeas. Después de besar los pies, los lavó y los perfumó.

—Hannah, no puedo permitir que seas tú quien me laves los pies. Deja que sea yo quien te los lave a ti. – dijo María de Magdala cuando llegó su turno.

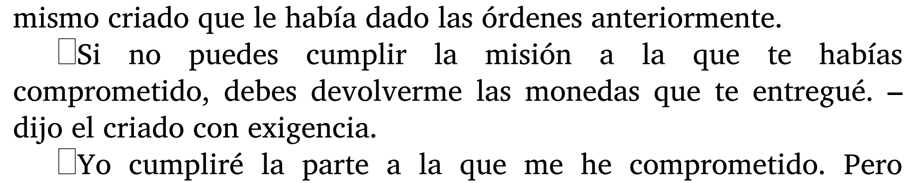
—Si no dejas que te lave los pies, no tendrás parte a mi lado a partir de ahora. –respondió la Mesías – Tampoco serás digna de participar en la construcción del reino de mi Padre celestial en la tierra.

—Entonces, lávame no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza. Quiero estar siempre contigo.

—Esto que yo hago con vosotras ahora, deberéis hacerlo entre vosotras para cumplir vuestra misión.

13.12

Judas se vio obligado a ir a la casa de Caifás para informarle de que no se podría llevar a cabo la entrega en el momento acordado porque no le habían autorizado a asistir a la cena. El Sumo Sacerdote se negó a hablar con el mal administrador. Le envió el



mismo criado que le había dado las órdenes anteriormente.

—Si no puedes cumplir la misión a la que te habías comprometido, debes devolverme las monedas que te entregué. –dijo el criado con exigencia.

—Yo cumpliré la parte a la que me he comprometido. Pero deberá ser más tarde y en un sitio diferente. Que los soldados estén preparados desde las primeras horas de la noche. Yo les avisaré en el momento oportuno.

13.13

Hubo grandes dificultades a la hora de situarse en las mesas colocadas en el cenáculo. Había sitio en ellas sólo para una minoría de las mujeres que se habían reunido. Las hermanas Marta y María, junto a Sara y a las otras tres mujeres encargadas de la organización, fueron colocando con prioridad a quienes habían sido más habituales en las predicaciones y viajes.

Hannah ocupó un lugar desde donde podía ser vista por todas las asistentes. Frente a ella, fue colocado el precioso cáliz entregado por Nicodemo. Las piedras preciosas brillaban y causaron gran admiración entre las que estaban más cercanas.

En las distintas mesas, se colocaron jarros grandes. Unos llenos de agua y otros con el vino apropiado para tan solemne celebración. En medio, se pusieron grandes fuentes ovaladas con panes ácimos. Simultáneamente se fue completando el sacrificio de los corderos que habían sido encargados por José de Arimatea.

13.14

—¡Torpes! Debíais haberos vestido de mujer.

Zacarías se enfadó con Lucas y Mateo por no haber podido asistir a la celebración de la cena de Pascua con Hannah. No aceptó el argumento de que les habían echado porque sólo autorizaban la presencia de mujeres. Tenían que haber inventado cualquier excusa para quedarse o haber dejado encargada a alguna mujer asistente para que los informara.

—Mirad cómo lo arregláis ahora. En cuanto termine, buscad a alguien que os diga, con toda exactitud, cómo se ha desarrollado. Intentad por todos los medios meteros en la reunión de las seguidoras. Enteraos de lo que pasa allí para atribuírselo después a Jesús en nuestros evangelios.

13.15

Los militantes zelotes decidieron realizar una campaña especial

para lograr la libertad de su líder Barrabás. Todos los años, intentaban aprovechar la costumbre de liberar a un preso con ocasión de la Pascua para que el designado fuera alguien perteneciente a su grupo. En esta ocasión, el esfuerzo debía ser mayor.

Decidieron trabajar en dos direcciones. Era preciso pasar a los presos de la organización la orden de que apoyaran, por todos los medios, la designación de Barrabás como candidato para la liberación. Después, había que lograr la asistencia de mucha gente, frente al palacio de Pilatos, que gritara la petición de libertad al ser propuesto su nombre.

13.16

—¡Éste es el gran momento! En él, culmina mi misión como Mesías.

Estaban ya casi al final de la cena, que había transcurrido en un tono de fraternal alegría y entusiasmo por la gran misión que todas iban a protagonizar. Hannah adoptó una actitud mucho más solemne. Se levantó, miró a todas las presentes y llamó su atención. Tomó, entonces, con las dos manos el pan que todavía quedaba. Cerró los ojos en señal de recogimiento. Elevó el pan hacia el cielo con el mismo recogimiento.

—Éste es mi cuerpo. En él, está vuestra salvación. A partir de ahora, haced esto en conmemoración mía.

Con gran devoción, ella comió un trozo de ese pan. Después, lo fue repartiendo entre todas las asistentes. Aunque éstas eran muchas, y el pan que quedaba era ya escaso, sorprendentemente llegó para que todas pudieran tomar aquel pan que había sido trasformado en su cuerpo.

Después, ya al final de la cena, Hannah tomó, también con sus manos, el precioso cáliz que había utilizado. Volvió a cerrar los ojos como nueva señal de recogimiento y veneración. Levantó las manos y elevó la copa hacia el cielo. La sostuvo con solemnidad.

—Éste es el cáliz de la Nueva Alianza. Hacedlo también en conmemoración mía en la nueva etapa que ahora debéis comenzar.

Con la misma reverencia y el mismo respeto, acercó el cáliz a sus labios y bebió. Después, lo fue pasando a todas las presentes para que bebieran. Se dio la circunstancia de que el vino del cáliz convertido en la sangre de la Mesías tampoco se terminó hasta que todas pudieron beber. A continuación, hubo un largo tiempo de silencio y recogimiento. De nuevo, fue interrumpido por Hannah.

—Antes de realizar el gran cambio del reino de mi Padre en la

tierra, un mandamiento nuevo os doy. Amaos las unas a las otras como yo os he amado. Esta es la piedra sobre la que debéis construir en la tierra el reino de Dios. Esa es el gran cambio.


13.17

Debías haber encargado que la detuvieran otros. No debes mancharte las manos con esta acción. Deja también que sean ellos los que ataquen a sus seguidoras para que no se reúnan.

El anciano Anás no estuvo de acuerdo con los planes de su yerno y sucesor. Apoyaba su decisión de terminar con la mujer que se atribuía el carácter de Mesías y de Hija de Dios. Pero no consideraba prudente que el Sumo Sacerdote se hubiera implicado en una acción militar como era su detención.

He hecho gestiones ante el procurador romano y no ha querido saber nada. – replicó Caifás con energía – Herodes tampoco ha querido detenerla.

Nosotros somos una autoridad religiosa. – sentenció Anás - Hay que dejar las armas a los que tienen armas. Nosotros debemos estar por encima de esas cosas materiales.

Esa mujer se ha aprovechado también hasta ahora de tu debilidad y de tu indecisión. – replicó con fuerza el nuevo Sumo Sacerdote - Si queremos defender la religión judía, sus instituciones y nuestros puestos, debemos actuar con decisión.

13.18

¿Qué debemos hacer ahora?

Aunque había terminado la celebración de la cena pascual, en el cenáculo de José de Arimatea, nadie hacía nada para marcharse. Todas las mujeres permanecían expectantes, mirando a Hannah, deseosas de prolongar la estancia en común, sin saber con exactitud lo que debían hacer para iniciar la nueva etapa anunciada por la Mesías. Hannah estaba también muy emocionada. Pero intentaba aparecer serena.

13.19

¡Jesús, estate preparado! Los acontecimientos se pueden precipitar.

Jesús recibió con resignación la nueva orden de Zacarías. Había celebrado en privado la cena de Pascua. Había estado acompañado únicamente de los apóstoles que no escribían los evangelios.

¿Será ahora mi sacrificio en la cruz?

Debes seguir dispuesto a todo en cualquier momento. Pero no

es conveniente que estés ahora en Jerusalén.

El rabino se limitó a decirle que estaban a punto de suceder unos acontecimientos muy importantes y que era necesario obrar con mucha prudencia para utilizarlos en su propio favor. Los apóstoles también debían quedarse en Jerusalén.

—Vosotros, estad preparados en todo momento para iniciar vuestra misión.

—¿Cuál va a ser nuestra misión? – preguntaron los apóstoles.

—Yo os la comunicaré en su momento.

13.20

Judas se había instalado en las proximidades del cenáculo de José de Arimatea. La residencia tenía tres puertas, lo que dificultaba la vigilancia. El administrador avaricioso estaba más atento a los posibles movimientos en la puerta cercana al recinto donde estaban reunidas las mujeres. Pero ésa no era la entrada principal. También debía vigilar la puerta grande, porque el anfitrión podía agasajar a su importante invitada y no dejarla salir por una puerta secundaria. Incluso era posible que, para mayor discreción, utilizaran la tercera de las puertas, a la que también era necesario estar atento.

El tiempo estaba corriendo más de lo previsto. Las primeras horas de la noche ya habían pasado, sin que se notara ningún movimiento. Judas llegó a sospechar incluso que se hubieran dispersado misteriosamente sin darse él cuenta.

El criado de Caifás había llegado ya. Los soldados estaban a la espera de que se les diera la orden para detener a Hannah. Existía, en ellos, ya un notable nerviosismo por el retraso sobre el tiempo previsto. Judas tuvo que calmarlos en varias ocasiones y pedirles que se mantuvieran atentos porque en cualquier momento deberían intervenir.

El Sumo Sacerdote envió a otro criado para que le informara sobre las causas del retraso. Judas no pudo darle ninguna explicación convincente. Sólo pedía que confiaran en su palabra y estuvieran seguros de que, aunque se retrasara, la detención de Hannah se llevaría a cabo durante esa noche.

13.21

—Debo prepararme para reunirme con mi Padre celestial.

Fue Hannah quien tuvo que insistir para que terminara la reunión del cenáculo. Las mujeres estaban contemplándola sin hacer nada más. Tenían el sentimiento y el deseo de permanecer allí juntas.

—Mientras yo voy a rezar, preparad vosotras vuestra misión.

—Nosotras queremos seguir a tu lado. – dijeron las más cercanas – No nos dejes solas. Ayúdanos a llevar a cabo esta nueva misión. Sin ti, no sabremos realizarla.

—No os dejo solas. Pero también debo reunirme con mi Padre.

Aunque sus acompañantes se oponían, la Mesías se levantó e indicó que tenía que acudir al huerto de los olivos, en Getsemaní, con el fin de orar. Le temblaba la voz por la emoción. Cuando Hannah inició el estrecho sendero del valle de Josafat hasta el huerto, las mujeres quedaron paralizadas pero inquietas. Apenas se había separado unos metros, cuando todas comenzaron a andar tras ella. Se volvió en varias ocasiones para pedir que no la siguieran y se quedaran en el cenáculo para continuar su reunión. Se detenían momentáneamente. Pero, en cuanto ella reanudaba su camino, las seguidoras hacían lo mismo. Constituían una manifestación muy numerosa. Algunas, para estar más cerca, se adelantaban a la cabeza de la manifestación. Incluso se colocaban por delante de la Mesías. Al pasar, la tocaban con veneración, como si fuera la última oportunidad para hacerlo.

Al llegar a la puerta del valle de Josafat, Hannah, con rostro agradecido y sereno, ordenó firmemente a las acompañantes que no continuaran y regresaran al cenáculo. Era necesario que estuviera sola en el momento de dirigirse personalmente a su Padre.

13.22

Judas se había puesto muy nervioso al comprobar los primeros movimientos en los alrededores de la residencia de José de Arimatea. Hizo gestos al criado de Caifás para indicarle que la entrega de Hannah iba a ser inminente y que tuviera preparados a los soldados. Sin embargo, la salida de las mujeres rodeándola le desconcertó. Cuando había decidido acercarse a ella, precediendo a los soldados, para dar un beso con el fin de señalar a la persona que debían detener, se vio desbordado por el movimiento de las mujeres que trataban de colocarse cerca de la Mesías. Tuvo que apartarse para no ser arrastrado.

El criado de Caifás se enfadó al comprobar que, una vez más, quedaba sin efecto la posibilidad de detener a la Mesías. En cuanto disminuyó el paso de las mujeres, se acercó a Judas para exigirle responsabilidades en un tono muy airado. De nuevo, el mal administrador prometió que, a pesar del nuevo retraso, él cumpliría en esa noche el compromiso de entregar a la Mesías para recibir la recompensa íntegra. Propuso esperar a que pasaran las mujeres y

acercarse, después, hasta el huerto de los olivos por un sendero que él conocía. Aseguró que, de esa manera, podrían actuar con más garantías en el momento de llevar a cabo la detención. El criado de Caifás, a pesar de su gran enfado, no tuvo más remedio que aceptar esa propuesta.

13.23

Hannah inició sola la entrada en el huerto de los olivos. Las hermanas Marta y María, además de Sara y las tres acompañantes que habían formado el comando de vigilancia en el cenáculo, hicieron gestos al resto para que regresaran, asegurando que ellas continuarían a su lado. Se produjeron escenas de tensión pero se vieron obligadas a volver al lugar de su reunión.

Las seis mujeres que habían decidido seguir a Hannah, tuvieron dificultades para encontrarla por la oscuridad, a pesar de que era muy corta la distancia que las separaba. Intentaron no hacer ningún ruido, para no distraerla en su oración y para que tampoco notara su presencia ya que había pedido que la dejaran sola.

13.24

Zacarías, una vez seguro de que Jesús estaba dispuesto para lo que fuera necesario, se encaminó, a pesar de sus graves limitaciones físicas, a la residencia del Sumo Sacerdote. Suponía que allí se estarían dirigiendo las maniobras contra la Mesías. En su estrategia, era urgente enterarse de qué acontecimientos estaban teniendo lugar, con el fin de aprovecharlos para sus planes.

Los criados de Caifás le hicieron esperar, asegurando que era ya muy tarde. Él insistió y logró, al menos, que comunicaran su presencia y su deseo de entrevistarse con el Sumo Sacerdote. Fue tanta su insistencia y su porfía de que se trataba de una reunión importante, que los sirvientes aceptaron pasar el aviso.

Anás, que se hallaba reunido con su yerno a pesar de lo avanzado de la noche, recomendó a Caifás que no le recibiera. Le seguía considerando una persona ambiciosa y resentida, que no tenía escrúpulos para engañar a quien fuera necesario con el fin de conseguir sus objetivos.

Dile que estamos ya dormidos. – sugirió el anciano - Es un hombre falso, del que no te debes fiar.

Si ha venido a estas horas es porque tendrá alguna información que comunicarnos sobre la detención o sobre a reunión de las seguidoras. – intercedió el yerno – Él se quiere aprovechar de nosotros, pero somos nosotros los que nos aprovechamos de él.

Si juegas con las serpientes venenosas, terminas envenenado. - sentenció de Anás solemnemente.

Las recomendaciones de Anás no lograron el efecto deseado. Caifás indicó a los criados que condujeran al rabino a su presencia. Nada más entrar, comenzó a preguntarle para saber qué información tenía sobre los acontecimientos que se estaban desarrollando. Pronto se dio cuenta de que había venido para enterarse no para informar.

13.25

Judas, mientras tanto, había llegado por su atajo hasta las proximidades del huerto de los olivos. Había caminado hasta allí con el criado de Caifás y con los soldados. Éstos se habían aprovisionado ya de algunas teas, pero las utilizaron con mucha prudencia para no delatar su presencia.

Con una pequeña prospección, se dieron cuenta de que el grupo de mujeres se había reducido al pequeño comando de vigilancia. Comprobaron que estaban muy próximas al lugar donde rezaba Hannah. Por los pequeños ruidos que transmitían y por su respiración contenida, dedujeron que estaban muy nerviosas, parecían cansadas y tenían miedo. El jefe de los soldados decidió que era conveniente esperar y mantenerse vigilantes porque el desenlace podía estar próximo.

13.26

¡Están sucediendo cosas importantes y no nos estamos enterando!

Zacarías, nada más salir de la residencia del Sumo Sacerdote, convocó una reunión urgente con los apóstoles encargados del seguimiento de las actividades de Hannah. Se quejaron por lo improcedente de la hora, pero no tuvieron más remedio que atender las indicaciones de Zacarías.

¡Sois unos imbéciles! – los insultó el rabino – Teníais que haber preguntado hasta enteraros de todo.

Nadie quería decir nada. – se excusaron los evangelistas.

Hay que tener iniciativa para enterarse, aunque no te lo quieran decir. ¿Dónde fueron desde allí?

Había tal desorganización y tantas mujeres que era imposible aclararse de nada. Unas mujeres salieron. Otras se quedaron reunidas. El desorden era total.

Volved ahora mismo allí y enteraos. –ordenó Zacarías – Es muy importante. No volváis hasta que no dispongáis de una información

completa.

Los otros apóstoles, también presentes, estaban casi asustados por el enfado que manifestaba el rabino. Normalmente solía ser muy exigente. Pero, en esta ocasión, la exigencia se había transformado en severos reproches. Temían que también a ellos les llegara el turno.

—¡Esperad también vosotros! No os vayáis todavía. ¿Alguien sabe lo que está haciendo esta noche Judas? – preguntó Zacarías.

—Yo le vi en los alrededores del cenáculo de José de Arimatea. – aseguró Mateo.

—¿Por qué no lo dijiste antes, estúpido? – inquirió el rabino empujándole.

—Lo vi sólo un momento. A él también lo echaron las mujeres de la residencia de José de Arimatea. Después, ya no lo volví ver.

—Vete ahora mismo allí y entérate de todo. Quiero conocer todos los movimientos de Hannah y también los de Judas. ¡Acompáñale tú! Meteos en la reunión de las seguidoras.

13.27

Hannah estuvo rezando sola ante su Padre. Pasaron por su mente todos los momentos vividos desde que había iniciado la misión de Mesías. Se le representaron también los muchos pecados que la humanidad había cometido desde el principio de los tiempos, cuando fue creada por Yahvé.

—Señor y Padre mío, aquí me tienes en tu presencia. – rezaba con humildad - No se haga mi voluntad sino la tuya. Da fuerzas a mis seguidoras para que establezcan tu reino en la tierra. ¡Ayúdalas para que puedan hacer el gran cambio!

Hannah siguió todavía rezando un buen rato en comunicación directa con su Padre celestial. Después, se levantó. Se secó el sudor. Limpió su rostro y comenzó a caminar para abandonar el huerto. Al pasar junto a sus seguidoras, vio que estaban abatidas por el cansancio y la incertidumbre.

—Me pase lo que me pase, no abandonéis vuestra misión. – dijo Hannah – Implantad el reino de mi Padre en la tierra. Eso es lo más importante.

13.28

Judas, en cuanto vio que Hannah se había levantado y caminaba hacia la salida del huerto, hizo una señal a los soldados para que se levantaran. Con la sorpresa y la precipitación, hicieron más ruido del deseado. La Mesías lo oyó, pero no se inmutó. Conocía su

presencia.

Los soldados encendieron las teas que portaban. Judas prefirió esperar a que Hannah saliera de los árboles para que la luna iluminara su rostro. Ella continuó caminando con el paso firme y sin inmutarse. Judas se acercó para besar a Hannah, como signo para detenerla. A su lado, caminaban los soldados. Cuando el traidor se colocó frente a ella, la Mesías le miró fijamente. Él tuvo que bajar la mirada.

—¿Con un beso entregas a la Hija del Altísimo?

Judas, sin levantar los ojos, se precipitó torpemente para besarla. La golpeó con la nariz en su ojo izquierdo y salió corriendo. Aunque Hannah no se movió, los soldados, apremiados por el criado de Caifás, se lanzaron sobre ella, la tiraron al suelo con brutalidad, la ataron y la arrastraron sin consideración.

13.29

—Padre mío, que estás en los cielos, - rezó Hannah con lágrimas en los ojos - ¿por qué toleras esta agresión y esta humillación para tu hija? ¿Por qué lo permites ahora que estoy culminando la misión que tú me has encomendado?

LA NUEVA MISIÓN

14.1

—Tenemos que posponer nuestra misión de establecer el reino de Dios en la tierra. ¡Es más urgente liberar a Hannah!

Marta se había convertido en la portavoz del grupo de las seguidoras más cercanas a la Mesías. Era la que mantenía más serenidad y aplomo. Sus compañeras se habían puesto a llorar. No encontraban ninguna justificación para no haber defendido a su Mesías en el momento de ser detenida. Se daban golpes de pecho y se tiraban de los pelos.

—¡Dejemos de lamentarnos! – gritó Marta – Hay que ser eficaces. ¡Hannah nos necesita! Levantemos el ánimo. Saquemos fuerza de flaqueza. ¡Vayamos a liberar a Hannah! Después, con ella, realizaremos nuestra misión.

14.2

El traslado de Hannah, desde el huerto de los olivos, fue especialmente cruel. Judas desapareció nada más realizar la traición. Justo se detuvo para exigir el pago de las monedas por parte del criado de Caifás. Éste inicialmente sólo quiso darle una parte de lo prometido. Pero la premura del tiempo y las airadas quejas del administrador pervertido hicieron que no se entretuviera en regatear la recompensa.

El criado metió prisa a los soldados para que aceleraran el paso y pudieran llegar hasta la residencia de Caifás en el mínimo tiempo posible. Él mismo empujaba a la rehén, completando la acción brutal de los soldados. La arrastraban de las cuerdas sin ninguna contemplación. A causa de la oscuridad y de los empujones, fueron numerosas las veces que se cayó. En el suelo, con patadas, la forzaban a que se levantara.

A pesar de lo avanzado de la noche, hubo gente que se agolpaba para ver el espectáculo por el ruido y los gritos de los soldados. Algunos de los que presenciaron la marcha se atrevieron a pronunciar palabras de reproche por el maltrato que se daba a la rehén. La mayoría se quedaba en silencio. Otros se marchaban para no contemplar el horror o por temor a verse implicados. Algunos, borrachos, añadían tonterías, mientras los soldados se abrían paso a codazos para llegar pronto a su destino.

—Adelántate y comunica a Caifás que llegamos ya con la misión

cumplida.

El criado del Sumo Sacerdote vio entre los curiosos a un colega. Por una recompensa módica, le encargó esa labor de mensajería. El séquito de los soldados del templo avanzaba más lentamente de lo que él deseaba. Hannah estaba totalmente exhausta a causa de los golpes y de las caídas. Apenas podía mover las piernas. Sus lamentos eran débiles. Por indicación del criado, cuatro soldados de fuerte complexión la cogieron por los brazos y las piernas para llevarla. No lo hicieron por compasión, sino por acelerar el paso.

14.3

Los soldados del templo han detenido a la predicadora y la llevan presa.

El niño, tras dar el recado a Zacarías por indicación de uno de sus ayudantes, esperó la recompensa. La reclamó. Pero le sirvió de poco. El rabino rácano pretendió hacer más preguntas gratuitas al niño para descubrir datos sobre la manera en que había sido detenida y el lugar al que era llevada. También se quedó sin respuesta. El mensajero infantil le hizo un gesto descarado y desapareció en la oscuridad, tras insultarle por no haberle dado la recompensa.

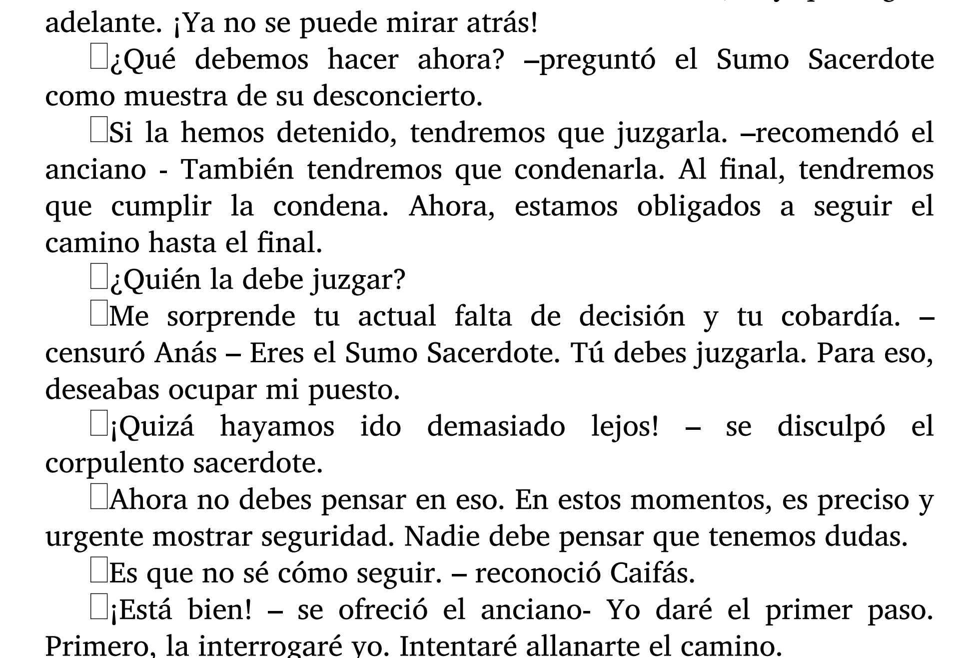
El rabino intrigante sospechó que este arresto era la operación preparada por Caifás en colaboración con Judas. Estuvo a punto de encaminarse a la residencia del Sumo sacerdote. Pero rectificó. Además de la torpeza de sus movimientos, no debía mostrar demasiada premura en sus presunciones. Si se adelantaba a los hechos, podía dar la apariencia de estar también implicado en la operación.

14.4

Caifás no se atrevió a recibir a Hannah, cuando llegó a su residencia. Ni osó verla. Exigió que su criado le informara sobre lo que había sucedido. Se fue inquietando durante la narración. Cada vez, estaba más nervioso. Los nervios se transformaron en miedo. Comenzó a temblar. Al conocer el lamentable estado en que había llegado, ordenó al mismo criado que la cambiaran de ropa, lavaran su sangre y la adecentaran para que no les pudieran acusar de malos tratos.

Cuando se quedó de nuevo solo, no supo qué hacer. Los nervios le atenazaban. Golpeaba una mano contra la otra. Daba grandes zancadas en la habitación. Se sentaba y se ponía de pie inmediatamente sin llegar a tomar ninguna decisión. Anás arrastró

lo más rápido que pudo sus babuchas hasta las habitaciones de su yerno. Lo encontró temblando. El anciano ya se había asomado, desde el piso superior, para ver a la detenida.



□Lo hecho, hecho está. – afirmó el anciano con firmeza – No es momento de arrepentirse. Yo te dije que no debías implicarte en la detención de la falsa Mesías. Pero una vez detenida, hay que seguir adelante. ¡Ya no se puede mirar atrás!

□¿Qué debemos hacer ahora? –preguntó el Sumo Sacerdote como muestra de su desconcierto.

□Si la hemos detenido, tendremos que juzgarla. –recomendó el anciano - También tendremos que condenarla. Al final, tendremos que cumplir la condena. Ahora, estamos obligados a seguir el camino hasta el final.

□¿Quién la debe juzgar?

□Me sorprende tu actual falta de decisión y tu cobardía. –censuró Anás – Eres el Sumo Sacerdote. Tú debes juzgarla. Para eso, deseabas ocupar mi puesto.

□¡Quizá hayamos ido demasiado lejos! – se disculpó el corpulento sacerdote.

□Ahora no debes pensar en eso. En estos momentos, es preciso y urgente mostrar seguridad. Nadie debe pensar que tenemos dudas.

□Es que no sé cómo seguir. – reconoció Caifás.

□¡Está bien! – se ofreció el anciano- Yo daré el primer paso. Primero, la interrogaré yo. Intentaré allanarte el camino.

14.5

Fue Nicodemo uno de los primeros que se movilizó por la detención de Hannah. Cuando fue al cenáculo para comunicárselo a las mujeres, ellas ya estaban saliendo. Estaban llorando. Se tiraban de los pelos y se daban golpes de pecho. Pensaban que eran las culpables de la detención y de los golpes que su amada Mesías había recibido.

Se trasladaban en grupo hasta el lugar donde ahora la tenían detenida para liberarla por la fuerza. Nicodemo trató de convencerlas de que era más sensato y más prudente mantenerse en el cenáculo de José de Arimatea y pensar con serenidad lo más eficaz para lograr la libertad de Hannah. Las mujeres, sobre todo María de Magdala y Sara, opinaban que no debía perderse ningún tiempo y que era importante actuar con prontitud.

Los dos sanedritas propusieron solicitar una reunión urgente del Sanedrín. Había muchos motivos para hacerlo. La guardia del templo no podía, sin autorización del consejo, realizar operaciones

que no fueran las de vigilancia. El Sumo Sacerdote evidentemente se había excedido de sus poderes y prerrogativas.

—Es un abuso tan evidente que lograremos, con seguridad, su libertad inmediata.

14.6

Anás dio orden de que, en cuanto la rea estuviera presentable, fuera llevada a su salón de lectura. Simultáneamente, encargó a los criados que adaptaran el lugar para llevar a cabo un interrogatorio. Retiraron algunos muebles. Dejaron el sillón y la mesa. Colocaron un banco bajo e incómodo. El anciano exigió que estuvieran presentes dos soldados para mantener el orden en el caso de que la detenida se manifestara con violencia. También fueron testigos del interrogatorio algunos miembros absolutamente fieles del sanedrín.

Hannah todavía se resentía de los golpes y las caídas. Sólo la habían quitado las manchas de la sangre y habían sustituido sus ropas rotas por una sencilla bata de las que utilizaban las criadas. Caminaba con torpeza a causa de las heridas que tenía en los pies.

Anás la recibió con sonrisa irónica. Con fingida cortesía, ordenó que se sentara en el incómodo taburete. Esperó a que los soldados se colocaran a su lado. Les indicó que estuvieran dispuestos a intervenir al menor movimiento sospechoso de la rea. Los criados tuvieron que colocar nuevas sillas para que se acomodaran los miembros del Sanedrín.

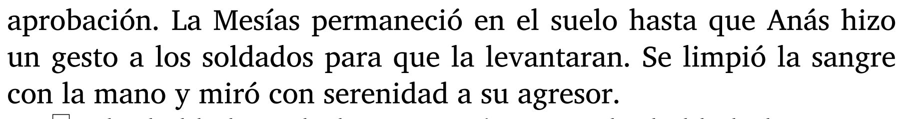
—Estoy sorprendido de verte aquí humilde y postrada, sin el ruidoso apoyo de tus seguidoras plañideras. ¿Dónde está tu soberbia? ¿Dónde está el reino de Dios en la tierra del que presumes? ¿Por qué callas? ¿Por qué no aprovechas para predicar de nuevo tu doctrina falsa y pretenciosa? ¿Quién te ha dado derecho a predicar lo que no sabes? ¡Habla!

—¿Por qué me preguntas lo que ya sabes? –respondió Hannah con serenidad – Siempre he hablado en público, delante de todos. Nunca me he ocultado. ¿Por qué me interrogas? Pregunta a las que me han escuchado. Ellas saben lo que he dicho y he hecho.

Esas palabras irritaron a Anás. Uno de los fieles compañeros del Sanedrín se acercó hasta la rea y le dio una bofetada tan fuerte en el rostro que la tiró al suelo. Hannah comenzó a sangrar, de nuevo, por la boca.

—¿Cómo te atreves a responder así a quien ha sido Sumo Sacerdote?

Casi todos los asistentes ratificaron ese castigo con murmullos de


aprobación. La Mesías permaneció en el suelo hasta que Anás hizo un gesto a los soldados para que la levantaran. Se limpió la sangre con la mano y miró con serenidad a su agresor.

—Si he hablado mal, dime en qué. Pero si he hablado bien, ¿por qué me has pegado? – preguntó sin mostrar ninguna alteración.

Esa actitud tranquila irritó todavía más al sanedrita agresor, que se enfrentó de nuevo con ella. Los asistentes reanudaron los murmullos y los gestos de desprecio hacia Hannah.

—¿Hablas bien, cuando blasfemas? – dijo el sanedrita agresor en tono acusatorio - ¿Hablas bien, cuando tienes la arrogancia y la villanía de decir que eres Hija de Dios? ¿Hablas bien, cuando afirmas insolentemente que eres la Mesías y has sido enviada por Yahvé como Salvador y Redentor del pueblo judío? ¿Hablas bien, cuando te atreves a proferir que eres Rey y que eres más grande que Salomón o que David?

El sanedrita complaciente se dirigía hasta Anás, después de haber lanzado con virulencia cada una de las afirmaciones como si esperara su beneplácito. Sus compañeros presentes también se lo daban.

—Yo siempre he dicho la verdad. – contestó Hannah con la misma serenidad, a pesar de las agresiones – Mi Padre celestial no me dejaría mentir sobre la misión para la que me ha enviado a este mundo.

En ese momento, el anciano Anás, como si hubiera tenido un resorte, se levantó y se rasgó materialmente sus vestiduras. Los sanedritas presentes le imitaron. Todos señalaron con el dedo acusador a la rea.

—¡Has cometido de nuevo la mayor de las blasfemias! Te has proclamado Hija del Altísimo. Debes ser llevada ante el Sumo Sacerdote para que te condene.

14.7

La noticia de la detención de Hannah y de su injusto juicio fue extendida rápidamente por sus seguidoras entre toda la población. Cuando el grupo de protesta llegó a la residencia del Sumo Sacerdote, era ya muy numeroso. Los soldados encargados de la vigilancia tuvieron que pedir refuerzos, a la vez que actuaban con toda contundencia para alejar a las presentes.

Las mujeres no se amedrentaron. Continuaron avanzando a pesar de los golpes. Rezaban y recitaban las salmodias de las Sagradas Escrituras más utilizadas en las reuniones con la Mesías. Cuando se acercaron hasta la puerta de la residencia, comenzaron a

reclamar la libertad de Hannah.

14.8

Ya la puedes condenar, Caifás. ¡Ha vuelto a blasfemar en mi presencia y en la de los sanedritas que me acompañaban!

Anás tuvo que convencer a su yerno de que ya tenía preparado el juicio. El corpulento Sumo Sacerdote estaba todavía temblando, dominado por los nervios y los miedos. Era como si un ataque de pánico le hubiera sobrevenido desde el momento en que la Mesías entró en su residencia. Reiteradamente se negó a participar en el juicio. Aseguraba, tartamudeando, que no quería verla. Decía que fuera su suegro quien, en su nombre, la condenara a muerte, como correspondía a los blasfemos. El anciano, con mucha paciencia y utilizando todos los argumentos posibles, logró al fin convencerlo. Necesitó hacerlo varias veces, porque otras tantas se volvió a echar atrás.

14.9

José de Arimatea y Nicodemo comprendieron que no iba a ser misión fácil lograr que se reuniera el Sanedrín. Tampoco había muchas esperanzas de que, en el caso improbable de que se reuniera, tuviera algún resultado positivo. Pero sería un paso importante conseguirlo. Se pusieron, aunque precipitadamente, ropas solemnes para causar mejor impresión en su solicitud. Caminaron lo más rápidamente posible hacia la residencia del Sumo Sacerdote. Al encontrarse allí con el grupo de mujeres que soportaban las agresiones de los soldados recitando los salmos, y al tropezar con numerosos curiosos que contemplaban el espectáculo, se dirigieron a la puerta reservada para los familiares y amigos, en la confianza de que estuviera más solitaria. Allí, se encontraron también con soldados armados actuando contundentemente para mantener alejado a todo el que pretendía acercarse. De nada les sirvió a los sanedritas disconformes presentar sus credenciales y exponer, con maneras educadas, su intención de reunir el consejo religioso. Los soldados los recibieron con modales agresivos. Mientras les decían que debían alejarse, ya los estaban golpeando. Insistieron varias veces en su reclamación. Soportaron estoicamente las sucesivas agresiones. Pero, al final, no tuvieron más remedio que volver a reunirse con las seguidoras, que seguían protestando, para elaborar nuevos planes.

14.10

La última condición que puso Caifás para presidir el juicio fue que éste se celebrara en la residencia de Anás. Deseaba que la Mesías no pisara su casa. Aseguraba que una blasfema nunca debía profanar su suelo. La auténtica razón era el pánico que todavía le dominaba sobre los males que podían sobrevenirle por esa condena amañada e interesada.

En el patio exterior que comunicaba ambas residencias, se detuvo varias veces y estuvo a punto de desistir. Sólo la firmeza de su anciano suegro, que no atendió sus nuevas reclamaciones, le obligó a seguir. Todos se levantaron, cuando entró el Sumo Sacerdote. Le siguió Anás. Se incorporaron otros asistentes del templo y manifiestos oponentes a la Mesías. Caifás se dirigió directamente al sillón principal que había sido colocado tras la mesa. En todo momento, procuró dar la espalda a Hannah para no encontrarse con su mirada. A su lado, se colocó su suegro.

Tras estar sentado un largo tiempo, no tuvo más remedio que levantar la cabeza. Se encontró con su mirada fija y serena. No la pudo sostener. Retiró inmediatamente los ojos. Anás le indicó que debían empezar. Volvió a encontrarse con la mirada tranquila de la Mesías. Tuvo que cambiar la dirección de su cabeza definitivamente.

—Tú, que estás acusada de blasfemia, ¿te ratificas en tu falsa y perversa afirmación de que eres la Hija del Altísimo?

El Sumo Sacerdote hizo la pregunta sin atreverse a mirar a la rea. Ésta permanecía en la misma actitud. Anás manifestaba, con sus gestos, el deseo de acelerar el proceso. Todos los presentes esperaban la respuesta. El sanedrita agresor volvió levantarse y se acercó a la rea con gesto autoritario.

—¿Es que no vas a contestar a la pregunta del Sumo Sacerdote?

Anás también se levantó. Adoptó una actitud muy solemne y enfatizó su voz.

—Yo te conjuro, por el Dios de nuestros padres y de nuestras tradiciones, que nos digas si afirmas que eres el Mesías y el Hijo de Dios.

Se produjo un silencio absoluto. Todos eran conscientes de que la respuesta a esa pregunta era decisiva. De ella, dependía la condena que iba a ser dictada inmediatamente y que sería cumplida con prontitud. Hannah, manteniendo la mirada dirigida hacia el Sumo Sacerdote, no hizo esperar su respuesta.

—¡Tú lo has dicho! – afirmó con serenidad, pero con fuerza – Yo soy la Hija del Altísimo y la Mesías que he sido enviada por mi Padre, Yahvé, que está en los cielos. Yo os digo que me veréis

sentada a la derecha del Padre.

—¡Ha vuelto a blasfemar! – gritó Anás con su voz ya rota - ¿Para qué necesitas más testigos?

El Sumo Sacerdote continuaba retorciéndose los dedos de las manos. Seguía sin atreverse a mirar a la rea. Todos los presentes giraron la cabeza hacia él. El juicio debía terminar. Sólo faltaba que él pronunciara la sentencia. Sin embargo, no se movía.

—¡Es rea de muerte! – susurraban los asistentes.

Un gesto de Anás produjo otro silencio embarazoso. Ya no se limitó a sugerir a Caifás que hablara. Le empujó obligándole a levantarse. Todos le miraban. Él seguía sin mirar a la rea. Por fin, levantó el brazo y extendió el dedo acusador.

—¡Es culpable de blasfemia! Que se aplique la condena.

14.11

—Claudia, yo soy la que te ha estado enviando los capítulos de la vida y las predicaciones de Hannah para que las guardaras. Te había prometido mantener el secreto, pero estamos en una situación muy grave.

Con mucho riesgo y con más astucia, Marta, en unión de su hermana María y Sara, había logrado entrevistarse con Claudia Procla, la esposa de Pilatos. La había conocido en alguna reunión oficial. Por esa razón también había podido identificarla entre las seguidoras de Hannah las pocas veces que acudió hasta que se lo prohibió su esposo.

—Yo puedo hacer muy poco.

—Haz lo que puedas. Sabes que Hannah ha defendido la convivencia y la redención de los oprimidos sobre todos de las mujeres. ¡Haz lo que puedas!

La reunión tuvo que ser muy breve, por motivos de seguridad, entre el mucho alboroto creado por la detención de la Masías. La dama romana, aunque sentía simpatía por Hannah, no se comprometió a nada, pero mostró buena voluntad en intentar lo que estuviera en su mano.

—Marta, ¿por qué me has enviado a mí esos escritos?

—Desde el principio vi en tus ojos que podía confiar en ti. Tú nos ayudarás a implantar el reino de Dios en la tierra. Pero, antes, debemos salvar a Hannah.

14.12

Herodes se enteró muy pronto de la detención y el juicio de Hannah. Su red de espías y chivatos era muy extensa. También estuvo informado de las acciones y protestas protagonizadas por las

seguidoras de la Mesías. Pero prefirió no intervenir. Sí que pidió que se incrementaran las labores de información. Deseaba conocer inmediatamente hasta el detalle más pequeño de lo que sucediera. Tampoco se lo comunicó a su esposa. Sabía que lo aprovecharía para insistir de nuevo en que debía intervenir. Mantuvo su confinamiento. Él prefería, de momento, quedarse al margen, como observador.

14.13

—Sé que nunca quieres que los asuntos personales se mezclen en tus decisiones públicas. Pero la detención de Hannah es un caso muy grave. Debes intervenir. Es mucho más grave que la detención de Barrabás por Herodes.

Poncio Pilatos se enteró de la trascendencia que estaba adquiriendo la detención y el juicio de Hannah por su esposa Claudia. Por ayudar a las mujeres que lo habían solicitado, habría pedido directamente a su esposo que la reclamara y la pusiera en libertad. Pero su experiencia de lo sucedido en otras ocasiones, recomendaba calma. El procurador de Roma había llegado al acuerdo de tolerar la simpatía de su esposa hacia la Mesías, a cambio de que ella no hiciera manifestaciones exteriores en su favor.

—Tengo noticias de que la han maltratado y que está a punto de morir por las heridas que ha recibido. No puedes tolerar estos actos salvajes. El Imperio de Roma y su justicia no puede consentir estas atrocidades.

Claudia iba poniendo cada vez más vehemencia en sus palabras. Poncio Pilatos no se dejaba influir. Era la línea de actuación que siempre había seguido y sobre la que incluso había solicitado opinión a las autoridades imperiales en Roma.

—Son cosas de religión. ¡Fanatismos! Esos son asuntos particulares en los que el Imperio no debe meterse.

—¡La van a matar! – replicó la esposa.

—No es mi obligación evitar todas las muertes. Sería una labor imposible.

14.14

El jefe de la guardia del templo recibió instrucciones muy concretas sobre la manera de llevar a la Mesías detenida y condenada hasta el palacio del procurador de Roma. Las indicaciones fueron dadas por Caifás. Pero era Anás quien seguía controlando y dirigiendo la operación. Fundamentalmente, estas

órdenes se concretaban en la voluntad de no causar ningún problema, roce o enfrentamiento.

Llevaban órdenes de aceptar las condiciones que pusieran el procurador y los jefes militares romanos. Había que dejar claro que se estaba en disposición de colaborar. Ya que habían ido demasiado lejos con la detención y la condena de la Mesías, había que buscar ahora el consentimiento, la colaboración y el consenso, si fuera posible, entre todos.

14.15

Judas no pudo entrevistarse con Caifás. Suplicó insistentemente ante el criado con el que había hecho todos los tratos anteriores. Deseaba olvidar los contactos previos y no dejar ninguna señal o indicio de que habían existido.

El administrador traidor estaba sorprendido, avergonzado y arrepentido de lo que había hecho y de sus desproporcionadas consecuencias. Nunca había imaginado que la debilidad suya por el dinero se podía convertir en el momento decisivo para la condena a muerte de la Mesías. Ahora deseaba deshacer lo hecho, impedir que se llegara hasta las últimas consecuencias o, al menos, lograr que su nombre quedara desvinculado de toda la operación. Al no ser recibido por Caifás, lo único que estaba en su mano era devolver las monedas recibidas. Así, pretendía descargar, aunque fuera parcialmente, su conciencia.

Ni siquiera ese perdón subjetivo le fue concedido. El Sumo Sacerdote prohibió a su criado que cogiera las monedas. Por muchos intentos que Judas hizo, no logró que se las aceptara. Optó también dejarlas en el suelo de la entrada. Pero los soldados le obligaron a recogerlas y llevárselas.

El traidor se fue, dando muestras de gran nerviosismo. Su desequilibrio fue aumentando. Al final, actuaba como si hubiera perdido toda la razón. Se daba golpes en la cabeza, se arrastraba, caminaba de rodillas y escupía. Desde la residencia del Sumo Sacerdote, se dirigió, dando tumbos y haciendo gestos desesperados, hasta un monte cercano. Cuando lo hubo escalado, arrojó desde la cumbre las monedas recibidas. Después, ató una cuerda a las ramas altas de un árbol y se ahorcó.

14.16

Pilatos va a aprovechar la detención de la falsa Mesías para burlarse otra vez de ti.

Herodes no pudo resistir solo la tensión. Conforme iba

recibiendo nuevas noticias, se ponía más nervioso. Se decidió a levantar el confinamiento de Herodías. Ella, en cambio, comprendió su posición de ventaja y se envalentonó.

□Ya no te tiene nadie en cuenta. Hasta los prebostes religiosos se dirigen directamente a las autoridades romanas. No cuentas ya para nadie.

□¡Estoy harto de tus impertinencias y de ti! – gritó Herodes con brusquedad - ¿No te has dado cuenta todavía de que no quiero seguir tus consejos y tus recomendaciones? ¡Déjame ya en paz! Vuelve al confinamiento en tus habitaciones.

14.17

Zacarías tuvo tiempo para comunicarse con los apóstoles que estaban proporcionándole información. En esos momentos, lo más importante era permanecer en la captación de los datos. Para completar esa operación, ordenó a los escribas de su sinagoga que se trasladaran hasta los lugares donde estaban los informantes para ir escribiendo los relatos. Tuvo un especial interés en que no realizaran los escritos definitivos y, sobre todo, en que se lo atribuyeran directamente a Jesús.

El propio rabino debía dar el visto bueno definitivo, ya que era preciso cuidar con todo detalle las narraciones y los mensajes que debían ser trasmitidos a la posteridad. También ordenó a los apóstoles que estuvieran dispuestos a reunirse cuando él los llamara para indicar cuál era su misión.

14.18

Poncio Pilatos se negó a recibir a la Mesías detenida. Prefirió que pasara primero por las dependencias del rey Herodes y así reservarse él la última palabra, como máxima autoridad en representación del imperio. Su esposa Claudia había insistido en sus peticiones de clemencia. Pero no había logrado ablandar su corazón de gobernante manipulador.

□Nosotros no perdemos el tiempo para solucionar vuestros pequeños enfrentamientos por motivos religiosos. Que os atienda Herodes. Nosotros tenemos asuntos más importantes que tratar.

14.19

Los simpatizantes de los zelotes se habían concentrado pacíficamente ante las dependencias militares romanas al enterarse de que Hannah era conducida hasta allí. El objetivo no era vitorearla. Tampoco deseaban atacarla. Habían pensado que Poncio

Pilatos podía aprovechar la presencia de la popular detenida para realizar la habitual liberación de un preso con ocasión de la Pascua judía.

Habían llegado a la concentración con instrucciones de reclamar a gritos la puesta en libertad de Barrabás. No debían causar desórdenes ni provocar altercados en esa ocasión. Comportarse de modo respetuoso podía ser más favorable para conseguir su objetivo.

—¡Barrabás, libertad! ¡Barrabás, libertad!

14.20

Herodes tuvo tiempo para decidir cómo iba a recibir a la detenida. Sus confidentes le advirtieron muy pronto de la actitud de Pilatos. Los nervios volvieron a superarle. Recurrió a Herodías. Ésta, aunque estaba todavía enfadada por las duras palabras recibidas, se dirigió a los despachos reales.

—Haz un juicio solemne y condénala.

La esposa entró sonriente y no hizo ninguna alusión a los enfrentamientos anteriores. Se felicitó de que surgiera esa oportunidad y tuvo cuidado en no mostrar excesiva vehemencia aunque insistió en sus ya habituales recomendaciones.

—¡No! – reaccionó el rey - El astuto Pilatos ha querido pasarme a mí el entuerto. Pero no se va a salir con la suya.

—No debes ver las cosas tan negativamente. –recomendó Herodías - Es una oportunidad para hacer ver que tienes autoridad y también para librarte de una enemiga que desea arrebatarte tu título de Mesías.

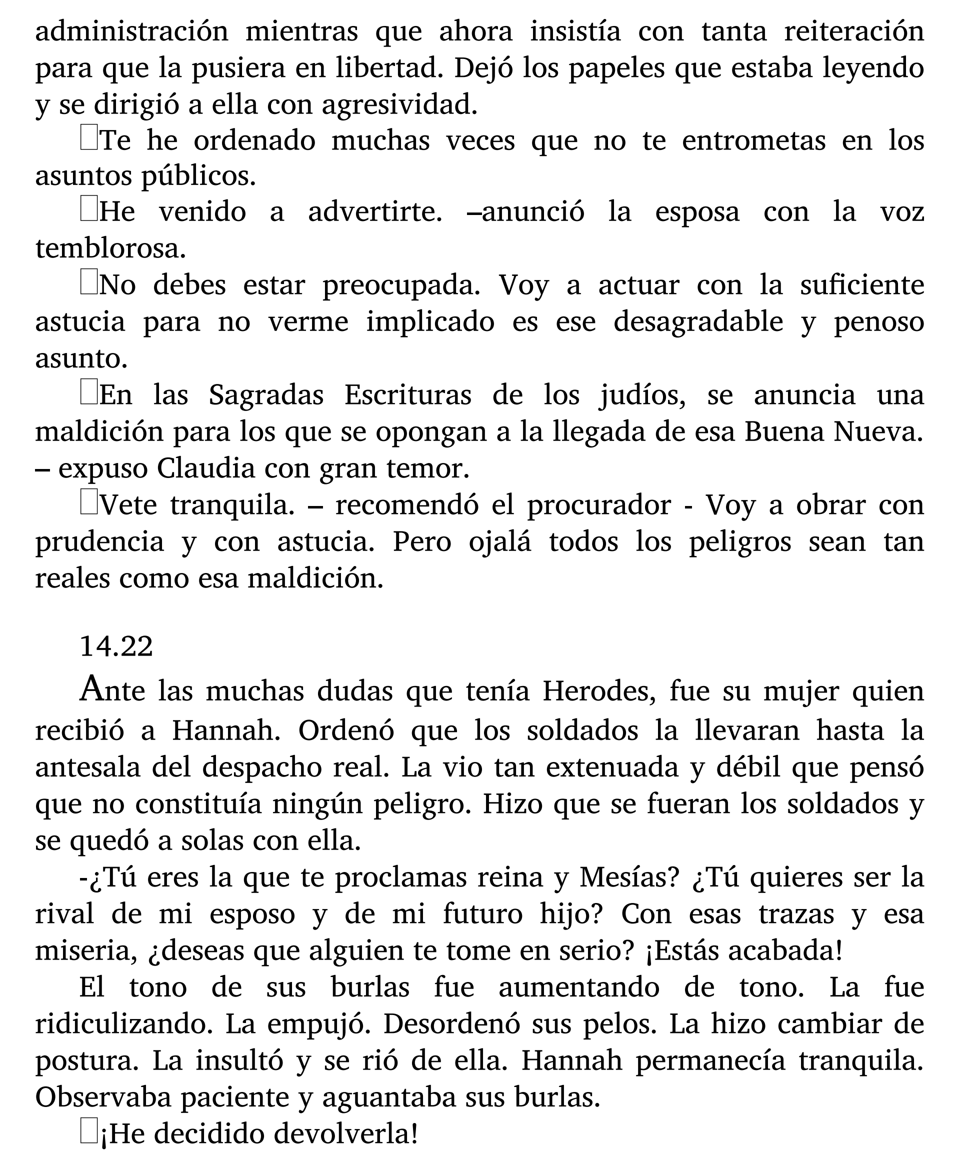
—Pilatos desea liberar a esa mujer. – argumentó el rey, cambiando otra vez de idea - Pero no se atreve a enfrentarse a los sacerdotes. Que solucione él su problema.

Por mucho que hablaron, Herodes no llegó a decidir lo que iba a hacer. Para todas las decisiones, encontraba inconvenientes. En todo, hallaba dudas y dilemas, mientras el tiempo pasaba y los soldados de la guardia del templo se acercaban.

14.21

—¿Tú también crees en esas supercherías de ignorantes? – dijo Pilatos.

Claudia se presentó otra vez en el salón de trabajo de su esposo. Llegó más agitada y con la respiración entrecortada. Pilatos se enfadó porque su esposa nunca se entrometía en los asuntos públicos ni visitaba las dependencias utilizadas para la



administración mientras que ahora insistía con tanta reiteración para que la pusiera en libertad. Dejó los papeles que estaba leyendo y se dirigió a ella con agresividad.

—Te he ordenado muchas veces que no te entrometas en los asuntos públicos.

—He venido a advertirte. –anunció la esposa con la voz temblorosa.

—No debes estar preocupada. Voy a actuar con la suficiente astucia para no verme implicado es ese desagradable y penoso asunto.

—En las Sagradas Escrituras de los judíos, se anuncia una maldición para los que se opongan a la llegada de esa Buena Nueva. – expuso Claudia con gran temor.

—Vete tranquila. – recomendó el procurador - Voy a obrar con prudencia y con astucia. Pero ojalá todos los peligros sean tan reales como esa maldición.

14.22

Ante las muchas dudas que tenía Herodes, fue su mujer quien recibió a Hannah. Ordenó que los soldados la llevaran hasta la antesala del despacho real. La vio tan extenuada y débil que pensó que no constituía ningún peligro. Hizo que se fueran los soldados y se quedó a solas con ella.

-¿Tú eres la que te proclamas reina y Mesías? ¿Tú quieres ser la rival de mi esposo y de mi futuro hijo? Con esas trazas y esa miseria, ¿deseas que alguien te tome en serio? ¡Estás acabada!

El tono de sus burlas fue aumentando de tono. La fue ridiculizando. La empujó. Desordenó sus pelos. La hizo cambiar de postura. La insultó y se rió de ella. Hannah permanecía tranquila. Observaba paciente y aguantaba sus burlas.

—¡He decidido devolverla!

Herodes entró en la antesala. Se quedó un momento mirándola. Sintió lástima. Después, se dirigió a su esposa, que todavía conservaba la expresión de su sonrisa burlona, como invitación para que se uniera a sus bromas. Pero no lo logró.

—Se la devolveré a Pilatos, alegando que yo no tengo competencias para condenar a nadie a muerte. Así no caigo en ninguna trampa. De esa manera, le paso también la maldición bíblica.

14.23

—¿De qué acusáis a esta mujer?

Pilatos no tuvo más remedio de atender la reclamación de los soldados de la guardia del templo cuando, de nuevo, le presentaron a la Mesías condenada. Su esposa Claudia había aprovechado para solicitar otra vez su liberación. El Procurador Romano veía con simpatía esa petición. Pero tampoco consideraba prudente rechazar las imputaciones sin realizar, al menos, un simulacro de juicio, en presencia de los soldados que la custodiaban.

—Si no fuera una malhechora y una impostora, no os la habríamos traído. Quiere destruir el orden establecido creando un reino donde sólo manden las mujeres. ¡Además, ha blasfemado contra nuestro Dios!

Pilatos se dirigió entonces a la detenida. Los soldados se separaron. Ella le mantuvo la mirada con firmeza. El romano se vio obligado a desviar la cabeza.

—¿Son ciertas las acusaciones que exponen contra ti? – preguntó con parsimonia - ¿Es cierto que te has proclamado reina de los judíos, Mesías e Hija del Altísimo?

—¿Lo dices por ti mismo o porque otros te lo han dicho de mí?

—¿Acaso yo soy judío para ocuparme de semejantes necedades? – reaccionó Pilatos con desprecio - Es el Sumo Sacerdote de tu religión quien te hace esas acusaciones. Yo no creo en Mesías ni en hijos de dios.

—Mi reino no es de este mundo. – respondió sin inmutarse – He venido para dar testimonio de la verdad. El que busca la verdad, escucha mi voz.

Pilatos hizo algunas consideraciones filosóficas sobre la verdad y la relatividad de las opiniones. Realizó algunas preguntas más a Hannah, pero pronto concluyó.

—No encuentro ningún crimen en esta mujer. Ni hallo motivo para condenarla.

El jefe de la guardia del templo, de acuerdo con las instrucciones recibidas pro Anás, reiteró sus acusaciones. Hizo explicaciones muy prolijas sobre los motivos por los que el tribunal religioso judío había tomado la decisión de condenarla a muerte.

Claudia Procla, en lo alto de la azotea, seguía mirando a su esposo con ojos suplicantes. El procurador estaba nervioso. No sabía qué decisión tomar. De repente, se acercó a sus criados y pidió que trajeran agua para lavarse las manos. Elevó la cabeza, pero no pudo mantener la mirada de su esposa. Se dirigió a la condenada. También tuvo que girar la cabeza.

—¡Allá vosotros y vuestras leyes! – gritó, mientras se lavaba las manos y abandonaba la sala.

14.24

En el patio de la residencia de Pilatos, los simpatizantes de los zelotes habían comenzado ya con sus reclamaciones para lograr la libertad de Barrabás. Sus gritos se mezclaban con los de las seguidoras de la Mesías.

□¡Barrabás libertad! ¡Barrabás libertad!- gritaban unos

-¡Libertad para Hannah! ¡Liberad a la Mesías!- reclamaban sobre todo voces femeninas.

Pilatos, tembloroso y con muchos nervios, había acudido a las habitaciones de su esposa para disculparse porque no había podido salvar a Hannah. Ella no aceptó sus razones.

□Haremos un intento diferente para salvarla. – prometió de repente el procurador.

Claudia levantó la cabeza. Pilatos explicó que su plan consistía en proponer a Hannah para ser liberada con ocasión de la Pascua. La esposa no dio crédito a la propuesta y volvió a sus lamentos. El procurador insistió.

□No pueden ser tan insensatos que prefieran la libertad de un asesino tan malvado como Barrabás.

Sin dilación, Poncio Pilatos abrió el balcón que daba al patio. Se asomó y pidió silencio. Con voz potente y con firme decisión, anunció su propósito de poner en libertad de un preso judío, como era tradicional en las fiestas de Pascua. Claudia escuchaba, detrás, con las manos apretadas contra la boca. El procurador dijo que iba a dar dos posibilidades para el pueblo decidiera. A Barrabás lo calificó de peligroso asesino y malhechor. A Hannah la presentó como predicadora de ideas utópicas. La esposa entendió que era una presentación muy positiva y favorable.

Poncio Pilatos no tuvo tiempo para concluir sus palabras. Inmediatamente comenzaron, con gran fuerza, los gritos en favor de los dos presos. Los simpatizantes de los zelotes reclamaban, con gran fuerza, a Barrabás. Las seguidoras de la Mesías pedían la libertad de Hannah.

□Recuerda la maldición para los que atenten contra la Mesías que es pacífica y predica el amor. – dijo Claudia al procurador.

□Peor maldición es la amenaza de los violentos, que nos pueden matar en cualquier momento. – sentenció el temeroso y calculador gobernante romano sin atreverse a mirar a su esposa a la cara – Son más los que piden la libertad de Barrabás. Ellos lo quieren. ¡Le liberaré a él!

14.28

—¡Hay que crucificarla. Hay que crucificarla!

Los sanedritas fieles al Sumo Sacerdote extendieron la noticia de que el procurador romano había ratificado la condena a muerte dictada por ellos. De poco valieron las puntualizaciones de José de Arimatea y de Nicodemo.

Los criados del Sumo Sacerdote ya habían recibido la orden de que compraran una cruz de las dimensiones aproximadas a las de Hannah. Cuando el grupo de soldados de la guardia del templo regresó triunfante y arrastrando a la rea, ya la tenían preparada para iniciar el camino del Gólgota.

Hubo alguna duda sobre si el Sumo Sacerdote y los miembros del Sanedrín debían presidir la comitiva. También en esta ocasión, fue Anás quién aportó la sugerencia definitiva. Resultaba más prudente no hacer ningún tipo de ostentación, para no crear discrepancias de última hora con Herodes o con Pilatos.

Cuando cargaron la cruz sobre sus hombros, Hannah se desplomó. Era tal su estado de debilidad que ni siquiera pudo mantenerse en pie. Lo intentaron otra vez, mientras la insultaban y volvían a golpearla. Se desplomó de nuevo. Para no retrasar la crucifixión, recurrieron a un pagano al que habían retenido por un pequeño escándalo, llamado Simón Cirineo. Le prometieron que, con esa acción, expiaría su culpa y quedaría libre. Su misión era ayudar a la Mesías a llevar la cruz y tratar de que no se cayera, para llegar, cuanto antes, al lugar conocido como calvario.

14.26

Para ese momento, las mujeres seguidoras de Hannah, infatigables en su lucha por liberar a su Mesías, se habían reunido ya en el camino hacia el Gólgota. Estaban muy nerviosas y agitadas. Unas a otras trataban de darse ánimos para intervenir. Pero el dolor las dominaba. La barrera de soldados, de criados y de colaboradores impedía que se acercaran a la condenada. No les quedaba más recurso que llorar y recitar salmos.

Cuando Hannah cayó, de nuevo, por el peso de la cruz, las más decididas, entre ellas, las hermanas Marta y María acompañadas de Sara, intentaron acercarse para ayudarla. Fueron rechazadas y golpeadas violentamente. Entre las mujeres, estaba también presente María, la madre de Hannah. Era la más compungida y afectada, aunque realizaba esfuerzos para no llorar desconsoladamente. Seguidoras más jóvenes se habían colocado a su lado y la sostenían con afecto.

14.27

—Jesús, puedes irte ya a casa de tus padres. – dijo el rabino a su protegido.

—¿Ya no tengo que morir en la cruz?

—No te preocupes. Quédate en la casa paterna y no salgas. Yo haré que todo lo que le pase a Hannah se te atribuya a ti en nuestros evangelios.

14.28

—¡Todavía podemos liberarla! – gritó María, la de Magdala.

Las mujeres fieles se habían dividido en diversos grupos y caminaban delante de ella. Hicieron sucesivos intentos de acercarse para quitarle la cruz. Todos fueron brutalmente frustrados por los soldados de vigilancia. Los curiosos censuraban a las mujeres e insultaban a Hannah, que sin fuerzas y con los pies ensangrentados, apenas podía caminar.

En una de las curvas del camino, se había apostado María, su madre. Con un pañuelo blanco, intentaba limpiar sus lágrimas. Sara y las hermanas de Magdala intentaron intervenir de nuevo. Recibieron nuevos golpes de los soldados. Hannah se había levantado de una nueva caída. Los pelos enredados y sucios le impedían ver. Entre ellos, abrió los ojos y los dirigió hacia su madre. Ésta pudo sostener un momento la mirada. Pero un golpe repentino de lágrimas nubló su visión. Una de las seguidoras más jóvenes, llamada Verónica, aprovechó un descuido de los soldados, para acercarse a Hannah. Sólo pudo limpiar con un paño la sangre y el sudor que cubría su cara. Los vigilantes armados intervinieron inmediatamente. Al retirar el paño, comprobó que el rostro de la Mesías había quedado impreso.

14.29

Los soldados tenían prisa por llegar a la cumbre del Gólgota. Habían tardado mucho en hacer el recorrido por las constantes intervenciones de las mujeres. Temían que se pasara la hora establecida para las crucifixiones. Terminaron arrastrado la cruz y a las dos personas que la portaban. También se preocuparon de que ninguna de sus seguidoras se pudiera acercar.

Cuando estuvieron ya en el calvario, dos soldados aprovecharon una nueva caída para colocar el cuerpo maltrecho de Hannah sobre la cruz. Sin consideración, extendieron sus brazos sobre los de la cruz. No necesitaron atarlos para que no se movieran al clavarlos. También estiraron sus piernas. Juntaron sus pies y los clavaron sin ninguna resistencia.

Antes de elevar la cruz, uno de los soldados arrancó la bata, ensangrentada y rota, que cubría el cuerpo de Hannah. Se oyó un suspiro generalizado, pero débil, entre las mujeres. Al contemplar su desnudez, un hombre borracho gritó una obscenidad, pero no fue seguida por el resto.

Entre varios soldados, levantaron la cruz, la acercaron al hoyo y la dejaron caer de golpe. El cuerpo de Hannah se estremeció. Las heridas de las manos y los pies, producidas por los clavos, se desgarraron. Las mujeres fieles que la contemplaban gritaron de dolor. Pero no pudieron acercarse por la presión de los soldados. A la Mesías, le quedó la cabeza caída hacia la derecha.

14.30

—Padre, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué me has dejado sola en este momento? ¿Por qué has permitido que me pase todo esto?

Hannah hizo un gran esfuerzo para girar un poco la cabeza. Incluso intentó abrir uno de los ojos. Además de los pelos sucios y revueltos, el sudor y la sangre producían una capa oscura que dificultaba la visión. Entre las sombras, imaginó la presencia de sus seguidoras antes del último estertor.

Desde la distancia, se podía comprobar cómo los brazos de Hannah estaban cada vez más estirados, presionados por el peso del cuerpo. Los soldados, desde más cerca, podían comprobar cómo las heridas de ambas manos se iban alargando.

14.31

El cielo, de repente, se oscureció. Aparecieron rayos brillantes cruzando la atmósfera. Se oyeron truenos potentes. Todos los presentes se asustaron y se estremecieron. El calor se transformó en lluvia tormentosa y un viento huracanado comenzó a azotar la cumbre del Gólgota.

Las mujeres seguidoras de la Mesías ejecutada tuvieron que cubrir su rostro con velos. Los soldados, los criados del Sumo Sacerdote, sus partidarios y los curiosos que habían contemplado el espectáculo con burla, fueron arrastrados por el viento y lanzados de modo incontrolado por la ladera del Gólgota. De entre las tinieblas del cielo, salió un potente rayo de luz que permaneció iluminando el rostro de la Hija del Altísimo ejecutada.

14.32

—¡Esta no es nuestra Mesías! No es la que nos había ordenado implantar el reino de Dios en la tierra.

María Magdalena y Sara habían estado luchando por liberarla, como todas sus compañeras. Sin embargo, al ver a su querida Hannah muerta en la cruz como una malhechora, miraron al cielo con desafío. Después, comenzaron a correr huyendo con desesperación.

—¡Si fuera la Hija del Altísimo, su padre no la habría abandonado! ¿Cómo ha permitido que la maten? ¿Qué vamos a hacer ahora? ¡Ya no podremos implantar su reino en la tierra! ¡Ésta no es nuestra Mesías!

BATALLA DEFINITIVA

15.1

—Debemos poner en práctica lo que Hannah nos enseñó. ¡Como si ella estuviera entre nosotras! Nos ordenó establecer en la tierra el Reino de su Padre y hacer el gran cambio.

Marta, utilizando su carácter práctico y su decidida voluntad, hizo un gran esfuerzo para superar el dolor y la desesperanza. Asumió la labor de coordinar y animar a todas las seguidoras que continuaban fieles para realizar los mandatos recibidos de la Mesías. Lamentaba muy profundamente la deserción de Sara y de su hermana María, cuyo paradero era desconocido. Pero contaba con el apoyo de la madre de Hannah, que seguía empeñada en seguir luchando por la liberación de la mujer.

15.2

—Yo no he ordenado esa ejecución. Por lo tanto, no soy responsable de esa muerte, ni propietario de ese cadáver.

Poncio Pilatos estuvo muy dubitativo en la reunión con José de Arimatea y Nicodemo. También acudió acompañado protocolariamente de su esposa Claudia. Los sanedritas disidentes habían solicitado la entrevista para conseguir la autorización de descolgar el cuerpo de Hannah con el fin de enterrarlo antes de que llegara la fiesta del sábado. Inicialmente, no quiso recibirlos. Después, cambió de idea. Ordenó que los hicieran pasar. Obligó a que esperaran, mientras él aclaraba las ideas. En la conversación, cambió de postura varias veces. Comenzó dando la autorización, pero terminó enviándolos a las autoridades judías, entre muchas contradicciones y nerviosismo.

El rey Herodes se negó a recibir a los sanedritas desde el principio. Dio orden a la guardia de que no dejara pasar ni a ellos ni a nadie que llegara para tratar algún asunto relacionado con la ejecución de la mujer que se había autoproclamado Mesías. La insistencia no tuvo ningún efecto. Sólo obtuvieron la garantía de que la guardia real no iba a actuar ni a favor ni en contra de lo que se hiciera con ese cadáver. Esta inhibición disuadió a los sanedritas de ir a solicitar el permiso de los vigilantes del templo. Nicodemo tenía algún temor sobre las posibles represalias. Pero José de Arimatea le convenció.

—Si la guardia real no va a intervenir, tenemos vía libre para

actuar.

15.3

Aquella misma tarde, cuando estaba reunido con los evangelistas mientras dictaban los textos para atribuir a Jesús los últimos acontecimientos protagonizados por la Mesías, Zacarías tuvo un grave derrame en el ojo que todavía conservaba algo de visión. Tuvo que interrumpir instantáneamente su labor. Se le formaron unas nubes compactas y perdió completamente la visión.

—He trabajado mucho estos días y con demasiada tensión. No tiene más importancia.

Fue la explicación pública que dio, sin ningún convencimiento interno. Los colaboradores tampoco le creyeron. Ellos también conocían la maldición progresiva que se iba cumpliendo en el rabino. Sin embargo, no dijeron nada ni osaron contradecirle. Alguno propuso realizar un descanso. Lo justificó por el percance ocurrido a Zacarías.

—¡No podemos descansar! - ordenó el rabino a pesar de su ceguera repentina - Todo lo contrario. Debemos acelerar el trabajo antes de que debáis comenzar vuestra gran misión, que ya está próxima.

Los apóstoles y los escribanos no entendieron la intención oculta de lo que Zacarías deseaba transmitir. Se preocuparon sólo de la consecuencia inmediata, que era continuar trabajando sin parar.

15.4

Caifás mantenía una actividad frenética, tras la ejecución de Hannah. Ya había olvidado sus nervios, sus indecisiones y sus temores. Ya no se acordaba de que en el transcurso de los acontecimientos se había visto desbordado. Ahora caminaba eufórico, con la cabeza alta y los hombros estirados. Cuando hablaba con alguien, se atribuía toda la iniciativa y todo el mérito de lo ocurrido.

Su principal propósito ahora consistía en aprovechar los acontecimientos sucedidos en beneficio propio. Decía que la figura que había quedado reforzada era la del Sumo Sacerdote. En él, debían concretarse ahora las funciones que los profetas atribuían al Mesías.

Para orientar toda esta operación convocó de modo urgente una reunión extraordinaria del Sanedrín. Por orden personal suya, fueron excluidos de la convocatoria Nicodemo y José de Arimatea. Tras la ejecución de la falsa Mesías, todos sus partidarios o

simpatizantes quedaban apartados de los cargos que ocupaban. De esa manera, no iba a tener ningún problema para sacar adelante su propuesta.

La mañana en que estaba convocada la reunión extraordinaria, el Sumo Sacerdote se vistió con sus ropas más solemnes. Tenía que ser un día muy importante para él. Esperó a que todos los invitados hubieran llegado y se encontraran situados en sus asientos. Hizo la entrada con parsimonia, mirando a todos con orgullo y satisfacción. Se sentó. Rogó a los demás que se sentaran.

Se dispuso a comenzar el importante discurso que había preparado para la ocasión. Pero no pudo hablar. Las palabras no salían de su garganta. Situaba los labios de modo adecuado. Lanzaba el aire como de costumbre. Pero el sonido no aparecía. Lo intentó de nuevo, con el mismo resultado. Había quedado mudo. Comenzó a acalorarse. Se puso rojo. Se congestionó.

Tuvieron que retirarle entre varios sanedritas. Lo atribuyeron a los nervios y al cansancio por los acontecimientos de los últimos días. Nadie hizo una alusión pública a la maldición que los profetas destinaban a quienes se oponían conscientemente a la llegada de la Buena Nueva mesiánica. Pero muchos se acordaron de aquel versículo.

15.5

Cuando José de Arimatea, Nicodemo y Lázaro acudieron al Gólgota con la intención de recuperar el cadáver de Hannah, se encontraron allí con varios soldados de la guardia del templo que habían regresado para vigilarlo. La zona se hallaba en tinieblas todavía y el rayo de luz permanecía iluminando el rostro de la Mesías injustamente ejecutada.

Los soldados no se opusieron a que se realizara la operación del descendimiento del cadáver. Tenían órdenes de identificar a las personas que se hacían cargo del mismo. Para ello, hicieron numerosas preguntas a los presentes, a pesar de ser personas públicas suficientemente conocidas.

El jefe del grupo militar quiso realizar una última comprobación de que estaba completamente muerta. Empuñó su lanza. Dirigió su caballo hasta las proximidades de la cruz. Se colocó frente al cuerpo de Hannah y clavó su arma con tanta fuerza en el costado izquierdo, debajo de su seno, que traspasó el corazón y otras partes que habían sido vitales. Apenas salió sangre. El soldado se dio por satisfecho y consideró cumplidas las exigencias para entregar el cuerpo.

Para ese momento, se habían reunido algunas mujeres más cercanas e íntimas a la Mesías, presididas pro Marta. Entre ellas, se encontraba la madre, que impresionaba por la prestancia con que llevaba su dolor. Todos estuvieron de acuerdo en retirar cuanto antes el cuerpo desnudo de la Mesías para evitar, además, cualquier tipo de vejación, burla y obscenidad de que podía ser objeto.

Las mujeres recitaban salmos de las Sagradas Escrituras y hacían de coro a las oraciones iniciadas por la madre de la Mesías. Cuando los criados descendieron el cuerpo, ellas se encargaron de limpiarlo y vestirlo. Después, fue colocado en unas parihuelas y llevado hasta una propiedad de Lázaro y sus hermanas, donde había construido un sepulcro.

15.6

Herodes, desde el momento en que se enteró de la trágica muerte que se había aplicado a la Mesías y de los extraordinarios signos que habían tenido lugar en el cielo, decidió encerrarse en el despacho real. Ordenó que tapiaran las ventanas para que no pudiera entrar ni un rayo de luz. Mandó que cerraran las puertas. Prohibió que nadie se acercara a esa sala bajo ninguna razón.

Para justificar todas esas precauciones, el timorato rey de los judíos aludió al deseo de no ser alcanzado por la maldición profetizada de la misma manera que había llegado hasta su padre. Él no se daba cuenta, pero los que estaban a su alrededor atribuían a esa misma maldición profética el agravamiento de su locura.

15.7

Cuando el cuerpo de Hannah fue llevado en las parihuelas hasta la propiedad de Lázaro y sus hermanas, las mujeres presentes se encargaron de realizar el embalsamamiento con aceites y pócimas olorosas. Tras envolver el cuerpo en un lienzo blanco, realizaron un sentido cortejo fúnebre hasta depositar el cuerpo dentro del sepulcro.

Fueron las seguidoras las que pidieron que no pusieran la tapa para seguir rezando, mientras miraban al cuerpo ya sin vida. Así se quedaron todos frente al sepulcro durante horas sin desfallecer, a pesar de la fatiga por los duros momentos vividos en los días anteriores.

—¿Por qué no estarán aquí mi hermana María y Sara? Hacen falta todas las manos posibles.

15.8

Justo al día siguiente de la ejecución de Hannah, llegó una comisión desde Roma para investigar la gestión que llevaba a cabo Poncio Pilatos. Era un acontecimiento inesperado e imprevisto. Hasta ese momento, no se había realizado en ninguna zona del imperio. El procurador estaba todavía más sorprendido por no haber recibido ningún aviso de los muchos amigos que tenía en la capital.

Los miembros de la comisión dijeron que era una nueva decisión imperial realizar controles por sorpresa para comprobar el cumplimiento de las normas que se daban desde Roma a los procuradores en tierras lejanas. Las investigaciones fueron muy severas y rigurosas.

Pilatos pensó que esa inspección tenía algo que ver con su actuación durante el proceso y ejecución a la joven Mesías. Pretendió extenderse en las explicaciones para justificar las decisiones que había tomado. Los miembros de la comisión, sin embargo, le notificaron que iban a presentar en Roma su informe y que seguramente sería llamado a la capital.

—Malditos sacerdotes, maldita Mesías y malditos judíos todos. –dijo Pilatos para sus adentros – Además de tener que aguantar su superchería, me han traído la maldición.

15.9

—¡Qué decepción más grande! Una auténtica Hija del Altísimo, una auténtica Mesías no se deja condenar y ejecutar por el impertinente de mi marido y mi ambicioso padre.

Sara y María Magdalena habían caminado sin rumbo fijo hasta un lugar absolutamente desconocido para ellas. No se preocuparon siquiera de preguntar dónde estaban. Durmieron al aire libre, como habían hecho muchas noches tras escuchar las predicaciones y participar en los cantos. Pero, esta vez, se hallaban solas. Solas y desesperanzadas.

Mirando a las estrellas, sin poder conciliar el sueño, repasaban, en su memoria, las muchas experiencias vividas, las ilusiones, los retos. Sara recordó desde los nervios de su primera escapada hasta la conmovedora vivencia del cenáculo en la cena de Pascua. A María le vivieron las sensaciones del baño de perfume que dispensó a Hannah antes de iniciar el viaje a Jerusalén. El último recuerdo que ambas tenían era la patética imagen de Hannah colgada en la cruz, desnuda, ensangrentada, con la cabeza caída. No pudieron aguantar ese recuerdo.

Se levantaron para no recordar a su heroína destruida. Volvieron

a caminar con la cabeza baja. Después, volvieron a correr. No pararon hasta llegar a otro lugar desconocido, del que tampoco deseaban conocer su nombre.

—¡Ha tenido que ser una pesadilla! La Mesías que amábamos no podía ser destruida.

15.10

Anás se vio obligado a asumir, de nuevo, las responsabilidades de Sumo Sacerdote. De cara al exterior. Caifás se veía obligado a escribir lo que deseaba comunicar en una pequeña pizarra.

Cuando el anciano recibió la información de que Nicodemo, José de Arimatea y Lázaro habían enterrado el cuerpo de la Mesías ejecutada, ordenó al jefe de la guardia del templo que se encargara personalmente de precintar la tapa del sepulcro y que colocara un par de vigilantes armados para evitar cualquier manipulación.

El jefe de la guardia relató las garantías que se habían tomado para estar seguros de que estaba muerta sin ningún género de dudas. Pormenorizó como se había clavado la lanza y se había traspasado el corazón. Pero ninguna de esas medidas le convencía al astuto anciano.

—Hay que evitar que ahora oculten el cadáver y pretendan asegurar que ha resucitado como anuncian los profetas del auténtico Mesías.

Al soldado le parecieron unas precauciones excesivas e innecesarias. Pero se mostró dispuesto a cumplirlas. La dependencia directa del Sumo Sacerdote le había acostumbrado a satisfacer las exigencias de sus superiores por irracionales que fueran.

—Asegúrate de que el cuerpo está dentro antes de precintarlo y dile a los vigilantes que no permitan acercarse a nadie.

15.11

Claudia hizo todo lo posible por retrasar el regreso a Roma con su esposo, a pesar de que éste había cambiado mucho. Desde la llegada de la comisión investigadora de Roma, se comportaba como si todos fueran sus enemigos, como si constantemente le estuvieran espiando y como si existiera un plan establecido para eliminarlo.

—Antes de regresar a Roma, – se dijo a sí misma Claudia – debo entrevistarme con Marta para decidir dónde dejo los escritos sobre la vida de Hannah.

15.12

El jefe de la guardia del templo se encargó personalmente de

precintar con todas las garantías el sepulcro donde había sido depositado el cuerpo de Hannah. Se presentó de improviso en la propiedad de Lázaro, acompañado de otros cuatro soldados cuidadosamente armados. Exigió que le mostraran el sepulcro. Estaba todavía abierto, mientras las mujeres se turnaban para recitar salmos y entonar oraciones.

El jefe militar aparentó mostrarse muy enfadado por el incumplimiento de una orden tan grave como la de que los sepulcros estuvieran cerrados y con las tapas precintadas. Lázaro, como propietario, se excusó alegando que desconocía esa obligación.

El militar comprobó exhaustivamente que dentro del sepulcro estaba el cuerpo de la Mesías ejecutada. Se detuvo en la búsqueda inútil de algún síntoma de vida. Presenció él mismo cómo los soldados colocaban la voluminosa tapa. Tuvieron dificultades por el peso a pesar de que los cuatro eran jóvenes y fornidos.

El precintado lo realizó personalmente el jefe del grupo. Lo hizo con toda meticulosidad. Realizó un doble proceso para mayor seguridad. Antes de separarse, indicó a Lázaro que, desde ese momento, habría dos vigilantes armados de modo permanente delante de la puerta del sepulcro. Asimismo prohibió que nadie, bajo ninguna excusa, se acercara ni interpelara a los soldados.

—Cualquier alteración se castigará severamente y será responsabilidad suya como propietario. – amenazó el jefe militar – Así que, por su bien, procure que no haya ninguna anomalía.

15.13

Herodías estaba muy preocupada por la actitud de su marido. Ni siquiera ella podía verlo y conversar con él. Era imposible convencerlo de que no debía temer ningún castigo o maldición divina por su actuación durante la vida y el proceso de la Mesías.

La esposa del rey siempre había presumido de tener una piel suave y agradable al tacto. Ella misma presumía de conservarla a lo largo de los años gracias a las pomadas y ungüentos que utilizaba, por considerar que era el principal apoyo del atractivo que mantenía.

Para su sorpresa, comenzaron a salirle granos. Empezaron en las manos y en los pies. Se fueron extendiendo por otras partes del cuerpo, a la vez que aumentaban de tamaño. Inmediatamente recurrió a nuevas pomadas y al consejo de mujeres expertas en pócimas para el cuidado dermatológico. A pesar de esos cuidados, los granos se fueron haciendo purulentos y terminaron por cubrirle

también el rostro, proporcionándole un aspecto monstruoso y repugnante.

15.14

—¿Dónde puedo ver a Marta?

Claudia se disfrazó para que nadie pudiera reconocerla. Durante el camino hasta encontrar la casa de Lázaro y sus hermanas, tuvo mucho cuidado en asegurarse que no era seguida por ningún soldado o espías puestos por su marido. Las mujeres con las que habló, la recibieron con mucha suspicacia. No la identificaron. Pero quedaron desconcertadas, porque pensaron que se trababa de una mujer enviada por Pilatos para un nuevo castigo. Claudia tampoco podía desvelar sus intenciones, ya que debía mantener el secreto sobre los escritos que guardaba.

—Volveré dentro de unos días para ver si puedo hablar con ella. Decidle que alguien la está buscando para un asunto urgente y grave.

Las seguidoras de Hannah se quedaron muy intrigadas. Incluso la siguieron a distancia durante un tiempo hasta que desapareció.

15.15

Los zelotes quisieron celebrar a su manera la liberación del máximo líder de la organización. Deseaban dejar claro cuanto antes que esa concesión gubernativa no cambiaba sus planes ni sus propósitos de conseguir la total independencia de los judíos respecto a Roma y de castigar a quienes colaboraban con los invasores.

Decidieron continuar atacando a los colaboradores judíos, quizá como momentánea consideración hacia la autoridad romana que había accedido a sus peticiones. Señalaron como primer objetivo las fuerzas que defendían el templo. Dentro de ese conjunto, se concretaron en el cuerpo de guardia y materializaron el castigo cortando el cuello a su jefe militar.

15.16

Zacarías, a pesar de que su ceguera le había colocado en la oscuridad completa, no desistió de sus trabajos para completar los evangelios que deseaba difundir. Todo lo contrario. Los incrementó. Aumentó el número de horas que debían dedicar sus apóstoles y sus escribanos.

—Es evidente que mi fin está próximo. Debo dejar la tarea terminada.

No paraba de dictar los textos definitivos, una vez hechas las correcciones necesarias para atribuírselos a Jesús como el Mesías

único y definitivo fundador de la religión cristiana. Obligaba a sus colaboradores a leerle repetidamente las notas previas tomadas sobre los últimos acontecimientos. Después, cuando escuchaba la redacción propuesta, obligaba a realizar sucesivas correcciones hasta conseguir el texto que deseaba.

Tuvo necesidad de ampliar el número de escribanos, ya que había decidido realizar copias de cuatro evangelios diferentes. Desde luego, no iban a ser contradictorios sino complementarios. No habría oposición entre ellos, pero tampoco todos narrarían el conjunto completo de los hechos. De esa manera, se lograría una mayor credibilidad. Además, había determinado atribuir la redacción a los apóstoles que habían prestado más dedicación.

—Vosotros doce ya habéis terminado la misión de dictar a los escribanos. – dijo el rabino – Ahora debéis estar dispuestos para empezar vuestra misión. Tenéis hasta esta tarde para despediros de vuestros familiares más cercanos.

—Dinos ya cuál será esa misión. – pidió Pedro que se había convertido en el jefe del grupo.

—Ahora no os lo puedo decir. Pero pronto lo sabréis. –respondió Zacarías – Sólo os puedo asegurar que debéis estar muy contentos por haber sido elegidos por Yahvé para esa gran misión. Id ahora y despedíos.

15.17

—¡Ha resucitado! ¡Ha resucitado!

La información se extendió con muchísima rapidez. Sobre todo, se difundió entre las seguidoras de la Mesías, que se precipitaron sin dilación para ser testigos del gran acontecimiento.

El entusiasmo se basaba en que la voluminosa y muy pesada tapa del sepulcro había aparecido, de repente, corrida y dentro ya no estaba el cuerpo de Hannah. Los soldados de la guardia del templo, responsables de la vigilancia, no se habían movido del lugar. Habían realizado los cambios de turno manteniendo, e incluso exagerando, las garantías de seguridad. Tampoco habían permitido que se acercara ninguno de los seguidores de la Mesías.

Los mismos soldados lo declararon, después de haber expuesto los hechos sus superiores. Los propietarios de la residencia confirmaron esas declaraciones en todos sus términos. Aseguraron que ellos no habían tenido noticia del hecho hasta oír los gritos y las alarmas de los vigilantes.

Los emisarios del Sumo Sacerdote ordenaron que se guardara absoluto silencio sobre esos hechos. Conminaron a los soldados y a

los propietarios de la casa a que no hablaran con nadie ni mostraran a nadie el lugar. Sin embargo, esa medida era ya tan inútil como poner límites a la luz del sol. Ya había comenzado a difundirse la noticia.

15.18

—Jesús, regresa a Jerusalén. Es conveniente que la gente te vea vivo.

El protegido del rabino recibió esta inesperada y contradictoria orden sin excesiva sorpresa. Los sucesivos cambios de opinión recibidos en los últimos días le habían acostumbrado a poner en práctica, de modo inmediato, las indicaciones recibidas. Ya no pedía explicaciones. Sólo cuando era necesario, preguntaba por algunos detalles para ser más exacto en su cumplimiento.

Como tenía el hatillo preparado, inició de nuevo el camino de la capital. Se despidió de su padre y se alegró de que, en ese momento, no se hallara presente su madre. Con los últimos cambios, se había mostrado muy crítica. Aconsejaba a su hijo que tomara la iniciativa y abandonara la tutela, más bien esclavitud, del rabino.

—Al fin y al cabo, tú eres el Mesías. ¿O no? – solía decir la madre.

15.19

Las seguidoras de Hannah se reunieron en gran número en las proximidades de la residencia donde se hallaba el sepulcro ya vacío. Grupos de curiosos también se habían concentrado. Pero la redoblada guardia se mostró inflexible e impidió que se acercaran al edificio.

—¡Ha sido un auténtico milagro!

Marta de Magdala narraba una y otra vez lo que había sucedido. Lo hacía con gran entusiasmo. Cada vez estaba más emocionada, en cada versión iba introduciendo nuevos detalles, que pronto adquirieron caracteres de gran fantasía.

Las seguidoras de la Mesías habían cambiado de expresión. La alegría y las sonrisas llegaron hasta sus rostros. María, la madre, que se incorporó un poco más tarde a la concentración también participó de esa alegría. Comenzaron a cantar los himnos más alegres y se felicitaron unas a otras, mientras hacían gestos de triunfo y de victoria.

—¿Por qué dejan entrar a esos?

Se organizó un conato de protesta entre las mujeres que estaban esperando sin poder traspasar los límites establecidos por los

vigilantes, cuando vieron que un grupo de sanedritas era autorizado a entrar. No las convenció la explicación de que se trataba de una comisión oficial encargada de comprobar los hechos acaecidos. Ellas se consideraban con más derechos para visitar el sepulcro vacío de su Mesías. De nada sirvió la reivindicación.

15.20

Barrabás se unió inmediatamente a la lucha clandestina de su grupo. Quiso dar ejemplo para mantener, entre todos sus seguidores, el convencimiento de que nada había cambiado y que era preciso seguir firmes hasta la consecución de sus fines.

—Nosotros no estamos en esas efímeras peleas por ver quién se lleva el título de Mesías. – repitió a sus seguidores- Lo que el libertador debe conseguir es la libertad. Lo demás son cuentos.

La manera de volver a la lucha clandestina fue buscar un atentado de gran impacto. Debía ser superior al del jefe de la guardia del templo. Era el momento de dar un salto cualitativo para que todo el pueblo judío supiera a quién debía apoyar.

—¡Le ha llegado la hora a Herodes Antipas!

Comenzaron a realizar los preparativos. Las investigaciones confirmaron que el rey no salía de sus despachos. Había que descartar la oportunidad de utilizar algún acto público. Hubo alguna propuesta para cambiar de objetivo. Barrabás se negó.

—¡Buscaremos al zorro en su propia cueva!

Se iniciaron los preparativos para asaltar el palacio y matar allí al rey. Todos eran conscientes del gran riesgo que implicaba esa operación. Se levantaron algunas voces defendiendo la prudencia. Barrabás, aliado nuevamente con los jóvenes más radicalizados, asumió la responsabilidad de llevarla a cabo como ejemplo de valentía. Alguno, en cambio, interpretó que, en el fondo, existía el deseo de mantenerse en el liderazgo y no permitir que nadie le hiciera sombra dentro de la organización.

En el momento de llevar a cabo la acción, se cumplieron todas las precauciones. Se alertó a los contactos en el interior. Se buscaron los horarios más propicios. Pero algo falló. Uno de los traidores comprometidos se arrepintió a última hora. La operación se convirtió en una trampa mortal para los asaltantes. Fueron todos detenidos. Con Barrabás se tuvo una consideración especial. No se le detuvo. Se dio autorización a los soldados para que lo lincharan sin piedad. Todos lo responsabilizaban de los numerosos atentados cometidos en los últimos tiempos. En él, descargaron toda la venganza por los asesinatos de sus compañeros y los temores

acumulados por las amenazas. Su cuerpo quedó salvajemente destrozado y mutilado.

—De poco le ha servido ser liberado en lugar de la mujer Mesías. – sentenció alguien – Ha significado su pena de muerte. ¡También a él le ha llegado la maldición!

15.21

—¡Sí que es nuestra Mesías! ¡Alegría y buenaventura!

Sara y María Magdalena reaccionaron con gran alegría al recibir el rumor de la resurrección de Hannah. Se enteraron por causalidad, cuando se acercaban a adquirir un poco de comida, después de permanecer varios días sin probar alimento, en un estado de gran desolación. Escucharon una conversación entre dos mujeres. Hablaban con gran prevención, como si temieran ser delatadas al hacerse esa confidencia. Sara, más decidida, se presentó como seguidora de la Mesías y preguntó por los distintos detalles del acontecimiento. No pudieron darle muchas más explicaciones. Fueron suficientes para que la hermana de Marta y la antigua esposa del actual Sumo Sacerdote se pusieran inmediatamente en camino hacia Jerusalén con decisión y alegría.

—¡No debíamos haber perdido la fe en ella! Hannah no nos podía fallar.

15.22

—Debía haber sufrido yo esta maldición. Ya soy muy anciano.

Anás se reunía varias veces al día con Caifás. Estaba muy afectado con el estado de postración en que había quedado después de haber perdido definitivamente el habla. Procuraba tenerle informado de todo lo que sucedía y le pedía opinión sobre las decisiones que debían tomarse en el Sanedrín.

El corpulento Sumo Sacerdote había entrado en una fuerte depresión. No deseaba ver a nadie. Se avergonzaba de tener que utilizar la tablilla para expresarse. Le irritaban las limitaciones que eso implicaba para el desarrollo de su vida. Sin embargo, se negaba a admitir que la pérdida de la voz era un castigo divino. Llegaba a encolerizarse ante la idea de aplicarle el versículo de los profetas alusivo a la maldición para los que se habían opuesto a la misión de la Hija del Altísimo.

Estaba Caifás un día solo en su habitación, acababa de salir su suegro tras mantener una de las reuniones informativas, cuando oyó un grito y un fuerte golpe. Acudió a ver lo que había pasado, movido por un acusado presentimiento.

El anciano Anás había rodado por las escaleras tras tropezar en una alfombra. Su cabeza había ido golpeando en cada uno de los peldaños. Al llegar al suelo del vestíbulo, estaba totalmente destruida y ensangrentada. Los brazos y las piernas quedaron distorsionados en posiciones inverosímiles.

□Esto sí que es un signo de la maldición. –pensó Caifás sin poderlo expresar.

15.23

□¡Eliminad toda referencia en los evangelios a la muerte de Anás! No quiero alusiones a la maldición bíblica.

Zacarías, a pesar de todas las dificultades que le imponían las mutilaciones de su cuerpo, se mantenía muy firme y clarividente en la elección de los medios para conseguir su objetivo. Seguía siendo excesivamente meticuloso para desesperación de los escribanos a sus órdenes.

En ausencia ya de los evangelistas y otros apóstoles, los escribanos no pedían explicaciones para aceptar los cambios propuestos por el rabino. Ya habían aceptado el planteamiento general de que era preciso depurar los textos para que sirvieran adecuadamente como base del nuevo modelo religioso que Zacarías deseaba difundir. Sin embargo, ocultar un hecho tan concreto como la muerte del anciano Anás les pareció excesivo. Pero su ligera protesta fue rechazada.

□No podemos exponer que se estaba aplicando la maldición anunciada por los profetas. – dijo el rabino - Los lectores inteligentes deducirían que estamos en contra de la enviada de Yahvé. Tenemos que presentar un ambiente propicio para que se inclinen a pensar que todas las profecías se han cumplido con nuestro Mesías Jesús. Deberemos eliminar también el castigo a Caifás y las reacciones de Herodes. Las reacciones de Poncio Pilatos podéis dejarlas. Al fin y al cabo, es un gentil pagano. No hay que tener consideraciones con él.

Los escribanos se lamentaron del aumento de trabajo que les iba a suponer todas esas correcciones. Decidieron no realizar más preguntas ni presentar nuevas alternativas. Siempre terminaban pagándolo ellos, viéndose obligados a ampliar su jornada.

15.24

□¡No somos dignas de vuestro perdón y todavía menos del perdón de Hannah!

Sara y María Magdalena se pusieron de rodillas cuando se

acercaron a la casa y vieron reunidas a las otras seguidoras más próximas a Hannah. Sin embargo fueron levantadas y abrazadas por sus compañeras. Comenzaron a llorar todas, pero eran conscientes de que se trataba de lágrimas de alegría. Juntas recibieron todo tipo de explicaciones sobre el movimiento inexplicable de la pesada losa. Todas estaban esperando recibir la visita de Hannah, pero nadie se atrevió a manifestarlo en voz alta.

□Ahora sí que no hay ninguna excusa para no empezar a poner en práctica públicamente lo que Hannah nos enseñó. – dijo Marta, continuando con las labores de coordinación que había ejercido hasta ese momento – Estableceremos inmediatamente el reino de Dios en la tierra.

15.25

Caifás realizó un gran esfuerzo al decidir que presidiría los solemnes funerales en recuerdo del que fue su suegro y protector. Además del agradecimiento por lo mucho que le había favorecido en vida, esa decisión estaba motivada en el deseo de enfrentarse, casi con rebeldía, a la atroz serie de males que estaban sufriendo desde la ejecución de la Mesías.

Estuvo allí presente, revestido con los ornamentos más solemnes y brillantes de su cargo. Era un testigo verdaderamente mudo. Fueron sus ayudantes los que leyeron las lecturas sagradas. Fueron otros los que recitaron las plegarias. Fueron también otros los que entonaron los cánticos y los salmos. Pero todos inclinaban la cabeza ritualmente al pasar frente a él y le pedían autorización litúrgica para intervenir.

El discurso de exaltación y de despedida fue pronunciado por el miembro más antiguo del Sanedrín. Ya estaba pactado que dijera expresamente, al principio, que lo pronunciaba en nombre del Sumo Sacerdote y que aludiera, en varias ocasiones, a la muy favorable opinión que Caifás tenía sobre las actuaciones de su predecesor.

Su intervención más esperada era la bendición de los restos de Anás con ramas de olivo. En ese momento, iba a desarrollar toda su solemnidad sin que nadie le robara el protagonismo. Ya se habían puesto de acuerdo en que los rezos y los cánticos se realizaran antes, con el fin de que, en el momento de la bendición, todos estuvieran pendientes, de modo exclusivo, de la acción del Sumo Sacerdote.

También ese momento le fue saboteado por la fatídica maldición. Cuando se dirigía solemnemente, ya muy cerca del lugar donde se hallaba el féretro, el Sumo Sacerdote tropezó. No pudo agarrarse, porque sus manos estaban ocupadas por las ramas de olivo. Su voluminoso cuerpo fue lanzado contra los candelabros y

contra la caja que contenía el cadáver. Cayó al suelo. Comenzaron a arder las alfombras. Caifás tuvo que ser recogido y sacado por varios de sus criados y sirvientes.

La ceremonia tuvo que ser interrumpida. Muchos de los asistentes escaparon con prisa ante el temor de que nuevos males se extendieran hacia los presentes. Lo que se había organizado con pretensión de solemnidad terminó en el caos más absoluto. Entre ese caos, una mujer caminaba tranquila. Ella hizo lo posible para pasar desapercibida. Nadie la reconoció. Había acudido para observar a distancia el destino de su padre y de su esposo.

15.26

□Marta, voy a regresar a Roma. ¿Dónde te dejo los escritos sobre la vida y la predicación de Hannah?

Claudia acudía todas las mañanas a la residencia de Lázaro y sus hermanas disfrazada de una manera diferente para no causar sospechas.

□Claudia, no tienes que devolverme los escritos sobre Hannah. ¡Todo lo contrario! – dijo Marta demostrando un gran interés – Debes llevarlos a Roma. Allí los debes difundir. Así la vida y la doctrina de la Mesías enviada por Dios para anunciar la Buena Nueva serán conocidas en la capital y desde allí difundidas por todo el mundo.

La esposa de Pilatos rechazó inicialmente la propuesta. Pero ante el apasionamiento de Marta tuvo que ceder, ya que la seguidora iba desmontando todos sus miedos y sus dudas.

□No te vayas todavía. – concluyó Marta – Espera a que te pueda entregar los últimos capítulos. Ya lo están escribiendo. Así podrás llevar a Roma todo el mensaje completo. Yo te lo llevaré a tu residencia. En Roma, deberás difundirlo sobre todo entre las mujeres. A ellas va dirigida principalmente la Buena Nueva de nuestra Mesías.

15.27

Zacarías se había preocupado, también en las últimas fechas, de reforzar la búsqueda de Simeón, su ayudante infiel, quien, desde un lugar secreto, con una identidad falsa, quizá con una nueva y muy diferente fisonomía, continuaba escribiendo la vida y los milagros de Hannah como Mesías. Era muy perjudicial para su proyecto que ese escrito se difundiera. Restaría toda la credibilidad a los evangelios que él estaba preparado sobre Jesús. Aunque no sabía cómo iba a cumplirlo, extendió entre los malhechores y vengadores a sueldo la promesa de una importante cantidad de dinero a quien robara y le entregara ese escrito.

15.28

—¡Tu misión ha terminado! Ya te han visto, después de tu supuesta muerte, Ahora debes desaparecer definitivamente.

A pesar de la experiencia acumulada en la aceptación de las sorprendentes y contradictorias órdenes procedentes de su rabino protector, hubo una que le dolió muy especialmente a Jesús. Fue la que le conminaba a abandonar su misión como Mesías. Era, además, lo que menos esperaba. No se trataba de un consejo o de una propuesta. Era una orden taxativa, imperiosa y urgente. Tenía que trasladarse con sus padres un sitio donde no les conociera nadie. La sugerencia era que se encaminara hacia el interior de Egipto.

—Tú ya has hecho lo que Yahvé deseaba de ti. – explicó el rabino – Ahora les toca actuar a los apóstoles que entre tú y yo hemos preparado.

En esta ocasión no aceptó la orden de modo inmediato. Se resistió. Pidió explicaciones. No las consiguió. Simplemente se le dijo que su labor había sido muy importante, pero que había terminado.

—De todos modos, no te preocupes. ¡Pasarás a la posteridad como el Mesías! Jesús será el único Mesías por los siglos de los siglos. Nuestros evangelios así lo difundirán.

15.29

El cadáver de Simeón, el escribano que había sido infiel al encargo de Zacarías, fue encontrado ya en estado de descomposición por un criado de mucha confianza de José de Arimatea Por aquellas fechas, se había cumplido el tiempo en que debía recoger el nuevo bloque de escritos sobre Hannah.

El enviado al acercarse a la vivienda, teóricamente deshabitada, gritó las tres consignas establecidas. No recibió la respuesta prevista. Las repitió otras dos veces. Iba ya a marcharse. Pero decidió hacer una comprobación ocular. Fue entonces cuando encontró el cadáver de Simeón, muy descompuesto. Se apreciaban fuertes golpes en la cabeza y la señal en el suelo de sangre ya seca. Alrededor del cuerpo, había ropas y algunos utensilios tirados, que podrían presuponer la existencia de alguna pelea o enfrentamiento físico.

Ante el temor de verse implicado o de ser atacado por alguien, el criado miró precipitadamente para ver algún indicio del escrito, pero no descubrió nada. Sin detenerse más, salió corriendo.

15.30

Zacarías fue inflexible en su decisión de eliminar totalmente los textos de su ex ayudante Simeón. Los que conservaba y los que había recibido de los malhechores. Algunos de los escribanos intercedieron por su conservación, al menos parcial, a causa de la perfección de la escritura. No cedió. Lo quemó. Comprobó que era ese el texto que se destruía porque lo colocó él en el fuego con el riesgo de quemarse los dedos. Después, se cercioró de que las cenizas fueron dispersadas.

—¡Es preciso que no quede ni la más mínima posibilidad, ni resto, ni reliquia para que, de ninguna manera, se pueda reconstruir!

15.31

Al enterarse de la muerte de Simeón, José de Arimatea y Nicodemo decidieron asumir la responsabilidad de escribir la parte correspondiente a la pasión y muerte de la Mesías Hannah. Entre los dos, estuvieron decidiendo a quién podían hacer semejante encargo. Al no encontrar a nadie que se pudiera responsabilizar con garantías y ante los peligros que tal misión implicaba, ambos comenzaron a ordenar los datos sobre los acontecimientos que habían presenciado y a buscar informaciones sobre aquellos de los que no habían sido testigos. En cuanto dispusieron de los datos y testimonios necesarios, fueron dictando el texto a sus propios escribanos procurando en todo ser fiel a lo sucedido.

15.32

—¡Estaré con vosotras para siempre y estableceremos en la tierra el Reino de mi Padre!

Las seguidoras de Hannah lograron decidirse. El ánimo que habían traído María Magdalena y Sara, después de su conversión, fue decisivo para lograr esa determinación. Se habían reunido de nuevo en el cenáculo de José de Arimatea. Hasta ese momento no se habían atrevido a acercarse al lugar donde había tenido lugar el último y más maravilloso encuentro con su amada Mesías. Iba a comenzar a hablar Marta. Todas se habían puesto de acuerdo en que ella debía seguir siendo la coordinadora como reconocimiento a su decisión y coraje en los momentos más duros.

En ese momento, la sala se iluminó. No era sólo la luz del sol al entrar por las ventanas. Todas se volvieron. Allí vieron a Hannah, sonriente, animosa, con los brazos abiertos. Todas gritaban de alegría. Se abrazaban y se felicitaban. Cantaban y se reían. Miraban a la Mesías para recibir el dinamismo de su espíritu. Esta visión de

Hannah las estimuló para ponerse a trabajar de nuevo.

—Nos espera nuestra misión. – reiteró Marta al terminar la visión - Debemos comenzar inmediatamente. No nos debe importar lo que hayan dicho los profetas y sus interesados intérpretes. Tampoco nos debe importar lo que digan ahora quienes los utilizan para su beneficio. Lo único que nos importa es la auténtica Buena Nueva que nos ha transmitido directamente nuestra Mesías. Comencemos inmediatamente a implantar el reino de Dios en la tierra.

15.33

Marta se encargó personalmente de recoger el escrito en el que José de Arimatea y Nicodemo resumieron los últimos hechos relacionados con Hannah. Los leyó con cuidado. Estuvo totalmente de acuerdo en todos los detalles. No realizó ninguna corrección, a pesar de que ellos se lo habían pedido. Ella misma lo llevó al lugar donde en el mayor de los secretos se habían entregado los anteriores capítulos. Se escondió en un lugar próximo para comprobar que el escrito era recogido. Vio cómo la propia Claudia salía, comprobaba que no era vista y lo escondía con cuidado. Aunque la esposa de Pilatos no la miró en ningún momento, ella hizo un gesto de despedida porque suponía que no volverían a verse nunca más.

—Que en Roma reciban el mensaje de la Mesías mejor que ha sido recibido por su pueblo – rezó Sara.

15.34

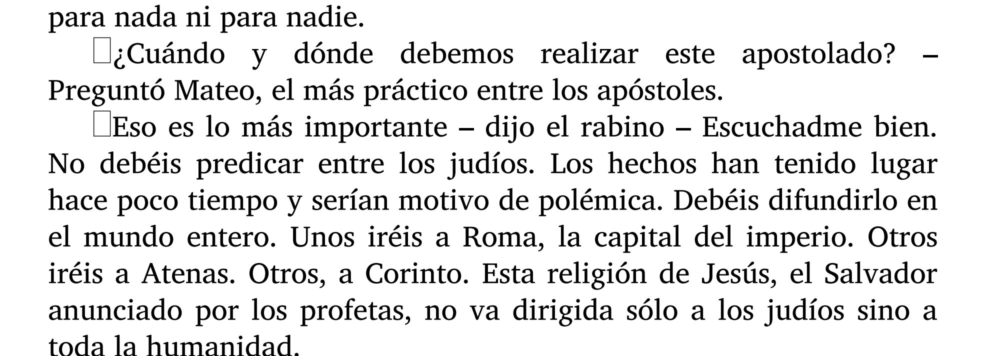
—¡Prometed ante Yahvé que entregaréis la vida en el cumplimiento de esta misión!

Zacarías, justo antes de morir como consecuencia de las muchas deficiencias de su disminuido cuerpo y tras comprobar que sus escribanos habían terminado los escritos correspondientes a lo que debían ser los evangelios, reunió a los doce apóstoles que ya se había despedido de sus familias.

—Ésta es la importantísima misión de apostolado para la que Yahvé os ha elegido a vosotros doce. Debéis difundir por todo el mundo la Buena Nueva del Mesías Jesús recogida en los evangelios. ¡No debéis decir nada de la existencia de Hannah! Sólo debéis hablar de Jesús.

—¿Cómo vamos a realizar nosotros esa misión? – replicó Pedro en nombre de todos – No tenemos …

—Debéis poner en esta misión toda vuestra voluntad hasta entregar la vida. Lo que tenéis que predicar está escrito en los evangelios. Además, conocéis los mensajes de los profetas que Jesús y yo os hemos enseñado. No olvidéis que Hannah no ha existido



para nada ni para nadie.

□¿Cuándo y dónde debemos realizar este apostolado? – Preguntó Mateo, el más práctico entre los apóstoles.

□Eso es lo más importante – dijo el rabino – Escuchadme bien. No debéis predicar entre los judíos. Los hechos han tenido lugar hace poco tiempo y serían motivo de polémica. Debéis difundirlo en el mundo entero. Unos iréis a Roma, la capital del imperio. Otros iréis a Atenas. Otros, a Corinto. Esta religión de Jesús, el Salvador anunciado por los profetas, no va dirigida sólo a los judíos sino a toda la humanidad.

Cuando se quedó solo, ya en sus últimos momentos, Zacarías se acordó de que no había pagado la recompensa al malhechor que había asesinado a Simeón y había robado sus escritos. Pero esa no era su principal preocupación. Su pensamiento final quedó reflejado en sus últimas palabras.

□¡Maldición bíblica, he logrado derrotarte!

NOTA DE DEVOLUCIÓN

Respetada y encomiable señora Marta,

Te devuelvo los escritos originales sobre la vida y la doctrina de la Mesías Hannah, después de haber hecho y distribuido aquí en Roma numerosas transcripciones. He realizado las gestiones de difusión que me encargaste entre personas, sobre todo mujeres, muy destacadas de la vida cultural y de la religión, a las que les ha interesado mucho todo lo expuesto en estos escritos.

Todas ellas saben que los hechos que se narran son completamente ciertos y responden a la más estricta realidad. Consideran que las doctrinas que se exponen son muy justas y positivas para la humanidad En especial, son muy favorables para remediar la situación de las mujeres que, en Roma, también es muy mala.

En Roma y en otras localidades próximas, se están celebrando reuniones, la mayoría de forma clandestina, pero otras públicamente, con el fin de difundir y debatir estas doctrinas. Te puedo asegurar que las seguidoras de Hannah son cada vez más numerosas en Roma.

Es muy conveniente que tanto tú como tu hermana María, Sara y otras seguidoras directas de la Mesías Hannah vengáis a Roma para difundir con más fuerza su doctrina. Seréis muy bien recibidas.

En breves fechas, yo deberé abandonar esta capital para trasladarme a la provincia hispánica donde mi esposo, Poncio Pilatos, ha sido nombrado Procurador. Llevaré transcripciones de los escritos sobre la vida y la doctrina de Hannah. Estoy segura de que serán muy bien aceptados por las mujeres que allí viven. Si realizáis pronto el viaje a Roma, alguna de vosotras podría acompañarme hasta Hispania, para que la difusión sea más eficaz. Claudia Procla.